LA CONTRARREVOLUCIÓN PENDIENTE

ENSAYOS SOBRE EL FASCISMO ESPAÑOL

FERRAN GALLEGO

CATARATA

FERRAN GALLEGO

Ferran Gallego es, desde 1990, profesor de Historia Contemporánea en la Universitat Autònoma de Barcelona. En ese tiempo ha impartido docencia sobre historia de América Latina contemporánea, historia europea de la época de entreguerras y, especialmente, sobre el fascismo. En su quincena de libros publicados se cuentan varias obras de referencia sobre el fascismo español y el nazismo, así como sobre las extremas derechas de Europa occidental en las décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial.

Ferran Gallego

La contrarrevolución pendiente

ENSAYOS SOBRE EL FASCISMO ESPAÑOL

Francisco Morente y Joan Pubill Brugués (eds.)

COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DEBATE

LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO HA CONTADO CON EL APOYO A LA EDICIÓN DEL GRUP DE RECERCA EN GUERRA, RADICALISME POLITIC I CONFLICTE SOCIAL (GRECS) DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA Y DEL DEPARTAMENT DE RECERCA I UNIVERSITATS DE LA GENERALITAT DE CATALUNYA (DRU).

© FERRAN GALLEGO, 2024

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2024
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

LA CONTRARREVOLUCIÓN PENDIENTE.
ENSAYOS SOBRE EL FASCISMO ESPAÑOL

ISBNE: 978-84-1067-157-7
ISBN: 978-84-1067-116-4
DEPÓSITO LEGAL: M-20.701-2024
THEMA: JPFQ

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

Desde que publiqué mi primer libro, en 1984, he dedicado todos los que he escrito a mi compañera durante 45 años, Carmen Bas. Hoy solo puedo ofrecerlo a su memoria.

Ferran Gallego
Sant Just Desvern, verano de 2024

Índice de contenido

INTRODUCCIÓN,por Francisco Morente y Joan Pubill Brugués

LA CONTRARREVOLUCIÓN PENDIENTE
- La revolución pendiente
- La revolución como síntesis histórica
- La revolución como restauración
- Romanticismo, clasicismo, populismo
- La fascistización: concepto y experiencia
- El ritmo histórico del fascismo español
- La estrategia del nacionalsindicalismo
- Falange de las JONS y el cambio de ciclo republicano en 1933
- Marginalidad o condición minoritaria del falangismo
- El nacionalismo católico de Falange
- Una contrarrevolución pendiente

FASCISMO, ANTIFASCISMO Y FASCISTIZACIÓN. LA CRISIS DE 1934 Y LA DEFINICIÓN POLÍTICA DEL PERIODO DE ENTREGUERRAS
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII

NACIONALSINDICALISMO Y CONTRARREVOLUCIÓN (1931-1936). LA RELEVANCIA DEL FASCISMO EN LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA
- ¿Un fascismo inexistente?
- De la memoria a la historiografía
- La relevancia del fascismo español
- El concepto falangista de revolución

El cambio de ciclo republicano
Crisis y revitalización del partido fascista en España
Del fracaso electoral a la realización política de Frente Nacional
Epílogo

SOBRE HÉROES Y TUMBAS. LA GUERRA CIVIL Y EL PROCESO CONSTITUYENTE DEL FASCISMO ESPAÑOL

LAS PECULIARIDADES DEL FASCISMO ESPAÑOL, por Ferran Galelgo y Francisco Morente

NOTAS

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de marzo se cumplieron diez años de la publicación del libro de Ferran Gallego *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)* (2014), una obra que, en cierto sentido, cierra un largo ciclo de debate iniciado medio siglo antes sobre la naturaleza de la dictadura franquista y sobre su controvertida relación con el fascismo clásico. Desde los seminales trabajos de Juan José Linz, todavía en los años sesenta de la pasada centuria, una gran cantidad de sociólogos, politólogos y, en las últimas décadas, sobre todo historiadores se han manejado en ese empeño, con diferente fortuna y acierto como es de sobra conocido. Desde la caracterización del franquismo por Linz como un régimen autoritario de pluralismo limitado a recientes aportaciones que recuperan esa interpretación desde una visión benevolente y blanqueada de la dictadura, son muchas y muy variadas las aproximaciones que se han hecho a la cuestión, incluyendo las que sitúan al régimen franquista como un régimen solo *parafascista*, más o menos *fascistizado* o inequívocamente fascista. Una parte de todas ellas, en nuestra opinión, se ha visto lastrada por una mirada reduccionista sobre el objeto de estudio al desconectarlo de su contexto histórico internacional —en lo que a otros ejemplos de proyectos fascistas se refiere— o, en el mejor de los casos, haciendo una somera referencia al mismo. Ciertamente, y por fortuna, no siempre ha sido así, y cada vez son más quienes en el ámbito historiográfico tienen asumido que no se puede discutir a fondo la relación entre franquismo y fascismo sin un amplio

conocimiento de la experiencia fascista en otros países, y singularmente, aunque no solo, en Italia y Alemania. Los trabajos que el profesor Gallego ha venido publicando en las últimas dos décadas son un ejemplo paradigmático de este enfoque.

Entiéndase que, al referirnos a la necesaria inserción del análisis del franquismo en el del conjunto de los fascismos de la época de entreguerras y de los años de la Segunda Guerra Mundial y de su posguerra, no estamos pensando en un ejercicio de taxonomía, tan abundante en los análisis sobre los distintos movimientos, partidos y regímenes que se asocian con el fascismo como, creemos, insuficiente para la adecuada comprensión del fenómeno. De hecho, seguramente esta opción metodológica ha generado más confusión que no claridad a la hora de identificar (o no) como fascista una concreta experiencia histórica. Y el franquismo sería, quizás, la *víctima* más importante de ese enfoque. En esa forma de proceder, una vez establecidas las características que definirían al fascismo *auténtico*, se trataría de comprobar si nuestro objeto de análisis las cumple o no y en qué medida. La primera dificultad se encuentra, claro está, a la hora de acordar el catálogo de la perfección fascista. El primer paso para ello es explicar qué se entiende por fascismo y qué lo define mejor, ¿el programa "revolucionario" de los fasci di combattimento de 1919 o la política concreta del régimen mussoliniano en la primera mitad de los años treinta, tras los acuerdos de Letrán?, por poner un ejemplo entre muchos posibles. A partir de ahí, las preguntas se disparan en una sucesión inacabable: ¿el biologismo político nazi y el fascismo son cosas diferentes, como sostienen destacados historiadores especialistas en la materia, o bien el nazismo es la forma "superior", más acabada del fascismo? ¿Resulta integrable una propuesta contrarrevolucionaria, ultraconservadora y profundamente católica en el fascismo, entendido este como movimiento moderno e incluso "revolucionario"? ¿Fue, de hecho, revolucionario el fascismo? ¿Y si moderno, en qué sentido?…

No hay más que atender a la gran variedad de preguntas (y de las correspondientes respuestas) que se han ido planteando entorno a la

caracterización del fascismo en las últimas décadas para comprender las limitaciones que se derivan de intentar etiquetar un caso concreto por comparación con una especie de tipo ideal de fascismo, de hecho, inencontrable en la realidad. El fascismo, en sus diferentes manifestaciones, solo es aprehensible desde el análisis del proceso histórico en el que se desarrolla y de las conexiones que cada caso tiene con experiencias similares y coetáneas, sin que exista una que pueda considerarse la paradigmática. Aplicado a la dictadura franquista, eso quiere decir que no se puede comprender su esencia ateniéndose exclusivamente a su configuración durante la guerra civil y, más específicamente, tras la finalización de esta con el triunfo de los sublevados en 1936 contra el Gobierno legítimo de la República. Es necesario, por el contrario, abordar la configuración del fascismo español al menos desde principios de los años treinta porque en ese proceso complejo, serpenteante, solo aparentemente minoritario y desde luego en absoluto fracasado (contra lo que quiere una opinión ampliamente extendida) es donde pueden encontrarse las claves para entender cabalmente la naturaleza del franquismo y su encaje en las experiencias fascistas de los años treinta y cuarenta del siglo XX.

Ese es justamente el planteamiento al que viene ateniéndose el trabajo de Ferran Gallego desde el cambio de milenio. En una serie de libros de inexcusable consulta (además del ya citado *El evangelio fascista*, su biografía de Ramiro Ledesma Ramos y otras cuatro obras colectivas en las que fungió de editor o coeditor), así como en una larga lista de artículos y capítulos de libro, el profesor Gallego ha ido construyendo una interpretación del fascismo español (y, con ello, también del régimen franquista) que se sale de la *mainstream* historiográfica de las últimas dos décadas. Lo ha hecho, sobre todo, desde la perspectiva de la construcción de la ideología y del discurso fascista, así como de la dinámica y dialéctica relación entre ideología, discurso y la práctica política y la representación social de la derecha contrarrevolucionaria de los años treinta en España. Pero lo ha hecho también, y ello es un elemento esencial de su trabajo, incluyendo el análisis del caso español en el del

fascismo europeo de su tiempo, con una especial atención al nazismo, del que Ferran Gallego es, en nuestra opinión, el más destacado especialista de la historiografía española, y para prueba, sus libros *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945* (2001) y *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo, 1919-1945* (2006).

Situar al fascismo español en la dinámica general de los fascismos europeos, lo que supone ampliar el marco más habitual de análisis sobre aquel, ilumina la escena de forma diferente a lo que estamos acostumbrados a presenciar. Permite, por ejemplo, cuestionar el extendido tópico del fracaso del fascismo español durante la etapa republicana por su condición de *latecomer*, es decir, por haber llegado tarde a la escena política, lo que le habría dejado sin espacio de crecimiento, ocupado como estaba el que habría sido su ámbito natural por otras propuestas ya consolidadas (la nacionalcatólica de Acción Popular (AP) y luego la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), el monarquismo reaccionario de Renovación Española, el tradicionalismo…) o el de la irrelevancia del falangismo en las vísperas de la guerra civil por los magros resultados obtenidos en las elecciones de febrero de 1936. Y es que, si se atiende a la dinámica europea, se verá rápidamente que, antes de 1930, solo en Italia el fascismo había sido capaz de constituirse en la opción política dominante y hegemónica del campo contrarrevolucionario. No lo había hecho, sin embargo, en ningún otro país donde más adelante llegaría a ser una propuesta ganadora. Ni siquiera en Alemania, donde, no debe olvidarse, en las elecciones de 1928 el partido nazi, tras casi una década de existencia, obtuvo unos resultados tan decepcionantes para sus aspiraciones como los que obtendría Falange Española de las JONS en las elecciones de febrero de 1936.

Precisamente el análisis a fondo de lo que ocurrió en Alemania entre las elecciones de 1928 y las de 1930, y luego entre estas y las dos celebradas en 1932, permite apreciar la forma en la que un partido marginal en el sistema político alemán fue capaz en muy poco tiempo de convertirse en la gran fuerza contrarrevolucionaria sobre la base de

absorber una parte de la clientela electoral de otras fuerzas antirrepublicanas, convertir su propuesta ideológica y política en un polo de atracción para los simpatizantes de sus competidores de campo y, de esta forma, favorecer un proceso de convergencia (ideológica e incluso programática, pero no orgánica) de sujetos políticos diferentes que dieron prioridad a todo lo que compartían, que era mucho, por encima de lo que les diferenciaba, que no era tanto ni, sobre todo, sustantivo, en un momento de gravísima crisis política, social y económica y con el objetivo último de destruir la democracia y dar paso a un nueva forma de estado. Ese proceso, que fue más de bases sociales y políticas que no de cúpulas de los partidos del momento, constituye un ejemplo de cómo Ferran Gallego entiende el concepto de *fascistización*, lejos, como se ve, de otras interpretaciones del mismo que ponen el foco en los fenómenos de identificación de ciertos partidos de la derecha antiliberal con determinados aspectos (la violencia, la paramilitarización de la política, los símbolos y rituales, etc.) del fascismo, y de la atracción de sus bases (y, en última instancia, de su "captura") por el programa y la práctica política fascistas. Dicho de otra manera, en aquella interpretación, la fascistización es un proceso de confluencia de diferentes sujetos políticos del espacio contrarrevolucionario que cristaliza en el fascismo de masas realmente existente, y no, como frecuentemente se entiende, la asunción por parte de grupos de la derecha radical de la retórica, la simbología y los rituales del fascismo, que puede acabar (o no) en la adhesión al programa del partido fascista, ya plenamente elaborado y con su perímetro perfectamente definido, por parte del conjunto del espectro de la derecha antidemocrática, que se vería representado por esa propuesta y ese partido de forma mejor, más clara y contundente que por sus propias organizaciones de origen.

Lo que está implícita en esta interpretación es la idea de que, en un determinado momento de su gestación (como fue el caso de los dos últimos años de la Segunda República antes del inicio de la guerra civil), el campo del fascismo va mucho más allá de los estrechos límites del propio partido fascista y desborda las fronteras hasta entonces existentes

entre las organizaciones de la derecha radical. A nadie se le escapa que el peso de Falange en la vida política en 1935 y 1936, en lo que se refiere a su proyecto y sus propuestas, era mucho mayor de lo que cabría esperar de una organización con muy escasa presencia institucional y un número realmente bajo de electores. En caso contrario resultaría muy difícil explicar lo que ocurre durante la primavera y el inicio del verano de 1936 en cuanto a crecimiento de la organización, incluso en situación de clandestinidad, así como la articulación en 1937 del partido único de los sublevados contra la República, precisamente con la Falange como eje principal. De hecho, y como ha puesto de manifiesto en alguno de sus textos el profesor Gallego, la guerra civil fue el auténtico momento constituyente del fascismo español, mucho más que los años en que se crean las primeras organizaciones fascistas en España (el grupo de *La Conquista del Estado*, las JONS, la propia Falange). Y fue así porque la guerra aceleró el proceso de fascistización que se venía dando en la derecha radical desde octubre de 1934 y facilitó la emergencia de un liderazgo crecientemente incontestable y carismático, el del general Franco, que estuvo en condiciones de precipitar en una sola organización fascista (porque sí, FET y de las JONS fue un partido fascista, no solo fascistizado) el conglomerado de partidos y grupos ideológicos que habían secundado el golpe militar de julio de 1936 dotándolo de la base de masas que una guerra civil con carácter fundacional de un nuevo orden político e ideológico necesitaba.

En definitiva, el fascismo, cuando deviene movimiento de masas, hay que entenderlo como el resultado de un complejo proceso histórico, como síntesis del conjunto del espacio de la contrarrevolución, y, por tanto, como una propuesta no monolítica ni homogénea, sino diversa, frecuentemente conflictiva e incluso contradictoria, articulada, claro está, en torno al partido y el programa fascista inicial, pero con presencia de ideas políticas, dirigentes y bases sociales procedentes de otros espacios que, en su momento, incluso pudieron ser rivales del movimiento fascista originario. Eso vale para el fascismo italiano, para el nazismo y para el franquismo. Un buen análisis de la creación, desarrollo y articulación del

partido y, luego, del régimen fascista en Italia y Alemania se topa inmediatamente con esa diversidad. Tanto en los grupos y sujetos que confluyen en la gestación de la organización originaria, como en quienes a lo largo del viaje de consolidación (muy corto en Italia, bastante más largo en Alemania) van sumándose al proyecto, y, por supuesto, entre quienes se adhieren al partido y al régimen cuando este es ya de masas y se ha consolidado plenamente. No existió un régimen fascista italiano monolítico, como no lo fue tampoco el Tercer Reich. Y ambos regímenes —y de forma sangrienta, el alemán— vivieron importantes crisis internas entre sectores que procedían de orígenes políticos e ideológicos inicialmente diferentes —e incluso enfrentados—, y en ambos hubo ejemplos abundantes de fascistas y nazis más feroces que nadie, y que en absoluto se hubieran identificado como tales antes de 1922 —e incluso de 1925— en Italia o de 1933 en Alemania.

Desde esta perspectiva, el franquismo permite ser observado de una forma diferente a como ha sido frecuente en las últimas décadas. Y resulta más difícil separarlo de la experiencia fascista europea de su época como un régimen solo parcialmente emparentado (y en algunas interpretaciones, poco más que contaminado) con ella, emergiendo, por el contrario, como un ejemplo claro de proceso de fascistización y de la creación de un régimen netamente fascista durante los años de la guerra civil y la posguerra españolas. Y al final, la comprensión de la naturaleza del franquismo nos ayudará, como ha escrito más de una vez el propio profesor Gallego, a entender mejor la propia esencia del fascismo (a secas, sin adjetivo alguno).

Lo señalado hasta ahora no agota ni mucho menos la aportación que Ferran Gallego ha hecho al estudio del fascismo, y no solo al español. Si algo caracteriza su obra es la amplitud de su mirada y de sus intereses, que le ha llevado a explorar otros territorios aledaños al de su objeto de estudio principal. Dan buena cuenta de ello sus trabajos pioneros sobre la propuesta nacional y revolucionaria del populismo boliviano en las décadas centrales del siglo XX, sus penetrantes análisis sobre la transición española (*El mito de la transición. La crisis del franquismo y los*

orígenes de la democracia (1973-1977), 2008), y sus obras sobre la evolución del fascismo tras la Segunda Guerra Mundial en Alemania, Italia, Francia y, por supuesto, España —entre otras, *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia* (2004); *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha, 1945-2004* (2005); *Una patria imaginaria. La extrema derecha española, 1973-2005* (2006)—.

Llegado al punto final de su carrera universitaria (solo en lo que tiene que ver con vinculaciones contractuales, que nunca suponen el final de un auténtico trayecto académico e intelectual), la obra realizada es inmensa y el valor y la influencia de esta va aumentando con el paso de los años. Mucho tiene que ver con ello, en nuestra opinión, la forma de entender el oficio de profesor y la tarea del historiador que tiene Ferran Gallego. Quizás perteneciente a otra época, sea esto dicho como elogio, en la que la prisa por todo y el exceso de papeleo que ahora nos abruma no campaba aún por sus respetos, lo que favorecía el trabajo reposado (no por ello menos intenso y sí, sin duda, más reflexivo), las lecturas oceánicas (y no solo de historia) o la atención, sobre todo, a lo que se escribía y algo menos al lugar donde se publicaba. Una forma de entender la historia y la vida en la que el interés por la literatura, el cine, la filosofía y la política no puede separarse del que se tiene por el propio campo de especialidad. Y en la que esos intereses diversos y cruzados se trasladan a los textos, pero también a las clases, en las que los estudiantes son tratados como adultos, sin insultar su inteligencia rebajando contenidos o privándolos de referencias culturales ricas y diversas por temor a que no sean capaces de seguir el hilo conductor que el profesor les propone. Miles de estudiantes que han disfrutado durante más de tres décadas del hacer como profesor universitario de Ferran Gallego pueden dar fe de lo que aquí se dice.

Sin embargo, nada de ello tendría al final demasiado valor si no hubiese ido acompañado de las grandes dosis de generosidad intelectual que cualquiera que haya tratado al profesor Gallego conoce bien. Siempre dispuesto a compartir ideas, a descubrir lecturas, a sugerir temas, explicaciones, fuentes…, muchas de ellas localizables en su legendaria

biblioteca, abierta siempre a amigos, conocidos, saludados y, sobre todo, estudiantes. Por fortuna, las ineludibles exigencias de la legislación nos podrán privar de su presencia cotidiana en el pasillo del departamento, pero no de su magisterio, de su incontenible ironía y de su amistad.

Los textos que aquí se presentan se ocupan con notable detalle de las cuestiones historiográficas comentadas más arriba. En su conjunto permiten tener una idea clara de los orígenes ideológicos y políticos del fascismo español, de su desarrollo durante los cinco años en paz de la Segunda República, del proceso de fascistización que se inicia en la etapa final de la misma, especialmente a partir de octubre de 1934, y se despliega con toda su fuerza y con enormes dosis de violencia durante la guerra civil y culmina con la instauración de un régimen fascista a caballo de la guerra y de los años que presenciaron el intento de construir un nuevo orden (fascista, por supuesto) en Europa, al que el régimen del general Franco contribuyó con entusiasmo e ilusión, al menos hasta que la suerte de la guerra mundial se vio que no iba a corresponder a las potencias del Eje.

Excepto el primero, "La contrarrevolución pendiente", que es inédito, los demás textos han sido publicados en diversas obras colectivas y constituyen jalones determinantes en la reflexión del profesor Gallego sobre el fascismo español en los años treinta y cuarenta del pasado siglo. Para la ocasión, se ha hecho una revisión de los textos y se han unificado los sistemas de cita, pero no se ha modificado su contenido ni se han actualizado las referencias bibliográficas. La pretensión de este volumen es dar cuenta de un proceso de reflexión y análisis sobre el fascismo español desarrollado a lo largo de varios años, y que podrá entenderse mejor en toda su complejidad, evolución y riqueza de matices, atendiendo a lo que el autor fue publicando en cada momento en ese *work in progress* que culmina en *El evangelio fascista* y tiene su coda en el texto que abre este volumen. Ese trabajo se ha desarrollado en el marco de cuatro proyectos de investigación consecutivos financiados por el Ministerio de Ciencia español (en sus variables denominaciones) y en el seno del Grup

de Recerca República i Democràcia (GERD), del que es continuador el actual Grup de Recerca en Guerra, Radicalisme Polític i Conflicte Social (GRECS), ambos de la Universitat Autònoma de Barcelona, y reconocidos como grupos consolidados por la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca, de la Generalitat de Catalunya.

Anotamos a continuación la procedencia de los textos anteriormente publicados y agradecemos a las diferentes editoriales el permiso concedido para esta nueva publicación.

- "Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras", en Alejandro Andreassi y José Luis Martín Ramos (coords.), *De un octubre a otro: revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, Ediciones de Intervención Cultural, S. L./El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354.
- "Nacionalsindicalismo y contrarrevolución (1931-1936). La relevancia del fascismo en la Segunda República española", en Francisco Morente, Jordi Pomés y Josep Puigsech (eds.), *La rabia y la idea. Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 173-202.
- "Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español", en Francisco Morente (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268.
- "Introduction. The Peculiarities of Spanish Fascism", en Ferran Gallego and Francisco Morente (eds.), *The Last Survivor. Cultural and Social Projects Underlying Spanish Fascism, 1931-1975*, Brighton & Eastbourne (UK), Sussex Academic Press, 2017, pp. 1-26.
-

Francisco Morente y Joan Pubill Brugués
Grup de Recerca en Guerra, Radicalisme
Polític i Conflicte Social (GRECS)
Universitat Autònoma de Barcelona

LA CONTRARREVOLUCIÓN PENDIENTE

LA REVOLUCIÓN PENDIENTE

"Esto de que España viva así, esto de que no tenga ningún interés histórico que cumplir en la vida universal y esté manteniendo por debajo un régimen social totalmente injusto, es lo que hace que España tenga todavía pendiente su revolución". La revolución pendiente. El debate parlamentario de junio de 1934 permitió a José Antonio Primo de Rivera invocar por primera vez este concepto en un acto público. Ya se había referido a él, aunque de una forma más ligera, respondiendo al reproche y a la alarma de algunos de sus amigos ante su uso frecuente de la palabra *revolución*. Les aseguraba que nada tenía que ver esta idea con la algarada o la revuelta callejera, sino con la voluntad de afirmar el orden sobre valores sólidos. La verdadera revolución era el impulso destinado a devolver a España la perspectiva de una gran empresa común, rompiendo "las dos losas" que impedían su realización: la injusticia social y la falta de la conciencia de una misión histórica. La revolución no había dejado de tener actualidad desde 1931, y solo cabía sucumbir al desastre de una inmensa disolución nacional, en el caso de que otros fueran sus ejecutores, o encauzar las energías despertadas en los últimos años por el camino de una auténtica y aplazada revolución española. Aunque sus amigos, "que ahora se asustan de un vocablo", prefiriesen "confiar en la política boba de 'hacerse los distraídos' ante la revolución pendiente"[1].

En el escenario de las Cortes, el tono irónico y condescendiente del artículo se adensó y dramatizó en una extensa argumentación, oficiada

con la envergadura retórica habitual en el orador: la de un llamamiento a los españoles en una coyuntura crucial de su experiencia histórica. La reproducción del discurso en el semanario *F.E.* titulaba "la revolución pendiente" el apartado central de la pieza oratoria, tras el dedicado a "la frustración de la Dictadura", y precediendo al encabezado por "la frustración de la República"[2]. El concepto se exponía, de este modo, más en su significado de una síntesis histórica, superadora de ambiciones y posibilidades defraudadas sucesivamente, que en el de una negación política e ideológica del hecho revolucionario del 14 de abril. Corregía lo que la propaganda del primer fascismo de 1931 había invocado, cuando se exhibieron los límites generacionales de un republicanismo español controlado por "caudillos viejos, de poltrona y de café"[3]. Matizaba, también, la mayor templanza restauradora que el grupo de Onésimo Redondo impuso desde Valladolid al brío inicial de *La Conquista del Estado*. La defensa de la revolución "hispánica" e "imperial", frente a la profunda timidez o "escasa actualidad" del nuevo régimen, pasaba a encauzarse, en 1934, en una afirmación de la continuidad entre las ilusiones perdidas de la etapa dictatorial y las promesas extraviadas del periodo republicano. Pero la corrección también actuaba en otro sentido: aliviaba las actitudes primeras de buena parte del grupo de fundadores de Falange, cuya carrera política se había iniciado tratando de formular un proyecto neoconservador para la derecha radical española: en la Unión Patriótica, en la Unión Monárquica Nacional y en otras plataformas de partido o ámbitos de opinión. El discurso de la recién formada FE de las JONS había de lograr la integración de todos sus componentes, lo que permitiría que el proyecto político diera coherencia a las trayectorias diversas de sus miembros.

A esa necesidad de cohesión interna ha de sumarse otro aspecto esencial, que vertebró la doctrina y la estrategia del fascismo español en el segundo bienio republicano: la construcción de un partido con capacidad para representar las aspiraciones de la juventud de clase media, nacionalista y católica —aunque no clerical— española. No se trataba de un objetivo inédito, pues este había sido el singular y vano

esfuerzo propagandístico del nacionalsindicalismo en los primeros tiempos de la República. Pero era un horizonte mucho más accesible en 1934, cuando a la parálisis de la derecha en los inicios del nuevo régimen había seguido la construcción de una gran organización de masas —la CEDA—, la fijación de la resistencia monárquica en un espacio neotradicionalista —Renovación Española—, la ampliación y dinamización del más veterano de los proyectos contrarrevolucionarios —el carlismo—, y la consolidación de un ámbito editorial para dar vuelo intelectual y prestigio literario a la propaganda del monarquismo antiliberal alfonsino —*Acción Española*—. Para ambos objetivos —el de la necesaria integración del grupo dirigente y la búsqueda de un arraigo social y cultural concreto, localizados ya en pleno proceso de fascistización acelerada—, el concepto de *revolución pendiente* era un dispositivo ideológico de singular eficacia.

Era, en efecto, una fórmula feliz, porque lo que expresaba era la persistencia de una posibilidad aún no consumada. Más que por su aptitud para interrumpir la historia, la revolución se definía por su capacidad de recuperarla. Era una revolución nacional que se encontraba al acecho, a la espera de que un liderazgo joven pudiera recobrar su impulso y sus objetivos cuando las circunstancias volvieran a demandarla y propiciarla. Sin mencionar de forma literal la "revolución pendiente", se aludió a este aspecto esencial de su carácter en todas las ocasiones en que el falangismo hubo de definir la naturaleza de su proyecto. Pero si la expresión concreta no fue frecuentada con tanta asiduidad como podría hacerlo sospechar su prestigio posterior, adquirió una exposición solemne y radical en la primavera de 1935. Tras la escisión de Ledesma, Primo de Rivera quiso exponer con una mayor contundencia la afirmación revolucionaria de FE de las JONS, saliendo al paso de las pretensiones del zamorano de encarnar la jefatura del auténtico e intransigente nacionalsindicalismo. "La alegría del 14 de abril, una vez más, era el reencuentro del pueblo español con su vieja nostalgia de la revolución pendiente", dijo José Antonio en el que luego fue conocido como el *Discurso sobre la revolución española*. "El recobrar el sentido nacional y el

asentar a España sobre una base social más justa eran las dos cosas que implícitamente prometía (así lo entendió el pueblo al llenarse de júbilo) la llamada revolución del 14 de abril". Reconociendo esa aspiración unificadora en la proclamación de la República, el falangismo la proponía como un momento más de toma de conciencia del pueblo en torno a un proyecto nacional español, entre cuyos sucesivos antecedentes figuraba —aunque no se mencionara en este discurso— el golpe del 13 de septiembre de 1923. A falta de una referencia concreta al régimen de Miguel Primo de Rivera, se proponía la cancelación definitiva de la monarquía liberal, a la que se acusaba de no poder disponer, en el momento de su caída, de la plenitud y unidad de mando de la que dispuso aquella otra monarquía, la tradicional e imperial, "instrumento histórico de ejecución de uno de los más grandes destinos universales". Despojada del vigor último que, según tantas evocaciones anteriores del fundador de Falange, le había proporcionado el esfuerzo revitalizador de la dictadura, "la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió, como cáscara muerta, el 14 de abril de 1931"[4].

En esta cadencia de frustraciones, el fracaso o el error de cada episodio importaba menos que su complementaria insuficiencia histórica. La oposición nacionalista a la República no se exhibía contra un exceso de fervor revolucionario, sino contra un defecto de ambición española. Tal perfil se ajustaba bien a las inquietudes culturales de un sector de la juventud y a la forma en que este percibía las fracturas y desafíos de los primeros años treinta. La defensa de un patriotismo crítico —"nosotros amamos a España porque no nos gusta"— y los ataques a la blanda emulación del fascismo de la Juventud de Acción Popular –"con todo lo que se quiera menos con el valor juvenil y revolucionario y fuerte que han tenido siempre las juventudes fascistas"— podían encarnar la síntesis entre tradición y rebeldía de quienes mezclaban su ánimo religioso y patriótico con el impulso movilizador que había ido creciendo en el seno de la experiencia republicana, a favor o en contra del régimen. En el prólogo a uno de los pocos textos sobre la experiencia falangista que se publicó antes de la guerra, Primo de Rivera había de destacarlo con

especial claridad y lucidez:

> He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan. […] En la coyuntura, unos esperaban hallar el remedio echándolo todo a rodar, salga lo que salga, en una actitud típica de las épocas fatigadas, degeneradas […]. Otros, con un candor risible, aconsejaban a guisa de remedio la vuelta pura y simple a las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un *estado* y no un *proceso* […].
>
> Entre una y otra de estas actitudes se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la revolución —no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con pulso firme al servicio de una norma— y la tradición —no como remedio, sino como sustancia, no con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias—. Fruto de esta inquietud de unos cuantos nació la Falange[5].

LA REVOLUCIÓN COMO SÍNTESIS HISTÓRICA

Con su atractiva mezcla de conservación y transformación; con su manera tranquilizante y seductora de defender un orden de valores tradicional actualizándolo con una poética revolucionaria, había de recordar Dionisio Ridruejo la reputación falangista en un sector muy preciso de la sociedad española anterior a la guerra civil. En las "Explicaciones" anotadas en 1961 al comienzo de *Escrito en España*, Ridruejo escribió una severa valoración de su compromiso con el fascismo español, apuntando los motivos que llevaron a una generación y a una clase social como la suya a militar en la Falange republicana:

> Era yo —y soy aún— hombre serenamente religioso y liberalmente creyente, sin muchas inclinaciones místicas y con la punta de anticlericalismo que lleva consigo todo español que no cojea del pie contrario. En consecuencia, me molestaba el estilo de beatería dominante en la oposición derechista, que era lo que tenía más cerca, pero me repugnaban también los alardes trivialmente blasfematorios […]. En términos intelectuales, e incluso éticos me atraía el socialismo la idea de la gran reforma igualitaria del mundo. Pero afectiva y estéticamente y por la fuerza de muchos prejuicios de difícil solución, me sentía

> ligado a "mi" ambiente, el de la pequeña burguesía inmovilista y medrosa que por entonces se soltaba el pelo con todas las monsergas del patriotismo sacralizado. Diría que mi afectividad y mi inteligencia pendulaban inquietantemente y me pareció como hecha a mi medida aquella Falange que, con excesiva sencillez, venía a decir que "ni derechas ni izquierdas, sino todo junto": sagradas tradiciones y revolución igualitaria[6].

Es más que dudoso que una "revolución igualitaria" caracterizase el proyecto político falangista. Pero se entiende lo que con este concepto quería decir Ridruejo, tratando de acercarnos a la cultura fascista, tan proclive a ensalzar un orden de armonía jerárquica como a denunciar lo que a sus ojos era el desamparo y el individualismo de la sociedad liberal. En cualquier caso, la perspicacia del testimonio nos sirve para atinar con los motivos de aquella juventud formada en los valores conservadores de un mundo burgués y pequeño, enfrentada a las amenazas de una sociedad en peligro, y movida ya por la conciencia de una necesaria y singular intervención.

Pocos años antes, cuando el falangismo intentaba despejar la contaminación del fascismo europeo, haciendo del nacionalsindicalismo la respuesta de la juventud española a una crisis estrictamente nacional, Pedro Laín Entralgo quiso dar una perspectiva histórica más ambiciosa a esa militancia. En *España como problema* —que culminaba en el verano de 1948 un ciclo de textos referentes a la cultura española entre la Restauración y la sublevación de 1936—, presentaba la guerra civil como momento de ruptura e inauguración, superador de los términos de un bloqueo nacional. Desde la crisis del 98, un nutrido grupo de intelectuales había intentado despejar la estéril pugna entre un progresismo de escaso fuste patriótico y un tradicionalismo incongruente con los desafíos de la modernidad, cuyas utopías opuestas —la del "hidalgo secularizado" y la del "hidalgo anacrónico"— se habían enfrentado en las guerras civiles del XIX. "Las dos son absolutamente inconciliables. […] Las dos tesis son, además, irreductibles a proyecto histórico"[7]. Para Laín, los jóvenes nacionalistas españoles de la República, los que podían asumir la denominación unamuniana de

"nietos del 98", se habían encontrado ante el mismo dilema que se había intentado sortear o deshacer por los mejores intelectuales, de Menéndez a Ortega, pasando por la generación finisecular:

> Vimos complicada nuestra personal deficiencia con el imperativo de una opción dramática: a un lado, la afirmación católica y nacional; a otro, la pura negación de esos dos principios o la afirmación de otros que los excluían *a limine*. [...] Solo un camino vimos muchos abierto: intervenir con alma limpiamente católica y anchamente nacional en la ya iniciada tragedia de España; intentar resolver —con ánimo más generoso y resuelto que nunca, pensamos— el problema de España[8].

La meditación de Laín colocaba la síntesis fascista como resolución de lo que no había podido ser superado ni en los conflictos armados del XIX, ni a través de la honda labor crítica desarrollada por las generaciones del 98 y del 14. La "opción dramática" a la que se refería estuvo muy lejos de ser vista —y, desde luego, resuelta— con la misma actitud por todos los jóvenes españoles de 1936. Pero, aceptados los términos excluyentes en que se describía la perspectiva de sus compañeros de generación, Laín solo podía prescribir como solución lo que él mismo había diagnosticado como problema: la opción nacional y social, pero entendida siempre como afirmación nacional y católica. La elección de campo desmentía un proceso de nacionalización superador del sombrío antagonismo de dos culturas imperfectas, de dos Españas dolorosamente opuestas. Dejando aparte su lírica originaria, la síntesis falangista no pretendía reunir a todos los españoles en una misma conciencia nacional, sino vertebrar a toda la derecha antirrepublicana en un mismo proyecto político. La "opción dramática" era el reconocimiento de la vigencia de las dos Españas en conflicto radical. Era, también, la manifiesta voluntad de ganar la hegemonía en aquella España por la que se había tomado partido.

Contemplada desde las estribaciones culturales del Estado que construía la victoria, la coyuntura de 1936 proponía una adecuada calificación histórica de las ilusiones integradoras de la "revolución pendiente", cuyo territorio moral brotó en los valores tradicionales y la comezón reformista de un sector de la juventud nacionalista de clase

media, y cuya plenitud se desplegó en el espacio actualizado de la contrarrevolución. Cuando se conmemoraba el segundo aniversario de la sublevación, y un año después de que Falange se hubiera convertido en el partido integrador de todas las fuerzas alzadas en julio de 1936 contra la República, Raimundo Fernández Cuesta procedía también a contemplar esa función de síntesis histórica otorgada al nacionalsindicalismo, pero haciendo de ella ya no la superación del conflicto secular entre izquierdas antinacionales y derechas antisociales, sino dejando ver que el 18 de julio era reagrupación y consumación de todas las resistencias opuestas al curso de la revolución desde tiempos de la Reforma protestante:

> La Reforma protestante, las guerras religiosas, el naturalismo rusoniano y los abusos del régimen capitalista, y el determinismo materialista de Marx, y las diversas maneras de reaccionar que contra ellos ha habido, no son otra cosa que expresiones diversas de aquella contienda, acomodados, claro es, a los tiempos y a las circunstancias. El 18 de julio de 1936 España hizo suya la síntesis política armonizadora de aquellas dos constantes de que os hablo: síntesis repleta de contenido y sustancia nacional, libre de la filosofía política de los llamados "derechos del hombre" […]; pero libre también de versiones panteístas de tipo comunista, porque si para nosotros las actividades del hombre como ciudadano no pueden existir fuera y menos en contra del Estado, estamos muy lejos de divinizarlo y de afirmar que sobre él nada puede existir. […] Fue un grito de reconquista. Tradicional, en cuanto quería empalmar con las auténticas raíces españolas que estaban soterradas, y nuevo en cuanto quería encontrar cauces por donde esas raíces pudieran extenderse[9].

Tal visión idealizada de la "revolución pendiente" como descarte de impurezas del pasado y superación de antagonismos artificiales no hubo de esperar a la perspectiva política y los ajustes biográficos de la posguerra. El primer fascismo español proclamó ya ese ajuste de cuentas con la historia, que sobrepasaba las condiciones del ciclo más corto de la crisis política española. En 1932, Ernesto Giménez Caballero publicaba el libro canónico en este campo, *Genio de España*, cuyas apreciaciones pueden considerarse un significativo antecedente de esa mirada lanzada por Laín hacia la circunstancia histórica en que se encontraron los jóvenes nacionalistas y católicos españoles que habían nacido con el

siglo. El libro era una reivindicación del 98, haciendo de esta fecha un área simbólica de rotación intelectual, desde donde podía remontarse hasta los primeros indicios de la decadencia española, o desde la que se podía descender hasta los últimos instantes de la crisis nacional. La historia de España, desde Westfalia hasta la República, era interpretada por una secuencia de diversos "98", entendiendo por ellos, más que las circunstancias políticas de derrota o disolución española, la toma de conciencia y la respuesta cultural que se había dado a las mismas. Importaban menos los hechos catastróficos que sus efectos espirituales: "Lo que nos importa es señalar el 'grito' de un alma nacional al sentir entrar en agonía a su cuerpo histórico"[10]. Desde el primero de los "98", la paz de Westfalia, la nación no había dejado de romperse en una alternativa insatisfactoria, una escisión entre dos Españas, la "tradicional" y la "reformista". En buena parte, el libro estaba dedicado a una crítica muy dura de Ortega, precisamente por la admiración y las esperanzas que había despertado como continuador de la queja patriótica de los escritores de final de siglo. Ortega había acabado por ser uno más de los pensadores ambiguos, híbridos, de bastardía intelectual que, en lugar de superar, reflejaban las rupturas que padecía la historia española desde la derrota imperial. El filósofo madrileño había frustrado las posibilidades de la constitución nacional que había invocado, con tanto éxito y lucidez como inconsecuencia, en *España invertebrada* (1921). Su falta de valor, impidiéndole llevar hasta el final sus análisis, había impedido que entre los méritos de su liderazgo se encontrara la anulación de las escisiones en que había sumido a España la modernidad: "El cruzamiento de un mundo medieval, católico y trascendente con un mundo herético, individualizado y materialista, de un mundo que odia al Dios y al César. […] Y ese *drama de lo moderno* […] se acentúa cuando estos pueblos *quieren volver sobre sí mismos sin dejar de ser modernos;* es decir, cuando quieren un día *fabricarse un nacionalismo,* una *resurrección genial, de orígenes, de raíces*"[11].

La vuelta de la nación sobre sí misma, que sería tantas veces invocada por José Antonio Primo de Rivera como carácter propio de un movimiento

universal, solo podía producirse descartando experiencias incompletas y ejemplares, entre ellas las del 13 de septiembre y el 14 de abril. El signo de los tiempos era la integración de elementos que solo la inclinación moderna a la bipolaridad vivía como antagonismo: trabajo y capital, individuo y comunidad, nación y cosmopolitismo, libertad y jerarquía, historia y misión, elite y pueblo, Occidente y Oriente. Lo habían hecho potencias diversas en el mundo, y a España correspondía encontrar en su propia plenitud histórica del pasado las raíces de un camino que llevaba a la Roma fascista. El fascismo como síntesis, el fascismo como unidad, el fascismo como regeneración. Al fascismo y a su afirmación en España había de corresponder el encuentro entre la vieja romanidad unitaria y la irrupción germánica disolvente, que la Contrarreforma había tratado de resolver en un solo impulso unitario en el siglo XVI[12].

El significado de esta llegada a la madurez política de una generación de posguerra, capaz de superar el antagonismo de dos visiones reductivas de la herencia y la empresa nacional española, había sido definido políticamente por Ramiro Ledesma, sin duda el dirigente fascista más sensible a la pulsión juvenil de la revolución, inspirado por las movilizaciones universitarias del final de la monarquía y por la difundida sensación de estar en vísperas de un gran acontecimiento nacional. Desde el inicio de su vida pública, Ledesma quiso aportar a los problemas de España la solución totalizadora del nacionalsindicalismo, en una perspectiva ajustada a las exigencias del análisis político y de la eficacia estratégica, y ajena a las ensoñaciones esteticistas de una vanguardia literaria cuya inutilidad había denunciado a fines de la década anterior. Las primeras 20 páginas de su *Discurso a las juventudes de España*, publicado a las pocas semanas de su marcha de FE de las JONS, se dedicaron a fundamentar la inmediatez de la revolución con un apretado balance del pasado español. El fundador de las JONS también proponía la rectificación de un largo proceso, caracterizado por la derrota del imperio y la posterior incomparecencia histórica de España. Una España que no había logrado superar el estupor provocado en el siglo XVII por la derrota a manos de potencias más fuertes en lo técnico y lo económico —no en lo

espiritual—. Una España, además, a la que ni siquiera la movilización popular de la guerra de la independencia llevó a un nuevo nivel de integración nacional y de afirmación universal en el mundo contemporáneo.

En todo el siglo XIX se representa el doble drama de unas fuerzas que trataban de resucitar y defender la tradición de España, desconociendo de hecho su antecedente, el imperio, y de otras que pretendían liberarse de esa tradición, inaugurando un futuro revolucionario. Ni las primeras podían restaurar en serio la antigua grandeza española ni las segundas hicieron revolución de ninguna clase.

Los católicos tradicionalistas, "apiñados junto a las iglesias, no podían aspirar sino a una actitud estática, de conservación, de defensa". Los liberales, moderados o progresistas, "se enredaron en una serie de doctrinarismos abstrusos que bordeaban hasta la traición nacional, y no consiguieron la colaboración de las masas populares"[13]. Juan Aparicio proclamó en la revista teórica del partido fascista español que "el jonsismo ha nacido con españoles verdaderos contra las dos mitades incompletas del siglo XIX. Está harto y exasperado por la agonía española, por la agonía de un siglo aborrecible"[14]. Para Ledesma, los jóvenes españoles hallaban ante sus ojos el resultado último de ese conflicto irresoluble y la sucesiva frustración de los esfuerzos realizados para superarlo. Entre tales empeños se encontraba, claro está, el que llevó adelante la dictadura. Y entre dichos intentos se hallaba, también, la República: "La similitud de las dos fechas, 13 de septiembre de 1923 y 14 de abril de 1931, salta a la vista de modo notorio. En ambas el pueblo español desertó de su deber de henchirlas con su signo propio, y quedó pasivamente al margen". Los objetivos de la revolución nacional pendiente no podían ser asumidos por los intelectuales que llegaban "al absurdo de creer una equivocación nuestra historia entera". Ni podían defenderse por el separatismo disgregador, ni por los marxistas —"ajenos a la naturaleza del problema"—, ni por el liberalismo republicano, débil y transigente. La República debía ser considerada "el final de una era, la culminación de una decadencia política. Y no una aurora, ni un

comienzo, ni una inauguración fértil de nada". Y ello deponía cualquier potencial del 14 de abril para "servir de punto de arranque de la revolución nacional que España hará forzosamente algún día"[15].

La oscilación de dos actitudes incompletas sobre las que había de imponerse una síntesis suprema, de plenitud histórica española, ya la había limitado el fundador de las JONS en 1933 a la construcción de una estrategia y, por tanto, a la relación entre una aristocracia revolucionaria y una indispensable movilización popular. La revolución nacional podía llevarse a cabo en el momento en que las circunstancias políticas de la dictadura y de la República habían expresado sus insalvables limitaciones y cuando habían abierto los ojos de los españoles a las sucesivas debilidades del Estado y al grave riesgo de la revolución marxista:

> No existía firmeza alguna en nada desde donde iniciar con éxito las voces de guerra ni conocía nadie la existencia concreta de un enemigo cercano a quien batir. Todo ha variado felizmente, y nosotros no interpretamos la dictadura militar de Primo de Rivera y la victoria premarxista a que hoy asistimos sino como episodios de análogo estilo, que preparan sistemática y rotundamente las circunstancias españolas para que sea posible organizar el triunfo de una revolución nacional[16].

Lo que Laín revisaba como "opción dramática" de los jóvenes españoles, obligados a cumplir el deber de una generación inspirada por los debates intelectuales de los 40 años previos a la guerra civil, se había presentado por Ledesma como propuesta de una tercera cosa, una tercera tendencia, algo que lograse de un lado la eficacia constructiva, nacional y poderosa que la burguesía demoliberal no conseguía ni podía conseguir; y de otro, que dispusiese de vigor suficientemente firme para batir al marxismo en su mismo plano revolucionario y violento[17].

Y la elección de campo, tres años antes de que se produjera la sublevación de 1936, venía determinada por la disposición del fascismo a asumir un espacio que la derecha había descuidado "traicionando así el deber en que se hallaban de favorecer la presencia de una nueva política, del tipo y carácter de la que hoy aparece en todo el mundo triunfal y

victoriosa"[18]. Poco antes de que se produjera la unificación entre las JONS y Falange, y precisamente al afirmar el carácter más radical de su partido, defendía la necesidad de apoyarse en una desnortada "pequeña burguesía que se movilizó por la República democrática y puso sus esperanzas en ella", ofreciéndole el cumplimiento "de su propio destino, que es en muchos aspectos el de impedir la revolución socialista"[19].

Esta elección de la primacía de la política no suponía que Ledesma careciera de esa sensibilidad cultural en la que el fascismo deseaba verse como inductor y protagonista de una tarea de rescate histórico de la nación. Sus análisis estratégicos siempre se acompañaron de la asunción por las JONS de su empresa originaria: rehacer la trayectoria imperial de España, embrutecida y frustrada desde su expulsión del protagonismo en el mundo moderno.

> La agitación intelectual del partido girará en torno al tremendo hecho histórico de que, siendo España ejecutora de acciones tan decisivas que han modificado el curso del mundo, creadora de valores culturales y humanos de primer rango, haya triunfado y predominado, sin embargo, en Europa, durante siglos, la creencia de que España es una nación imperfecta, amputada de valores nobles, y a la que hay que salvar dotándola de cultura nórdica y de buenos modales europeos. […] Esa creencia, propaganda lanzada por los pueblos tradicionalmente enemigos de España, ha sido compartida por muchos españoles, dedicados de un modo caluroso y frenético a enseñar a las juventudes esa desviación traidora, que constituía al parecer el único bagaje firme de sus ideas sobre España[20].

Pero lo que caracterizaba la posición de Ledesma era su convicción de que el debate cultural no podía ni entenderse ni resolverse en el terreno de una pugna de intelectuales, sino solo a través de una empresa política revolucionaria. Y, a sus ojos, poco aportaba a esa cuestión crucial una narración agotada en la dudosa epopeya de la crítica. Este escaso aprecio por los intelectuales ya había sido esgrimido por el zamorano desde su primera militancia en *La Conquista del Estado*: a las consignas dispersas en las páginas del semanario —"frente a los intelectuales, somos imperiales"—, fue añadiendo los ataques a la "infecundidad" de la vida de los intelectuales, condenables en 1931 por su entrega a doctrinas y

actitudes caducas, y contemplados en 1933 por su carácter extraño a la verdadera sustancia histórica española. La dualidad con la que Ledesma construía "la pugna estéril" del siglo XIX entre tradicionalistas y liberales pareció ir refiriéndose cada vez menos al enfrentamiento entre dos posiciones culturales incompletas, para apuntar al combate entre una eficacia nacional y una sórdida conspiración liberalmarxista. La primera debía preocuparse por construir un movimiento de masas liderado por una vanguardia juvenil nacionalista y revolucionaria. La segunda era mero entorpecimiento para la protección y la emancipación de España, al sumar a la amenaza del bolchevismo la indolencia especulativa de los intelectuales.

Curioso destino el de Ledesma, cuya carrera se había desarrollado, precisamente bajo el régimen del general Primo de Rivera, en el ámbito de estos círculos de pensamiento y creación literaria. Quien sigue disponiendo —aún en nuestros días— del prestigio de ideólogo inicial del nacionalsindicalismo comprendió su labor, desde su decisión de dedicarse a la política a fines de 1930, como ruptura con todo lo que no fuera absoluta entrega a la tarea de crear un movimiento de lucha. Y quizás sea su perfil el de un hombre para el que la llamada de la política no era un paréntesis excepcional, sino un compromiso cuya tajante ruptura con un pasado de estudio y privacidad señalaba el vigor de una vocación. Aunque también —y, sobre todo— apuntara a una forma precisa de comprender los objetivos del fascismo, con su cuidadosa atención a la identidad ideológica, al diseño de una estrategia y a la correlación de fuerzas en un periodo de crisis, de exigencias y de oportunidades. Las escasas referencias a sus propios maestros, ya fuera para hacer el elogio de Unamuno o para trazar su denuncia de Ortega, estuvieron siempre alojadas en una perspectiva en la que se constataba la inexistencia en España de verdaderos intelectuales orgánicos nacionalistas, existiendo solamente aquellos que comprendían la labor de la crítica como el culto individualista a una vacilante neutralidad. Sin embargo, no era solo esa imagen de elite encerrada en su celosa independencia lo que denunciaría Ledesma, sino también la de aquellos

intelectuales que proponían soluciones políticas cuya profunda inoperancia ya se había gastado en el siglo anterior. Así, poco antes del 14 de abril, Ledesma comentó el manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República señalando a quienes extraviaban el significado de la hora de España.

> En un punto los intelectuales hacen alto honor a la política y sirven y completan su eficacia. En tanto en cuanto se atienen a su destino y dan sentido histórico, legalidad pudiéramos decir, a las acciones —victorias o fracasos— a que el político conduce al pueblo. […] En la política, el papel del intelectual es papel de servidumbre, no a un señor ni a un jefe, sino al derecho sagrado del pueblo a forjarse una grandeza. […] En España no hemos podido conocer todavía una colaboración franca de la Inteligencia con las rutas triunfales de nuestro pueblo. […] Los intelectuales españoles ofrecen hoy el ejemplo curioso de que no se han destacado de ellos ni media docena de teóricos de una idea nacional, hispánica, figurando en tropel al servicio de los aires extranjeros. […] Un intelectual, si lo es de verdad, vive identificado con las aspiraciones supremas de su pueblo. […] Y la colaboración nacional, positiva, de los intelectuales con la política hispana ¿dónde está?[21].

¿Dónde? Desde luego, en ninguno de los espacios promovidos por la propaganda fascista, si hemos de considerar las reiteradas quejas y los no pocos sarcasmos que dedicó a los intelectuales José Antonio Primo de Rivera, al que se considera siempre el dirigente fascista con más inclinación a valorar el rango cultural del movimiento. El reproche a la deserción de los intelectuales como causa del fracaso del régimen de 1923 tuvo singular aspereza en algunas ocasiones, en especial cuando la actividad pública del futuro jefe nacional de Falange se centraba en la defensa de la memoria de su padre y en el elogio del sistema político que trató de implantar:

> Los intelectuales venían clamando durante lustros por la ruptura política que invalidaba a España; y he aquí por dónde, al hallarse frente al hecho del golpe de Estado, no reaccionaron en forma intelectual, profunda, adivinadora de las posibilidades revolucionarias que el golpe envolvía, sino que prestaron oídos a los pequeños recelos, a las pequeñas aversiones supervivientes en la parte vulgar de su espíritu, bajo la capa intelectual sobrepuesta[22].

Palabras estas que habían ido precedidas de una desagradable definición de la labor inútil, recluida, solitaria y deshumanizada de quienes entendían su oficio como alejamiento de la realidad y desprecio de los problemas de la gente común:

> Por ese camino han llegado los intelectuales, tras el encanijamiento físico y el desaseo, a la más desoladora aridez espiritual; se han vuelto fríos, inhospitalarios. Insociables también, porque los cenáculos en que de cuando en cuando se congregan no les sirven, como los suyos a los hombres normales, para el sereno comercio de la amistad, sino para verter los humores hostiles almacenados contra todo lo existente durante las horas de reclusión[23].

Tales observaciones se rectificarían, en el punto culminante de su carrera política, ya en la crisis del régimen que llevaría a las elecciones de febrero de 1936, con una mención respetuosa y dolida a José Ortega y Gasset, cuyo magisterio apenas se había mencionado en actos públicos ni en la prensa falangista por el jefe del movimiento hasta aquellas semanas que siguieron al II Consejo Nacional del partido: "Don José no quiso hacer de la política un 'flirt', pero se dio por vencido. Cuando descubrió que 'aquello', lo que era, no era 'aquello', lo que él quiso que fuese, volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencanto. […] No era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando"[24].

El elogio, que rectificaba un prolongado silencio sobre la persona de Ortega, se planteaba como liderazgo en el más puro sentido de la palabra, llevando a asumir una genealogía que los discursos y artículos de Primo de Rivera había esquivado, salvo en el uso de algunas metáforas sobre el concepto de *comunidad nacional*. La alusión a la "intemperie" con que se había titulado un texto del semanario *Arriba* citó a Ortega y, en especial, al Ortega del manifiesto de los intelectuales en favor de la República y la alusión del filósofo a un movimiento basado en los principios de la nación y el trabajo. Antes de eso, el único comentario significativo era una cita de *La rebelión de las masas* (1927) para encabezar la contundente

denuncia de la actitud de los intelectuales ante la dictadura, en el prólogo ya citado[25]. Contrastaba todo ello con la preferencia falangista y jonsista por otros magisterios en los años de constitución del movimiento. Y este distanciamiento del debate cultural, que fue el punto central de la reivindicación de identidad propia en el falangismo de posguerra que representa Laín Entralgo, nos indica la diferencia entre las actitudes políticas del fascismo de la etapa republicana y su idealización en los años de formación del nuevo Estado.

La plasticidad metafórica de Giménez Caballero —que poco tiene de gratuidad lírica, por otro lado— nos proporciona una visión lejana a la contundencia táctica de Ledesma Ramos. Pero, al unir los puntos de su perspectiva con los que nos proporciona el discurso joseantoniano antes y después de 1936, se dibuja el perfil de lo que fue entendido como revolución pendiente por el grupo fundador de Falange y por los teóricos del nacionalsindicalismo de guerra y de posguerra. Esa revolución nacional que bien supo definir en los años iniciales del nuevo Estado uno de los fundadores del SEU: "Nuestra Revolución no representa reemplazamiento de la Historia por otras razones directivas de los pueblos. Es todo lo contrario: representa la reincorporación de nuestro pueblo a su propia Historia en razón al momento histórico presente"[26].

En la mirada al pasado inmediato de los tiempos iniciales de Falange, Valdés Larrañaga indicaba en qué sentido la revolución pendiente era, más que interrupción de la historia, profunda continuidad, enlace con los valores esenciales de la españolidad. Pero tal inserción no podía limitarse a los trámites de un debate cultural. Tenía que afirmarse, además, en un ciclo político definido, caracterizando una serie de sucesivas deficiencias y crecientes peligros para la patria, designando sujetos y adversarios precisos de la revolución nacional. Tras la monarquía que "significaba más la prolongación de un glorioso pasado que el proyectarse vivo y enérgico sobre un futuro histórico"; tras una dictadura próspera y patriótica que no logró "hacer aquella gran política precisa para absorber o destruir los grandes movimientos desintegradores"; tras la indefensión republicana para "ofrecer paliativos a la anti España"; y cuando "ya la

Revolución antinacional culmina con el Frente Popular [...]", la única salida para España fue aquella que ya Kipling había vaticinado: "En los albores de toda cultura es solamente una espada la que brilla"; pero esa espada precisaba de una doctrina sobre el Estado. Y esta doctrina sobre los principios básicos y sustanciales en la concepción del Estado y de la concepción de la vida y de la Historia, la dio la Falange[27].

Al fascismo español, tanto en su fase inicial como en la madurez alcanzada en las vísperas y el desarrollo de la guerra civil, había de corresponder designar con la mayor coherencia ese encuentro de las armas y las letras, concretando la alusión simbólica a los tiempos imperiales en la violencia de masas y la militarización de la conquista del poder con la que se cimentó el nuevo Estado.

LA REVOLUCIÓN COMO RESTAURACIÓN

Según la visión de sus dirigentes, la síntesis política del fascismo español, superadora de las insuficiencias sociales de la derecha y de los defectos nacionales de la izquierda, era también combate por la integración de la pasada plenitud histórica de España en un tiempo que devolvía a la comunidad al cauce de su destino actual. No podía recobrarse la España perfecta del siglo XVI solamente por el camino de una idealización sentimental e intelectual, pero esta evocación era indispensable. Más allá de las exigencias de una propaganda, suponía la búsqueda de una tranquilizadora legitimación en el pasado, de una excavación más allá de las ruinas del presente nacido de la Reforma, la Ilustración y el liberalismo. Pero la revolución restauradora había de realizarse a través de un proyecto político cuyos ritmo, carácter y oportunidad nacían de las circunstancias contemporáneas. Esta tensión entre dos polos —la actualidad nacionalizada y la tradición rescatada— tenía una función delimitadora, que definía un espacio propio del fascismo. Pero la síntesis no se realizaba con idéntica participación de sus dos componentes esenciales en todos los actores del movimiento. De hecho, estos dos factores ni siquiera adquirían la misma relevancia en los diversos

momentos de desarrollo del partido, en una modulación que obedecía tanto a la evolución de sus integrantes, al mayor liderazgo de una u otra sensibilidad o a las adaptaciones estratégicas del nacionalsindicalismo.

En la prosa austera de Ledesma Ramos, el problema fundamental era colocar a España en el cauce de un ciclo universal, dotando al partido nacionalsindicalista de una doctrina atractiva para la clase media, de una violencia militante seductora para las inquietudes jóvenes, y de una estrategia consciente de la posible y necesaria integración de un espacio político. El fascismo había de convertir su capacidad de síntesis doctrinal y su congruencia con el escenario de la crisis española en las bases de su hegemonía en el campo antirrepublicano. De un modo que iría modificando su presentación entre 1931 y 1936, se trataba de insertar la revolución española en la actualidad europea de la primera posguerra mundial. En la nutrida lírica de Primo de Rivera, lo apremiante era la restitución de España a su destino histórico, la reactivación de los valores sobre los que España se constituyó como unidad. Se trataba de un giro de España hacia el fondo de sí misma. Era una recuperación de lo que España había sido cuando fue la nación plena, consciente, sujeto activo entre las naciones y capaz de llevar a Occidente la hegemonía de sus valores. Era la España capaz de entregar su plenitud imperial, católica, justa y juvenil al inmenso movimiento de regeneración que se estaba dando en los países que emprendían el camino del fascismo, "en armonía con aquellas grandes continuidades de universalidad y patriotismo, de espíritu familiar y espíritu gremial, de religiosidad y alto temple civil, de tradición y de modernidad que ha ennoblecido la unidad sacramental de Europa"[28]. El fundador de las JONS diseñó la variable española para una coyuntura revolucionaria internacional. El jefe nacional de Falange actualizó los valores tradicionales españoles en la encrucijada de una crisis de civilización.

Revolución como reintegración de España a la historia; revolución como participación de España en la quiebra del orden liberal y la expansión de la contrarrevolución europea encauzada por el fascismo. Lo que se proporciona a este ciclo continental es una síntesis que, sin ser

exclusivamente española, adquiere aquí una especial rotundidad. Con ese carácter especial es contemplado tal ajuste entre historia y actualidad, entre tradición y revolución, por quienes, como Primo de Rivera, acentúan el aspecto de inserción de la propia esencia nacional en la inmensa labor de recuperación nacional en que se encuentran lo que los falangistas consideran las corrientes más vigorosas de la juventud nacida con el siglo. Ninguno de los grandes fascismos europeos —por lo menos ninguno de los dos que han pasado a ser ejemplares, el italiano y el alemán— pudieron ofrecer algo de tan extraordinario potencial aglutinador en la crisis europea del periodo de entreguerras: la visión tradicionalista del hecho revolucionario. En Italia y Alemania se trataba de concluir un proceso de unificación que el liberalismo no había conseguido consumar como nacionalización de las masas. En el caso español, de lo que se trataba era de algo mucho más radical: negar la tarea liberal en su conjunto y buscar una identidad propia en el tipo de modernidad que el imperio y la Contrarreforma defendieron. La actualidad del nacionalsindicalismo no era vuelta atrás, sino inmersión en una comunidad nacional cuyos valores habían sido destruidos en el mismo momento en que la monarquía hispánica fue vencida en el siglo XVII y España fue desalojada del protagonismo internacional, mientras los principios por los que había pugnado debían defenderse incluso frente a quienes los rechazaban en el propio debate intelectual de la España de los siglos XVIII y XIX. La novedad no debe verse más que como regeneración. La empresa de futuro ha de valorarse como renacimiento. La participación de España en la experiencia fascista europea podía contemplarse poniéndose el énfasis en una cuestión o en otra: en la irrupción de una generación marcada por la experiencia de la Gran Guerra —aspecto en el que tanto insistió Ledesma— o viendo en aquel rechazo del Estado liberal una corroboración de la razón española de los inicios de la Edad Moderna y una defensa de los principios jurídicos y sociales tradicionales inspirados en el catolicismo tomista destruidos por las doctrinas políticas revolucionarias —tal y como lo expresó Primo de Rivera desde sus primeras hasta sus últimas intervenciones públicas—.

La opción ha de entenderse como preferencia, no como exclusión, porque en ambas actitudes —que ejemplarizan Primo de Rivera y Ledesma, pero que recorren las perspectivas ideológicas de todos los dirigentes del fascismo español— se encuentra siempre una formulación complementaria. Ramiro Ledesma se referirá a la labor de reencuentro con el espíritu totalitario de la monarquía imperial, una reedición perfeccionada a través de la que España podía considerarse precursora del fascismo, incluyendo a la sustancia del régimen de Mussolini:

> Estas notas sobre el Estado tienen un sentido tan actual que les da origen el acontecer político europeo de estos años, casi de estas horas. Pero no quiero dejar de insinuar un ejemplo vigoroso acerca de estos conceptos que hoy presiden las elaboraciones políticas más nuevas: el Estado español del siglo XVI. La arquitectura funcional del imperio católico de Felipe II. No se ha insistido en este antecedente —y no en lo externo y superficial, sino en la eficacia creadora e incluso en la lógica autoritaria— directo del Estado fascista de Italia, romano de gesto y de fachada, pero con tendencia al vigor, la disciplina y el espíritu de unidad de cultura, de conciencia nacional, que caracterizaban al Estado español del siglo XVI[29].

José Antonio Primo de Rivera, por su parte, no dejó de referirse a la necesidad de que la búsqueda de la "eterna metafísica de España" que justificaba su nacionalismo no se hiciera con ánimo de imitación del pasado, sino con espíritu atento a los ritmos concretos en que se vivía una crisis española que era, como la europea, desafío y oportunidad al mismo tiempo. En el falangismo joseantoniano, las condiciones favorables a ese retorno tienen un impulso fundamentalmente tradicional, de restauración de un mundo en el que la crítica al orden liberal se realiza desde la reivindicación de un concepto de la unidad comunitaria asaltada por el tipo de modernidad en la que España fue vencida. Tiene un tono reactivo, pero no reaccionario. Porque la construcción del futuro no se expresa como vacía nostalgia de un pasado idealizado ni se expone en la forma del anacrónico restablecimiento de instituciones muertas. Tampoco lo hace en forma de críticas acerbas a tales referencias, por las que el falangismo no deja de expresar su admirado homenaje, como lo hará con la

monarquía el propio Primo de Rivera al referirse a la "institución que reputamos gloriosamente fenecida"[30], aunque sin lanzar nunca una propaganda abiertamente republicana. Para Primo de Rivera, el fascismo es "esencialmente tradicionalista [...]. Porque lo que hay de universal en el fascismo es esta revitalización de los pueblos todos; esta actitud de excavación enérgica en las propias entrañas"[31]. Su discurso llega a hablar de que "lo que queremos es que España, otra vez, se vuelva a sí misma y con honor, justicia social, juventud y con un entusiasmo nacional pario diga lo que esta misma ciudad de Valladolid le decía al emperador Carlos V en 1516"[32]. Pero lo que le distingue no es un mero elogio inmovilista, sino concebir la revolución como reactualización de valores que resultan eficaces para combatir en el momento culminante de un proceso de decadencia, de desintegración, de pérdida del sentido profundo de una nación.

La acción política debía organizar la feliz síntesis entre las demandas de la gran quiebra del siglo XX y las soluciones que podían extraerse de una tradición depuesta por siglos de sumisión española a una modernidad disolvente, tan ajena a las propuestas de un orden cristiano y moderno que se ofrecieron por el sistema imperial. Para el jonsismo de Ramiro Ledesma, la revolución se explica primordialmente como desdén por el pasado inmediato, por la vejez insoportable de las fórmulas demoliberales, que en nada corresponden a las exigencias y necesidades de una juventud que las ha denunciado en varias experiencias europeas de distinto e incluso opuesto signo. El documento fundacional de *La Conquista del Estado*, que el puñado de futuros jonsistas madrileños reparte por las calles de la capital en febrero de 1931, da esa misma impresión de pérdida a la que no dejará de referirse la propaganda fascista española antes de la guerra civil: "España —el Estado y pueblo españoles— viven desde hace casi tres siglos en perpetua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida, de tal gravedad, que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica".

Pero si estos jóvenes se hacen "responsables de la Historia de España" será en presencia de una crisis del sistema liberal europeo que se impuso precisamente a costa de los valores de la España hegemónica de los siglos anteriores. Por tanto, lo que importaba en primer lugar eran las dimensiones concretas de esa fractura, esa inmensa conciencia de agotamiento que permitía ofrecer nuevo impulso a la nación imperial:

> Los pueblos se debaten hoy en la gran dificultad de abrir paso a un nuevo Estado, en el que sean posibles todas sus realizaciones valiosas. Nosotros nos encaminamos a la acción política con la concreta ambición de proyectar sobre el país las siluetas de ese nuevo Estado. E imponerlo. […] [Tenemos] la voluntad de incorporarnos, como un gran pueblo, a la doble finalidad que caracteriza hoy a las naciones: De un lado, la aportación al espíritu universal de nuestra peculiaridad hispánica, y de otro, la conquista de los resortes técnicos, la movilización de los medios económicos, la victoria sobre los intereses materiales y la justicia social[33].

La síntesis se establece, así, sobre dos puntos de vista complementarios: desautorización histórica del antagonismo entre los valores permanentes de España y las exigencias de la modernidad; y superación política del enfrentamiento entre derechas e izquierdas, entre burguesía y proletariado, entre soberanías que destruyen la unidad de la patria y el impulso que neutraliza tales disensiones en la definición imperial. La patria como empresa, a cuyo servicio se pone el Estado, en José Antonio Primo de Rivera: pero empresa que busca la recuperación de unos valores tradicionales —eternos— y a cuyo servicio se pone un Estado nuevo. La patria como sujeto aglutinador, como espacio común vinculante, como realidad primera de socialización, fabricada a través de la construcción de un Estado a la altura de los tiempos posliberales que la actualidad revolucionaria señala en toda Europa, según Ramiro Ledesma. En algunos conflictos decisivos entre ambos líderes del fascismo español, estas preferencias podían resultar un factor de antagonismo, que se expresarán en un conflicto estratégico insoluble a fines de 1934, cuando uno u otro énfasis conduzca a una u otra alianza prioritaria, o a una u otra percepción del lugar del fascismo en el espacio de la derecha radical española. Pero, al margen de este importante elemento de análisis, parece

más destacable referirse a la ductilidad que ofrecerá esta naturaleza híbrida del discurso nacionalsindicalista para ganar a un público determinado en el segundo bienio republicano y, en especial, para ponerse en las mejores condiciones políticas posibles para adquirir un rango especial de representatividad cuando el régimen entre en crisis terminal y se llegue a la guerra civil.

La capacidad integradora de la revolución pendiente que Laín Entralgo definirá en *España como problema* podrá ser respondida por Rafael Calvo Serer pocos años más tarde, en su *Teoría de la Restauración*, cuando atribuya a cuatro de los fundadores del nacionalsindicalismo —Giménez Caballero, Primo de Rivera, Ledesma y Redondo—, un papel determinante en la custodia de la herencia españolista de Menéndez Pelayo. Calvo realizará su propia cirugía textual para destacar aquellos factores que mejor convienen al debate que ha cruzado los marcos intelectuales del franquismo en el gozne de la primera y la segunda década de la posguerra. Calvo llega a referirse al carácter precursor del "fascismo hispánico" de Menéndez Pelayo para incluir a Giménez Caballero en esta "promoción" del nacionalsindicalismo hasta las raíces del nacionalismo reaccionario español. En el caso de Ledesma Ramos, utiliza el desprecio con el que el fundador de las JONS se refirió a las tendencias a problematizar el pasado nacional en su *Discurso a las juventudes de España*. De haber conocido mejor la obra Primo de Rivera, podía haberse referido al elogio con el que el jefe nacional de Falange aludió a Pedro Sainz Rodríguez, quien identificó la decadencia de España con su objetivación por la crítica moderna, una perspectiva más jugosa y menos conocida que sus habituales referencias a las entidades naturales como base de la representación en el Estado nacional[34]. En lo que se refiere a Onésimo Redondo, le bastó con usar la célebre paternidad que el dirigente vallisoletano concedió a Menéndez Pelayo al hablar del nacionalismo revolucionario[35]. Cierto es que, en las páginas siguientes, Calvo Serer acentuaba la voluntad polémica con los adversarios en el nuevo régimen, al tratar de separar a Laín y Tovar de la misma tradición falangista que estos habían redefinido en los años anteriores. Lo que

interesa aquí es solamente mostrar cómo, para los defensores del nuevo Estado, la función del fascismo había sido *solo* —en el caso de Laín— o había sido *también* —en el de Calvo Serer—, la restauración de una comunidad nacional perdida, gracias a la síntesis entre revolución y tradición. Aunque para Calvo Serer, como probablemente para numerosos militantes de la Falange desde la primera hora, y para tantos otros del momento de la unificación de la guerra civil, la revolución pendiente era, sobre todo, algo totalmente distinto a la revolución en su sentido habitual. Era la forma de llevar adelante la salvación de un mundo en peligro y el rescate de aquello que se había desmantelado en tiempos de decadencia. Era revolución como ruptura del orden liberal existente. Era la revolución como el único mecanismo, técnica y propuesta de movilización militarizada de masas capaz de recobrar un sistema de valores abolidos por el tipo de modernidad traída por la reforma, madurada en el liberalismo y consumada con la revolución social.

ROMANTICISMO, CLASICISMO, POPULISMO

Lo que planteaba esta revisión del fascismo de los años republicanos a manos del integrismo de posguerra era insistir en un tema que también fue, derivado del anterior, factor de tensión cultural interna en el nacionalsindicalismo español. Me refiero a la distinción entre romanticismo y clasicismo —y, en otro nivel, entre populismo y elitismo — que fundamentó la visión del proyecto fascista en el debate intelectual de los años treinta. La distinción era de gran importancia, más allá de lo que puede restringirse a una identidad ideológica, porque determinaba el lugar que el partido falangista ocupaba en el espacio de la derecha antirrepublicana, donde la crítica al romanticismo política era, como en otros lugares, base de una denuncia del sistema liberal-parlamentario. *Romanticismo y democracia*, publicado por Eugenio Vegas Latapié en sucesivas entregas de *Acción Española* poco antes de la guerra civil, el texto es un buen ejemplo de esta sensibilidad y un excelente desarrollo de la crítica neotradicionalista al concepto liberal de la soberanía, una

perspectiva con sustanciales puntos de encuentro con el pensamiento de Primo de Rivera[36]. La oposición entre clasicismo y romanticismo no situó en campos distintos al fascismo y al nacionalismo contrarrevolucionario, sino que estableció una determinada pugna ideológica en el campo nacionalsindicalista español. El debate desbordaba una cuestión cultural para establecer algo que, estando relacionado con esta perspectiva, está lejos de reducirse a sus aspectos más restrictivos o limitados a un conflicto entre intelectuales de diversa formación. Obedecía, en primer lugar, a un diagnóstico de época. Y llevaba, de forma necesaria, a una idea de lo que era la militancia, organización y estrategia políticas, incluyendo el tipo de Estado que se propugnaba. En definitiva, se refería al propio concepto de la revolución española por hacer aún: la revolución pendiente. Y en este nuevo aspecto de la síntesis fascista, ahora entre los aspectos clásicos y románticos de esta revolución, se hallaba, más que un factor de debilidad, un poderoso instrumento de integración que permitiría sumar sectores diversos en la culminación de la crisis de los años treinta que desembocó en la guerra civil. A Primo de Rivera correspondió reiterar una definición de la situación cultural y política de Europa, caracterizada por el ascenso de la barbarie y la amenaza de lo que pudiera quedar de pulso clásico de Occidente:

> Estamos ahora cabalmente al fin de una edad que siguió, tras la Edad Media, a la edad clásica de Roma. Destruida Roma, empieza como un barbecho histórico. Luego empiezan a germinar nuevos brotes de cultura. Las raíces de la unidad van prendiendo por Europa. Y llega el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. En esta época la idea de todos es la *unidad* metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas, todo se explica y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona con la mejor economía de los siglos. […] Pronto se realizará el Imperio español, que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica.
>
> […] Perdida además toda fe en los principios eternos, ¿qué se avecina para Europa? Se avecina, sin duda, una nueva invasión de los bárbaros[37].

Frente a las soluciones resignadas y derrotistas, o frente a la pura reforma de lo que debía ser demolido, se exigía la construcción de un

nuevo orden que aprovechara la tensión moral provocada por la amenaza a la civilización. Eso era lo que se ofrecía como proyecto político revolucionario: la restauración de la unidad perdida de las etapas de plenitud, identificando la disgregación existente y la carencia de espíritu nacional vivaz en la demolición de una época que solo a través de una tarea de recuperación radical podía permitir augurar una nueva etapa de coincidencia entre la nación y su destino, del mismo modo que solo en una resolución clásica de la crisis podría restablecerse ese conjunto de verdades esenciales que no podían ser fruto del ingenuo primitivismo propagado por el pensamiento individualista romántico:

> El romanticismo era afecto a la naturalidad. La vuelta a la naturaleza fue su consigna. Con esto, la "nación" vino a identificarse con "lo nativo". Lo que determinaba una nación eran los caracteres étnicos, lingüísticos, topográficos, climatológicos. En último extremo, la comunidad de usos y costumbres y tradición; pero tomada la tradición poco más que como el recuerdo de los mismos usos reiterados, no como referencia a un proceso histórico que fuera como una situación de partida hacia un tal vez inasequible punto de llegada.
>
> […] Tal será la tarea de un nuevo nacionalismo: reemplazar el débil intento de combatir movimientos románticos con armas románticas, por la firmeza de levantar contra desbordamientos románticos firmes reductos clásicos, inexpugnables. Hacer del patriotismo no un vago sentimiento, que cualquier veleidad marchita, sino una verdad tan inconmovible como las verdades matemáticas[38].

Su distinción entre nacionalsocialismo y fascismo se basaba en ese desprecio por el romanticismo elemental, espontáneo y ajeno a la fuerza de las categorías de la razón. Ese nacionalismo, que es fruto directo del deplorable individualismo de los pueblos, de su entrega a lo instintivo y del rechazo de la inteligencia y del orden superior a su propia voluntad, es lo que le llevó a crecientes condenas del modelo hitleriano:

> El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma en cambio pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa pues la declaración de los derechos del hombre es

> copia calcada de las constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán[39].

> Aquello de Alemania no solo no es fascismo, sino que es antifascismo; es la contrafigura del fascismo. El hitlerismo es la última consecuencia de la democracia. Una expresión turbulenta del romanticismo alemán; en cambio, Mussolini es el clasicismo, con sus jerarquías, sus escuelas y, por encima de todo, la razón[40].

Del mismo modo, su escasa fe en una movilización del pueblo para resolver esta crisis tenía tales raíces de elogio de la misión de las minorías que se distanciaba del vanguardismo revolucionario de otras posiciones. Y esa actitud se mantuvo intacta, como visión de los procesos históricos, diagnóstico de la época y concepto de la revolución, desde la hora de la justificación de la dictadura de su padre hasta el momento en que se reconocía la posición minoritaria de Falange, requiriéndose una acción que se hiciera a costa de lo que era errónea voluntad del pueblo, pero que fuera acometida de los mejores para restaurar unos principios de civilización clásica:

> Aun el deber de contrariar a veces al pueblo es más apremiante para quienes han asumido por vía revolucionaria la tarea de gobernar. El revolucionario (y un golpe de Estado es un hecho revolucionario siempre) ha acudido a las fuerzas precisamente en contradicción con el sistema que a su llegada regía; cuando ha tenido que romperlo por fuerza y no ha podido ganarlo por sus propios caminos normales, es porque el sistema se hallaba bien arraigado y asistido. Y entonces, el gobernante, que se encuentra a su pueblo muy penetrado por los defectos de aquel sistema que hubo de extirpar, malogrará su misión si no se afana en arrancar del pueblo, aun contra el pueblo mismo, todas las corruptoras supervivencias; si no se esfuerza en conducir al pueblo hacia la nueva vida, que acaso el mismo pueblo, enfermo de la pasada postración, no puede adivinar ni querer[41].

> La masa de un pueblo que necesita una revolución no puede hacer la revolución. […] Un pueblo hundido es incapaz de percibir y aplicar la norma; en eso mismo consiste el desastre. […] Los pueblos no pueden salvarse a sí mismos, porque el hecho de ser apto para realizar la salvación es prueba de que se está a salvo. […] La revolución es la tarea de una resuelta minoría inasequible al desaliento. De una minoría cuyos primeros pasos no entenderá la masa porque la luz interior fue

lo más caro que perdió, víctima de un periodo de decadencia[42].

Para Ledesma Ramos, la perspectiva de un ingreso de España en la actualidad del fascismo suponía otro modo de entender la crítica al liberalismo, que no coincidía con la clara reivindicación del pensamiento tradicional de Primo de Rivera. El rupturismo inicial de la carrera política del zamorano, tantas veces destacado e incomprendido, habrá de ser matizado ya antes de producirse la unificación con el grupo vallisoletano de Onésimo Redondo. Debe aclararse en lo que se refiere a la trayectoria personal de Ledesma en los inicios de su militancia. Pero tendrá que expresarse, desde luego, cuando se considere la posición de algunos de los integrantes del equipo editorial de *La Conquista del Estado*, entre cuyos escasos miembros llega a haber un destacado militante de Acción Nacional, redactor de *El Debate* y miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas: Antonio Bermúdez Cañete. Pero si esa labor de integración que ya cumplen los primeros grupos de agitación y el primero de los partidos fascistas españoles es relevante, interesa destacar también lo que hay de distintivo en el discurso y la ideología de Ledesma Ramos, porque ello determinará el mayor de los conflictos políticos del nacionalsindicalismo antes de la guerra civil, el debate en torno a la revolución de octubre y la escisión de enero de 1935. Que en la ruptura no consiga Ledesma llevarse a unas nuevas JONS a todos los que le habían seguido en el proceso de unificación muestra la forma conflictiva en que se construyeron los partidos fascistas, sin que ni siquiera el legitimismo de los fundadores llegue a compensar su derrota en lo que son una mezcla de querellas estratégicas y de competencia por el liderazgo. En un análisis que ya se ha definido como más atento a la crisis estructural, de ciclo histórico, de inserción en una quiebra general del liberalismo y de propuesta resolutiva fascista a escala continental, más que a una perspectiva interna, españolista, civilizatoria y restauracionista, lo que planteaba Ledesma no es la crítica al romanticismo ni el elogio de la misión de una elite, como se ha visto con Primo de Rivera. Sostenía una denuncia del

régimen liberal basado en su desactualización, en su caducidad representativa, en su ineficacia nacionalizadora. Proponía un Estado totalitario que tuviera como tarea la organización de la patria, no un Estado cuya superioridad residiese en ser el instrumento de una razón nacional superior —que en el caso joseantoniano mezclaba lo histórico y lo providencial—, puesto al servicio del destino de la comunidad:

> El Estado es ya para nosotros la suprema categoría. Porque, o es la esencia misma de la Patria, el granito mismo de las supremas coincidencias que garantizan el rodar nacional en la Historia, o es la pura nada. En el primer caso, el Estado es y debe ser una jerarquía inaccesible a la disidencia. La Nación en su plenitud de organismo histórico. Así, pues, son cada día más absurdos esos afanes de presentar Estado y Nación como algo diferente e incluso enemigo, como seres en pugna y defensa diaria, uno contra otro. Esa concepción, que nos resulta inexplicable advertir en plumas de carácter y sentido tradicionalista, es hija directa de los tópicos políticos que sirvieron de base al Estado liberal[43].

Afirmaba la función de una vanguardia política juvenil, heroica, violenta, capaz de impulsar la hegemonía del partido nacionalsindicalista en un campo de fuerzas en proceso de fascistización. Algo que suponía incluir en una política de alianzas precisa la perspectiva del protagonismo de las masas y la definición del pueblo como sujeto:

> La mística de las masas no es la mística de las mayorías. La revolución nacional española no puede ser ejecutada ni realizada a retaguardia de la movilización de las mayorías. […] La línea estratégica no tiene que moverse en torno a la conquista de las mayorías, sino en torno a un tipo diferente de valores, como son, de un lado, la movilización de las masas de más densidad y relieve nacional, y de otro, los resortes revolucionarios que le abran el camino del poder[44].

> Sépanlo todos los "jonsistas" desde el primer día: nuestro partido nace más con miras a la acción que a la palabra. […] Nosotros renunciaríamos a todo intento de captación doctrinal y teórica si no tuviéramos a la vez fe absoluta en la capacidad del pueblo español para hinchar de coraje sus empresas. Pues la lucha contra el marxismo, para que alcance y logre eficacia, no puede plantearse ni tener eficacia, no puede plantearse ni tener realidad en el plano de los principios teóricos, sino allí donde está ahora acampado, y es presumible que no bastarán ni servirán de mucho las razones[45].

> Pero cuando hablamos del pueblo nos referimos a TODO el pueblo, a su resultante histórica, a su aliento preponderante y profundo que no tiene nada que ver con los episodios callejeros de tal o cual jornada[46].

> […] Buscaremos la colaboración de todo el pueblo para desentrañar las causas de su ruina, localizar los grupos enemigos que corroen su vitalidad y desenmascarar las ideas traidoras que han dejado a España sin jugo[47].

Los constantes elogios de Falange al fascismo italiano contrastaron con la fascinación jonsista por el caso alemán —carente, por otra parte, de cualquier exclusivismo, como lo muestran las abundantes colaboraciones italianas en la revista *JONS*—. Tal preferencia introduce uno de los temas de tensión derivados del conflicto entre romanticismo/clasicismo y populismo/elitismo. Sin embargo, esta distinción estaba muy lejos de haber sido clarificada, porque en ella se introdujo un factor de distorsión muy importante. El clasicismo joseantoniano optó por el fortalecimiento del Estado, pero su tradicionalismo le llevó a valorar las entidades naturales como base de la representación política, en clara conexión con el pensamiento expresado por los autores del catolicismo social y del neotradicionalismo en los años posteriores a la Gran Guerra. Lo que puede ser tomado por "romanticismo" de Ledesma se refería a algo distinto a lo que denunció Primo de Rivera relacionándolo con el liberalismo, para conectar con otros presupuestos: la primacía de la comunidad, del espíritu nacional, de la acción de las masas y de la existencia de un caudillaje que brota de su movilización mítica. Añadamos a ello la concienzuda atención que se prestó, en el caso de Ledesma, a la estrategia de construcción del movimiento político fascista en ambos países, atendiendo con especial sutileza a la relación entre identidad de partido y espacio contrarrevolucionario, para concluir esta consideración sobre las síntesis que constituyeron la lógica del fascismo, su función social, su organización como proyecto político y su evolución doctrinal en los años republicanos. Síntesis previas, congruentes con el curso del espacio en proceso de fascistización, anteriores al que se considera momento inicial de realización de una convergencia de la

derecha radical que no se improvisó en el ciclo más breve del golpe de estado fracasado que devino guerra civil.

LA FASCISTIZACIÓN: CONCEPTO Y EXPERIENCIA

Más allá del debate sobre identidades ideológicas fundacionales, la reflexión debe orientarse hacia lo que resulta significativo para comprender la evolución del fascismo en un periodo concreto —el anterior a la guerra civil— y en un marco que desbordaba los límites estrictos del partido —el del conjunto de la contrarrevolución—. Esa delimitación de tiempo y espacio políticos nos permitirá interpretar mejor los conflictos que habrán de darse en el bando sublevado desde el inicio de la guerra, y que habrán de expresarse en querellas ideológicas y políticas de posguerra, siempre elocuentes de una heterogeneidad del movimiento y del régimen que nada tenían que envidiar a los antagonismos sufridos por las otras experiencias fascistas europeas. La peculiaridad del caso español es haber sobrevivido a tales experiencias, una circunstancia determinante en la mirada retrospectiva que se lanzó sobre el periodo formativo del partido. Como determinante fue el modo en que se construyó en España el movimiento nacional de masas, objetivo y escenario del desarrollo de todos los fascismos europeos. Sobre tales discrepancias se fabricaron idealizaciones de la identidad del partido fascista y, en especial, se destruyeron aproximaciones concretas a lo que fue el proceso de fascistización.

Al nacionalsindicalismo, en cualquiera de sus etapas —la de *La Conquista del Estado*, de las JONS, la de la fundación de Falange Española, la de la unificación en FE-JONS, la posterior a la escisión de Ledesma, la de las vísperas de la guerra civil— se le atribuyeron horizontes revolucionarios, marginalidad política, laicismo, debilidad organizativa, incapacidad de influir en los acontecimientos, falta de audiencia, carencia de estrategia unitaria, territorio claro de delimitación ideológica y uniformidad interna. Todo ello entre otros aspectos que, según se expresó en tales debates protagonizados por los intelectuales del

régimen, sufrirían un proceso de desnaturalización en cada fase de convergencia política, culminante en la formación del partido único en 1937 y llegado a su paroxismo en la subordinación de tal partido, ya no fascista, a un Estado en el que habría de combatir por mantener un lugar de influencia siempre en retroceso.

Si esa construcción ideal fue inadecuada, no lo fue menos la destrucción que necesariamente la acompañaba, referida a las identidades alternativas de los sectores considerados ajenos —cuando no contrarios— al fascismo. A estos sectores se les atribuía, tanto por sus adversarios como por quienes se identificaban con ellos, un perfil contrarrevolucionario opuesto no solo a la categoría ideológica del fascismo, sino también al lugar político que el partido fascista ocupó en el desarrollo de la derecha radical antes de la guerra civil. La deformación retrospectiva se refirió, por tanto, al espacio contrarrevolucionario en su totalidad, del que se extraía cuidadosamente el proyecto falangista, ya fuera para ensalzarlo en una melancólica reivindicación de su vocación revolucionaria frustrada, ya fuese para hacer de él un malévolo representante de una distorsión plebeya, populista y radical —o, simplemente, totalitaria y fascista— en el régimen de Franco.

En la medida en que esta idealización fue retomada por la historiografía, el problema se acentuó, ya que, lejos de establecer la subjetividad del fascismo español en su dinámica concreta de los años republicanos, tal sujeto se fabricó sobre la propia autopercepción construida en una etapa posterior, cuando la guerra y la construcción del nuevo Estado plantearon uno de los problemas más importantes en el análisis de la experiencia fascista: la conversión del partido minoritario en un movimiento nacional capaz de representar al conjunto de la contrarrevolución. Dicha transformación no es dato exclusivo de España, sino proceso vivido de forma distinta en cada una de las trayectorias particulares de la fascistización europea. Se trata del momento culminante de esta dinámica de radicalización y convergencia de diversos sectores de la derecha radical, que coincide con una crisis nacional de gran envergadura. Las condiciones de esta crisis no afectan solo a las

relaciones entre los diversos componentes de este espacio, sino también a la forma en que se transformó cada uno de ellos —fueran partidos, grupos de presión, movimientos sociales, sindicatos, etc.— para competir, en mejores condiciones de representatividad, por el liderazgo de la contrarrevolución. Lo cual, naturalmente, no significa que en todos los casos se produjera la hegemonía del partido fascista y su capacidad de convertirse en representante de la totalidad de estos sectores. Pero sí manifiesta que, incluso en aquellas situaciones en que el fascismo fue capaz de obtener esta posición dominante, ello nunca se produjo como mera expansión de un partido cuya base social, cuya percepción por la población, y cuyas condiciones ideológicas, estratégicas y organizativas hubieran sido establecidas y acabadas en su momento fundacional, al que se sumarían posteriormente meros ajustes tácticos para lograr una mejor adaptación a las circunstancias y conseguir un apoyo social más amplio a lo que debe considerarse una cultura cristalizada en sus propuestas iniciales.

En España, esta conversión de partido fascista en movimiento nacional se dio como integración de sectores de la derecha radical condicionada por el escenario de la guerra civil —es decir, el de la disciplina, el esfuerzo común, el sentimiento de pertenencia a una causa combatida con extrema violencia, el de la unificación política, el caudillismo institucionalizado, y, sobre todo, la atribución a todos los miembros del bando vencedor de representar a la "España nacional"—. Y, a pesar de ser el escenario de un modélico espacio y circunstancia de integración, la guerra ha pasado a presentarse más como alternativa al fascismo que como proceso constituyente de un fascismo nacional determinado. Ello ocurre porque la transformación de otros fascismos en movimientos nacionales de masas se observa como la expansión de una identidad de clara demarcación desde el momento mismo de la constitución del partido, algo que poco tiene que ver con lo que la historiografía acerca de los procesos de fascistización ha ido descubriendo desde hace ya bastantes años.

Esta perspectiva se refuerza, además, porque se ha reflexionado muy

poco sobre lo que puede distinguir una guerra como la española de 1936-1939 de otros conflictos armados contemporáneos, al separarla de lo que significa el mismo carácter fascista de la guerra, entendiendo por ello lo que los propios teóricos del nuevo Estado definieron para legitimar el régimen construido desde el inicio de la sublevación. Es decir, la militarización de la política, la irrupción de la nación en armas y la asignación a la violencia de masas de una forma de ejercerse, de unos objetivos de nacionalización e incluso de una fabricación del movimiento congruentes con lo que el fascismo proponía en vísperas del 18 de julio de 1936. Añadamos a esta cuestión una perspectiva que choca con los frecuentes esfuerzos por liberar a los diversos cuerpos de las Fuerzas Armadas de Alemania e Italia de su responsabilidad directa en el conjunto del proyecto fascista europeo, sin necesidad de llegar al escenario bélico para poder afirmarla. Siendo uno de los aspectos más divulgados entre el público atento a estos temas, también ha sido un factor absolutorio que ha difundido la imagen de una culpabilidad total del partido y de una responsabilidad parcial de diversas instituciones tradicionales, cuya modificación en el proceso de fascistización se ha analizado de una forma defectuosa. Porque lo que resulta más congruente con la dinámica que tuvieron los procesos sociales en aquella crisis es considerar el espacio de fascistización en su conjunto, y no solo la proyección de una sombra ideológica sobre diversos componentes de la derecha radicalizada, desde un partido fascista cuya cultura puede destilarse, diferenciada y en plenitud, desde su instante fundacional. La importancia que esta forma de ver las cosas ha tenido sobre nuestro conocimiento de la crisis posterior a la Gran Guerra en Europa no es desdeñable. Y, más allá que lo que pueda haber habido de relativización de las implicaciones de los militares en el proyecto fascista, parece desatender un conjunto de complicidades que, en realidad, no son formas de colaboración con el fascismo "desde fuera", sino el modo en que construyó el movimiento nacional fascista en su capacidad integradora y representativa de sectores diversos en los años que precedieron al hundimiento de las potencias del Eje.

Las dificultades de unas observaciones de este estilo, referidas a una cuestión de método que siempre puede resultar desalentadora por su torva apariencia de un retorno al debate sobre el fascismo genérico, solo pueden resolverse atendiendo al proceso histórico concreto en que se desarrolló el espacio contrarrevolucionario. Y esto supone exponer brevemente algunas cuestiones que van a examinarse en este estudio, tras haber entrado en esta introducción con un factor esencial en lo que se refiere al discurso y la práctica del nacionalsindicalismo: la congruencia entre el concepto de revolución pendiente y el proceso de la contrarrevolución a la que la crisis española de los años treinta ofreció una espléndida y singular oportunidad histórica[48].

Todas ellas son cuestiones que afectan al concepto y al proceso histórico de la fascistización, cuyas virtudes analíticas y potencia narrativa me parecen indispensables para explicar e identificar la experiencia fascista. Dado que he desarrollado y he ido matizando esta cuestión en una serie de trabajos bastante amplia y, en especial, en uno particularmente extenso[49], no creo necesario volver a plantear algunas cuestiones acerca de esta categoría —cuya validez me interesa mucho más definir en la propia exposición del ciclo histórico del fascismo español en la etapa republicana, objeto de este ensayo—. Salvo en un solo aspecto. Hablar del espacio en proceso de fascistización no plantea, en modo alguno, eliminar el sujeto fascista de la crisis de los años treinta. Supone, por el contrario, revalorizarlo, dotarlo de un perfil más preciso y más atento al marco general de la contrarrevolución, en el que cobró su forma y función históricas, ajustándose a un ritmo determinado de la evolución de una derecha radical española a la que siempre perteneció y a la que aspiró a representar totalmente. Esta perspectiva subraya, además, que el partido fascista es inexplicable, no solo fuera de las condiciones históricas generales del ciclo en el que se constituyó, sino también fuera del sujeto contrarrevolucionario en el que se integra desde su misma aparición. En este espacio, y en ningún otro que se sostuviera sobre retóricas equidistancias frente a la derecha y a la izquierda, adquirió base de masas, capacidad de condicionamiento político y, por

tanto, verdadera relevancia histórica. Es un punto de vista que obliga a destacar la necesaria distinción entre partido y espacio, sin reducir el área del fascismo español a una militancia organizada bajo unas solas siglas y que, además, limitase su actividad pública a las tareas realizadas a través del partido. Exige, además, atender tanto al discurso como a la estrategia del fascismo, superando la tendencia a considerar que el nacionalsindicalismo disponía de doctrina, pero careció de línea política interesante para el análisis de su trayectoria e incluso para la mejor definición de su ideología. Y, sobre todo, demanda establecer la tensión entre los diversos sectores del espacio en proceso de fascistización, una tensión que era de complicidad y competencia, de comunidad y de particularismo, de afirmación de un perfil propio y de conciencia de estar proyectando un horizonte político que unificara en un movimiento nacional lo que ya era representación diversificada de un espacio social, cultural y político, en las condiciones de una crisis general percibida como riesgo y como oportunidad.

Ese sujeto no puede ser reblandecido por una aproximación al fascismo que prescinda de las cuestiones de identidad, para señalar que el fascismo es solo la variable aleatoria de una ecuación social al servicio del restablecimiento de un poder de clase amenazado. Pero tampoco puede ser debilitado apartándolo de asuntos indispensables, en el mismo proceso histórico que fijó su despliegue en los años republicanos: su pertenencia a un campo social, político e ideológico con el que sus militantes y dirigentes se sintieron siempre vinculados. Entre otras cosas, porque el partido fascista español —si hemos de reducirnos a este espacio organizativo concreto, el de FE de las JONS— nunca comprendió su misión histórica, nunca proclamó su discurso ni planteó su estrategia política sin buscar, como lo hicieron todos los fascismos europeos, ganar la representación de todo este sector: es decir, sin llevar adelante una batalla por la hegemonía en un terreno al que pertenecía. Ese es el modo en que los procesos de fascistización resultan comprensibles en otras experiencias nacionales, tanto en lo que afecta a su ritmo de expansión social, electoral y militante, como en lo que se refiere a su proceso de

transformación interna. En cualquier caso, resultará aceptable que la mejor definición del sujeto fascista, en el proceso de fascistización, siempre habrá de trazar dos perspectivas claras de análisis: la primera, atender a la especificidad del periodo previo a la guerra civil; la segunda, subrayar que se trata de la construcción de un proyecto político que desea tomar el poder y que, por tanto, debe definir sus objetivos más allá de un discurso ideológico diferenciador.

Tal discurso no era homogéneo ni siquiera en el marco reducido del partido —no digamos ya del área en proceso de fascistización—. A esta carencia de homogeneidad se sumaban los elementos doctrinales que se compartían con aquellos sectores con los que habría de constituirse un nuevo Estado. Lo que aportó el fascismo a este proceso fue una capacidad insólita de sintetizar los diversos elementos del campo contrarrevolucionario en un solo proyecto político, en primer lugar. Y, por otro lado, su creciente congruencia con las condiciones en que se desarrolló la crisis nacional que desembocó en la guerra civil, lo que le permitió adquirir una posición dominante en el proceso de conversión de partido fascista minoritario —aunque no marginal o irrelevante— en movimiento nacional. En este momento clave para su hegemonía fue determinante su identidad precisa: su voluntad sintetizadora, su lectura de la contrarrevolución como mística revolucionaria alternativa, su asunción de una nueva idea de la violencia, su preferencia por el liderazgo carismático, su nacionalismo inseparable del catolicismo pero ajeno al clericalismo, su destacada referencia a la justicia social, su familiaridad con los movimientos fascistas europeos triunfantes, su exaltación del modo de existencia militar. Pero también fue indispensable algo que se ha sugerido con mucha menos frecuencia: su previa normalización en el campo contrarrevolucionario, su pertenencia a un campo en proceso de fascistización, su dependencia doctrinal y social de la derecha española, la coincidencia en un objetivo clave en las circunstancias más hondas de la crisis, como el de acabar con la revolución social, sus llamamientos a que la derecha rectificara su "estilo" político, y sus esfuerzos por elaborar una estrategia en la que el

mito de la unidad nacional de España fuera precedido por la unión de las fuerzas nacionalistas que habían de realizarla.

EL RITMO HISTÓRICO DEL FASCISMO ESPAÑOL

Desde los primeros estudios sobre el fascismo español, ha venido afirmándose que lo que lo caracteriza, y lo que es principal responsable de su reiterada marginalidad, fue su llegada tardía, como si su particularidad fuera agregar un singular perfil de retraso a un fascismo europeo ya definido como un *latecomer* a la crisis del Estado liberal que se precipitó con el estallido, desarrollo y consecuencias de la Gran Guerra. Una de las virtudes del análisis basado en la fascistización es, precisamente, la revisión de una cronología demasiado determinada por una percepción de la autonomía de las organizaciones fascistas con respecto al resto de las fuerzas de la contrarrevolución —no solo los partidos, sino la red institucional y espacios de sociabilidad que la componen— o, en el mejor de los casos, condicionada por una atención exclusiva a la relación de los partidos fascistas con el ciclo desigual de la crisis económica y social europea de los años de la primera posguerra mundial.

La discrepancia en torno al sujeto contrarrevolucionario no consiste solo en la elección entre los actos fundacionales de los que deriva una impregnación ideológica de la derecha radical, o los procesos de progresiva identificación política de los diversos componentes de la contrarrevolución, que desembocan en la constitución final de un movimiento de masas que llegue a representarlos a todos ellos dando forma al fascismo como sujeto histórico relevante. Tal discrepancia se formula, además, al fijar el momento en que se origina el proceso. Para quienes destacan su carácter cultural y, especialmente, su condición de síntesis entre los elementos de un nuevo nacionalismo y de una revisión del socialismo a fines del siglo XIX, los orígenes del fascismo deberían hallarse, más que en un retraso, en una anticipación, que corresponde a la crisis ideológica producida en las tres décadas anteriores a la Gran

Guerra. Para quienes lo contemplan como resultado exclusivo de la movilización del conflicto bélico y el papel desempeñado por las circunstancias de la desmovilización —especialmente el lugar de los excombatientes—, el fascismo se inicia en la inmensa fractura de la posguerra, que incluye la ambigua complicidad de sectores opuestos en la afirmación de un campo "revolucionario". Para quienes lo relacionan con la crisis final de las democracias y los efectos devastadores de la Gran Depresión, el fascismo adquiere sustancia histórica en la movilización de las clases medias en busca de un instrumento de reacción propio, que adquiriera la virulencia integradora de un movimiento contemplado, al mismo tiempo, como restauración y transformación.

Esta selección no implica, en modo alguno, la necesidad de una exclusión: más bien, sugiere una preferencia, que no descarta las otras situaciones, sino que las incluye en un proceso de larga duración. Su dinámica completa ofrece varias perspectivas: la más atenta a los factores ideológicos de ruptura en la crisis finisecular; la más interesada por el ciclo de "guerra total" y redefinición de la violencia; o la que se inclina por considerar básicamente la construcción de un movimiento nacional de masas de carácter contrarrevolucionario, en las fracturas nacionales de los años treinta. La discusión sobre el ritmo de un proceso histórico conlleva, inevitablemente, de forma más o menos visible, un debate en torno a su carácter. Por ello he querido destacar la importancia de una cronología que ha venido dándose por resuelta, ya que en esa aparente carencia de simultaneidad del fascismo español con los acontecimientos dominantes europeos viene a justificarse su naturaleza frustrada o defectuosa. En realidad, se trata de lo contrario. El fascismo español compartió una fase amplia con las otras experiencias continentales, cuya realización no debe ajustarse al tipo de precisión de relojería que pueden exigir procesos idénticos, sino a la forma de coincidencia histórica que plantean los ciclos con un mismo significado. El fascismo creció siempre como resultado de la radicalización y la expansión contrarrevolucionarias en Europa, en ritmos que no fueron iguales en el tiempo, pero que coincidieron en esa dependencia de las mutaciones operadas en el campo

conservador. La forma en que diversas crisis nacionales operaron sobre el sistema de representación y movilización de la derecha fue muy distinta por motivos obvios: afectaban a países que disponían de mayor o menor margen para enfrentarse a ellas, tanto desde el punto de vista institucional como desde el económico, por un lado. Por otro, se expresaron de acuerdo con tradiciones políticas y culturales propias de la derecha de cada nación. Además, hubieron de forjarse en distintas expectativas de amenaza del orden o, por decirlo de otro modo, de la inmediatez de una revolución social tal y como era percibida por las clases medias. En los primeros compases de la República, la llegada del fascismo español tuvo más de ejercicio prematuro que de llegada tardía. Pues el punto de referencia no debe ser una coincidencia mecánica con lo que sucediera en Italia de los años veinte o, en especial, en la Alemania de los treinta, sino la vinculación del nacimiento, expansión y hegemonía del fascismo español, y el ritmo de la crisis de la sociedad en la que se desarrolló su proceso constituyente. El discurso precoz de las primeras campañas de agitación y propaganda del primer nacionalsindicalismo de las JONS habrá de esperar, para la formación de un partido relevante, a lo mismo que tuvo que aguardar el nacionalsocialismo alemán durante una década: la construcción de un gran espacio antirrepublicano en el que el fascismo pudiera encontrar afinidades ideológicas, proyección social y territorios políticos afines. Tales circunstancias no se produjeron en España hasta el segundo bienio republicano, cuando verdaderamente puede hablarse de la congruencia entre la movilización contrarrevolucionaria, el surgimiento del partido fascista y los elementos centrales del conflicto político en el segundo periodo del régimen del 14 de abril.

El propio Ramiro Ledesma habló de 1933, en sus recuerdos del movimiento, como "el verdadero año de las JONS"[50]. Ya al paso de los hechos, en junio de 1933, había comentado las condiciones políticas en las que salía la revista teórica del partido: "Quizá hasta hoy hubiera resultado imposible lanzar a las gentes de España una tal consigna [la revolución nacional]"[51]. Antes de tales circunstancias, no existía la

idoneidad precisa para que el nacionalsindicalismo pudiera lograr la audiencia que había buscado. El carácter prematuro de las primeras formulaciones doctrinales y propagandísticas del fascismo español se propuso, en el otoño de 1931, como orgullosa soledad y capacidad de anticipación, cuando se confiaba en que, en el mismo año inicial de la República, empezaran a producirse fracturas en el régimen y organización opositora que empezaban a adivinarse. "Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista nacen precisamente en virtud de esa sospecha nuestra de que no existe en el panorama político fuerza alguna que garantice la defensa heroica de los ideales hispánicos"[52]. El "ha empezado un nuevo ciclo de responsabilidades" invocado por Ledesma en octubre de 1931 tenía ese carácter de esperanza ante los cambios visibles del aparente agotamiento del republicanismo gubernamental y del inicio de una movilización conservadora[53].

A esa perspectiva de inmadurez del conjunto de la derecha —no solo la del partido fascista— correspondían las palabras de Onésimo Redondo, advirtiendo en su semanario *Libertad* —tras el reiterado elogio dedicado a las tareas de movilización de Acción Nacional y el agrarismo conservador castellano— de la escasa importancia que pudieran tener las tareas de unificación en una sola plataforma política de lo que era, todavía, convenientemente heterogéneo:

> Y no es tan esencial que surjan y vivan unidos orgánicamente, bajo un mismo jefe, un mismo nombre e idénticos postulados, las fuerzas nacientes, como que existen uno o dos principios de negación —antimarxismo, antiparlamentarismo— y otros de construcción —fe hispánica, justicia social, orden político cristiano— que cobijen un ancho frente de resurgimiento nacional y proyecten armonía en la diversidad.
>
> No demos tanta importancia hoy por hoy a la unidad, como a la intensidad. Así como no puede pretenderse que un caudal en su nacimiento atraiga todas las corrientes que fluyen por modo natural en una cuenca, ni que fecunde solo a la extensa superficie de ella, sería contra la naturaleza de las cosas que, en el periodo de iniciación, la imponente masa capaz de sentir a España finalmente discurra por un solo cauce.
>
> […] Es una variedad fecunda y, es, sin duda, inevitable, pero, además,

> deseable, en periodos de iniciación como hemos dicho. Busque cada cual espontáneamente su propio partido: haya varios en el frente del resurgimiento nacional, que puedan acoger, en la alegría de la casa propia, los diversos temperamentos de ciudadanos fieles a España y a la decencia cristiana[54].

Tales actitudes —convencer desde la intransigencia o aceptar el flujo paralelo de movilizaciones pertenecientes a campos con los mismos valores— se plantearon de un modo distinto en 1933, cuando una serie de factores propiciaron la actualidad de un partido fascista en España. Entre ellas, las más obvias: la expansión del fascismo en Europa, que había normalizado la irrupción de una ofensiva contrarrevolucionaria en el comienzo de la década, o la construcción de un espacio antirrepublicano, consolidado en los meses que precedieron a las elecciones de noviembre. El partido fascista adquiría congruencia como resultado de un proceso general de fascistización y siendo parte de este. Pero existía algo que no ha sido destacado con tanta frecuencia, pero que está relacionado, como habremos de ver con cierto detalle, con el lugar concreto del nacionalsindicalismo a partir de la constitución del primer partido unificado, Falange Española de las JONS en febrero de 1934. Lo que cambia es el elemento principal de discriminación política. En el primer bienio había sido el conflicto constitucional entre la república laica y reformista, de un lado, y la defensa de una españolidad legítima y exclusiva en la oposición católico-populista, del otro. A partir de 1933 y, en especial, tras la formación de las Cortes de mayoría derechista y la expansión de un espacio de diversas actitudes antidemocráticas en 1934, lo que apareció como línea de demarcación política, hasta el comienzo mismo de la guerra civil y atravesando el episodio electoral de febrero de 1936, fue la lucha entre la revolución social y la contrarrevolución. No hay más que repasar la prensa de FE-JONS de aquellos meses para observar esa actualidad de una revolución marxista, antiespañola, anticristiana, contra la que solo será eficaz un proyecto que genere una revolución nacional.

Esa línea de fractura que define no solo la crisis española, sino también su percepción por quienes la experimentaban como conflicto

político, se expresó abiertamente como conciencia de fascistización en España. Fue sentida así por los contemporáneos y expresada tanto en forma de análisis del carácter de la crisis como de elaboración de estrategias, de discursos propios y de espacios de complicidad intelectual, tanto en el área del régimen como en el de sus opositores. Y, desde luego, con especial crudeza en el campo de los más resueltos partidarios de una solución contrarrevolucionaria violenta. Lo demuestra la difusión de un pensamiento y de una retórica que superaba la anterior denuncia de los "excesos" o el "sectarismo" o "revanchismo" de la República, para pasar a una nueva fase destinada a superar los principios y las instituciones demoliberales como parte de un proceso que desembocaría en la revolución social. Tan frecuente fue hallar esta normalización de un discurso que pretendía traer a España lo "mejor" de las experiencias fascistas europeas que, en los primeros números del semanario de la recién creada Falange Española, Rafael Sánchez Mazas reiteraría la necesidad de salir al paso de aquella nutrida escenificación de actitudes, que justificaban la existencia del movimiento e incluso el ritmo de su creación:

> Esta es, bajo el signo de *F.E.*, la única publicación de nuestro movimiento autorizada por el mando. […] No tenemos nada que ver con los aficionados ingenuos o los falsos tontos, que, con hablar de autoridad y corporativismo, jerarquía y orden, han creído encontrar en *F.E.* una especie de sistema Voronoff contra la senil decrepitud de sus ideologías[55].

> Los triunfos electorales se demuestran cada vez más precarios. De la primera euforia pasan a las indecisiones, al temor, a las rencillas, a la melancolía. Ni una sola política de las que todo lo fiaban a las urnas tiene en sí fundamentos para dar la cara por España de manera simple y resuelta. Los que cantan a su favor la campanada de la victoria se ven obligados a decir que no es esta su hora, cuando inmediatamente es la hora de la anarquía con su rostro más repulsivo y criminal. A la triple Anti-España no saben oponer la triple conciencia y el triple esfuerzo de una doctrina y una disciplina sociales, de una doctrina y una disciplina contrarrevolucionarias, o sea, "directas, contra la acción directa". Esta integridad mental y práctica ante la Patria y el Estado solamente en nosotros se formula[56].

La competencia entre partidos era, de este modo, reconocimiento de la actualidad de un proceso y de un espacio de fascistización en el que se realizaba la afirmación de una doctrina propia, la defensa de la organización, la complicidad intelectual de los diversos sectores que debían formular un mismo diagnóstico de la crisis nacional, y la llamada a la unidad de fuerzas implicadas en el rescate de España que habrá de caracterizar a la contrarrevolución tras las elecciones de 1933. Este es el marco en el que el fascismo adquiere posibilidad de existencia histórica, si por ella entendemos la capacidad de condicionar el carácter del combate contra la República y de hegemonizar la construcción de un gran movimiento nacional, cuando la crisis estratégica del resto de opciones en presencia sea evidente, es decir, tras las elecciones de febrero de 1936 y el fracaso de la estrategia de integración conservadora de la CEDA.

LA ESTRATEGIA DEL NACIONALSINDICALISMO

A la hipótesis de una llegada tardía del partido fascista en España, se ha solido sumar —y como resultado de esta misma incongruencia de ciclo— la de una ausencia de verdadera estrategia, cuya definición fue incapaz de realizar Falange de las JONS, o cuyo estudio resulta sin interés, dada la irrelevancia política del partido en la etapa republicana previa a la guerra. Definir la estrategia de un partido fascista recurriendo a los mismos métodos con lo que analizamos la trayectoria de otro tipo de fuerzas políticas suele ser desalentador. No solo en aquellos casos en los que el partido tenía un carácter minoritario, sino también en los escenarios en los que se desarrolló con una base social y electoral determinante.

Consideremos, por ejemplo, el modo en que ha podido estudiarse el crecimiento del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP), desde su refundación en 1925 hasta la *Machtergreifung* de enero de 1933, y observaremos qué poco se ha dejado a lo que puede considerarse convencionalmente como análisis de táctica y estrategia. Incluso resultaría de sumo interés meditar sobre la lejanía de aquellos años en los

que la crisis de la República de Weimar y la formación de la alternativa nacionalsocialista fueron objeto de estudios más numerosos y penetrantes. Un tiempo que parece haberse clausurado, dando por zanjado el análisis de la *Kampfzeit* y, con ello, el proceso constituyente del fascismo alemán, para centrar la inmensa mayoría de las reflexiones y lo mejor de la investigación universitaria en cuestiones relacionadas con el régimen nazi consolidado y, crecientemente, con el periodo de la guerra, ocupación territorial y exterminio. Cuando disponemos de mejores recursos para observar en su contemporaneidad la formación del fascismo, con un conocimiento empírico mayor, una metodología más eficiente e incluso con recursos tecnológicos para procesar información con la que no se contaba hace 40 años, el periodo de fascistización parece contemplarse, erróneamente, como un periodo cuya capacidad explicativa ha quedado exhausta. En el momento en que realizaron los trabajos más relevantes acerca de este periodo de integración en un gran movimiento nacional que llegó al poder, muchas de las cuestiones que han enriquecido nuestra aproximación a los movimientos políticos de masas en aquel ciclo de crisis apenas habían sido esbozadas. Y los estudios se realizaron atendiendo a una doble limitación que se repetiría en otros escenarios nacionales: la comprensión exclusiva en la perspectiva de una crisis interna de Alemania, y el análisis también interno del partido, o —en el mejor de los casos— el de una relación mecánica entre partido y sociedad. Cabe lamentar, considerando la calidad de los trabajos realizados entonces en forma de análisis regionales, de historia de la organización del partido, de reflexión sobre sus crisis internas o de estudios sobre base social y electoral del nacionalsocialismo, que esta atención a la etapa previa a la llegada al poder haya perdido tanto impulso desde la última década del siglo XX. No puedo dejar de relacionar esta pérdida con el prestigio de los estudios sobre el "fascismo genérico" que sustituyó de forma tan insatisfactoria estas reflexiones nacionales. El mérito de este planteamiento pudo encontrarse en reivindicar los factores subjetivos del fascismo —o, para ser más precisos, solo algunos de sus factores subjetivos, en general los

identificados con sus actitudes modernistas y revolucionarias—, superando los excesos de las perspectivas estructuralistas o funcionalistas. Pero esta actitud, en su misma disposición a señalar en el fascismo una identidad doctrinal discriminatoria, intransigente, desplegada sobre su misma esencia fundacional, acabó por fabricar el resultado de su propio método de elaboración. Un producto ideológico cuya pureza no ha negado nunca elementos de contaminación contingentes, pero que siempre se ha afirmado sobre su distinción sustancial, sobre su perfil acentuadamente distintivo, atribuyendo a tales factores ideológicos incorruptos el significado de la experiencia histórica completa del fascismo.

En la medida en que la identificación ideológica resulta más significativa que la política, y se contempla como lo más decisivo en la comprensión del fascismo como proceso histórico, es obvio que parece perder interés el análisis de su estrategia. Y, menos aún, cuando la entendemos en su sentido más amplio: las políticas de alianzas, la integración de espacios de afinidad, las formas de socialización en un proceso de radicalización de masas, la percepción del fascismo por los diversos ingredientes del proceso de fascistización, la construcción de la unidad en la percepción de objetivos y adversarios comunes, el ajuste de relaciones competitivas y convergentes en las diversas fases de la crisis de los años treinta, la técnica de captura del poder y el esbozo de su organización ya en las etapas de ataque masivo a la democracia. En el caso del nacionalsindicalismo español, esta limitación ha sido especialmente devastadora, pues a los motivos que se señalaban para la evolución de la historiografía del fascismo alemán se suma esa percepción de la irrelevancia, marginalidad y fracaso final del partido fascista en la crisis española de los años treinta, compensado por la excepcional duración de un régimen franquista que llega a explicarse, precisamente, por su pertenencia solo tangencial a la experiencia del fascismo europeo. Para incrementar la paradoja, todo ello sirve para que se acentúe la idealización del falangismo realizada durante el nuevo Estado, asignando al partido nacionalsindicalista una pureza

revolucionaria, una prestancia doctrinal, unos objetivos de justicia social, una auténtica separación de la contrarrevolución mayoritaria, un alejamiento del nacionalcatolicismo, una modernidad discursiva e incluso una honestidad regeneracionista, siempre proporcionales a la magnitud de su frustración y su derrota. Y, sin embargo, el proceso constituyente del fascismo español resulta de especial interés para la comprensión del fascismo europeo, siempre que propongamos una reflexión acerca de lo que fue Falange de las JONS, no solo en su discurso, en la exhibición de estilo o en la formulación doctrinal —y mucho menos en su reconstrucción *a posteriori*— sino también en su estrategia, en su invocación a sectores precisos de la sociedad, en su ambición de formar parte de un proyecto contrarrevolucionario y en su voluntad de llegar a liderarlo y a representarlo de forma total. Lo cual supone contemplar el nacionalsindicalismo como proyecto vertebrador del fascismo español, dejando de contemplarlo como único sujeto fascista, organizado en un partido de militancia bien delimitada, frente a cuya indigencia e ineficacia se levantará la dictadura nacionalista reaccionaria construida en la guerra civil, un conflicto bélico cuyo estallido, dimensiones y resultado se presentan como pruebas de la incapacidad del fascismo para hacerse con el poder y construir el nuevo Estado. Por ello es preciso destacar la desdichada coincidencia del abandono de los estudios sobre el proceso de fascistización, en experiencias tan ejemplares como la del nacionalsocialismo alemán, y las afirmaciones más recientes sobre la marginalidad, impotencia y derrota del falangismo. La carencia de un marco europeo en el que se abran perspectivas más rigurosas y actualizadas de este periodo han condicionado la reiteración del fracaso del nacionalsindicalismo en la construcción de su hegemonía en el campo de la contrarrevolución española. Y este aspecto halla uno de sus factores más radicales en el desdén por el análisis del fascismo español en su vertiente más relacionada con su carácter de proyecto político: el referido a su estrategia.

El fascismo se construyó sobre una voluntad de integración, no sobre la alianza coyuntural y reversible de fuerzas soberanas que representaran

sectores específicos de una sociedad diversa. La heterogeneidad del fascismo va de la mano de la unidad como mito movilizador y como objetivo político, que había de provocar el reencuentro de la nación consigo misma: un ser singular, con una tradición rescatada y con una empresa a realizar en la historia. Ni el movimiento nacional que se formó ni el Estado que se construyó se presentaron como realidades monolíticas, sino como espacios de realización de la verdadera diversidad española, que nada tenía que ver con la corrompida desarticulación y disolución nacionales propias del decadente pluralismo liberal o con la invocación al antagonismo de clase realizada por el socialismo. Ese deseo de construir un espacio totalizante fue lo que definió una estrategia que no pudo encontrar su analogía en las políticas unitarias que desembocaron en la estrategia y cultura del antifascismo. La voluntad totalitaria se encontraba en el conjunto del espacio contrarrevolucionario, si por esa totalización entendemos la superación del tipo de pluralismo reivindicado desde el inicio de las revoluciones liberales o de lo que, simplificando, la derecha más extrema denominó la revolución. Al partido fascista correspondió la definición de la propuesta doctrinal más acabada, mejor insertada en las condiciones de la crisis europea y española de los años treinta, más capaz de establecer el equilibrio entre la mística revolucionaria juvenil y la genealogía de una tradición antiliberal. Esto se no produjo solamente en los aspectos ideológicos, sino que tuvo que tomar forma en los cauces de una movilización e integración de masas antirrepublicanas, dispuestas a llevar al campo de una violenta confrontación armada su miedo a una percepción de crisis de civilización y su voluntad de creación de un nuevo Estado que la evitara.

La definición de la estrategia fascista habrá de hacer constar los momentos diversos en que se encuentra este proceso de integración buscado, así como la forma conflictiva que, en el seno de Falange de las JONS, produjo el siempre difícil equilibrio entre identidad propia y búsqueda de unidad. Pero debe tenerse en cuenta que las dificultades causadas por este equilibrio afectaron a la contrarrevolución entera. Esto es lo que nos obliga a considerar, además de esa primogenitura exigida

por la pluma de Sánchez Mazas en el semanario *F.E.*, la percepción tenía la derecha radical del fascismo y, más concretamente, del proceso de fascistización en España en el periodo republicano, especialmente en la fase iniciada con las elecciones de noviembre de 1933. La defensa de la titularidad del fascismo por Sánchez Mazas expresaba, más que el aislamiento del partido —esa "altiva intemperie" con que se defendía una presunta intransigencia doctrinal y política—, su deseo de mantener una hegemonía, una capacidad de agrupación, amenazada por las demandas de quienes se sumaban al proceso de fascistización. Es en esa dinámica de preservación del propio lugar y, a la vez, de reconocimiento del parentesco, donde debe buscarse el proceso constituyente del fascismo español. Pues el fascismo solo fue posible, como partido en el poder y como movimiento de masas antes de capturarlo, en ese encuentro entre diversos sectores de la contrarrevolución europea del siglo XX. Se trataba de una tensión que, por un lado, marcó fronteras de identidad, pero que, por otro, estableció un campo nacional cuyos adversarios en el bando republicano nunca dejaron de verse como los adversarios letales de todos y cada uno de los sectores implicados en la movilización de la extrema derecha: liberales, demócratas, marxistas, anarquistas, nacionalistas "separatistas". Es la anti-España que se definió en diversos ámbitos ideológicos de la extrema derecha, desde el Maeztu del primer editorial de *Acción Española*, hasta el Sánchez Mazas del comentario editorial de *F.E.* que se ha reproducido.

Sin embargo, el territorio de complicidad no se edificó solamente ante un enemigo común. Se desplegó, también, en la afirmación de principios unificadores, de valores positivos que se compartían y desde los que se rechazaba de raíz cualquier compromiso con el régimen republicano, considerándolo sustancialmente antinacional. En el otoño de 1933, un veterano tradicionalista como Víctor Pradera podía comentar ácidamente la inutilidad del nuevo partido Falange Española, que venía a reproducir —y a usurpar— lo que el carlismo había planteado durante 100 años, respondiendo de ese modo al entusiasmo con que *Acción Española* había acogido el discurso "fundacional" de Primo de Rivera el 29 de octubre.

Reproche y apoyo que pasaron a ser tan complementarios como las afirmaciones de Calvo Sotelo a favor del fascismo o los ataques al Bloque Nacional y su caudillo en las publicaciones falangistas. El fascismo fue, así, no solo algo con lo que debía contarse en una estrategia de alianzas, un compañero de recorrido antirrepublicano con el que se tenían afinidades ideológicas y se compartían hostilidades políticas. Era, además, un proyecto que se contemplaba como una suerte de bien común, de instancia patrimonial ideológica y técnica, interpretable de distinto modo e incluso adaptable para sentar el liderazgo contrarrevolucionario de alguna de las derechas implicadas, mediante una declaración de simpatía por sus inquietudes modernizadoras, su lealtad a los valores tradicionales y su gran tarea de regeneración. De ahí, la extrema violencia con que José Antonio Primo de Rivera hubo de referirse a un Calvo Sotelo que, en su privilegiada posición de parlamentario, intentaba adjudicarse el caudillaje y visibilidad del fascismo español en las Cortes elegidas en febrero de 1936[57]. De ahí que tal liderazgo fuera defendido por quienes lanzaron graves acusaciones al jefe nacional cautivo[58], o por quienes, al modo de Brasillach, recordaban a Calvo Sotelo como el primer mártir del fascismo español al evocar los inicios de la guerra civil en *Je suis partout*[59]. De ahí, también, la forma en que *Acción Española* se refería a las distintas tonalidades de un solo discurso nacionalista y neotradicionalista, haciendo de todos ellos formas distintas de vivir en una misma propuesta contrarrevolucionaria para España[60]. De ahí, finalmente, que se mezclaran los ataques virulentos a la CEDA, la ridiculización sistemática de la Juventud de Acción Popular (JAP) y los constantes elogios de la figura de Gil Robles en el discurso falangista tras la revolución de octubre de 1934, amalgama de actitudes que culminaría en la propuesta del Frente Nacional, tras el II Consejo Nacional de FE de las JONS en noviembre de 1935, y en la oferta de entrar en las candidaturas unitarias de la derecha en enero de 1936.

FALANGE DE LAS JONS

Y EL CAMBIO DE CICLO REPUBLICANO EN 1933

Desde comienzos de los años treinta, en buena parte del Occidente europeo se produjo una ofensiva para recalificar el sistema constitucional, como puede verse en ejemplos de experiencias democráticas tan distintas como la francesa y la alemana. En Francia, se mezclaba la ofensiva intelectual de los llamados "no conformistas", la movilización de las ligas de extrema derecha, la aparición de una escisión nacional-populista en el seno de la izquierda socialista y comunista, y la propuesta de "rehacer la República" de sectores conservadores entre los que destacaba André Tardieu. En Alemania se asociaban los factores de una crisis de legitimidad condicionada fundamentalmente por la gran crisis económica de comienzos de la década, que agravó la radicalización de las clases medias ya movilizadas en propuestas antiliberales en los años de relativa estabilidad previos a 1929. A esas circunstancias sistémicas se sumaron los giros estratégicos del NSDAP y de los grupos hasta entonces hegemónicos en la extrema derecha, en busca de un campo de convergencia de la "oposición nacional", así como una crisis del régimen parlamentario provocada por los explícitos horizontes antidemocráticos invocados desde diversos ámbitos del mundo económico, intelectual y político germanos.

Lo específico de la experiencia de la crisis de la democracia en Francia fue la potencia y calidad de un discurso antiliberal que gozaba de singular prestigio en los espacios académicos, editoriales y juveniles desde comienzos de siglo, lo que creó una cultura autoritaria sobre la que pudo construirse la normalización de una perspectiva superadora de la Tercera República. La peculiaridad alemana dependió de la centralidad de la crisis económica. No solo porque en ella fueran más fuertes los desequilibrios financieros, fiscales y comerciales —cosa que verdaderamente sucedió—, sino por la manera en que se percibió la imposibilidad de resolver, en un contexto internacional dominado por los Estados Unidos y Gran Bretaña, los problemas sentidos como una situación de emergencia por grandes empresarios y la clase media urbana

y rural. La doble percepción de las dificultades de estos sectores en una perspectiva endógena e internacional se hallaba muy a flor de piel en toda la propaganda realizada por la derecha antirrepublicana alemana desde el comienzo mismo del régimen de Weimar. Contra el carácter dependiente, extranjero y antinacional de la República se habían movilizado las primeras resistencias y organizado por los primeros partidos y plataformas en los que se inicia el proceso de fascistización germana. Todo ello facilitó que la hegemonía del nazismo en la "oposición nacional" pudiera desarrollarse sobre un acuerdo de grupos heterogéneos en torno a un proyecto nacionalista, populista, autárquico e imperial. La reivindicación de un gran espacio económico alternativo a la dependencia de las potencias ya existentes en el oeste permitió que diversas formas de justificar ideológicamente esta política expansiva en el exterior y la oferta de un nacionalismo organicista en el interior, con los mitos del *Lebensraum* y de la *Volksgemeinschaft* alimentándose mutuamente, culminaran bajo el liderazgo del NSDAP el proceso constituyente del fascismo alemán.

Lo que hallamos, por tanto, es una diferencia de circunstancias que no depende del sujeto político fascista creado en la década de los veinte, sino de algo que venía de mucho más lejos en las perspectivas de identificación cultural y nacional de las clases medias, de unas condiciones materiales que proceden del escenario suscitado por el desenlace de la Gran Guerra, y de la forma concreta en que estos aspectos se precipitaron en la crisis de la década de los treinta, que asoló a toda Europa, pero que se proyectó políticamente de forma distinta, incluso para crear diversas dinámicas de fascistización. La importancia que podía tener la búsqueda de factores de continuidad cultural en el caso del nacionalismo francés es un asunto muy distinto a la relevancia que pudo adquirir en Alemania la cuestión de la pugna en la ocupación y gestión de grandes espacios. No solo en la forma de definir objetivos geoestratégicos por una elite, sino también en la manera en que tales problemas podían divulgarse para adquirir un apoyo popular de masas. Tiene especial interés recalcar la función que en ese proceso de

construcción de una hegemonía fascista —y en el propio desarrollo de los regímenes resultantes— puede desempeñar tal diversidad de temáticas movilizadoras, de recursos de identificación, de percepciones de la solución a la crisis y, por tanto, de fijación de lo que definía a la "revolución nacional", es decir, a la contrarrevolución. Eso nos conduce a comprender los procesos de fascistización en una dinámica más verosímil que las que han planteado las destilaciones más radicales del "fascismo genérico". Primero, porque se refiere a los diversos elementos sobre los que se construyó, al mismo tiempo, la pertenencia a un mismo ciclo, a un mismo proyecto político, y a formas diversas de su despliegue y consumación. Además, porque observa los factores culturales y destaca las diversas tradiciones nacionalistas sobre las que se discurre la crisis y se procede a la constitución de un movimiento antidemocrático de masas. Finalmente, porque se atiene a las condiciones de crisis social y de percepción de sus causas y soluciones por quienes, en cada país, dieron apoyo al fascismo, haciéndolo en circunstancias que implicaban proyectos con objetivos desiguales. Por poner un solo ejemplo, aunque de gran relevancia: el contraste entre la relevancia de la política de expansión imperial en la experiencia alemana y la centralidad de la contrarrevolución social y la liquidación del adversario interior en España, determinando tanto las dificultades de enunciación y escenificación de los discursos integradores propios de la comunidad popular, como la división interna de la nación en una lógica permanente y, además, legitimadora, entre vencedores y vencidos. Los factores culturales a través de los cuales se trazaban los rasgos de esta anti-España, que ponían las bases de la construcción del fascismo a través de una guerra civil, permitieron vincular diversas tradiciones contrarrevolucionarias en un solo proyecto político, pero lo hicieron en un marco social concreto, en el que era inimaginable que una política de grandes espacios y recursos como una gran guerra popular y racial del tipo de la que dio propulsión al proyecto nacionalsocialista, pudieran entrar en la agenda de un país que ocupaba en Europa en lugar que tenía la España de los años treinta. De lo que se trata, entonces, es de observar

el modo en que el proceso de fascistización, y el lugar preciso del partido fascista en él, se corresponden a unas condiciones sociales en las habrá de dirimirse la hegemonía en la constitución de un proyecto político convergente.

Entre 1931 y 1933, la movilización antirrepublicana descartó la agrupación de masas en el campo de la reivindicación de la monarquía, para situarla en la defensa de una serie de valores que, aun cuando se supieran mejor custodiados por el régimen caído, pasaban a ser vistos de forma pragmática como factores de identidad que podían integrar a un mayor número de personas y que podían hacerlo en una línea de actuación política más eficaz. Por ello, el clericalismo y el populismo católico —dentro de cuyas propuestas se encontraba el combate contra el reformismo social del régimen del 14 de abril— ganaron esa batalla por la hegemonía. Los pequeños núcleos organizados en plataformas de propaganda fascista se mostraron ajenos a esta propuesta de convergencia, y ello les costó una fase de marginalidad que llegó a plasmarse en la práctica extinción del partido formado en el otoño de 1931, las JONS. La respuesta de aquellos jóvenes se presentó al comienzo subrayando su oposición al carácter envejecido del régimen liberal y la frustración de las condiciones para llevar adelante un cambio acorde con los impulsos nacionalistas que se daban en la Europa de posguerra. Esta actitud fue ya muy matizable al pasarse de la etapa inicial del grupo madrileño de *La Conquista del Estado* a la convergencia con el núcleo vallisoletano de *Libertad*. La radicalidad del grupo liderado por Ledesma ha de ser matizada, no solo por la presencia de personajes que, como Bermúdez Cañete, militaban en la dirección de Acción Nacional, sino también por la cada vez más clara deriva del semanario hacia una posición que priorizaba la denuncia del marxismo, la condena del nacionalismo catalán e incluso la ridiculización de los movimientos de liberación en Asia y América. Sin embargo, la pequeña organización de Onésimo Redondo estuvo mucho más vinculada a los sectores de la derecha católica castellana, aunque la militancia inicial o las simpatías posteriores por Acción Nacional/Acción Popular se combinaran con la

crítica a una derecha más clerical que nacionalista católica, y más pragmática que esencialmente antirrepublicana. Por otro lado, quienes se integrarían en un fascismo más relevante y nada marginal dos años después, se mantuvieron en posiciones muy semejantes a las de quienes contemplaban la irrupción de la República como una desnaturalización intolerable de la nación española y sus valores identificativos. Tal fue el caso de los fundadores de Falange Española, cuyos cuadros se movieron en el territorio del monarquismo heredero de la Unión Patriótica (UP) y en la colaboración con las posiciones más conservadoras del espectro político español.

A partir de la victoria electoral de las derechas en noviembre de 1933, se alteraron sustancialmente tanto el ritmo como el perfil político de la impugnación del régimen republicano. La alianza de cedistas, agrarios republicanos y radicales tenía, sin duda, el aspecto de una integración de los sectores más numerosos del antirrepublicanismo español en una convergencia que trataba de modificar el sistema desde dentro, limitándose tal estrategia a una actualización del revisionismo de la etapa constituyente. Este riesgo para los objetivos más radicales de la derecha antirrepublicana fue frecuentemente denunciado por la propaganda alfonsina y tradicionalista, y también por la naciente intervención pública del falangismo. Pero, en otra perspectiva, que resultó cada vez más sustancial y visible, dicha alianza debe situarse en la propuesta de un compromiso antirrevolucionario, en el que la cuestión del régimen, entendido como oposición entre república y monarquía, cedió su puesto a un conflicto más hondo, que planteaba este tema como vigencia o caducidad del Estado liberal. El nacimiento y expansión del movimiento falangista correspondió a este cambio de ciclo interno de la Segunda República y a este nuevo proceso de identificación contrarrevolucionaria. La etapa de fascistización se dio en congruencia con la primacía de la revolución social, designada ahora como adversario más peligroso y evidente para las derechas. Ramiro de Maeztu había de señalarlo a comienzos de 1936, recordando una nota enviada los dirigentes de Renovación Española en mayo del año anterior.

Empezaba por sentar tres afirmaciones:

Primera. Que en España no hay ni republicanos ni monárquicos en número bastante para que la cuestión de la forma de gobierno apasione por sí misma a considerables masas de opinión. Ello no quita para que en ciertas ciudades o regiones haya un núcleo fuerte de carlistas y allá otro núcleo de amigos de don Alfonso.

Segunda. Que los católicos, en general, no se enfurecen ante la obra de descristianización que continúan las escuelas. En dejándoles asistir a sus misas y procesiones, están tranquilos. Por supuesto, hay que hacerles ver todo lo posible el inmenso peligro de descristianización, pero sin esperar el triunfo de esta campaña.

Tercera. Que, en cambio, hay en España muchos partidarios de la revolución social y muchas gentes que la temen, por lo que, a mi juicio, debe emplazarse la cuña de nuestra campaña entre la revolución social, de un lado, y todo el resto del país, del otro, aunque sea, de otra parte, absolutamente cierto que han sido el liberalismo y el republicanismo los que nos han traído el peligro de la revolución social.

De tales consideraciones, que Maeztu consideraba probadas por el tiempo transcurrido, se extraía la necesidad de obtener un amplio frente contrarrevolucionario, y de construir el instrumento político —el partido, el movimiento— sin el que tal tarea no lograría provocar la completa erradicación de la amenaza revolucionaria. Por ello, el intelectual vasco llamaba a construir algo parecido al "*fascio* italiano o al nacionalsocialismo alemán, capaz de hacer frente por sí solo a la revolución social", con el objetivo de "constituir la fuerza que impulse, el día de mañana, a la contrarrevolución a depurar el Estado de revolucionarios", algo que permitiría, "una vez acabada la amenaza de la revolución social", que España se reintegrara a la línea perdida de la tradición española[61].

El texto puede indicarnos la forma en que se construyó un elemento necesario en el proceso de fascistización, que incluyó la demanda de un "instrumento político" para superar las deficiencias activistas de los grupos de la derecha. En los cambios operados en el espacio

contrarrevolucionario durante los años treinta, tal actitud iba mucho más lejos que la simple yuxtaposición de una cultura reaccionaria tradicional y el auxilio de un escuadrismo nacionalista. La transformación se refirió también a las revisiones políticas que se produjeron en el seno de la derecha radical, propiciando la constitución de un movimiento nacional que estaba muy lejos de ser esa simple suma de vieja ideología y métodos modernos. Pero, más allá de ese aspecto, me interesa destacar ahora la fijación de la revolución social como elemento coagulante de todos los riesgos y de toda estrategia de resistencia al régimen republicano, lo que conducía a una cada vez más clara tendencia a la militarización del escenario político. Así se verá en otros muchos casos en que la propaganda contrarrevolucionaria fije posiciones. Y se observará, sobre todo, en el marco de una exasperación por el orden público, en cuya práctica se abandonó, por parte de sectores republicanos conservadores, la visión fundamental del tipo del gobierno, para fomentarse un discurso de la defensa del Estado que era, al mismo tiempo, protección del orden social en sí mismo. El reproche a la debilidad o caducidad del sistema salido del 14 de abril, como se indicaba antes, fue frecuentado en otras naciones, donde la crítica de dirigentes políticos, juristas y pensadores sociales se lanzó contra las insuficiencias o el definitivo declive del Estado liberal y de algunos de los principios sobre los que se fundamentaba, como el de la soberanía nacional. El mismo Maeztu hizo referencia a ello al referirse a Tardieu en un artículo publicado poco antes de la guerra civil[62], y del dirigente conservador francés se editó una traducción prologada por José María Gil Robles el 1 de mayo de 1935[63]. Las memorias del ministro de Gobernación de marzo a septiembre de 1934, el radical Rafael Salazar Alonso, son un buen indicador de este cambio de óptica en los medios de la derecha lerrouxista[64].

En este tema, el falangismo podía presentar una posición propia, que correspondía a la necesidad de hacer otra revolución, la española, la nacional, la pendiente, frente a la seguridad del triunfo de la revolución social impulsada por la anti-España si no se realizaba tal tarea. Pero señalar tal espacio peculiar no debe hacernos olvidar el ciclo del periodo

republicano en el que aparece, como verdadera fuerza política organizada, el partido fascista en España. 1933 es el momento de giro, y las protestas rupturistas que esgrimió Falange fueron más una corroboración que un desmentido de la vinculación de su trayectoria, desde el principio, al despliegue de la contrarrevolución española y, en especial, de la primacía de la revolución social en la perspectiva de la derecha. A este respecto, puede recordarse el desmesurado elogio con el que José Antonio Primo de Rivera agasajó a Alejandro Lerroux en la sesión de Cortes del 9 de octubre de 1934[65]. Cierto es que el agradecimiento a la labor de "salvación de España" promovida por el poder ejecutivo fue pronto matizada en numerosas intervenciones del nuevo jefe nacional del FE de las JONS, donde siempre se reprochó a las derechas que solo hubieran tenido presente el sentido reivindicativo de la revuelta y no su carácter antinacional, que era lo que habría debido exigir un cambio de régimen posible en aquellas circunstancias de excepción.

De todos modos, la puesta a buen recaudo del perfil propio de Falange —que habrá de radicalizarse tras la escisión de Ledesma a comienzos de 1935—, en nada pueden paliar la imagen de una organización bien dispuesta a actuar en defensa del orden público, en la promoción del sindicalismo amarillo o en la invocación a una intervención del Ejército[66]. Interesa, en especial, cómo la estrategia de convergencia se produjo en un marco en el que debía definirse el proyecto social que cada fuerza representaba en esta crisis del régimen, de un modo mucho menos benévolo que el que nos ofrecen las meras evocaciones de una revolución española en la propaganda más citada del nacionalsindicalismo. La segunda entrada de José Antonio Primo de Rivera en la vida electoral del régimen de 1931, tras su frustrada candidatura madrileña en las constituyentes, fue su presentación en una de las propuestas más reaccionarias presentadas por la derecha en el momento del triunfo de noviembre de 1933: una lista por Cádiz en la que se compartía plataforma con ultraconservadores del perfil de Carranza, Pemán o Palomino, uniendo en una sola ambición representativa a integristas, viejos upetistas y la nueva extrema derecha aún no organizada en el falangismo.

Tras la crisis de 1934, cuya importancia como punto de inflexión de la derecha y como base de una clarificación del discurso falangista no debe dejar de recalcarse, 1935 transcurrió, para el partido fascista, entre la afirmación del propio espacio, la perspectiva de un golpe de Estado y la búsqueda de algún acuerdo con el populismo católico de Gil Robles, que llenó las páginas de *Arriba* en 1935, lo que culminó en la frustrada oferta electoral de la junta política al caudillo de la CEDA en enero de 1936.

MARGINALIDAD O CONDICIÓN MINORITARIA DEL FALANGISMO

Reconocer una estrategia implica ir más allá de los acuerdos electorales o ciertas complicidades de dirigentes. Debe buscarse cuál es su relación orgánica con los espacios sociales en los que se constituyó políticamente la contrarrevolución. Ya hemos observado que tal factor está muy claro al establecer una correcta cronología del fascismo español y una adecuada visión de los ritmos y temáticas de movilización de las derechas. Además de ello, debe encontrarse algo que nos responda a una cuestión fundamental para la comprensión del proceso: cuál era el lugar del partido falangista en el proceso constituyente del fascismo de masas en España. Qué espacio ocupaba FE de las JONS en el momento en que su aparición resultó congruente con un ciclo de la contrarrevolución española. Ese lugar se detecta observándolo desde perspectivas diversas, que traten de obtener una visión completa del proyecto organizativo y político del nacionalsindicalismo. Una de ellas ha de ser, por supuesto, el análisis de su ideario, que desvela aspectos fundamentales para explicar su fácil integración en el campo general de la contrarrevolución. Pero, además, debemos aproximarnos a lo que son los espacios de afinidad, los territorios de convivencia, las trayectorias compartidas, las militancias en uno y otro partido de la extrema derecha, la publicación normalizada en unos u otros periódicos emparentados. Debemos ver esos rostros de la militancia local, saber dónde se encontraban sus salas de reuniones —aprovechando muchas veces las pertenecientes a alguna agrupación

derechista local—, la naturalidad con la que podían converger en una misma militancia quienes venían de espacios que se consideraban emparentados —como la trayectoria previa en la Unión Patriótica, en organizaciones cívicas derechistas o en el Partido Nacionalista—, la manera en que se aludía a los activistas de otras fuerzas como parte de un proyecto común cuyo liderazgo solo podía disputarse con los más afines, o el modo en que un proceso de radicalización propia podía obedecer al temor a la fuerza y el prestigio del fascismo europeo en las juventudes de los grupos ultraconservadores o en las del populismo católico. A lo que debe unirse, por supuesto, la especial significación de los conflictos en Falange de las JONS a lo largo de 1934, cuya raíz se encontraba, más que en la diversidad de propuestas políticas existentes en el partido, en esa misma promiscuidad que vinculaba su campo de crecimiento al del conjunto de la contrarrevolución, y que acabó exigiendo una definición clara del lugar específico que había de ocupar para evitar su conversión en un mero grupo de acción armada de la derecha. Esa presencia del falangismo organizado y la forma concreta en que se daba es un asunto fundamental para entender cuál era el lugar del fascismo español en el segundo bienio y, naturalmente, para comprender cuál habría de ser su capacidad de ejercer un liderazgo integrador cuando estalló la crisis de 1936. Una capacidad que sería inexistente de haber sido Falange de las JONS una fuerza marginal, y una propuesta política e ideológica radicalmente opuesta, por su perfil revolucionario, a las posiciones doctrinales del conjunto de la contrarrevolución antes de las elecciones de febrero.

La marginalidad de Falange Española de las JONS es más que improbable, si nos atenemos a datos tan elocuentes como la relevancia de su principal dirigente. La figura de José Antonio Primo de Rivera no era la de un personaje secundario en la política española, y ese factor resultó crucial en la afirmación de su liderazgo en el partido, formalmente definido en el I Consejo Nacional de octubre de 1934. Había sido la importancia de las relaciones sociales del caudillo falangista, el prestigio de su apellido y su propia trayectoria en la transición política de 1930-

1931, lo que le hizo ser un personaje notable en los espacios de afinidad de la extrema derecha, alguien con cuya opinión se contaba, y de cuya figura se quiso disponer siempre. Cuando a estas condiciones personales en los ámbitos de continuidad del alfonsismo más radical, más relacionado con la experiencia de la dictadura, se sumó la atención despertada por el fascismo y el cambio de ciclo operado en España tras el periodo constituyente, la formación de un nuevo partido fascista liderado por Primo de Rivera no tuvo nunca el escaso rango de una situación marginal, sino las condiciones precisas de una posición minoritaria, siempre situada en el espacio de las derechas, siempre definido por su relación con estos círculos y siempre buscando en el campo de la contrarrevolución un lugar de competencia, crecimiento y colaboración.

Por tanto, la situación periférica o la irrelevancia política que se atribuye al falangismo, otorgándole, en el mejor de los casos, una cierta prestancia doctrinal, carece de sentido. En buena medida, esa perspectiva estaba vinculada a la presunta llegada tardía que condicionó las posibilidades de su desarrollo: un retraso que ya hemos visto injustificado en el marco general del fascismo europeo y en las condiciones específicas de la España republicana. En España se vivió, como en Francia o Alemania, la experiencia de organizaciones precoces que fracasaron o se encontraron en posiciones muy apartadas de los centros neurálgicos del conflicto político, hasta que se produjo un cambio de ritmo en la crisis y se llegó a la posibilidad de una impugnación de los sistemas democráticos por movimientos de masas. Sin embargo, en el caso español se ha afirmado constantemente que esa irrelevancia política se produjo incluso en los momentos de mayor expansión del partido antes de la guerra civil, siendo esta la causa de la incapacidad del falangismo para ejercer el liderazgo en la convergencia contrarrevolucionaria que se agrupó durante el conflicto bélico. Creo que esta afirmación no solo deriva de una infravaloración de la importancia de la fascistización española, sino de una errónea valoración de los procesos en que se formó un fascismo de masas en otros países. Se atribuye un carácter lineal, continuo, de fagocitación del conjunto de la derecha, a una dinámica que

estuvo muy lejos de ser un ciclo de expansión constante de una organización ya perfilada doctrinal, social y políticamente en sus momentos fundacionales. La incapacidad del falangismo para representar la movilización de masas de la contrarrevolución en España difícilmente puede separar la influencia, ejemplaridad, atractivo y parentesco construidos en el segundo bienio, y la conversión de Falange en un espacio de atracción en el radical cambio de paisaje que se produjo en la primavera y, sobre todo, en el verano de 1936, sin que resulte concebible tal capacidad de encuadramiento por parte de una fuerza que careciera de visibilidad y de reputación. Este prestigio se refería a elementos comunes a todo el ámbito revolucionario, pero también una identidad que acabó ganando importancia a medida que España se acercaba a la culminación de la crisis de los años treinta: la forma en que un número nada desdeñable de jóvenes fueron atraídos por la síntesis fascista, capaz de ofrecer estilo revolucionario y virtudes heroicas a la defensa y modernización de los valores tradicionales.

La cuantificación de la militancia falangista no agota la influencia del partido, aunque creo que debe ser considerada, en sus modestas dimensiones, de una forma más generosa de lo que se hace habitualmente. En especial, porque este tipo de evaluación numérica ha sustentado las consideraciones sobre la marginalidad del partido, rápidamente identificada con la irrelevancia política del fascismo español. Si las afirmaciones de José Antonio Primo de Rivera sobre los 70.000 falangistas con que se contaba antes del 16 de febrero de 1936 deben someterse a los cuidados paliativos de la desconfianza ante estas frecuentes exageraciones de los dirigentes de fuerzas minoritarias, los estudios regionales nos indican una presencia falangista poco desdeñable, aunque localizada. En un país de las dimensiones demográficas de la España de los años treinta, disponer de una fuerza de 30.000 o 40.000 afiliados suponía tener a mano un número de militantes comparable a aquellos de los que disponía el nacionalsocialismo alemán en los años centrales de los años veinte —aunque sin los niveles de densidad de que disponía un partido que, como se sabe, tuvo dimensiones prácticamente

regionales antes del acelerado crecimiento que acompañó a la crisis de 1929— y muy por encima de la militancia del fascismo francés más "ortodoxo" en los años veinte. La militancia falangista disponía de una calidad que ha de verse en su singular validez: por ejemplo, su importancia en el mundo universitario y la fácil captación de sectores católicos y tradicionalistas por el SEU, en especial cuando fueron tensándose las percepciones de la amenaza revolucionaria en España. Tampoco resulta satisfactoria la reducción a la anécdota de FE de las JONS por una lectura de su fracaso electoral en febrero de 1936. Los resultados no pueden leerse sin tener en cuenta factores tan indispensables como el tipo de sistema electoral, la presentación en solo algunas circunscripciones o una marcha en solitario cuyos resultados son más reales en lo formal que en el contenido político que albergan. Si Suárez Cortina documentó el boicot de la propia dirección falangista a la presentación de listas propias en alguna localidad asturiana, porque podía debilitar la unión de fuerzas contra el Frente Popular, y otros estudios han señalado esfuerzos para la rentabilización del conjunto de los votos de la extrema derecha, la posibilidad de una orientación a otras candidaturas de quienes habrían votado por el falangismo con otro sistema electoral es mucho más que una sospecha sin fundamento. De lo que no disponemos, desde luego, es de una cuantificación de ese desplazamiento, pero sí de una apreciación más matizada que el irrisorio recuento con que suele pesarse la insoportable levedad del ser falangista español. Se trata de una cuestión mal zanjada, que deja de tener en cuenta elementos como la comparación con otros casos europeos y, especialmente, la revisión misma de ese proceso que pudo indicar la frustrada candidatura de José Antonio Primo de Rivera en la segunda vuelta de las elecciones en Cuenca. Lo que muestran los datos es la incapacidad del falangismo de encarnar la representación parlamentaria de los espacios en proceso de fascistización en febrero de 1936, por factores tan diversos como las esperanzas aún existentes en un triunfo del posibilismo cedista o la optimización de las preferencias en un sistema electoral tan determinante. El escenario se cancelaría en la primavera y

el verano de 1936, pero su rápida sustitución no puede explicarse —como no lo hace en ningún otro caso en Europa— por un mero cambio de circunstancias, sino por la existencia de un campo de complicidades ideológicas y políticas en el que el partido fascista distaba mucho de ser un elemento despreciable.

La afirmación del lugar irrelevante del falangismo en España se agrava, en efecto, al identificar lo que se considera posición marginal con una trayectoria separada del conjunto del espacio en proceso de fascistización. Me parece obvio que se han extremado las diferencias de proyecto de sociedad del nacionalsindicalismo y la extrema derecha española que no militaba en Falange. Las discrepancias se han recluido, además, en una identidad que afecta exclusivamente a las formas de organización, a la mística militante, a una difusa utopía revolucionaria, a un estilo de compromiso político o a un discurso nacionalista basado en genealogías antagónicas de las que proponían otros sectores de la derecha radical. Convendrá establecer hasta dónde llegaba verdaderamente el programa de transformación social y el diseño del nuevo Estado en los textos falangistas, y si estos aspectos nos permiten establecer, más que un conflicto por ganar hegemonía en un mismo espacio, una identidad política diametralmente opuesta o significativamente distinta de las que se proponían en otros lugares. Si no puede negarse que algunas discrepancias profundas esta línea pueden observarse en los primeros documentos del fascismo español —ya sea en los de *La Conquista del Estado*, ya sea, con mucha menos contundencia, en los de las JONS—, el giro producido con la constitución de Falange como el sector dominante en el partido unificado en 1934 hizo que los factores doctrinales del partido se acercaran mucho a los planteamientos de la derecha alfonsina o tradicionalista, incluyendo las matizaciones que el catolicismo social y la experiencia de la dictadura introdujeron en ambos espacios en la segunda y tercera década del nuevo siglo. Y lo cierto es que no podrá negarse fuerza argumental a aquellos historiadores que llevan tiempo considerando esta estrecha vinculación, aunque haya sido para hacer lo mismo que un área mayoritaria del falangismo franquista hizo en los años

del régimen de posguerra: negar el carácter fascista de la Falange joseantoniana, y vincularla a una suerte de nacionalismo regeneracionista de robusta constitución cristiana, entregada a algunos elementos formales que eran el tributo debido a la estética de unos tiempos de rebelión juvenil en toda Europa. Pero creo que el análisis más provechoso va en dirección opuesta: la experiencia española resulta de especial utilidad para afirmar la relación necesaria entre fascismo y contrarrevolución a escala europea.

Indudablemente, la lucha por la hegemonía en un espacio social y político común llevó a acentuar la peculiaridad del falangismo tanto por quienes militaban en Falange como por quienes se hallaban en otros espacios de la contrarrevolución. Las alusiones al fascismo que se produjeron en *Acción Española* por diversos colaboradores de la revista no fueron homogéneas: algunas fueron de gran complicidad; otras alzaron el tono de su crítica hasta la ridiculización de las emulaciones estéticas del fascismo español. Lo cual no significa —y es un indicador de la complejidad del proceso de fascistización— que la simpatía partiera de quienes estuvieron más dispuestos a una militancia posterior, mientras el sarcasmo brotaba de sus adversarios en el futuro. Bastará, en este punto, con señalar la admirativa presentación del jurista Giorgio del Vecchio por el catedrático tradicionalista Mariano Puigdollers, o las reticencias de Jorge Vigón al recomendar a los jóvenes españoles que dedicaran más tiempo a leer obras propias del pensamiento contrarrevolucionario nacional que a lucir "una camisa más o menos pintoresca". Un consejo que, por otro lado, se pronunciaba en el marco de elogios reiterados al régimen hitleriano e inauditas ironías sobre la propaganda judía que trataba de desacreditarlo[67]. La especificidad del fascismo se percibía en textos de dirigentes de la extrema derecha española, incluso cuando se planteaba la necesidad de llegar a coincidir con él en un frente común o de construir un movimiento similar a la española, como lo hacían Calvo Sotelo o Maeztu. El ministro de la dictadura proclamaba, en el año crucial de 1933, lo sustancial y lo accidental del fascismo como los factores menos o más asumibles por la España en crisis:

> Hay sin duda, en el fascismo y el hitlerismo, cosas que difícilmente podrían aclimatarse en España. Pero son cosas espectaculares y, por ende, subalternas: el paso de parada, la camisa uniforme, la rigidez militarizada, etc. Algunos, tomando el rábano por las hojas, creen que eso es "todo" en el fascismo. Pero eso no es más que "algo", muy poco, desde luego, y no esencia, sino accidente. En el nuevo sistema político existen otros principios y otras realidades, cuyo trasplante a España no suscita el menor reparo previo, y acaso justificará en su día bienandanzas, amén de entusiasmo.
>
> […] Nacionalizar equivale a purificar. Toda purificación es un expurgo, una emancipación. "Irredentismo moral", si se quiere. […] En suma, la política de nacionalización es, simplemente, una política de "continuidad" con la propia naturaleza y de freno contra los injertos capaces de prostituirle (*sic*) o envenenarle (*sic*)[68].

Maeztu, muy cerca de la guerra civil, proclamaba la necesidad de recurrir a los instrumentos que el fascismo había utilizado en otros países:

> El éxito de Mussolini y de Hitler consiste en haber empleado contra los revolucionarios sus métodos mismos. A la minoría roja han opuesto su propia minoría, igualmente audaz, pero mejor disciplinada. Por eso han vencido. A los gritos enemigos los han ahogado con otros gritos; a la audacia roja, con audacia mayor. No hay en la cuestión secreto alguno. Puede asegurarse que los defectos inherentes a los regímenes de Mussolini y Hitler son los que provienen de los métodos revolucionarios que han tenido que adoptar para vencer. Hombres como Maurras, como Sorel y aun como Tardieu, son esencialmente intelectuales. Para vencer hacían falta "condotieros"[69].

Tal visión del fascismo como mera fuerza de combate y de la violencia como característica de la revolución se hallaba en algunas conciencias de la derecha —como podemos recordar en el célebre debate entre Luca de Tena y Primo de Rivera a comienzos de 1933 en las páginas de *ABC*—. Pero el propio Maeztu estaba muy lejos de considerar que las experiencias fascistas europeas fueran un simple instrumento circunstancial. La contrarrevolución era, a ojos de estos sectores, una respuesta a la impugnación de la civilización cristiana y la sustancia de España, para cuya salvación y regeneración cabía utilizar una indispensable violencia de masas. La crítica no se dirigía al proceso

esencialmente contrarrevolucionario del fascismo, sino a aquellos aspectos que podían derivar de ese uso necesario de técnicas propias de los revolucionarios a los que se combatía. Antonio Goicoechea lo sentenciaba con uno de sus habituales recursos retóricos, cuya simplificación puede acercarnos a la percepción de la calidad de las experiencias fascistas europeas por la extrema derecha española: "O se toma el Poder para realizar la contrarrevolución (Hitler, Dollfuss), o se realiza la contrarrevolución para llegar al poder (Mussolini). Las dos cosas pueden ser saludables. España optará entre ellas"[70]. Sin duda, las denuncias frecuentes de panestatismo por parte de los líderes de la CEDA o de la Comunión Tradicionalista fueron utilizados por los seguidores de Gil Robles o de Fal Conde para reprocharle al fascismo determinadas actitudes ideológicas, siempre en la línea de disputarle a Falange la representación de lo que el fascismo europeo pudiera tener de positivo signo de una tarea patriótica y contrarrevolucionaria. Sin embargo, la misma acusación de ser imitadores de movimientos foráneos o de alejarse de la sustancia católica del nacionalismo español fueron reiteradamente respondidos por la propaganda falangista y, en especial, por José Antonio Primo de Rivera. Para el fundador de Falange, eran otros los que actuaban como pálida emulación del fascismo, confundiendo las formas con el fondo de un gran proyecto nacional:

> Todos saben que mienten cuando dicen de nosotros que somos una copia del fascismo italiano, que no somos católicos y que no somos españoles, y los mismos que lo dicen, se apresuran de una manera encubierta a ir organizando una especie de simulacro de nuestro movimiento. Hacen un desfile en El Escorial, si nosotros lo hacemos en Valladolid. Dicen que nos olvidamos de la España eterna, de la España imperial, y ellos también echan de menos la España grande y el Estado corporativo.
>
> Esos movimientos pueden parecerse al nuestro, tanto como parecerse un plato de fiambres al plato caliente de la víspera. Porque lo que caracteriza este deseo nuestro, esta empresa nuestra, es la temperatura, es el espíritu.
>
> ¿Qué nos importa el Estado corporativo, qué nos importa que se suprima el Parlamento, si esto es para seguir produciendo con otros órganos la misma juventud cauta, pálida y sonriente incapaz de encenderse por el entusiasmo de la

Patria, y ni siquiera, digan lo que digan, por el de la Religión?[71].

Se cae el alma a los pies de melancolía, viendo esos desfiles blandos y de respetables señores maduros y jóvenes circunspectos en El Escorial, en Uclés, o, como ahora anuncian, en Medina del Campo. ¿Y aun nos llaman a nosotros imitadores del fascismo? No hay en esas ceremonias ademán de alguna gracia, una sola voz ritual de buen gusto que no haya sido tomado por las buenas, no ya del fascismo o del nacionalsocialismo, sino de la Falange, que está más próxima[72].

Y, desde luego, no dejó Primo de Rivera de rechazar cualquier acusación que lo vinculara a una visión anticristiana del Estado, como le reprochaba el líder cedista:

Lo que diviniza al Estado es la creencia en que la voluntad del Estado, que una vez manifestaron los reyes absolutos y que ahora manifiestan los sufragios populares, tiene siempre razón. […] Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos. Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad[73].

Óiganlo los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal: nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque este es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos[74].

Tal singularidad, reconocida en un medio en que se disputaba representación, hegemonía e incluso liderazgos personales, ha de completarse con puntos comunes sustanciales. No se referían estos tan solo a los de una lucha conjunta contra la revolución social, sino también al concepto mismo de la sociedad, de la autoridad legítima y del principio de soberanía. Así, en la denuncia de las bases del sufragio universal más elaboradas por el pensamiento contrarrevolucionario, pueden rastrearse las invocaciones de la doctrina falangista a una visión de la comunidad y de la representación que encuentra en el pensamiento político cristiano y tradicional su base más firme. Esta evolución interna del discurso fascista español debe apreciarse como una necesaria y eficaz síntesis entre las

propuestas de un Estado nacionalista totalitario en el fascismo europeo y las resonancias de la filosofía del derecho que rechazaba el Estado liberal acogiéndose a la actualización del pensamiento tomista realizado en Europa, y que en España pasaba a construir una reivindicación de la vía singular de nuestro país al Estado moderno. El rechazo de la democracia y del parlamentarismo fue haciéndose, de forma creciente, por razones vinculadas a una versión tradicionalista de la representación y una condena, no menos tradicional, del concepto liberal de la soberanía. Las posiciones falangistas, una vez se impusieron las propuestas y el ideario del círculo joseantoniano, llegaron a estar más cerca de las convicciones del neotomismo que las actitudes de otros sectores de la extrema derecha, como el que podía representar el Bloque Nacional y, especialmente, el realismo de Calvo Sotelo, cuya apuesta por un Estado intervencionista debe relacionarse con la visión pragmática de una autoridad pública reforzada para hacer frente a las diversas facetas de la crisis de la posguerra. Lo que proclamaba Primo de Rivera estaba más relacionado con la condena del sufragio universal por Eugenio Vegas, algo que demostraba que las diferencias localizables en aspectos como el estilo de militancia en ningún paso suponían la renuncia a la destrucción violenta de un orden que se basaba en una falsedad radical y que no podía ser derribado por sus propios mecanismos de representación:

> Nosotros no admitimos que la fuente del derecho sea la voluntad del pueblo o de su mayoría. Con Santo Tomás afirmamos que la ley es "la ordenación de la razón al bien común hecha por el que tiene el cargo en la comunidad"[75].

> La violencia no es un producto estampado por el *fascio*, como nos lo demuestran en todos los países las masas socialistas y comunistas. El mérito de Mussolini y de Hitler consiste en haber devuelto una fe a las masas patrióticas y contrarrevolucionarias de sus propios pueblos, y con la fe, el ímpetu viril y los anhelos de combate. […] Frente al eunuquismo espiritual de los patriotas y católicos del pasado siglo, la reintroducción de la violencia en el campo de las actividades de las llamadas derechas fue una novedad cuya patente corresponde a Mussolini. Pero solo fue una novedad con respecto a las derechas tolerantes de la Revolución[76].

Precisamente a Primo de Rivera correspondió una condena del sufragio universal y una defensa de la representación basada en "entidades naturales" y cauces tradicionales de participación en una sociedad orgánica, que colocaba los principios totalitarios del fascismo europeo en las mejores condiciones para ser insertados en la cultura contrarrevolucionaria española. En este aspecto, pocos cambios se produjeron en su defensa de las actitudes neotomistas cuando fue dirigente de la frustrada Unión Monárquica Nacional (UMN), al pasar a la aceptación plena del fascismo menos de tres años más tarde. Era una línea de continuidad ideológica, de preservación de lo más profundo de una idea de Estado, comunidad y representación, que solo precisó de ajustes secundarios en los discursos y artículos realizados como jefe nacional del movimiento falangista:

> Santo Tomás centra su doctrina del Estado en la idea de *fin*. El fin es el "bien común"; la vida pacífica, feliz y virtuosa. Son justas las formas de gobierno (de uno, de varios o de muchos), en tanto se ordenan a ese fin, e injustas cuando lo menosprecian. […] Santo Tomás no prefiere la Monarquía por razones dogmáticas, sino porque entiende que la unidad de mando es favorable para el bien común.
>
> […] Surgen dos desviaciones, para las cuales es dogma de fe que la vida justa se produce necesariamente por la sola virtud de una forma determinada; que hay seres o máquinas políticas con poder "soberano", cuyas decisiones se justifican por razón de su origen […].
>
> […] Para Rousseau la sociedad no puede tener más origen que el contrato en el que cada uno renuncia a su independencia, a cambio de la libertad civil que adquiere[77].

> Cuando en marzo de 1762, un hombre nefasto que se llamaba Juan Jacobo Rousseau publicó *El contrato social*, dejó de ser la verdad política una entidad permanente. […] Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías de permanentes de la razón, sino que eran en cada instante decisiones de voluntad[78].

> Y llega el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. En esta época, la idea de todos es la *unidad* metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas, todo se explica y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona según la más perfecta economía de los siglos. […] Pronto se realizará el Imperio español,

que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica.

Hacia la tercera década del siglo XVIII empiezan las congojas, las inquietudes; la sociedad ya no cree en sí misma; ya no cree tampoco, con el vigor de antes, en ningún principio superior.

Otra pretendida solución son los Estados totalitarios. Pero los Estados totalitarios no existen. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales, que han servido para sustituir al Estado; pero esto es inimitable, y en España, hoy por hoy, tendremos que esperar a que surja ese genio.

[…] España puede tener un Estado fuerte, porque es, en sí misma, una unidad de destino en lo universal. Y el Estado español puede ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales del Poder, descargando, no ya el arbitraje, sino la regulación completa, en muchos aspectos económicos, a entidades de gran abolengo tradicional[79].

EL NACIONALISMO CATÓLICO DE FALANGE

Esta coincidencia doctrinal obedecía a la singularidad de cada fascismo, en busca de la adquisición de una representación total del campo contrarrevolucionario que había de basarse en vinculaciones culturales profundas. La crisis de los regímenes liberales europeos solo pudo canalizarse en un proceso de fascistización porque el fascismo brotaba en los espacios culturales de la derecha radicalizada, en los ámbitos populares de socialización del nacionalismo antiliberal, en las dinámicas de confrontación pública con la revolución democrática operada en la Europa de los años de posguerra y debilitada por las diversas facetas de la depresión económica. La peculiaridad del fascismo español fue una orientación tradicionalista que evitó, a partir de 1933, el aislamiento de los primeros meses de la experiencia republicana. Pero ese perfil especial de valores actualizados que se identificaban con el ser de España había de encontrar un terreno indispensable en la afirmación católica del fascismo español. La catolicidad del nacionalsindicalismo nada tuvo que ver con una opción clerical, es decir, con la organización de una fuerza política que manifestara no solo su adhesión a la doctrina católica, sino su presencia en la sociedad para defender al sector confesional de la

población, preservando los derechos económicos y culturales de la Iglesia. Esa posición fue la que determinó la movilización más efectiva de la derecha en el primer bienio y, en este sentido, el fascismo no podía establecer un terreno propio más que en la forma en que se hizo por las JONS. En efecto, las primeras declaraciones del fascismo español mostraron muy pronto la distinción entre clericalismo, catolicismo y asunción de una herencia imperial hispana inseparable del cristianismo contrarreformista. El rechazo a la organización de un partido confesional que pudiera prescindir de sectores sociales no creyentes se planteó, por Onésimo Redondo, al mismo tiempo que se exigía el establecimiento de un régimen que fuera intransigente con la defensa de los valores católicos que habían de imponerse al conjunto de la sociedad. Porque eran aquellos principios morales sobre los que se había sostenido la nación española desde su formación, y porque los adversarios de España se identificaban con quienes deseaban construir, bajo la forma del laicismo, un régimen que dependiera de la masonería, del judaísmo o del marxismo. Mientras Ramiro Ledesma no dejó de manifestar su contrariedad ante cualquier definición que impusiera una "moral religiosa" a la "moral nacional", en el órgano teórico del partido, *JONS*, aparecieron exaltadas defensas de una tradición nacional que no podía separarse de la religiosa, y que había de seguir inspirando una mística de movilización patriótica y redentora. Mientras la cuestión religiosa y la agrupación en defensa de la Iglesia fueron los factores dominantes del discurso integrador contrarrevolucionario, el nacionalsindicalismo se encontraba en una posición de debilidad, al tener que hacer encajar la clara confesionalidad de su militancia con el desdén por quienes presentaban plataformas clericales, que se consideraban muy tibias en la defensa de un nacionalismo intransigente con el nuevo régimen. La misma estrategia de la CEDA y los compromisos adquiridos en el segundo bienio llevaron a que la cuestión católica quedara reducida a una serie de propuestas revisionistas de la labor constituyente, pero que no podían insertarse en una visión general del Estado y de la sociedad más que a costa de debilitar el frente antirrevolucionario tal y como se concebía por

Gil Robles y sus compañeros. Por ello, las burlas de la propaganda falangista, dirigidas contra el corporativismo de la CEDA como una solución a medias o un punto de partida que se confundía con objetivo final, fueron siempre acompañadas por la vinculación entre la crítica a la moderación en los horizontes sociales o políticos y el entreguismo en el territorio de los valores cristianos. Según esta propaganda, los principios católicos, como parte de un nuevo proyecto de Estado y de una idea de revolución nacional que respondiera a la liquidación de toda la cultura republicana —incluyendo el laicismo—, solo eran ostentados con frescura y actualidad por el falangismo. Para FE de las JONS, no existía negociación posible en lo que hiciera referencia al carácter católico de España, y de ahí que Primo de Rivera llegara a pronunciar discursos y a escribir artículos de una extraordinaria severidad en temas como el divorcio o el crucifijo en las escuelas, aspectos cruciales en una visión cristiana de la existencia social que habían sido suavizados en la acción de la CEDA por la necesidad de preservar una intolerable moderación al servicio de los pactos con el republicanismo conservador lerrouxista:

> Mientras vamos pensando en elecciones y otras bagatelas, continúa su obra corrosiva de los fundamentos patrios una de las más detestables leyes de las constituyentes: la del divorcio.
>
> […] Urge poner coto a esta especie de corrupción, no menos vituperable que la organizada por empresas sin conciencia para alcoholizar a los negros de África o a los isleños del Pacífico.
>
> […] Desde el punto de vista religioso, el divorcio, para los españoles, no existe. Ningún español casado, con sujeción al rito católico, que es el de casi todos los nacidos en nuestras tierras, se considerará desligado del vínculo porque una Audiencia dicte un fallo de divorcio. Para quienes, además, entendemos la vida como milicia y servicio, nada puede haber más repelente que una institución llamada a dar salida cobarde a lo que, como todas las cosas profundas y grandes, solo debe desenlazarse en maravilla de gloria o en fracaso sufrido en severo silencio[80].

> Acción Popular se comprometió, para después del triunfo electoral, con anular la Ley del Divorcio, con introducir el crucifijo en las escuelas, con defender las grandes cosas (Religión, Familia, Orden) amenazadas por la Revolución, sin que a

> los quince meses de su éxito haya logrado imponer casi nada de lo que solemnemente prometía[81].
>
> Así, hay movimientos de esos que como primer puntal de sus programas ostentan la Religión, pero que solo toman posiciones en lo que significa ventaja material; que, a cambio de una moderación en la Reforma Agraria o un pellizco en los haberes del Clero, renuncian al crucifijo en las escuelas o a la abolición del divorcio[82].

Los ataques a esta falta de resistencia del populismo cedista en estos aspectos concretos tienen mucho más interés si las contemplamos a la luz de la actitud confesional del falangismo, claramente establecida en su norma programática inicial de finales de 1933 y en la que se redactó tras el I Consejo Nacional en 1934. Y planteada, con no menos transparencia, en las frecuentes alusiones al orden cristiano, a la concepción católica de la comunidad y a la percepción de la historia de España como cumplimiento de una misión al servicio de una civilización cristiana. Tal misión que volvía a tener que ser defendida frente a una revolución social entre cuyos factores de riesgo se destacaba la eliminación de ese sentido tradicional y cristiano de la existencia:

> La construcción de un orden nuevo la tenemos que empezar por el hombre, como individuo, como occidentales, como españoles y como cristianos[83].
>
> La dictadura [del proletariado] os hará vivir de esta suerte: sin sentimiento religioso, sin emoción de patria, sin libertad individual, sin hogar y sin familia[84].
>
> Para eso estamos otra vez aquí, aragoneses: para deciros que el peligro ha aumentado, que España se hunde, que la civilización cristiana se nos pierde[85].
>
> La revolución socialista es algo más profundo. Es el triunfo de un sentido materialista de la vida y de la historia; es la sustitución violenta de la Religión por la irreligiosidad; […] Es la venida impetuosa de un orden destructor de la civilización occidental y cristiana[86].

Estas declaraciones no se limitaban a señalar una afirmación de creencia religiosa individual, sino a hacer de Falange el partido que con

mayor coherencia podría proteger, mediante un Estado nacionalista y totalitario, los valores católicos que se proclamaban, haciéndolos base del orden social y político, inspiración para la justicia social, orden de referencia para la lucha contra la revolución socialista, concepción moral ajena al liberalismo, perspectiva institucional opuesta a los principios de la democracia. En todos los casos, se trataba de afirmar una modernidad singular española, que había esquivado desde los tiempos del imperio los males de la disolución de los valores de Occidente provocados por la Reforma protestante. El catolicismo no había de canalizarse en la defensa de un sector de la sociedad que esgrimía derechos amenazados, como podían hacerlo los partidos clericales; no se proponía como una teocracia alternativa al Estado moderno como lo preveía el integrismo; no se consideraba una vía para suavizar con la doctrina social de la Iglesia los males de un capitalismo insolidario. En la lectura realizada por el falangismo, se iba mucho más lejos, otorgando al nuevo Estado la labor de ejercer, por encima de cualquier autoridad religiosa o de cualquier poder social paralelo, el establecimiento de un orden de raíces católicas. Por su concepto de la comunidad, por la legitimación de la autoridad, por los mecanismos de participación orgánica o natural, por el rechazo de todas las formas de división nacional que habían promovido el liberalismo, la democracia, el socialismo o el separatismo.

Era, por tanto, un proyecto político más ambicioso, en esa voluntad de nacionalización católica, de lo que llegaba a proponerse desde los grupos clericales. Nunca se aceptaba que el catolicismo fuera un agente social más, una cultura que había de defender sus intereses y derechos en un marco competitivo y plural. Lo que se rechazaba era, precisamente, una propuesta laica que permitiera este tipo de conflicto y negociación, estableciendo la existencia de una comunidad que solamente podía entenderse, en su funcionamiento orgánico, en su voluntad de construirse en el futuro y en la defensa de su esencia —"la eterna metafísica de España"—, como unidad de destino. Y, como bien habría de recordarlo uno de los más finos teóricos del régimen, este concepto de destino suponía insertar la primacía de lo católico en la visión de la historia[87].

Inserción no solo de lo que hubiera de heroico en el proyecto imperial actualizado por el fascismo, sino también de lo que pudiera haber de servidumbre voluntaria, de disciplina e incluso de aceptación de un armonioso mundo rural donde las cosas pudieran en un orden aceptado, vinculante, de sobria inmovilidad, de rechazo de la idolatría del progreso y de inserción en un mundo presidido por la providencia:

> Sobre una política agraria y sobre los estatutos municipales venimos con una política de humanidad labradora, con una política de aldea.
>
> […] Y allí se empezará por algo que no nos compete del todo a nosotros, al Estado, pero también por algo que el Estado debe regular en su libertad y ayudar en su dignidad y esplendor. En realidad, se empezará por la ayuda de Dios, por la organización del mundo moral, por la elevación del orden religioso. Es necesario que el centro espiritual de la aldea sea la parroquia, como órgano supremo de su moralidad.
>
> […] Tras el robustecimiento de la parroquia viene la reforma de la escuela y de la escuela con Cristo, que debe ser el enlace cordial e intelectual de la moral y la cultura civiles con la moral y la cultura de la Iglesia[88].

> Existe un aridísimo ambiente de política sociológica, que ya en muchos lugares y sectores se llama *de derechas,* donde ya los superfosfatos cuentan para la cosecha futura mucho más que la bendición de Dios nuestro Señor. Y, aquí, toda una cristiandad tradicional parece que se seca y se rompe, y ante esta rotura con un pasado de fe fuerte y sencilla, solo nieblas y, al cabo, fango, sangre y lágrimas vemos para el futuro.
>
> La ciencia que niega los milagros es la ciencia fragmentaria de lo existencial, la típica ciencia fragmentaria del siglo XIX. […] Todo procede del pecado original de escisión. He aquí el garlito en que se ha hecho caer a ciertas gentes del palurdismo pretencioso de sus mentores en la adopción de los famosos *métodos modernos* y a la vez el irreligioso y torpe menosprecio por el alma tradicional de fondo popular y divino; santo, heroico, sencillo, lleno de esperanza y estupor de milagros[89].

La alusión a los milagros y ese cristianismo sencillo que no había caído en pragmatismos varios y a la negociación con el mundo laico moderno era una respuesta directa a unas afirmaciones de Gil Robles acerca de las utopías políticas. Y, en este marco, las palabras de quien redactó todos

los editoriales de los dos semanarios falangistas de preguerra, Sánchez Mazas, dan prueba de la actitud radical que en este tema existía en el seno del partido. Sin embargo, el presunto laicismo falangista no se desmiente solo con las palabras de sus dirigentes máximos y de su propaganda de mayor relieve. Lo hace, además, en la percepción que del carácter católico del movimiento hubieron de tener quienes se afiliaron a él teniendo una plena seguridad de que tal actitud era fundamental para dar consistencia ideológica al falangismo. Es en esa profunda religiosidad del militante, del cuadro local, cuyas trayectorias pueden esbozarse en análisis de la composición de las organizaciones, donde hallamos algo que la historia doctrinal del partido reflejaba y potenciaba. Y es que el fascismo español solo pudo crecer sobre una mentalidad nacionalista y cristiana de sus militantes, sobre la percepción de su estilo como algo que correspondía a la célebre imagen joseantoniana, "mitad monjes, mitad soldados", y en la permanente visión del propio proyecto como una puesta al día de una sustancia permanente de España que no podía comprenderse sin hacer del catolicismo su fundamento. Ese catolicismo hubo de dejar constancia en los debates y propuestas de los dos consejos nacionales que hoy conocemos mejor, y que reflejaban con mayor fuerza aún la naturalidad con la que el militante fascista español integró en catolicismo en esa "forma de ser" —y no partido programático al uso— que aspiraba a recoger y reforzar la Falange. El catolicismo y la defensa de los valores cristianos fue uno de los mitos más potentes de la movilización falangista, y aquello que actuó, al mismo tiempo, con mayor potencia integradora en su afán de lograr la hegemonía en la lucha contra la República: elemento de distinción de una forma especial de vivir el catolicismo, y opción que permitía amalgamar en una creencia común a los diversos componentes del movimiento nacional.

UNA CONTRARREVOLUCIÓN PENDIENTE

Esta enumeración de algunas de las cuestiones centrales de la historia del nacionalsindicalismo durante el periodo republicano ha ido recorriendo,

en realidad, una sola cuestión, que la narrativa del desarrollo orgánico del movimiento habrá de completarnos en los capítulos siguientes. Tal asunto es la caracterización del fascismo español como el resultado de un proceso constituyente que llamamos fascistización. Del fascismo español y de la experiencia fascista en toda Europa. Y, en especial, de la relación existente entre el fascismo como un proyecto político que aparece en una fase crucial de declive de las democracias en la primera mitad del siglo XX y la contrarrevolución. Una reflexión de este tipo solamente puede hacerse fijando el lugar y el tiempo con claridad. Porque ni los ritmos de impugnación del Estado liberal fueron los mismos —aunque se compartiera un ciclo contemporáneo—, ni lo fueron las distintas formas de sufrir la quiebra de expectativas sociales que acompañó la depresión de los años treinta, ni lo fueron los mitos movilizadores utilizados con mayor eficacia, ni lo fueron tampoco las culturas dominantes en la derecha, sobre las que hubo de crecer cada una de las experiencias fascistas europeas. Por ello no fueron los mismos los éxitos obtenidos por tales proyectos, y ni siquiera fueron idénticas las maneras de obtener triunfos políticos, que se consiguieron por vías tan diversas como el golpe de Estado, la guerra de baja intensidad, la guerra civil de grandes dimensiones o las condiciones de una ocupación y de la construcción de un nuevo orden europeo hegemonizado por Alemania. Eso es lo que obliga a considerar qué hubo de propiamente singular en el proceso constituyente del fascismo español. Es lo que exige hacerlo en una cronología precisa, que evite las construcciones interesadas del fascismo de los años treinta en una idealización de la posteridad. Es lo que nos obliga a hacerlo dándole a aquel proyecto nacionalsindicalista su lugar en los diversos momentos republicanos, acercándonos a su doctrina cuidadosamente, pero también a propuestas políticas estratégicas en las que la identidad y la distinción de campos había de combinarse con la búsqueda de lo que el fascismo no dejó de rastrear en todo el continente: la creación de un gran movimiento de masas, de un gran punto de encuentro, de una visible representatividad de un territorio contrarrevolucionario dividido en los momentos iniciales de la posguerra.

En el caso español, factores como el catolicismo desempeñaron un papel que no pudieron tener en otros lugares, por motivos obvios. Pero que aquí lo desempeñaron precisamente porque el fascismo nació y se desarrolló en un espacio en el que las corrientes culturales dominantes en la derecha habían de ser esgrimidas como un elemento necesario. Como lo fue la relación con la potencia persistente del tradicionalismo político, con la inclinación a identificar los conflictos sociales con una agresión de fondo a la idea de España, cuya manifestación en el orden público era solo el fenómeno visible de una corrosión de los fundamentos vitales de España, o con los hábitos intervencionistas de un ejército que hasta 1930 había mostrado tendencias pretorianas, mezclando los viejos impulsos del pronunciamiento y la percepción de protagonismo que acompaña el fogueo de la oficialidad en conflictos coloniales próximos. Algo que podría darnos una perspectiva interesante del proceso de fascistización en España es el modo en que el triunfo falangista fue, en la propia forma de realizarse el fascismo en el naciente nuevo Estado, la apariencia de 1936 de ser punto de llegada y reversión de diversas frustraciones contrarrevolucionarias. El fascismo actuó con su extraordinaria capacidad de síntesis más aceptada, la que vincula la tradición y la revolución en el discurso falangista desde el nacimiento del nacionalsindicalismo. Pero canalizó también la presunta superación de las "dos Españas" en un abanico de integraciones doctrinales y políticas más amplio, menos equidistante de posiciones revolucionarias y reaccionarias de lo que la peculiar idealización del falangismo de posguerra quiso evocar. Pero también mucho más eficaz en una lucha por la hegemonía que, finalmente, al fracasar los proyectos mayoritarios de la derecha católica y al establecerse la actualidad de la guerra civil, ofreció un escenario propicio para que el nacionalsindicalismo vertebrara la reacción contra la República y todo lo que ella significaba en la historia contemporánea española y, posiblemente, en el marco de revoluciones democráticas y de respuestas contrarrevolucionarias producidas en la Europa de aquel periodo.

Siendo una cultura que se realizaba en la militarización de la vida

pública, el fascismo necesitaba de esa trayectoria intervencionista del Ejército. Siendo un partido católico, precisaba de la profunda identidad religiosa de la mayor parte de la derecha española. Siendo un partido dispuesto a defender un nuevo Estado antiliberal, necesitaba de la rica genealogía de un pensamiento tradicional con cuyas propuestas institucionales estuviera familiarizada una parte notable de la clase media española. Siendo un partido que enarbolaba como factor distintivo su afán de justicia social y su proyecto de una economía organizada, había de contar tanto con la amenaza revolucionaria obrera como con la frecuencia de las opciones corporativas divulgadas en los espacios conservadores. Siendo un partido que hacía emblema de su tarea contra la decadencia de España, había de contar con las aspiraciones de un nacionalismo regeneracionista con una consistente facción antiliberal. En realidad, esa capacidad de hacerse con elementos que ya se habían esbozado en el paisaje político español, integrándolos en un proyecto heterogéneo y coherente, es lo que dio al falangismo su verdadera tonalidad sintetizadora. Esa hegemonía se construyó, en la lírica de la Falange republicana y, en especial, en la retórica del falangismo de posguerra, con la presuntuosa ambición de una revolución pendiente. A la vista de lo que sucedió a partir de 1936, pero también —y sobre todo— teniendo en cuenta cuál era el proyecto falangista durante la República y cuál era el proyecto del fascismo en la Europa de la primera mitad del siglo pasado, es mucho más correcto señalar que, para el nacionalsindicalismo, la tarea histórica a cumplir, lo que había de superar las frustraciones de los tres últimos siglos del desarrollo nacional; lo que había de lograr una cohesión de masas realizada en un escenario de brutal aniquilación de sus adversarios, era la canalización de todos esas propuestas antiliberales, antidemocráticas, antisindicalistas y antisocialistas no consumadas, esbozadas incesantemente desde el nacimiento mismo del régimen liberal español, y actualizadas en la respuesta moderna, totalizadora, integradora y masiva que ofrecía el fascismo en la crisis de la primera posguerra mundial: la contrarrevolución pendiente.

FASCISMO, ANTIFASCISMO Y FASCISTIZACIÓN. LA CRISIS DE 1934 Y LA DEFINICIÓN POLÍTICA DEL PERIODO DE ENTREGUERRAS

I

El año 1934 contiene sucesos históricos que adquieren el rango de acontecimientos significativos. No se trata de un momento en que se dan hechos, sino de un periodo en que tales episodios tienen una singular elocuencia, que parece pronunciar los fundamentos sobre los que transcurre una época. Su examen deja de prestar un simple conocimiento particular para ser un indicador que nos orienta, que nos ofrece los puntos de perspectiva desde los que podemos comprender el sentido del periodo de entreguerras. Desde luego, no se trata del único año con tal potencia evocativa en ese mismo ciclo —¿cómo no dotar de esa misma calidad a 1917, a 1922, a 1933, a 1936 o a 1939?—, pero es un apoyo indispensable para establecer una continuidad que no se basa en la homogeneidad del tiempo que transcurre, sino en la captación de estos momentos expresivos, dotados de densidad y de intensa capacidad para descifrar el discurso de una época. En una fase en que cualquier año tiene una difícil competencia con los demás para poder presentarse como portador de rasgos que dan perfil identificable a lo que caracteriza a una etapa compacta del pasado, 1934 cuenta con hechos que bastarían para asignarle tal categoría por separado: la revolución española de octubre, las manifestaciones de las ligas en París, el cierre de determinadas expectativas del fascismo alemán con la purga de junio, el aplastamiento

del movimiento socialista en Viena, el impulso a la fascistización de la Italia mussoliniana… Por referirnos solo a circunstancias que se dan en Europa y que podrían ir acompañadas de los cambios fundamentales que se producen en países centrales en la experiencia del siglo XX americano —el final del Maximato y el inicio de la peripecia cardenista en México — o en los que sufren una condición "periférica", aun cuando sus experiencias políticas estén lejos de pasar desapercibidas a los contemporáneos de aquel continente —la agonía de la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay y el golpe de Estado que derriba al presidente Daniel Salamanca, precedente de las constantes intervenciones de militares nacionalistas radicalizados por aquel conflicto bélico y por su resultado desastroso en la república andina—.

Ninguno de estos episodios "pertenece" a este año singular por completo, aun cuando la fijación cronológica sea crucial en cualquier análisis de una dinámica endiablada de los procesos históricos fluyendo hacia un conflicto bélico que, si incluimos en él la guerra civil española, llega a tener diez años de duración. La capacidad significativa de estos hechos, que es preciso acotar cronológica y localmente, se refiere a los factores transversales a los que prestan no solo su imagen simbólica, sino su propia realidad. La crisis de Falange Española de las JONS, por ejemplo, tiene que asignarse a un momento preciso del desarrollo de la historia republicana y, en especial, a la manera en que la extrema derecha responde al desafío de la izquierda cuando esta trata de defender un régimen que cree en peligro. Lejos de tratarse de un suceso nacional, es expresión de las tensiones que se producen en el área del fascismo a escala internacional, cuando se trata de definir la identidad de este espacio, el carácter de sus relaciones con las áreas contiguas de la extrema derecha y la manera en que se afronta la definición progresivamente antifascista del conjunto de la izquierda. Y esto último, en una línea de polaridad consciente que habrá de hacer posible la consolidación de los regímenes fascistas y la extensión de los movimientos que construyen la identidad del antifascismo como algo más que una mera respuesta a la amenaza antidemocrática. Junto a estos

factores contemporáneos que permiten dar la corpulencia real a los hechos, situándolos en un marco de coincidencias internacionales y de repercusión sobre espacios políticos diversos, se encuentra su valor como construcción mítica, como símbolo al que habrá de recurrirse en la constitución de las identidades que están afirmándose como hegemónicas —el fascismo de masas como continuación conflictiva del partido de vanguardia fundacional; el peso del ala izquierda del antifascismo— en ese enfrentamiento. Para los sectores antifascistas, que están realizando un salto cultural de tanta importancia en las prácticas unitarias del movimiento revolucionario y en la definición de lo que es la democracia puesta en peligro, la revolución española de octubre pasa a adquirir un valor movilizador que le presta mucho más que un recurso de propaganda, para ofrecerle un factor de autoconciencia, de representación de lo que el movimiento es, sintetizado en un acontecimiento que pasa a convertirse en mítico punto de referencia política y moral. Aspectos, todos ellos, que se invierten en el proceso constituyente del fascismo español, cuando la respuesta a esa revolución provoca la crisis del partido en un debate que se refiere a la definición de estrategias claras en plena crisis del régimen republicano y en un imparable proceso de radicalización de la derecha española en todas sus versiones ideológicas y tradiciones organizativas.

Al referirme a esta necesidad de examinar todos los receptores que contiene un acontecimiento, haciendo que su carácter circunstancial solo sea comprendido al medirlo en sus proyecciones —porque estas fueron las que dieron utilidad y sentido a los ojos de los mismos contemporáneos —, he planteado ya cuál es ese tema central del periodo de entreguerras. El carácter de este encuentro, en el que nos reunimos especialistas en el movimiento obrero socialista y quienes hemos dedicado nuestra investigación al fascismo, define una actitud determinada a la hora de afrontar cómo los acontecimientos de 1934 manifiestan el sustrato sobre el que se fundamenta este periodo, en el que el ciclo revolucionario iniciado con la instauración del régimen soviético en 1917 fue acompañada del protagonismo de la izquierda socialista en las

revoluciones democráticas de la posguerra, y de la constitución de una alternativa a la sociedad burguesa que pasó a llamarse, de forma genérica, como se había denominado la primera de sus experiencias, el fascismo de 1919, formado por diversos sectores ideológicos del *interventismo* de izquierdas. Excavar en ese territorio en busca de los presuntos filones del fascismo y de la revolución democrática o socialista solamente puede hacerse buscando el mismo mineral: la relación entre dos espacios políticos, sociales y culturales que irán constituyéndose en un proceso de mutua determinación. Si algo ofrece la experiencia de investigación en cualquiera de los dos terrenos, tanto el fascismo como el antifascismo, es el peso crucial que pueden tener las construcciones míticas del campo adversario, que no solo acaba por dar nombre al que se investiga —lo cual es un indicador mucho más fuerte que una referencia propagandística—, sino que también alimenta factores de mutua contaminación, de radicalización paralela, de impulso a la formación de instancias unitarias, de percepciones de la envergadura del riesgo que el otro supone e incluso —de una forma que ha sido mucho menos estudiada y que habremos de considerar, en cambio, fundamental— de disputa por adhesiones sociales, en una competencia que se refiere tanto a sectores de la elite que realizaran algunas transiciones vistosas en el periodo de entreguerras, como a capas populares cuya incorporación a uno u otro bando pasa a determinar estrategias, lenguajes, construcción de expectativas y modificación de la propia identidad de los dos escenarios de agrupación política. Prescindir de esta interdependencia no solo limita nuestra aproximación a ambos elementos centrales del periodo, sino que también daña la comprensión de cualquiera de los dos espacios que hayamos escogido para analizarlo, en la medida en que desaparecen o aparece de forma defectuosa la trama de experiencias sociales que conceden identidad a través de la percepción del adversario.

II

Me corresponde, en este encuentro dedicado a los acontecimientos

cruciales y expresivos de una época que se producen en 1934, plantear lo que ocurre con el fascismo y, por ello, lo que tiene que ver con aquellos espacios que han sido calificados, como lo fueron en su época, de "fascistizados". Creo que lo que he planteado antes aparece con especial urgencia intelectual cuando doy cuenta de esta responsabilidad. El proceso de fascistización —y prefiero usar un sustantivo con proximidad al gerundio que un adjetivo idéntico al participio, cuando la gramática carece de inocencia en este debate— solo es comprensible en las condiciones de la actualidad de la revolución democrática que supera al viejo liberalismo, a la irrupción de las masas que en la primera posguerra mundial recalifican el espacio público vinculado directamente a las decisiones políticas y a la inminencia presentida de un proyecto revolucionario socialista. Sin ese asalto a las condiciones del régimen liberal de preguerra no podríamos considerar la apertura del proceso de fascistización que implica la construcción de un proyecto político de masas, y nos estaríamos refiriendo a unas propuestas fascistas recluidas en algunos pequeños círculos de inconformistas de vanguardia o sumergidos en las aguas residuales de cualquier lodazal *völkisch* de la Alemania guillermina. En su versión más "pura" y "radical", liberada de las servidumbres de un acuerdo de fondo con los sectores conservadores —aunque también con quienes proceden de la izquierda en procesos nada anecdóticos, como ocurrirá en la Francia de Doriot—, el fascismo habría consistido en un mundo mucho más secundario que las actitudes reaccionarias tradicionales, carente del ensanchamiento y mutación provocados por el proceso de fascistización. Sin que la ofensiva de los sectores democráticos hubiera adquirido una determinada magnitud, el fascismo no solo habría tenido una posición social menos relevante, sino que habría tenido otro carácter. Sin la irrupción de estos sectores, no se habría creado un campo de gravedad en el que el fascismo iría convirtiéndose en el elemento central, capaz de proporcionar una identidad que sería distinta a la del fascismo de primera hora, pero que modificaría también los esfuerzos de satelización que confiaba crear la derecha antidemocrática en su fase de radicalización. Los cambios

sociales y políticos causados por los diversos movimientos revolucionarios a fines de la segunda década del siglo XX no son la causa del fascismo en abstracto o del fascismo teorizado en los primeros momentos de su existencia, sino del fascismo como cultura política que se transforma a lo largo de los años como resultado del proceso de fascistización. Como movimiento de masas y como régimen, el fascismo no es algo distinto a un proceso en el que los diversos sectores van considerando la idoneidad de los planteamientos genéricos de esta corriente y aceptan incluso su denominación —ajustada, también, a los casos específicos en que la etiqueta es modificada, como ocurre con el nacionalsocialismo alemán—. Es el resultado de una dinámica en que se transforman las bases sociales y las actitudes políticas de un movimiento cuya clientela se modifica de forma masiva. Lo que ha tenido un interés histórico como elemento definidor de una época y que designa a la plataforma de fuerzas democráticas que se oponen a esta fuerza contrarrevolucionaria no es ese fascismo inicial, que en España correspondería al pequeño partido de la etapa republicana —y podremos considerar hasta qué punto incluso este tiene elementos que podrían considerarse dudosamente "fascistas" aplicándoseles un examen riguroso, como no dejaron de advertir quienes provocaron la crisis de comienzos de finales de 1934 y comienzos de 1935—, en Italia al pequeño grupo radical reunido en la plaza del Santo Sepulcro de Milán en 1919 o en Baviera al grupo *putchista* NSDAP, que se consideraba solo una parte más del movimiento patriótico antirrepublicano hasta los hechos de noviembre de 1923. Algo que podemos considerar verosímil por la escasa atención que la historiografía ha prestado a los movimientos dirigidos por Valois, Bucard e incluso a los mejor nutridos de Déat y Doriot, en comparación con el interés mostrado por los diversos estadios de la colaboración con el ocupante alemán a partir de 1940. Significa esto que el fascismo que consideramos relevante y significativo es aquel que es resultado, y no causa, de un largo proceso de fascistización.

No me refiero, naturalmente, a un fascismo que haya sido radicalizado como consecuencia de la incorporación de sectores que tardaron años en

sumarse a las propuestas iniciales del movimiento, sino a la posibilidad de cumplir con sus objetivos y con la extender sus métodos cuando se le proporcionó la capacidad de "realizarse" como instancia decisiva políticamente. Lejos de ser debilitado, el fascismo fue reforzado e incluso fue históricamente posible, como inductor de transformaciones sociales y constructor de regímenes políticos duraderos, por el proceso que reunió a sucesivas promociones de fascistas que, en general —aunque no siempre, en especial cuando pasamos del análisis de los grupos de elite a la investigación sobre los apoyos sociales procedentes de la clase media—, procedían de espacios conservadores o de extrema derecha. Aun cuando mantuvieran actitudes vinculadas a su procedencia ideológica y a su experiencia social, estos sectores que aceptaron su fascistización no se convirtieron en algo distinto al fascismo, sino en una serie de diversos integrantes de este, tanto en el movimiento como en el régimen, dotando a ambos de características que tienen que ajustarse a dicha modificación de sus adherentes. Esa instancia fue el resultado de un proceso de síntesis que no podía haber existido sin las propuestas fascistas originarias, pero tampoco sin lo que fue ofrecido, tanto en los aspectos estratégicos como en los ideológicos, por un espacio en proceso de fascistización.

El resultado no es tampoco una reducción del impulso "revolucionario" del fascismo, sino su adecuada definición, capaz de interesar a una masa de seguidores que pasan a considerarlo representativo de sus aspiraciones y temores. Una masa heterogénea que necesita de un discurso versátil, oportunista, traductor a un mundo simbólico de realidades sociales muy distintas y que crea una comunidad nacional sometida a la primacía de la política, método indispensable para asegurar una convivencia conflictiva, aunque no antagónica, entre los diversos componentes del movimiento y del régimen. Tales componentes no se habían considerado miembros de la misma cultura pocos años atrás, pero asumirán el establecimiento de ese territorio de integración nacional en el que las identidades previas ——o simplemente heterogéneas—, sin quedar nunca silenciadas, pasan a ser secundarias en comparación con el proyecto unitario del régimen. Ello no excluirá, en ninguno de los casos de sistemas fascistas reconocidos como

tales por cualquier historiografía solvente, la existencia de conflictos abiertos, que se refieren a distintas comprensiones de lo que es el fascismo y también al enfrentamiento entre "verdaderos" fascistas y simples compañeros de viaje; "auténticos" nacionalsocialistas u oportunistas reticentes ante los objetivos políticos del régimen en su conjunto; buenos intérpretes del 18 de julio o quienes solo lo han utilizado como un expediente provisional para instaurar algo distinto al nacionalsindicalismo.

Se explicarán con el detalle posible en este espacio las afirmaciones generales que acaban de hacerse, en especial las que se refieren a ese carácter del fascismo como síntesis de elementos heterogéneos. Sin embargo, empecemos por establecer la forma en que la propuesta fascista se presenta ante la crisis del mundo moderno. Conviene, desde ahora, señalar que el movimiento fascista nunca fue una opción reactiva y que, en unos orígenes indispensables para conocer su carácter, se construyó en las condiciones de la fractura cultural de final de siglo, donde los atisbos de lo que llegaría a constituirse en fascismo aparecen ya como un elemento que define la época. No estoy planteando, por consiguiente, que el fascismo sea el resultado de la aparición de todos aquellos fenómenos que amenazan al viejo orden de cosas y que ya han sido enumerados anteriormente. Lo que sí es el resultado de todo ello es la capacidad del fascismo de convertirse en una referencia que supera los espacios marginales para convertirse en lo que algunos de sus precursores teóricos y los propios fundadores del movimiento en cada país pretendían, desde el Mussolini de los primeros fasci di combattimento a los seguidores de Georges Valois, desde los "patriotas sociales" de Anton Drexler hasta los jóvenes compañeros de Ramiro Ledesma en la redacción de *La Conquista del Estado*, pero también desde el populismo nacionalista *post-communard* hasta el pesimismo cultural alemán, desde el nacionalismo antidemocrático italiano de comienzos de siglo hasta la literatura social-racista del positivismo latinoamericano y las ligas de defensa social constituidas en aquel continente en el cruce entre el XIX y el XX, desde los debates de la generación del 98 hasta la respuesta política ofrecida

por la derecha española a los conflictos sindicales iniciados en la Gran Guerra.

El fascismo es una propuesta de ruptura del orden liberal-burgués que ofrece, por tanto, su propia revolución para enfrentarse a un sistema degenerado que carece de una verdadera clase dirigente. No es una reacción, pero nunca se limita a presentarse como una propuesta de organización estatal determinada, lo que hace más difícil establecer la pertenencia a esta categoría por criterios de carácter meramente institucional. Es un proyecto de civilización que se inserta en plena crisis de la modernidad, utilizando sus inmensos recursos de control social y movilización de masas, de fortificación estatal y de potencia tecnológica para ponerlos al servicio de una concepción organicista de la nación. El fascismo no es un factor externo a la cultura europea —una sorprendente irrupción de masas barbarizadas por la violencia de la crisis social del periodo de entreguerras, que rompe la conflictiva pero rectilínea marcha del progreso—, ni una expresión de la persistencia de los elementos arcaicos en el proceso de modernización del siglo XX, cuya resistencia será acogida por él. La relación entre el fascismo y quienes sufren las condiciones de la racionalización industrial de este periodo es más compleja y se manifiesta en los rasgos de una modernización con graves tensiones sociales y percepciones de riesgo para la clase media. Lo cual permite rechazar la vinculación del fascismo con aquellas sociedades en las que el sistema productivo está más atrasado. No es este el elemento que define la existencia o no del fascismo, sino las características que este movimiento puede tener en distintas estructuras nacionales crispadas por la crisis de la modernidad. Recoge las críticas de fondo a los valores de 1789 que habrán de realizarse desde actitudes que ya no son las de un liberalismo conservador ni las de las resistencias tradicionalistas, aunque capte de estas últimas importantes elementos de reivindicación de una continuidad comunitaria, contaminada por el régimen salido de las revoluciones de la primera mitad del siglo XIX. Establece arquetipos de la concepción del pueblo, del imperio, de la patria, de la superación del conflicto social, de la tarea de depurar la nación de sus elementos

indeseables para poder crear una patria en la que todos los verdaderamente dignos de ser parte de esa comunidad puedan disfrutar de la eliminación de los factores de su degeneración y decadencia. Planteará la constitución de un Estado de nuevo tipo capaz de nacionalizar a las masas y disciplinar la producción por medio de organismos de mediación social y representación corporativa. Propondrá que ese organismo vital, arraigado en una historia que ha sido infiel a su esencia en los últimos siglos, se dote de un sistema de representación que nada tenga que ver con el liberalismo ni con la concepción de igualdad y ciudadanía que este ha propuesto, para defender la nación representada en su propia existencia, en su despliegue consciente en forma de comunidad orgánica, en una alternativa que supera el individualismo liberal, la lucha de clases y el concepto mismo de sociedad, de soberanía y de mecanismos de poder y derecho que se han ido elaborando desde los albores del pensamiento político contemporáneo. Tal crítica al sistema no solo requerirá de una elaboración que asume los elementos científicos y técnicos de la modernidad —entendiendo por ellos también los que se refieren a factores ideológicos como el nuevo racismo, las posibilidades de una nueva organización industrial y las nuevas perspectivas abiertas por la teoría del Estado, la sociología y la psicología—. Exigirá, además, una estrategia de enfrentamiento con el que se considera viejo orden: en este proceso concreto, como en el de la corroboración de las concepciones de la movilización total para la producción, la exaltación de la juventud, el culto a los rituales de masas en los que se visibiliza la mezcla de comunitarismo y jerarquía, la experiencia de la Gran Guerra habrá de ser decisiva para proponer una militarización de la vida política que se suma a la sacralización de la nación, dando un nuevo sentido a la violencia que la extirpa de una actitud defensiva por vez primera en el ámbito de la derecha moderna[90].

Lo que permite que este conjunto de principios pueda convertirse en un movimiento político efectivo es el proceso de fascistización de aquellas zonas de la sociedad que no se han vinculado a sus propuestas desde el comienzo, depositando su adhesión en opciones controladas por

la elite política tradicional, por la que tales segmentos sociales se sienten representados todavía. En esa fase, el fascismo no ha establecido una relación orgánica con lo que habrá de darle su capacidad de intervención, convirtiéndose en un sujeto social con la suficiente importancia como para crear regímenes y movimientos de masas, además de pasar a constituir, al otro lado del espejo, una mutación en la ofensiva democrática y socialista producida en los años de la primera posguerra, que habrá de manifestarse en los años treinta en la cultura, la movilización, la resistencia y las propuestas de civilización que promovió el antifascismo. Se indicaba antes que este proceso modifica tanto a los sectores fascistas originales como a quienes se les suman en el proceso de fascistización, pero debe añadirse que modifica también el conjunto del paisaje político europeo, hasta hacer que se vaya articulando una cultura inspirada por el avance de esta fusión de sectores contrarrevolucionarios y antidemocráticos. La ofensiva de la izquierda pasará a desarrollar una identidad diferente, que exige una relación con el sistema y una elaboración de alianzas que no se habían planteado en la primera década de la posguerra. Contra lo que podría pensarse, creo que la identidad antifascista, en la que acabará desembocando un proceso de adaptación a las circunstancias creadas por el crecimiento de la contrarrevolución, no es un recurso defensivo, sino el hallazgo de una estrategia revolucionaria distinta, que plantea la defensa de la democracia como algo que pasa a ser horizonte propio de una extrema izquierda que antes podía verla como un campo neutral cuando no hostil, como un mero espacio de actuación y no como sustancia del propio ser social. El concepto de esta democracia habrá de modificarse en este proceso de bipolarización, pasando a considerarse algo distinto a un procedimiento con el que se han reorganizado y profundizado los mecanismos de representación política después de la Gran Guerra[91]. La calidad política del antifascismo no consiste en haber reivindicado de forma defensiva la democracia existente antes de que se produjera esta amenaza, sino la de movilizar a sectores de la clase obrera, del campesinado y de algunos sectores de las clases populares urbanas que rechazaban la insuficiencia del régimen

parlamentario, llegando a identificar el antifascismo con la democracia no solo defendida, sino redefinida, para restaurar un principio de la soberanía popular y de derechos colectivos que procedía de las propuestas realizadas ya en la Revolución francesa y actualizadas ahora por el riesgo del fascismo y por la posibilidad de dar un contenido diferente al concepto de democracia. En definitiva, la democracia "antifascista" se convirtió también en una propuesta sistémica que no se reducía a la elección de los representantes y al control parlamentario de los Gobiernos, sino a una profundización en el principio republicano que planteaba ahora la superación del sistema económico capitalista. El proceso constituyente del fascismo creó un paradigma congruente con las necesidades del capitalismo del siglo XX y se enfrentó al proceso constituyente de un espacio democrático que se definía, con acierto, por ser lo contrario no solo en el campo político, sino también a la organización de los derechos del ciudadano en todos los ámbitos de su vida social. En todos los lugares donde avanzó el proceso de fascistización, avanzó como experiencia social perceptible que se disputaba con la izquierda la construcción de un bloque histórico, mediante propuestas de superación del liberalismo y a través de un esfuerzo de captación de las clases medias que había de contaminar los territorios antifascistas mediante un "efecto demostración", que exigía la ampliación de ambos factores también en la izquierda, en especial cuando tanto el fascismo como el antifascismo suponían el crecimiento de dos espacios de bipolarización política caracterizados por su heterogeneidad inicial. Sería sugerente examinar las similitudes y diferencias entre el proceso de fascistización y la dinámica frentepopulista. Tal análisis nos permitiría mejorar las percepciones que los contemporáneos tenían de un espacio cambiante que va suscitando una identificación reforzada, pero también en fase de alteración, con desplazamientos de hegemonía y énfasis en elementos ideológicos distintos. Estos suponen conflictos mucho más obvios en el campo democrático, donde el mantenimiento de la autonomía de cada uno de los integrantes de ese espacio común es una seña de identidad que diferencia

radicalmente los procesos de fascistización y los de "antifascistización"[92].

El fascismo pasa, de este modo, en procesos y ritmos que son distintos en cada uno de los países occidentales, a ser definido también "desde fuera" en el momento en que ya ha pasado a constituir en su mismo desarrollo una coalición interna en vías de convertirse en una fusión. En este punto, debemos considerar si la percepción de esa "totalidad fascista" era correcta o desmesurada, del mismo modo que habrá de considerarse cómo establecemos algunas de las dificultades para la identificación del fascismo, siendo las principales, según creo, las que se refieren a la confusión entre función social y propuesta política del fascismo, y las que atañen a la relación entre fascismo y los recursos de captación de los sectores que van incorporándose al proyecto. En todos los casos, el proceso de fascistización posee la clave para comprender el movimiento fascista, para adentrarse en los regímenes constituidos sobre esta base y para pulir un concepto histórico determinante para la comprensión del siglo XX. Y la tiene, además, el concepto complementario de *desfascistización*, menos utilizado porque se ha considerado, con indudable lógica por los defensores de una diferencia entre ambos conceptos, que no se produce tal cosa, sino algo opuesto: el desplazamiento de los fascistas de los espacios compartidos en los que estos podían tener no solo influencia, sino hegemonía, en los momentos iniciales del régimen. Y, además, suponiendo que lo que ocurre más adelante es equivalente a una democratización de la base social de los regímenes y los movimientos fascistas, lo cual considero más que dudoso por dos motivos: porque no puede comprenderse sin un retroceso histórico del concepto de democracia que había llegado a constituirse en la lucha contra el fascismo; y, además, porque es impensable que los sectores sociales que se fascistizaron en los años de entreguerras no solo regresaran a un punto de partida que ni siquiera era democrático —y, por tanto, que no se producía regreso alguno sino, en todo caso, conversión—, sino que pasaran a ser el fundamento social imprescindible de los valores de la democracia que habían considerado un régimen indeseable antes de la crisis de la primera mitad del siglo.

III

Me interesa destacar, de acuerdo con las intenciones señaladas al principio de esta reflexión, cómo se establece una cultura política capaz de definir a una época y cuáles son los factores de su identificación, de manera que este análisis resulte en un examen de la dinámica general del periodo de entreguerras y, más específicamente, de aquellos sectores que hallarán en el fascismo un territorio de identidad política. En especial, porque el crecimiento paulatino de este movimiento, su conversión en regímenes específicos, la manera en que establecen relaciones orgánicas con sectores sociales que pasan a representar, los rasgos culturales que destacan en cada uno de ellos y el tipo de proyectos que desarrollan en etapas diferentes —incluso cuando ha terminado la guerra mundial, siendo regímenes adaptados o habiéndose convertido en movimientos testimoniales que han perdido el grado de representación del que disponían— definen mucho una etapa de la sociedad, especialmente de la europea, aunque no solo de ella.

Uno de los temas inevitables en este planteamiento, y que ha servido para denunciar con justicia el exceso verbal de considerar que todo lo que se opone al socialismo es fascismo, implica la necesidad de analizar con cautela la relación entre el fascismo y el proyecto político de la burguesía de la primera posguerra. Esa totalización resulta tan letal para comprender el fascismo como el planteamiento opuesto, que acaba haciendo de este una experiencia reducida tan solo al régimen y movimientos que aceptaban esta denominación. La palabra que lo señala todo no es un concepto viable, sino que sufre lo que los lingüistas llaman el estallido de su núcleo semántico, y la palabra que designa un objeto singular no es un concepto. En este sentido, nuestra experiencia directa nos aconseja que no confundamos la generalización de un término con su rigor, ya que el fascismo ha pasado a designar, en las épocas más recientes, experiencias políticas que no pueden considerarse equivalentes —y no digamos ya idénticas— al fascismo del periodo de entreguerras. En este caso, más que una percepción de los contemporáneos, lo que

hallamos es un recurso de agitación que aprovecha el desprestigio histórico y político de un vocablo, mientras que el uso de la palabra *fascista* en los años del periodo de entreguerras tenía un sentido diferente incluso cuando no se correspondía con la realidad. Esto ocurrió de una manera evidente en la construcción del concepto de *socialfascismo*, que se no solo se utilizó desde el movimiento comunista contra la socialdemocracia, sino que fue usado en sentido contrario, con el establecimiento de una equivalencia entre el fascismo y el comunismo por parte de la socialdemocracia, por no hablar de algunas apreciaciones del movimiento anarquista que se realizaron antes de la guerra civil desde instancias gubernamentales de la izquierda republicana española[93]. Por otro lado, la palabra no era un simple recurso de agitación y deformación de la función social del adversario por parte de la III Internacional, sino que correspondía al análisis de una parte nada desdeñable del movimiento obrero organizado en la Europa de los años veinte, relacionándose con la percepción de una revolución posible, inmediata, congruente con la fase de desarrollo histórico que se estaba viviendo, y que era frustrada de modo complementario, a ojos de las organizaciones comunistas, por el fascismo y por el reformismo obrero.

Me interesa más destacar otro aspecto de esa totalización que ha tenido un resultado opuesto al que deseaban difundir sus defensores: la relación entre fascismo y capitalismo. Se trata de indicar aquí una diferencia indispensable —que proponía acertadamente Ismael Saz en su trabajo citado—, que es la que separa la función social del fascismo y su propuesta ideológica, no porque sean contradictorias, sino porque están actuando en esferas distintas. El fascismo no es simplemente la forma política del capitalismo y, desde luego, no es su única forma política posible. El fascismo no es solo una propuesta política que corresponde a una determinada fase de evolución del sistema económico. El fascismo no es una representación ideológica de intereses sociales, sino un proyecto social que dispone de representaciones ideológicas. El fascismo constituye un bloque histórico comprensible como punto de encuentro de sectores sociales, de factores de identificación política y de congruencia

con una fase del desarrollo del capitalismo. El proceso de fascistización permite que el fascismo pase a representar a sectores intelectuales —en el sentido más amplio de la palabra—, a amplias capas de la clase media, a grupos importantes de trabajadores y a la mayor parte de la alta burguesía en su condición de defensor de una determinada construcción del régimen capitalista. La relación entre el capitalismo y el fascismo es, sin embargo, necesaria de un modo distinto a lo que puede suponer una totalización simplificadora o una relación tan contingente como excepcional. La relación debe entenderse según las vías de fascistización existentes en ese periodo. Porque ese proceso de inclusión en el movimiento y en el régimen fascista por sectores procedentes de campos ideológicos distintos es un terreno de análisis indispensable para comprender algo distinto al mero uso del fascismo por la gran burguesía europea y por los sectores tradicionales del aparato del Estado. Es distinto, también al necesario, pero insuficiente enriquecimiento de esta visión atendiendo a la militarización de la vida política europea y a la capacidad de un uso de la violencia masiva y normalizada como mecanismo de control de las masas y de reorganización de un sistema en crisis. Lo cual habría llevado a ver en el fascismo tan solo un agente en estado de disponibilidad para llevar adelante una tarea que ninguna fuerza conservadora podía llevar a cabo, por la insuficiencia de sus recursos de fuerza y por su incapacidad de captación de masas propias. Atender al proceso de fascistización como eje del análisis hace que la función social del fascismo como defensor del orden social capitalista pueda comprenderse como resultado de las condiciones políticas e ideológicas *particulares* del movimiento fascista. Tal singularidad, sin embargo, solamente podrá observarse en la dinámica de un proceso histórico concreto, de un ciclo amplio que no puede reducirse a una de sus fases.

La congruencia del fascismo y el capitalismo no se encuentra en un servicio prestado o en una defensa de intereses sectoriales, sino en algo mucho más complejo y, quizás por eso, más verosímil cuando se trata de obtener el apoyo de espacios sociales tan heterogéneos como los que se

reunieron en torno al Estado naciente en la guerra civil, en torno al fascismo italiano —especialmente tras la captura del Gobierno— y en torno al nacionalsocialismo en los últimos años de la República de Weimar. Considero que la fascistización corresponde a la fase constituyente del fascismo y no a una simple marcha de sectores no fascistas hacia la condición de fascistizados permanentes. El fascismo no elabora propuestas en forma de alianzas de clase o de pactos de partido más que de una forma tangencial, algo que diferencia su cultura política de la del antifascismo. El fascismo se plantea una fusión de adhesiones mitificada por el símbolo fundacional de la unidad, cuyo significado no es el que se le da en los sectores de la izquierda. Este mito pasa a encarnarse en la utopía de una comunidad nacional-popular, que se ofrece a sectores sociales distintos como si resultara una opción política racional para todos y cada uno de ellos. El fascismo sustituye el conflicto social por una dinámica de inclusión o exclusión de esta comunidad, poseyendo un inmenso potencial de integración y una asombrosa capacidad represiva, pues el primero se basa en la permanente alusión a un pueblo al que se pertenece y que será acreedor de justicia social, mientras la segunda se fundamenta en la condición inasimilable de quienes se opongan a su proyecto, condición que autoriza y exige el ejercicio de una violencia higiénica, destinada a preservar los intereses materiales, la cultura y la supervivencia física misma de los miembros de la comunidad. Se trata, por tanto, de una violencia especial, impulsada por elementos que suman la brutalidad heredada de la Gran Guerra a la sacralización de los rituales patrióticos de inclusión y exclusión, de veneración de la nación, de sacrificio por el pueblo y de rendición de tributo a la forma política de la comunidad, que es el nuevo Estado. La construcción de esa comunidad incluye una primacía de la política en la que la organización de la producción pasa a encontrar en los nuevos mecanismos de racionalización industrial un instrumento para la superación del viejo capitalismo, una gestión disciplinada de las relaciones laborales en las que la lucha de clases pasa a ser destituida a favor de la cooperación entre productores. Más allá de la retórica y la

demagogia que hacen de este principio un factor que permite la liquidación de todos los recursos de identidad y defensa de la clase obrera, lo que se da es la adaptación de este proyecto a las condiciones de un capitalismo que afronta una profunda transformación, ya iniciada con la experiencia de la movilización productiva de la Gran Guerra y continuada en la fase de racionalización de mediados de los años veinte, para concluir en los mecanismos para superar la depresión de la siguiente década.

La fascistización solo pudo darse, como proceso de captación de masas populares y de sectores mayoritarios de la elite económica, porque el mito de la comunidad nacional pudo actuar en una sociedad en crisis, que permitió a los sectores dirigentes de la economía prescindir de los acuerdos sociales adoptados tras la Gran Guerra, haciéndoles creer que su intransigencia sería políticamente viable e impune. El mito se presentaba, además, ante determinados espacios de la clase media, como una nueva formulación del lugar que cada uno ocupaba en la sociedad, manteniendo valores en los que se había formado su concepción del mundo: el nacionalismo integrador y excluyente, el respeto a la propiedad, la meritocracia, la jerarquía social, la reticencia u hostilidad contra el sindicalismo obrero y los partidos de clase. Todos estos factores no hacían de estas capas sociales sectores que buscaran automáticamente el camino de la contrarrevolución armada ni que optaran por un régimen en el que iban a perder la libertad política como la habían conocido. Lo que les proporcionaba era un horizonte de posible bienestar, de seguridad amenazada por la descomposición de la sociedad burguesa, en cuyo declive habían experimentado un desplazamiento hacia situaciones de riesgo social y de lo que les parecían intolerables desafíos culturales —por ejemplo, los ataques genéricos a la propiedad o un laicismo identificado con el peligro de las convicciones religiosas que ordenaban buena parte de sus percepciones de un mundo tradicional—. Naturalmente, estoy refiriéndome a aquellos sectores de la clase media y de determinadas capas de trabajadores que eligieron el fascismo —operarios de pequeñas empresas, campesinos e incluso jóvenes parados

sin experiencia de socialización laboral—, que disponían de una mentalidad propicia a sus consignas, como lo había sido a la de discursos conservadores populistas en etapas recientes, o que modificaron sus puntos de vista como consecuencia de experiencias sociales tan violentas como las que impusieron las sucesivas crisis paralelas al proceso de modernización industrial de los años veinte. Otros sectores de clase media permanecieron alejados de estos planteamientos e hicieron posible la expansión de la política de alianzas de los partidos de la clase obrera para constituir la malla de resistencia antifascista tras el ascenso de Hitler al poder. Sin embargo, el fascismo proporcionó un elemento indispensable que explica la importancia del proceso de fascistización en los sectores populares: impidió que se captaran por las propuestas democráticas reformistas franjas sociales que podían haber optado por ellas de no haber tenido una oferta competitiva, que hablaba de justicia social y de superación del capitalismo al mismo tiempo que eliminaba los fantasmas familiares de la cultura de la clase media europea. Y es preciso referirse no solo a una cuestión ideológica —por decisiva que sea esta tradición en las opciones elegidas en el momento culminante de la crisis —, sino también a la experiencia social vivida por estos sectores, cuando el movimiento obrero los consideró ajenos, adversarios o desdeñables, algo que queda claramente expresado en la indefensión sentida por la clase media alemana tras la firma de los pactos sociales entre la gran industria y los sindicatos en el otoño de 1918.

De esta forma, el proyecto social del fascismo permite la realización de una función: solo su ideología, sus formas de movilización, sus consignas, sus experiencias de lucha, la propaganda que deforma a los adversarios y construye un horizonte utópico —constatado, además, en la experiencia social de aquellos a quien se dirige la propaganda— permite que se lleve adelante un proceso de agregación, una fase constituyente en la que diversas actitudes y condiciones sociales son sintetizadas en una fase de profundización de la crisis política y de bipolarización de sectores dispuestos a llevar adelante un enfrentamiento armado, contemplándose mutuamente como riesgos para la cancelación de sus expectativas vitales

respectivas, un sentimiento que el discurso ideológico habrá de elaborar como confrontación entre dos revoluciones. Lo fascistizado —especialmente cuando hablamos de espacios sociales amplios y no de sectores de la elite tradicional— no entrará a formar parte del fascismo como un factor que permanecerá en una zona similar y diferenciada, sino como lo que se ve a sí mismo como resultado de un proceso de conversión que acaba llegando a ser fascista, de un modo distinto a como lo eran los fundadores del movimiento en sus estridentes y minoritarios orígenes, lo que hace del fascismo maduro, antes y después de la captura del poder, una síntesis diferente a los principios ideológicos expuestos en sus primeros documentos. La coincidencia en objetivos y métodos había de desarrollarse en el intercambio de ideas y experiencias que acabaría dándose a lo largo de este proceso. Fue distinto en el caso de una larga fase de conquista de la sociedad para llegar al poder, como el alemán, y en la conquista de la sociedad desde el poder, como el italiano, pero en ambos habremos de plantear que se produce esta asimilación bajo una adhesión ideológica común, el nacionalsocialismo y el fascismo, que habrían de ser interpretados de forma distinta por quienes se consideraban auténticos representantes de tales propuestas o intérpretes más leales de lo que esta ideología había querido ser, algo que podía ocurrir desde lecturas más conservadoras o más radicales con la misma intensidad. Para plantearlo de un modo que me parece simplificado, pero no erróneo: un antiguo nacionalista como Federzoni podía considerar que eran los sectores radicales del fascismo italiano los que se alejaban de la "filosofía" del régimen, del mismo modo que algunos cuadros de las SA veían un obstáculo a la revolución no solo en la coalición gubernamental con el conservadurismo alemán, sino en la presencia de sectores del propio partido nazi en cargos de responsabilidad, como el ministro del Interior Frick, además de resultarles poco soportable la llegada de miembros de la antigua policía de la República a cargos de alto rango en la policía política del nuevo Estado. Con todo, creo que estos ejemplos, para los que disponemos de nombres y apellidos, pueden ser menos reveladores que los estudios sobre las formas de sentirse

nacionalsocialista en la Alemania de finales de la República y a lo largo del Tercer Reich, que difícilmente podían ser intercambiables en personas que habían ingresado en el partido antes de que se produjera un masivo proceso de incorporación o voto al NSDAP y quienes habían pasado a apoyarlo a comienzos de la década de los treinta. En tales experiencias, es revelador que se percibieran como factores secundarios los elementos de conflicto entre algunos sectores de los regímenes fascistas —como los hubo en la fase previa a la captura del poder— frente a la afirmación del sentimiento de pertenencia a un proyecto común, residiendo en ello el sentido auténtico de la fascistización de la sociedad y la viabilidad del consenso, precisamente en torno a las propuestas del fascismo.

Ha sido frecuente que el riesgo de la totalización se haya referido a otro aspecto, que es la voluntad exterminadora que aparece ya en el proceso constituyente del fascismo español, en las condiciones propicias de la guerra civil y de una posguerra caracterizada por una inaudita represión, superior a la que llegó a ejercerse contra sectores políticos de oposición en regímenes que son aceptados generalmente como fascistas. En este caso, la forma en que puede considerarse la equivalencia entre fascismo y violencia puede llevar a la reducción del fascismo a la violencia, lo que elimina el carácter de un proyecto de construcción de la comunidad nacional que posee, en sus mismas necesidades de integración de los adictos, el despliegue de una violencia cuyo carácter ha ido puliéndose desde las propias trincheras de la Gran Guerra, atravesando las transformaciones producidas en los rituales de identidad política de los años que siguieron al conflicto. Incluso cuando tal violencia se vincula a la enérgica imposición de un sistema social que debe quebrantar las conquistas obtenidas por el movimiento obrero en los años previos e imponer una disciplina productiva y una capacidad de ejercicio de la dominación sin resistencia posible, este aspecto está lejos de agotar no solo el carácter del régimen, sino también el sentido mismo de la violencia ejercida por el fascismo. Las investigaciones que se han realizado en nuestro país en las últimas décadas han tendido a examinar

con recursos más adecuados a los de otros tiempos en qué consiste ese instrumento que es, al mismo tiempo, identidad cultural y política de los fascistas, verificación y alimentación de su propio desarrollo como proyecto social, instancia en la que se exhibe y en el que se perciben las relaciones de dominación no solo por su capacidad represora, sino también por la gratificación integradora de quien ejerce la violencia o se siente protegido por ella[94]. No es la violencia lo que define al fascismo, sino la relación de esta violencia con su ideología, la congruencia de las acciones represivas con la conciencia de un cambio en la cultura política de la época. Es ese carácter de dar consistencia a la comunidad, de ser una violencia que actúa como un inmenso sistema inmunológico que debe defender su salud corporal y espiritual contra los agentes extraños, la que la define como distinta a una simple actuación instrumental, identificándola con el organismo social al que el fascismo está dando forma y realización histórica. Esa función social del fascismo a la que nos referíamos es el propio fascismo, entendiéndolo como paradigma social y no como una mera técnica de toma del poder o de control de la población. Proyecto que es, al mismo tiempo, interpretación de la modernidad y ensayo de otra modernidad distinta a la democrática.

No es menor el exceso de lenguaje que caracteriza cualquier sistema político autoritario como fascista, algo que no observamos solamente en algunos exabruptos actuales, sino que se produjo ya en los años de entreguerras. Unas breves consideraciones sobre un espacio geográfico y político poco usado en estos debates, el latinoamericano, pueden permitir aclarar mejor este punto, porque en aquel continente fue habitual caracterizar de este modo a regímenes estatales que se constituyeron al calor de la crisis de finales de los años veinte y comienzos de los treinta, así como a movimientos políticos que ya habían empezado a ejercer sus actividades en los años de la inmediata primera posguerra mundial. La contemporaneidad de estos aspectos con lo que está sucediendo en Europa está lejos de ser casual, como puede comprobarse la lectura de la literatura política que se maneja, especialmente en algunos países más desarrollados o con una carga inmigratoria más abundante, aunque la

referencia a movimientos similares de nuestro continente se produzca prácticamente en todos los países del área y, además, como sucede en los casos del fascismo más próximo, haciendo del nacionalismo un rasgo específico, que hace que los discursos hagan hincapié en las particularidades de cada uno de los pueblos que se desea movilizar en torno a estas propuestas. El régimen político mexicano, tal y como se construyó tras haberse disciplinado por el llamado "grupo de Sonora" desde comienzos de los años veinte y, en especial, en el periodo de poder discrecional de Plutarco Elías Calles conocido como el Maximato —por referirse al jefe máximo de la revolución—, fue calificado de fascista por la izquierda mexicana y no dejó de serlo cuando Lázaro Cárdenas sustituyó a los presidentes títeres nombrados por Calles y afirmó su propio poder presidencial, convirtiendo el cargo en la base de un caudillaje institucional no personalizado. Es cierto que, en el cambio de orientación de la izquierda comunista a mediados de los años treinta, el partido que mantenía férreamente controlado el régimen político y aseguraba la continuidad de la elite revolucionaria, el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), pasó a ser considerado el Frente Popular, aun cuando las transformaciones operadas en el país irían pervirtiendo la pérdida de la autonomía de la clase obrera que había sido aceptada de forma, a medias ingenua, a medias oportunista, por los cuadros sindicales del país. El régimen populista dejó a la izquierda fuera de cualquier área y de cualquier compromiso que le hiciera compartir el poder en un sistema de representación corporativa, que sería disuelto incluso formalmente en los años de la Guerra Fría, bajo la presidencia de Miguel Alemán, cuando se desataron las medidas represivas más intensas contra los esfuerzos del movimiento obrero para recuperar espacios de maniobra. Sin embargo, el fascismo mexicano se mantuvo al margen del régimen autoritario y populista, construyendo instrumentos de acción política de gran capacidad de movilización popular, como el sinarquismo. Difícilmente podemos considerar que un régimen fascista tenga como adversarios paralelos a un partido fascista y a las diversas facciones socialistas del país. Ni siquiera sería este el caso si nos halláramos ante un régimen

fascistizado. Lo que determina que, en el mismo año 1934, el acceso a la presidencia de Cárdenas no se produzca en el marco de un régimen de este carácter no es la ausencia de quienes podían tener tales inclinaciones y simpatías en el seno de la propia elite revolucionaria, sino que el proyecto político que se fue consolidando desde el fin de la guerra civil no tenía los objetivos ni los apoyos sociales de que dispuso el fascismo europeo, aun cuando los métodos utilizados para eliminar a sus adversarios dispusieran de una extraordinaria brutalidad que, sin embargo, no puede considerarse una violencia fascista con las características que se han comentado[95].

En el mismo año 1934 que es objeto de nuestro encuentro, la caída del presidente Daniel Salamanca a manos del ejército que luchaba en el frente del Chaco habría de preparar la revolución de 1936, en la que jóvenes oficiales ascendidos por méritos de guerra se hicieron cargo del poder. Dichos oficiales llegarían a la presidencia de la República en un régimen que deseaba colocar a las Fuerzas Armadas por encima de la "vieja política" liberal, con un discurso nacionalista y populista que fue inspirado por núcleos de intelectuales integrados en asociaciones de excombatientes. La que ha sido conocida como "generación del Chaco" estableció una alianza entre elites tradicionales radicalizadas —el ejército o los jóvenes universitarios o profesionales— y organizaciones obreras dispuestas a apoyar las posibilidades reformistas que solo podían abrirse a través de la gestión militar, que utilizaba con profusión la palabra *socialista* en las medidas tomadas frente a la resistencia de sectores conservadores. Este régimen, en especial cuando accedieron a la presidencia Germán Busch y Gualberto Villarroel, fue calificado de *nazifascista* tanto por los sectores de la derecha liberal como por la izquierda comunista, que habrían de aliarse en un frente de unidad nacional para acabar con el régimen, apoyados ostentosamente por los Estados Unidos, temerosos de los planes expansionistas de la Alemania nazi en un continente rico en materias primas y poblado con importantes colonias germanas. Frente a este régimen y, en especial, frente al partido político que había de surgir de su experiencia, el Movimiento

Nacionalista Revolucionario (MNR), habría de encontrarse también el fascismo boliviano, organizado en la Falange Socialista, fundada en Chile en 1937 con el patrocinio de jesuitas españoles[96].

Finalmente, podría señalarse un proceso de fascistización en la sociedad argentina desde el final mismo de la Gran Guerra, cuando se constituyó la Liga Patriótica, se realizaron operaciones represivas de gran contundencia sobre el movimiento obrero y campesino —que incluyeron limpiezas étnicas en el sur del país, aunque la represión urbana tenía también un fuerte carácter racista, orientado contra una inmigración que llevaba a la Argentina las ideas "disolventes" de la izquierda radical europea— y se formuló una doctrina nacionalista, especialmente vinculada a intelectuales como Leopoldo Lugones y a cuadros políticos como los hermanos Carulla y su periódico *La Nueva República*. Esta movilización de defensa social, que estaba fuertemente influida por la experiencia del fascismo italiano, fue la que propició la entrada del país en una fase sometida a las intervenciones militares desde el golpe de 1930, que fue acompañado del intento del general Uriburu de crear un régimen político fascista apoyado en un partido-milicia. La derecha prefirió un uso del poder directo o solo interpuesto por las Fuerzas Armadas, que le garantizaba la posibilidad de gestionar el país sin el riesgo de una movilización de masas populares como las que darían paso, en 1943, al movimiento peronista, que sería calificado por el resto de opciones políticas, desde los conservadores hasta los comunistas, de movimiento y régimen fascista directamente inspirado en el modelo mussoliniano[97].

Estas experiencias contemporáneas del fascismo europeo no solo nos sirven para reflexionar acerca del uso de un concepto, sino que nos muestran espacios sociales que añaden complejidad al cambio de la cultura política que se está produciendo en estos años —transformación en la que el uso de la terminología expresa cómo se esparce una percepción de riesgo en el tejido social de la izquierda—. Nos sirven, además, para poder examinar en qué consiste esa disputa por espacios sociales populares entre la izquierda y sectores autoritarios que desean

superar el orden liberal. En el caso americano, la representación del fascismo en la óptica de una izquierda comunista dispuesta a establecer propuestas de unidad nacional con los sectores conservadores muestra que el frentepopulismo no es una estrategia universal, y que el antifascismo puede llevar a alianzas políticas que perciben de un modo desdichado la instalación de regímenes como los que fueron difundiéndose por el continente desde 1930. La competencia por obtener bases de apoyo social en la clase media y los trabajadores urbanos y rurales pasó a visualizarse de un modo más dramático de lo que suele considerarse en Europa, donde parecía que las lealtades políticas se habían establecido ya de un modo definitivo. El estudio de lo que ocurre en este campo en Europa demuestra que esa fidelidad era más débil de lo que se creyó, y el examen de lo sucedido en América indica que podía darse de forma totalmente distinta, lo cual ayuda a romper determinados mecanicismos en el análisis de la estrategia de aquellos años y en la valoración de aquello a lo que condujo. Por último —y sabiendo que, si hay un concepto más escurridizo que el de fascismo, es este el de populismo—, la contemporaneidad de ambos procesos —divididos, por supuesto, en realidades nacionales muy diversas— nos lleva a sostener una extremada cautela en la definición de los movimientos y los sistemas políticos, que obliga a considerar no solo la identidad manifestada por ellos en su discurso o la que se construye desde el de sus opositores, sino la atención necesaria a todos los elementos que definen un proceso histórico. Entre ellos se encuentran, con su valor incalculable, tales identidades, que no son meras encuadernaciones sublimadas de un texto social auténtico, sino que son realidades en sí mismas, hechos históricos que se desarrollan en un área fundamental y que provocan acontecimientos. Pero debe analizarse cuál es la práctica social realizada en nombre de ellas, la acción política que las corrobora y en las que adquieren su significado completo. Y no es que los actos desmientan las palabras, sino que las referencias a unos objetivos de justicia social, de integración, de superación de los enfrentamientos en el seno del pueblo, de la caducidad representativa del sistema parlamentario, suelen ser

verificadas en los hechos, pero de acuerdo con el uso de estas palabras en unas circunstancias y por unos sectores sociales determinados.

IV

Los acontecimientos que se produjeron en el verano de 1934 en Alemania han podido servir tanto para mostrar la existencia de un área de antagonismo como para darla por cerrada con la liquidación de los sectores disidentes en las zonas radicalizadas de las SA y en los ámbitos ultraconservadores que no formaban parte del NSDAP. Tales hechos han sido utilizados, además, para reducir los conflictos del movimiento y del régimen nacionalsocialista a este episodio concreto, al que se suman algunos hechos anecdóticos que afectan a las Fuerzas Armadas en 1938 y al desarrollo inicial del nacionalsocialismo entre 1925 y 1930, aspectos que siempre se plantean como minúsculas incidencias que vienen a subrayar más la unidad esencial del movimiento y del régimen que a indicar su heterogeneidad. La noche de los cuchillos largos es la única que se presenta como un factor crucial, un acontecimiento decisivo que pone fin a una fantasmagórica "segunda revolución", falseando el carácter de las SA —a las que se califica absurdamente de "ala izquierda" del partido, confundiendo el radicalismo en la defensa de las propias posiciones de poder con las propuestas sociales más avanzadas— y el de la misma represión, que afectó con igual rudeza a sectores importantes del conservadurismo que había pactado con Hitler. Entre otras cosas, se olvida que Röhm no encabezó constantemente una posición crítica con Hitler que se apoyaba en las esperanzas de una militancia "socialista", sino que fue llamado a regresar a Alemania para hacerse cargo de las SA y disciplinarlas, arrebatándolas de las manos de un simpatizante de las posiciones más radicales como Pfeffer von Salomon. Parece olvidarse, además, que la discrepancia entre Röhm y Hitler, muy anterior a la toma del poder, se refería en todo caso a la concepción del movimiento y, en realidad, de la política, que para el oficial profesional debía ser eliminada a favor de un estado de guerra interna permanente en el que el

nacionalsocialismo reducía sus funciones principales a las de una milicia popular[98].

Los hechos son significativos por otros elementos que no se refieren a un conflicto excepcional, iniciado y concluido en un área concreta de la milicia del partido nazi, sino a la manera en que revelan la función arbitral de quien es, al mismo tiempo, *führer* del NSDAP y canciller, representando en su actuación los intereses progresivamente identificados del partido y del Estado. Mostraron la ínfima resistencia de unos y otros sectores que podían sentirse represaliados según la versión más divulgada de los hechos, y que se apresuraron a cerrar filas en torno a Hitler, ya fueran los sectores tradicionales que ni siquiera formaban parte de la organización nazi, ya fueran las milicias de las SA, que manifestaron inmediatamente su lealtad al caudillo. Se afirmaban así, al mismo tiempo, la autoridad personal del *führer*, que había conculcado las normas más elementales del derecho informando al Reichstag de las ejecuciones después de que estas se realizaran —lo que fue rápidamente teorizado por Carl Schmitt como el ejercicio discrecional propio del nuevo derecho alemán— y la magnitud del *consenso* en torno al movimiento nazi y su dirigente carismático. Un factor que señalaba que la existencia de diversas opciones en un movimiento tan numeroso, que se había hecho con el control del Estado, establecía la adhesión al régimen como un elemento más importante que los conflictos que no dejaron de producirse entre las agencias y dirigentes hasta el final de la guerra; y, desde luego, más importante que las zonas de desconfianza frente a cuadros o instituciones del régimen que existieron en áreas determinadas de la opinión pública alemana. Los éxitos en política internacional y la superación del aspecto más dramático de la crisis de comienzos de la década, el desempleo, permitió que este apoyo fuera ganando espacio, a pesar de las condiciones en que se produjo la recuperación económica. La fascistización de la sociedad alemana tras el acceso al poder del nacionalsocialismo partía de la ventaja del grado de adhesión al partido adquirida en 1933 y, por tanto, de una "normalización" ambiental que se constituía como una forma precisa de control social, construyendo

mecanismos complementarios de integración y de identificación de los excluidos. El golpe de 1934 ponía fin a todas las previsiones que había hecho la extrema derecha alemana en los años de la crisis de la República de Weimar, y también al tipo de nacionalsocialismo que podían tener en mente personajes tan poco radicales como Gregor Strasser[99]. En la prensa fascista española —y no solo en las referencias que se hicieron en la de la extrema derecha—, la depuración fue apreciada precisamente por lo que era, es decir, por haber mantenido la unidad del movimiento y las necesidades del Estado frente a quienes podían haberlo debilitado. Aun cuando se manifestaran las simpatías por Gregor Strasser, se consideraba que había sido una víctima necesaria de los objetivos superiores de la revolución nacional[100]. Lo cual nos invita a plantearnos cuáles son las condiciones de una fascistización cuyo carácter acabó siendo mostrado por los sucesos de junio de 1934.

Desde la segunda mitad de los años veinte, el crecimiento del pequeño partido nacionalsocialista —que hasta su refundación en 1925 ni siquiera disponía de una verdadera estructura nacional— fue precedida por la radicalización de espacios de sociabilidad que fueron definiéndose, a medida que avanzaban los costos de la modernización industrial, las penalidades del campesinado y la pérdida de estatus de la clase media, en identidades regionales o sectoriales de carácter antidemocrático. El NSDAP ni siquiera había sido percibido como *el* partido fascista alemán, sino como un grupo más, seguramente mejor organizado, militarizado, más fascista que ningún otro movimiento del área nacionalista contrarrevolucionaria y antiliberal alemana. Un grupo antisistema que solamente pudo crecer beneficiándose del crecimiento de esa zona populista antidemocrática, para lo que debió combinar sus hábitos políticos iniciales, vinculados a un grupo de carácter paramilitar, con el esfuerzo de ser percibido *al mismo tiempo* como un movimiento restaurador del orden, con capacidad para enfrentarse a la República, ofrecer una alternativa que superara los esquemas conservadores y organizar en un solo espacio la multitud de zonas de oposición a la democracia. El nacionalsocialismo fue modificando su actitud política y

la correlación de fuerzas internas de sus diversos componentes a medida que se incorporaron al partido o lo votaron sectores de la sociedad alemana que, tras pasar por los espacios liberales y conservadores, se habían refugiado en grupos de interés local o sectorial, organizaciones nacionalistas populistas que aspiraron a sentirse parte de un solo movimiento unificado cuando la crisis económica provocó la descomposición de la República[101]. El proceso de fascistización correspondió a un deseo de forjar la unidad del nacionalismo alemán con ingredientes muy diversos, que impusieron la homogeneización de una propaganda basada en una serie de mitos que los unificaran, entre ellos el del propio líder carismático. Correspondió, además, a una crisis de la conciencia burguesa que hacía abandonar el liberalismo como resultado de su pérdida total de representación de las condiciones de existencia en que se desarrollaba la vida de la clase media alemana. El sistema parlamentario dejó de ser creíble para quienes lo habían defendido o aceptado solo diez años antes, porque carecía de congruencia con las expectativas sociales que debían haberlo acompañado, mientras el nacionalsocialismo iba ofreciéndose a toda esta demanda social como una respuesta total a la crisis padecida por el país, capaz de volver a crear los mecanismos de inclusión destruidos por la democracia. Un sector especial, que respondía a la perfección al mito fascista de la juventud, fue la radicalización de los estudiantes universitarios casi siempre en un sentido nacionalsocialista, por aspectos que no solo eran el resultado de una opción ideológica gratuita, sino la expresión de la crisis de las profesiones, que llevaron a un estudiantado de familia acomodada a temer por su posición social, con expectativas que se alejaban de las condiciones disfrutadas una generación atrás[102]. Para poder rentabilizar políticamente estas condiciones favorables, un partido que ya había ido creciendo mediante la creación de organizaciones específicas de clase media se presentó como parte de una coalición nacional opositora. Desde luego, la parte dominante, pero no la exclusiva, proponiendo espacios de colaboración con el conjunto de la derecha antirrepublicana que llegaron a crear conflictos internos graves en el partido —como la escisión de

núcleos de las SA y de los partidarios de Otto Strasser— y que sería discutida especialmente tras el arrollador triunfo electoral de julio de 1932. Debe tenerse en cuenta que, en el seno de estos debates, existió una acusación extremadamente reveladora por parte de los partidarios de Otto Strasser que habían constituido el KGRNS (Comunidad de Combate de los Nacionalsocialistas Revolucionarios) en julio de 1930. Al comentar las elecciones de septiembre de 1930 —y que, con el triunfo de Hitler, anularían la capacidad de expansión de los escindidos—, Otto Strasser señaló que la alianza de Hitler con el Deutschnationale Volkspartei (DNVP, Partido Nacional Popular Alemán) y el Stahlhelm suponía, en su esencia y objetivos, la constitución de un proyecto fascista que nada tenía que ver con el nacionalsocialismo alemán[103]. Un año más tarde, Erich Koch respondía en el órgano de las células de empresa nacionalsocialistas (NSBO), *Arbeitertum*, con un artículo de título expresivo, "Sind wir Faschisten!" al folleto del futuro colaborador de Otto Strasser, Hans Reupke, *Der Nationalsozialismus und die Wirtschaft*, en el que volvía a plantearse el enfrentamiento entre la visión corporativa defendida por las NSBO y la idea de un "socialismo alemán" que, en la tradición de la revolución conservadora, formaría el núcleo del ideario de las escisiones presuntamente izquierdistas del NSDAP en los primeros dos años de la década de los treinta[104].

Como es sabido, las diferencias internas sobre el modo de encarar esta coalición —en especial el papel que debía tener el propio liderazgo del partido en su acceso al Gobierno del Reich— llevaron a la dimisión del portavoz parlamentario y responsable de organización del partido, Gregor Strasser, en diciembre de 1932. Pero lo realmente significativo es que el nacionalsocialismo gestionó el proceso de fascistización de la sociedad alemana de un modo que pudiera integrar a clases sociales, sectores confesionales y grupos regionales distintos: manteniendo una tensión permanente entre el crecimiento de su propia militancia y el desarrollo de una generosa política de alianzas. Lo primero puede sugerirnos el refuerzo de la identidad, pero también indica la transformación de esta identidad por el cambio radical de militancia provocado por el aluvión de

adhesiones al partido desde las elecciones de 1928. Recordemos que, precisamente como resultado del fracaso de una estrategia destinada a ganarse a sectores obreros, que se ejemplificaría en los escasos votos obtenidos en las zonas urbanas en estos últimos comicios, el NSDAP reorientaría su estrategia para salir tanto del sector estrictamente *völkisch* en el sur como para dirigirse a sectores de la clase media rural, trabajadores de pequeña empresa y núcleos profesionales, con un discurso que limitaba los elementos de carácter socialista o antisemita para plantear los más cercanos a las condiciones en que todos estos segmentos sociales iban a empezar a padecer, de forma consecutiva, las consecuencias de la modernización económica y la Gran Depresión. Lo segundo —la política de alianzas— es lo que suele vincularse más usualmente al proceso de fascistización, al pensar que se trata de definir solo la relación entre la derecha antidemocrática y el partido fascista. Sin embargo, esta disponibilidad a la coalición, que tranquilizaba a los sectores que pudieran recelar del nazismo —el catolicismo o los grupos directamente vinculados a las capas empresariales—, fue rápidamente presa de un acceso al poder que siempre quiso compartir su exhibición de legalidad y su escenificación de proceso revolucionario. Una "revolución nacional", no nacionalsocialista, como habría de proclamar Hitler en el más importante de sus discursos antes de las elecciones de 1933. El proceso de uniformización, la *Gleichschaltung* —que siguió a la Ley de Plenos Poderes—, permitió que el poder legal y la movilización revolucionaria siguieran caracterizando la constitución de la síntesis fascista sobre la que había de basarse la mezcla de integración y exclusión que desarrollaría en nuevo régimen.

El ciclo de fascistización de la sociedad alemana no fue percibido con una plena satisfacción por parte de toda la militancia ni por los sectores que habían esperado mantener el estado de coalición entre el fascismo y la derecha dispuesta a pactar con él. Ello condujo a la crisis de 1934, aunque los hechos concretos que se produjeron en ella no agotan la heterogeneidad y las expectativas frustradas que pudieron continuar existiendo, junto a la resignación con la que sectores que militaban en el

partido podían dirigir distintas agencias en una competencia que habría de exasperarse en el periodo de guerra. Las cosas fueron aún más lejos, porque no solo se manifestaron estas diferencias en el seno del partido —que siempre sumaban aspectos ideológicos con la defensa de espacios de poder—, sino que se produjeron enfrentamientos de importancia —y decisivos, en lo que al control social, la orientación económica y los temas de política exterior se refiere— entre sectores del Gobierno no afiliados al partido, cuadros incorporados al mismo como resultado de la progresiva integración entre funciones estatales y responsabilidades en el movimiento —cuyo ejemplo más revelador es la manera en que se afrontó la creación de una policía política, con duros enfrentamientos entre la policía del Estado y las SS —y políticos y administradores que no se hicieron miembros del partido—[105]. Que el desarrollo de la Ley del Trabajo Nacional de enero de 1934 hiciera depender las relaciones laborales más conflictivas del Gobierno —con un ministro de Trabajo que no era nacionalsocialista— y no del Frente Alemán del Trabajo es un elemento de singular elocuencia en esta trama de conflictos latentes[106]. A ellos podría sumarse lo que eran, en la base de la sociedad alemana, los distintos motivos por los que la población aceptaba el régimen, diversidad que se producía también en el seno del partido. Sin embargo, los elementos de cohesión y de aceptación de la existencia de un proyecto común siempre fueron más importantes que los factores de disolución o de simple crisis que podían contener estas diferencias. La radicalización del régimen durante la guerra, como antes se indicaba, exasperó las diferencias internas, pero siempre sobre la base de una adhesión sin mácula a la guerra imperialista, a la radicalización de los programas raciales de exclusión y de esclavización, vistos como garantías de la mejora en la calidad de vida de los ciudadanos y como elementos que incrementarían la cohesión social de la retaguardia. Sin duda, Konstantin Hierl o Albert Speer representaban a un tipo de alemán distinto a lo que Streicher o Himmler podían ejemplificar. Pero todos ellos eran nacionalsocialistas fervorosos, como eran partidarios del régimen millones de personas que, en posiciones sociales diferentes y procediendo

de distintas actitudes ideológicas, habían llegado a estar de acuerdo en una posición sustancial de adhesión al mito de la comunidad nacional propuesto por la revolución hitleriana[107].

V

En 1934, llegó a su exasperación el debate que se había iniciado en Italia acerca de lo que Mussolini llamó, en un artículo publicado cinco años antes en *Il Popolo d'Italia*, el *erzo tempo* del fascismo italiano. En la propuesta del *duce*, que planteaba la superación de las fases de Gobierno de coalición y de proceso de normalización, para pasar a la de la fascistización del régimen, divagaba sobre algo que diversos dirigentes del fascismo habían planteado desde la misma fundación del movimiento: la contingencia del movimiento y su desaparición para pasar a la construcción de un Estado totalitario fascista, en el que el Partito Nazionale Fascista (PNF) perdería no solo primacía —que ya había sido desarticulada hacía años— sino también su sentido como fuerza política organizada. Las palabras pudieron ser comprendidas como un riesgo para la organización fascista, ya que la demanda de una limitación de la actividad del partido y su subordinación al Estado —y no al *duce*— se atribuía a los sectores más conservadores del movimiento, en general —aunque no siempre— procedentes de la Asociación Nacionalista o de grupos de la derecha liberal y populista. La alarma llevó a un amplio debate precisamente en el modo en que Mussolini deseaba realizarlo: mediante una defensa del partido en las principales revistas publicadas en aquel momento —*Crítica Fascista, L'Universale, Il Selvaggio*—, aunque con diversas opiniones sobre cuál debía ser la tarea del partido, que enfrentaban a quienes deseaban verlo como un simple inspirador ideológico sometido a las directrices de un Estado totalitario —caso de Bottai—, a quienes lo contemplaban como un orientador de estrategias imperiales que garantizaran la tensión revolucionaria —caso de Berto Ricci— o como instrumento que sostuviera la primacía en el control social de la población —caso de Alessandro Pavolini—[108].

Este debate sobre la existencia y, sobre todo, la función del partido y su relación con el Estado había de cruzarse con las formulaciones acerca del proyecto corporativo, que habían llevado a un debate muy intenso en el II Encuentro de Estudios Sindicales y Corporativos celebrado en Ferrara en 1932, con intervenciones como las de Spirito o Panunzio, que convertían el corporativismo en la superación del capitalismo e incluso en el lugar donde se establecía el derecho a una propiedad privada "corporatizada". La intervención del ministro del ramo, Bottai, para clausurar cualquier esperanza de tales excesos no había querido evitar que estos se manifestaran. Lo cual proporcionaba al régimen ventajas nada desdeñables: la amenaza a los sectores empresariales en el momento de la crisis, el impulso a la necesidad de institucionalización del régimen y, sobre todo, la tensión ofrecida a los sectores más radicales del movimiento, a los que se ofrecía un campo de expresión abierto donde mostraran su insatisfacción y pudieran anidar sus expectativas. En las condiciones en las que el régimen se endureció era el de un necesario impulso ideológico que, en el caso del *duce*, habría de ser suficiente, desviando a esa zona de denuncia de la civilización burguesa, lo que nunca quería atravesar el límite de las transformaciones anticapitalistas. Al mismo tiempo, podía ofrecerse a los sectores moderados del fascismo la perspectiva de una institucionalización que consolidara el régimen mediante un sistema representativo adecuado a las condiciones del nuevo Estado, afirmando aún más la primacía de este frente al partido. Sin embargo, no dejó de impulsar un debate sobre el sindicalismo que procedía de las propuestas integralistas de Edmondo Rossoni, para presentarse como una posible solución institucional que la distinguía tanto de los defensores del partido como de los núcleos moderados que se inclinaban por su destitución a favor del Estado. Ese era, para algunos sectores radicales, el carácter mismo de la revolución fascista, realizada en la superación del Estado liberal a través del Estado corporativo, lo que atrajo el interés de sectores hostiles al régimen parlamentario en otros puntos de Europa, singularmente en Francia[109].

Naturalmente, el resultado no iba a ser el triunfo de estos sectores, sino

el mantenimiento de una cierta tensión funcional para los intereses del *duce*, permanentemente necesitado de su imagen de mediador entre facciones, pero también de alguien que podía apoyarse en cada una de ellas para cancelar las expectativas de autonomía y de crecimiento de las áreas de influencia de cualquiera sector. Sin embargo, los elementos discrecionales fueron menos importantes en el régimen fascista italiano que en el alemán, del mismo modo que el culto al Estado sustituyó en el régimen de Mussolini a la mitificación de la comunidad, lo que estableció una función del partido distinta en cada caso. En uno, era la canalización de la sociedad que se expresaba dentro de las estructuras estatales, organización patriótica que vertebraba un potente Estado nuevo; en el otro, el movimiento era la expresión misma de la comunidad racial, su manifestación visible, su puesta en escena permanente, lo cual reservaba a un espacio secundario los elementos estatistas sustituyéndolos por una curiosa mezcla de vínculos comunitarios y de minuciosas rutinas burocráticas. Por tanto, en uno y otro caso, los mecanismos de socialización —es decir, de fascistización— resultaron distintos, aunque igualmente eficaces en su tarea de afirmar la cohesión de ambos pueblos en torno al proyecto político unificador, así como en su labor de destruir las poderosas organizaciones obreras que se habían desarrollado tras la Gran Guerra en los dos países. El debate sobre el corporativismo no tuvo ningún interés en Alemania porque formaba parte de esa definición de la representación de la ciudadanía en el Estado que el nacionalsocialismo apenas tuvo en cuenta, frente a lo que realmente tuvo importancia en él, que fue la representación de la comunidad fijada mediante rituales de movilización y la afirmación de la excepcionalidad permanente de un poder discrecional. En Italia, el tema pasó a plantear una vieja cuestión que se encontraba en el origen mismo del movimiento fascista: su carácter contingente. Y, por tanto, la posibilidad de que desapareciera como resultado de la culminación de la revolución, mediante la suficiencia del Estado totalitario —versión defendida por los sectores moderados de procedencia nacionalista— o del régimen corporativo —opción que enarbolaron los sectores más radicales. Vías distintas que

coincidían en la necesidad de superar el régimen parlamentario y el Estado liberal definitivamente, pero que mostraron la dureza de los enfrentamientos entre sectores que se habían incorporado al fascismo teniendo adversarios comunes, pero cuya procedencia les hacían tener ideas distintas sobre la forma de plasmar la comunidad nacional.

Resulta interesante que estos dos temas —la alianza con los sectores conservadores partidarios de un régimen autoritario y la posible superación del partido fascista— fueran los que se manifestaran en un régimen ya maduro, habiendo sido dos elementos que estuvieron presentes en la definición inicial del movimiento. El pequeño grupo de excombatientes que había aprobado un programa radical a comienzos de 1919 y se había constituido en *antipartito* solo pudo adquirir una base de masas por un proceso similar al que hemos observado en Alemania, aunque a un ritmo mucho más rápido: la fascistización como desplazamiento a posiciones contrarrevolucionarias de un movimiento que creció sobre esa base, al tiempo que se "normalizaba" planteando su estado de disponibilidad para aceptar alianzas políticas que mantuvieran la pluralidad de las fuerzas antidemocráticas italianas en la crisis política de la posguerra. El crecimiento del fascismo solo fue posible como resultado de su mutación, en primer lugar —no había espacio real para los planteamientos milaneses de 1919—, y como resultado de su carácter de movimiento abierto a una etapa de alianzas políticas, en segundo. Una etapa sustituida rápidamente por su conversión en la representación orgánica del conjunto de la derecha antidemocrática italiana, en congruencia con las expectativas de estos sectores conservadores en la crisis política del periodo de entreguerras. Esa coincidencia entre paradigma de un nuevo orden y defensa social frente a la amenaza socialista que ha sido llamada *revolución preventiva* estableció una congruencia entre la modernización italiana requerida por las clases dirigentes, el control social necesario para quebrantar la resistencia obrera a la "racionalización productiva" y la oferta de valores tradicionales de integración para la clase media y sectores populares importantes, en especial el campesinado y la pequeña burguesía urbana.

La definición de fuerte carga ideológica del régimen implicaba una nacionalización de las masas y su pretendida incorporación a la vida política. Pero, en realidad, los factores de desmovilización actuaron de forma complementaria a los elementos de activismo social, caminando sobre dos vías paralelas que se elegían con mayor o menor intensidad de acuerdo con los intereses de los dirigentes del régimen.

Los conflictos que habían de producirse en el seno de un régimen —tan rápidamente creado tras la formación del partido— no suponen una forma menor de fascistización en comparación con el caso alemán, sino una manera distinta de constitución de la comunidad popular y de relacionarla con las instituciones, entre ellas el papel siempre discutido del partido, utilizado por Mussolini como un factor de propia seguridad en sus relaciones con los aliados o con los conversos, pero también como una vía de fascistización de acuerdo con las propias limitaciones que imponía el Estado mussoliniano. Ello hace comprensible el estallido de lo que Vito Panunzio denominó el segundo fascismo que, a diferencia de lo ocurrido con la grandilocuencia dedicada a los acontecimientos de junio de 1934 en Alemania, expresaba los problemas de formación de una nueva clase dirigente y los conflictos generacionales que resultaban poco viables en el Tercer Reich, tanto por cuestiones de antigüedad del régimen como por la forma en que se había abordado la homogeneización política y cultural en uno y otro país. La visibilidad de espacios de disidencia interna era mayor en Italia, menos como resultado de una flaqueza del partido y del Estado que por las diferencias ideológicas entre ambos fascismos, al establecerse en el caso alemán un proceso de fusión que rompía de forma mucho más decidida con cualquier rasgo de pluralidad para definir los trazos esenciales de una formación social orgánica, racial, dinamizada por los criterios de eficiencia, con espacios públicos destinados a mostrar esa unidad funcional, pero no a mantener debates políticos ni siquiera en un campo unánimemente adicto al régimen. A medida que avanzó la década de los treinta, estas condiciones de pluralidad fueron matizándose a favor del papel desempeñado por el *duce*, cuya "domesticación" del partido en los años veinte iba a ir seguida

de un férreo control de los sectores más independientes del partido, en especial cuando había perdido a los hombres en los que tenía una completa confianza, como Bianchi —el verdadero cerebro gris de la rectificación del movimiento fascista desde 1920— y Arnaldo Mussolini. Las reticencias ante Arpinati, Balbo, Bottai o Ricci fueron creciendo, considerándolos desafíos permanentes a su poder personal y, por tanto, a la verdadera obra del fascismo, mientras la posición destacada de Dino Grandi se mantenía en un segundo plano por el ejercicio de sus cargos diplomáticos. Esta defensa del papel desempeñado por el *duce*, a expensas de una renovación de la elite del partido —que imponía un ámbito de autonomía en las áreas de poder de las nuevas promociones fascistas— permite establecer, como sucede en el caso alemán, una oportuna comparación con el caso de Franco, para considerar de forma más ajustada cuál es el papel del caudillaje en los regímenes fascistas[110].

En los mismos momentos en que el régimen planteaba esa apertura a un "estilo" imperial antiburgués, el Estado italiano rompía la tradición laica del liberalismo para firmar con el Vaticano los Pactos de Letrán de comienzos de 1929. Significaban estos la continuidad de una política de aproximación al catolicismo que ya se había realizado desde la incorporación del Partido Popular a la coalición de Gobierno y las posiciones de un Pío XI que asumió la liquidación del partido para asegurar lo que más le interesaba, que era la preservación de la educación católica el mantenimiento de las organizaciones propias —especialmente Acción Católica— y la resolución de los problemas económicos de la iglesia italiana. Mientras las rectificaciones puestas al modelo escolar de Gentile ya habían supuesto la introducción de pensadores cristianos en el área de la enseñanza de filosofía, además de mantenerse una formación religiosa general[111], se eliminaban las organizaciones juveniles autónomas del catolicismo, incluyéndose en la Obra Nacional Balilla (ONB): sin embargo, las acusaciones lanzadas contra Gentile por no ser un verdadero fascista y no fomentar una escuela realmente fascistizada no obedecían solo a un aspecto de formación ideológica, sino a la frustración por la existencia de un régimen elitista

que impedía la promoción social de los sectores de la clase media, algo que el régimen no podía permitirse de ninguna manera. La reacción contra la obra del ministro no se basó, por tanto, en arrinconar la formación religiosa, sino en hacer, de un modo que permitiera la ampliación del régimen educativo a las masas populares, lo que ya estaba sucediendo en la realidad social del país: facilitar que los católicos se integraran en un ámbito de normalizada lealtad a la ideología de la nación y del Estado italianos como no habían podido hacerlo desde la unificación. Ni siquiera el acceso de Bottai al Ministerio de Educación Nacional en 1936 y la aprobación de la Carta de la Escuela habría de perjudicar los intereses de este sector. En el pragmatismo mussoliniano —y en el no menos profundo pragmatismo de Pío XI—, de lo que se trataba era de proteger intereses mutuos que pasaban a ser percibidos como la vinculación entre el catolicismo y el fascismo, aun cuando pudieran darse roces entre las organizaciones fascistas y católicas. El Vaticano había tenido que aceptar la disolución del Partito Popular y de la Confederación Italiana de Trabajadores, pero no estaba dispuesto a que ese fuera el inicio de un camino que culminase con la liquidación de Acción Católica[112]. Fue precisamente lo que ocurrió en 1931 con Acción Católica, sometida a los ataques de escuadras fascistas o a clausura de locales por los prefectos, lo que llevó incluso a la aprobación de la encíclica *Non abbiamo bisogno*. En el mes de septiembre de aquel año, las circunstancias habían cambiado a favor del acuerdo, como no podía ser de otra manera para un *duce* que, entrando en el periodo que él había llamado de fascistización del país, no podía prescindir de la existencia de una cuarta parte de población y de un 4% de los adultos italianos que pertenecían al clero regular o secular. La organización fue protegida como espacio confesional que cedía los ámbitos de actuación política a las agencias del partido fascista, incluyendo la muy importante formación deportiva y militarizada de los jóvenes italianos[113]. La atracción de los espacios conservadores de la sociedad italiana al proyecto fascista pasaba, de este modo, a neutralizar la identidad política de un sector con áreas de socialización tan importantes como las ligas campesinas,

cooperativas obreras, el sindicato, las organizaciones católicas juveniles o el propio Partido Popular. El acuerdo no iba a impedir la liquidación de estos espacios sociales propios, pero permitía salvar, a los ojos de la población católica, la percepción de una aceptación del fascismo por la Iglesia, algo que no solo se interpretaba como el respeto a los intereses de la misma, sino sobre todo como la existencia de un ámbito ideológico común, en el que los valores tradicionales de tipo cívico pasan a reunirse con los referentes a la doctrina social, a la cooperación de los productores, a las inclinaciones corporativas, al reforzamiento de la autoridad del Estado en la política y al respeto a las creencias morales que pertenecían a la vida familiar. A diferencia de lo que podía ocurrir en el caso alemán, en el que el Concordato implicaba el control de una identidad confesional que se había radicalizado hasta optar por posiciones corporativistas autoritarias en la crisis de la República de Weimar, en Italia se trataba de obtener la confianza de la opinión tradicional popular en su conjunto, siendo su posición confesional pero también la del reconocimiento o la representación de una identidad que la superaba, precisamente por la ausencia de competencia de opciones religiosas en el país. Lo confesional, como habría de suceder en España —aunque, como veremos, en nuestro país este asunto tendría una proyección ideológica fundamental para definir el fascismo—, pasaba a ser lo social: es decir, el campo de reserva conservadora que podía haber ofrecido reticencias tanto al discurso fascista radical original como al que podía expresarse en los debates del "tercer tiempo" que amenazaban con la fascistización de la sociedad italiana con claros gestos de Mussolini a las jóvenes promociones del partido. Para una buena parte de los italianos hostiles o recelosos ante un Estado que se había definido contra los derechos de la Iglesia, y que habían buscado canales de politización propios con la irrupción de la democratización de 1919, la dictadura fascista solo podía ser aceptable si el movimiento era una forma complementaria, en el campo de la política, de defender valores tradicionales que serían garantizados por el control de la escuela y la cultura, y con una protección de la familia numerosa que hacía coincidir

tales valores tradicionales con los intereses imperiales del propio régimen[114]. A este respecto, puede comprenderse la actitud de personajes críticos con Gentile y que podían ser considerados ideólogos destacados de la evolución del fascismo desde la fase de "antipartido" a la de su encuentro con los sectores conservadores. Para Grandi, el acuerdo con la Iglesia pertenecía al campo de normalización y de protección del fascismo que se había iniciado en los años veinte. Como Bottai, Grandi consideraba la congruencia entre el régimen y lo que Emilio Gentile ha destacado como ese tentador espacio totalitario del cuerpo místico de la Iglesia, sintetizadas en una "estirpe itálica"[115]. Recordemos que Ramiro Ledesma había subrayado su admiración por esa máquina perfectamente totalitaria, construcción de hegemonía en las masas que era la Iglesia católica, cuando aún escribía en *La Gaceta Literaria* y no había dado el "salto" a la política activa[116]. Para una formulación comparada, en la que se trata de considerar los factores específicos y los compartidos —así como los mucho más abundantes que se encuentran en una zona de porosidad, de estrecho parentesco que no obedece a una simple aplicación por modelo externo, sino a la congruencia similar del propio desarrollo—, la atención a la sacralización de la vida política italiana a través del fascismo, compartiendo los elementos de presencia de los rituales religiosos católicos en los espacios públicos, puede compararse a la sacralización de la violencia política que permite eliminar al adversario personal, al régimen democrático y justificar la existencia del fascismo en España[117].

VI

Si existió un punto emblemático en que la constitución del fascismo se refiriera al año 1934 fue Francia. La crisis de febrero, con el enfrentamiento entre el Gobierno y la doble ofensiva de las ligas de extrema derecha y de la izquierda comunista, parece dar algún que otro aldabonazo a la tesis "oficial" de la historiografía francesa, refiriéndose a

la ausencia del fascismo en el país vecino —lo cual significa, lógicamente, insignificancia, en los dos sentidos de la palabra—. Uno puede preguntarse si esta ausencia es, más bien, la de una presencia mucho más amplia y mucho más significativa, muy propia de una cultura en la que las posiciones de extrema derecha habían tenido desde fines del siglo XIX una capacidad de convocatoria popular e intelectual que se encontraba entre las más potentes de Europa. Y puede preguntárselo considerando, como en el caso español, si la existencia del fascismo se resuelve y agota con la actuación de un partido de masas que llegue a aspirar al poder o a ejercerlo de un modo exclusivo y homogéneo. La propuesta de comprender la fascistización como aquello que hace históricamente relevante al fascismo, y que su resultado es el único fascismo históricamente decisivo que conocemos —al margen de futuribles que encuentran su mejor acomodo en determinados círculos "rebeldes" neofascistas—, se ajusta de modo bastante satisfactorio al caso de la Francia de entreguerras y encuentra un momento culminante en ese año en el que habrá de nacer políticamente el antifascismo históricamente significativo. Quizás sea la extensión del área lo que ha permitido percibir una ausencia de límites y, por tanto, una inexistencia de lugar. La amplia gama de posiciones que se expresaron en lo que Loubet del Bayle llamó el "inconformismo" de los años treinta, pero a las que deben sumarse las ligas procedentes de la década anterior —entre las que se encontraba la de Valois, abiertamente fascista— y la evolución de sectores de la derecha socialista y comunista hacia el nacionalpopulismo, pueblan un territorio con la suficiente densidad como y variedad como para que los historiadores hayan preferido ignorarlo en lo que es: el espacio propicio para ir al encuentro de los mitos antidemocráticos, antisocialistas, nacionalistas y regeneracionistas que caracterizaron el proceso de fascistización.

Espacio social y territorio intelectual más que partido único, aunque no ausencia de partidos, como habrá de demostrarlo la evolución de las propias ligas y, en especial, la trayectoria política de Marcel Déat y de Jacques Doriot. Opciones interrumpidas o deformadas por la ocupación y

la colaboración, que añadieron al grave conflicto del nacionalismo fascista francés el problema de una tradición cívica que decretó la extranjerización del fenómeno para restablecer la unanimidad y la identidad republicanas francesas en 1944. Tales tradiciones culturales que actúan como modelo de reconstrucción de una sociedad no son exclusivas del caso francés, sino que causan percepciones retroactivas dañadas por esta condena, que llega a ser pronunciada incluso por quien ha sido claramente contaminado por el fenómeno de la fascistización. En 1944 podía indicarse que no había verdaderos franceses que fueran fascistas, pero solo diez años antes la fascistización parecía la forma más adecuada de ser francés o, por lo menos, un patriota francés. Por entonces, se aceptaba una transversalidad que ha sido la aportación hexagonal a este fenómeno, atestado de trayectos que pasan de la militancia de izquierdas al fascismo, ese *fascisme introuvable* que tan fácilmente encontramos entre antiguos comunistas de Marsella o de Alsacia y, para mayor perplejidad, entre quienes trazaron los primeros indicios del frentepopulismo[118]. Transversalidad que ya se ha observado en movimientos populistas de finales del siglo XIX y que en las jornadas de 1934 habrá de ser rescatado por los intelectuales vinculados a una nueva "derecha revolucionaria", como Robert Aron y André Dandieu, que escribirán en el prólogo a *La révolution nécessaire*: "La revolución que se prepara, y para la que los movimientos rusos, italiano y alemán no son más que prólogos incompletos e imperfectos, será realizada por Francia". O que proclamarán, como Robert Francis, Thierry Maulnier y Jean Pierre Maxence en el libro de homenaje a los caídos en febrero de 1934 *Demain la France*, la vitalidad de un pueblo capaz de mezclar, frente a un régimen decadente "la sangre de la Comuna y la sangre de la Vendée"[119]. La peculiaridad de la cultura política francesa y el relevante papel desempeñado por el enfrentamiento de los intelectuales con la Tercera República conducen a un espacio de respuesta social que no ha hecho más que agravarse desde la Gran Guerra, sin que la victoria de 1918 haya podido alimentar más que la supervivencia de un régimen denunciado desde una muchedumbre de espacios. El adversario común de tantos es,

sin embargo, lugar de acomodo para sectores que serán base importante de la fascistización en España, en Italia o en Alemania: el republicanismo radical de la clase media que pone a salvo una tradición jacobina asentada en aquellos espacios sociales más fácilmente permeables al discurso antidemocrático. La pulverización de esta representación social que se observa en otros países no habrá de observarse en Francia, aspecto que pone límites de gran envergadura al proceso de fascistización, de un modo que puede recordar las dificultades para que este se produzca en la Cataluña de ese mismo año crucial de 1934, en la que la representación de la clase media se establece en campos progresivamente abiertos a una alianza con los sectores obreros y campesinos reformistas, sobre los que Esquerra Republicana confía en tener hegemonía o una capacidad equivalente de negociación[120]. Más allá de estos factores de estrategia política, se halla el problema de la capacidad integradora y representativa que posee la democracia para segmentos sociales que habrán de inclinarse hacia el fascismo en este periodo, perdiendo su sentimiento de vinculación a una tradición liberal o no habiendo tenido nunca una relación de este tipo, allí donde los espacios de sociabilidad se construían mediante un alejamiento de las instituciones y una búsqueda de zonas compensatorias en la sociedad, en lugar de vertebrarse políticamente en una determinada delegación dentro del sistema. Esa despolitización de las clases medias —o esa socialización al margen de las instituciones— no se dará en Francia. Pero otra tradición vigorosa, la que corresponde al populismo bonapartista y que se ha actualizado con las nuevas propuestas del nacionalismo inmediatamente anterior y posterior a la Gran Guerra, permite la expansión de esa actitud "inconformista", que no duda en calificarse de revolucionaria, para expresar un deseo de resurgimiento de la nación francesa, que precisa la destrucción de un régimen político que ha dejado de defender su supervivencia. Un deseo que se encarna en una elite muy activa, que no deja de publicar libros y revistas, que crea lugares de encuentro, movimientos asociativos y ligas cívicas en busca de la famosa "tercera vía" entre socialismo y capitalismo. En la coyuntura de 1934, tales ligas habrán de convertirse en partidos, que encuentran en

pleno proceso de evolución a quienes han sido militantes políticos del socialismo o del comunismo, preparados para proporcionar el necesario salto de la crítica intelectual a las definiciones estratégicas y organizativas. La atención al paso de sectores del socialismo al fascismo será seguida de cerca por la prensa falangista española, en algunas ocasiones para esperar de ello un contrapeso a la dependencia exclusiva de los yacimientos de fascistización de la extrema derecha, y en otros, ya en vísperas de la guerra civil, para burlarse de los rumores sobre la creación de un laborismo nacional de la mano de la derecha del PSOE. Tal atención vuelve a expresar la conciencia que los contemporáneos tenían del carácter internacional de sus problemas y de sus soluciones, y que podría tener otro punto de referencia en los elogios constantes de *Acción Española* —en especial con la firma de Calvo Sotelo, pero también la de Vigón— de la gestión de Roosevelt, que nos sugiere que este sector se inclinaba por una interpretación "planista" del New Deal.

Esa misma coyuntura habrá de ofrecer el momento en que la oportunidad de un frente común se ve directamente afectado por las cuestiones de política internacional, en el que el fascismo no es solo una doctrina, sino el régimen de un país como Alemania, tradicionalmente enfrentado a los intereses de Francia. El nacionalismo galo se suma en la perplejidad que expresa el propio Maulnier cuando señala que el debilitamiento del fascismo como potencia internacional puede mejorar aparentemente las expectativas políticas francesas, pero en realidad las perjudica, dada la composición del frente antifascista *dentro y fuera* del país. Ante tal dilema, Maulnier habrá de plantear, tras la firma del pacto de Múnich, la necesidad de que exista un "mínimo de fascismo" en Francia como punto de acuerdo en la construcción de un régimen alternativo a la Tercera República, que sea gestionado por la heterogénea masa de quienes, desde posiciones opuestas al comunismo, han planteado el reforzamiento del país a través de la revolución nacional. Alfred Fabre-Luce, en sus memorias, señalará que el fascismo "nunca ha tenido un sentido doctrinal bien definido. Es un asunto de personas y de atmósferas. Estábamos en vísperas de una revolución. Contra la comunista, que

preveía la destrucción del acervo precioso de una civilización, busca la defensa preventiva de otra revolución, que establecería la colaboración de las clases y de las naciones en el marco europeo"[121]. Sectores fascinados por el planismo belga y por una idea de socialismo que es la regulación del capitalismo en un Estado autoritario, como los neosocialistas de Déat[122]; núcleos vinculados a la crítica católica de la democracia como Robert Aron o Daniel-Rops[123]; juventudes radicalizadas de la extrema derecha como los seguidores de Taittinger[124]; grupos fascistas como los residuos del círculo de un Valois[125] nuevamente converso y lanzado al combate antifascista o quienes se agrupan en torno al francismo de Bucard[126]; el movimiento de Doriot, pasado de un comunismo nacional al populismo cada vez más inclinado hacia su plasmación fascista[127]; movimientos ruralistas como los camisas verdes de Dorgères[128]; sectores de excombatientes alineados tras el coronel La Rocque[129]; miembros de una elite literaria fascinada por el nacionalismo tradicionalista, como Maulnier, o por el fascismo, como Bardèche, Brasillach o Drieu La Rochelle…[130]. Todo ello constituye el campo de pruebas en el que una amplia zona de la sociedad francesa va estableciendo hilos de conexión con el fascismo. Es, en suma, el territorio concreto de un proceso de fascistización que hará posible el fascismo francés: el que pasa por el espacio convenientemente ambiguo de la colaboración para ser reducido a esta, en lugar de ver en ella una determinada fase en la evolución de esta opción política.

No será la derrota frente a Alemania la que actuará como factor de impulso a la unidad de estas diversas expresiones de un mismo movimiento, cuyos intereses no responden solo a distancias ideológicas, sino a las condiciones sociales distintas que llevan a la radicalización de un pequeño propietario rural, a un miembro de la Academia Francesa o a un obrero de Seine-Saint Denis. De hecho, la ocupación y la colaboración habrán de crear espacios de competencia entre ellos, e incluso de una incertidumbre atormentada que llevará a algunos a la resistencia contra los alemanes, mientras a otros les conduce a la rendición de su proyecto

político autónomo ante una concepción de la eliminación de Francia de la ecuación europeísta planteada por el nacionalsocialismo. Lo que condujo a la fascistización antes de la guerra y la derrota fue, en este espacio propicio por su propia dinámica cultural, la existencia del antifascismo y la organización de una alianza política como el Frente Popular. Importa menos lo exiguo e insatisfactorio de la experiencia, el control de la misma por los sectores más conservadores de la alianza, que la percepción de un peligro que va a llevar a una república decadente al único espacio posible de desembocadura de la crisis política del liberalismo: el comunismo. Las escenografías y fuegos de artificio transversales habrán de clausurarse cuando esa sangre de los monárquicos de La Vendée y a los revolucionarios de la Comuna, mezclada en las audaces síntesis que elabora el discurso fascista, habrán de dar a elegir entre una u otra tradición. La Francia de la fascistización se encarama sobre la experiencia de la Francia del antifascismo, adquiere su consistencia y su resolución, contempla el instante de peligro y toma partido por la colaboración o por la negativa a la resistencia. El entusiasmo o la resignación complaciente no son más que caras de la moneda fascista que es de curso legal en toda Europa. Las clases medias, los propietarios industriales, los campesinos que se han movilizado contra la política fiscal de la "oligarquía parlamentaria" pasan a ser beneficiarios directos de un régimen que no solo ha ocupado Francia, sino que ha destruido por la fuerza la experiencia de la unidad de la izquierda. La estrategia de boicot a la democracia propiciada por la burguesía francesa desde 1936 pasará a tener su expresión más acabada en lo que Camus habrá de denunciar, desde la revista *Combat*, cuando reitere, refiriéndose a Renault, las palabras de Saint-Just en el proceso a Luis XVI: "No se puede ser empresario inocentemente"[131].

Sin embargo, las condiciones de una ocupación que divide a Francia en dos tienen tanto poder de impulsar la fascistización de unos sectores como la de limitar —aunque no bloquear— la de otros, creando una ruptura que se suma a la que ha creado la derrota de junio de 1940[132]. La negativa del mariscal Pétain a aceptar o promover la constitución de un

partido único, como habían de reclamarle los dirigentes fascistas, en especial Déat, no mostraba solo las dificultades para establecer, en las condiciones de una falta real de soberanía, la síntesis entre los sectores más tradicionales y los que se reclamaron más entusiastas por el camino político señalado por el nacionalsocialismo. Esa distancia entre Vichy y los intelectuales de la colaboración habrá de mantenerse en la cultura política francesa tras la derrota del fascismo, cuando la reorganización de este campo siga funcionando por caminos paralelos. En su momento expresó una posibilidad —la de mantener la autoridad exclusiva de las instituciones tradicionales— y una frustración —la de aprovechar la ocupación alemana para llevar adelante no solo la revolución nacional como la entendía el Gobierno petainista que la proclamaba, sino como la habían augurado los cabecillas de los partidos fascistas franceses o los intelectuales que habían puesto su pluma a favor del fascismo antes de la guerra—[133]. Que este proceso se diera bajo la protección y la amenaza del ejército alemán no resulta paradójico, aun cuando pudiera irritar a quienes se mostraban como sus más fervientes colaboradores, para quienes solo existía una revolución europea, de la que Francia debía formar parte. Precisamente en las condiciones de guerra, el régimen nacionalsocialista debía oponer toda su cautela a lo que pudiera verse como descarada satelización, donde Pétain había logrado plantear la idea de una defensa de un área de soberanía y el mantenimiento de un Estado francés[134]. El sacrificio de las opciones que habrían permitido completar el proceso de fascistización en Francia combinaba la existencia de áreas de difícil penetración —como la clase media republicana en el campo y la ciudad—, con la incapacidad para convertir un *espacio ideológico* —el más inconformista y activo de los que se habían conocido en la derecha europea— en un mismo *movimiento político*. Algo a lo que se sumaba la existencia de una autoridad estatal reaccionaria, dictatorial, defensora de valores tradicionales y dirigida por un carismático representante de la *vieja* Francia, donde se había formulado el consenso de los sectores conservadores dispuestos a convivir con estas nuevas circunstancias, pero no a transformarlas en una radicalización que siguiera los impulsos de

dirigentes como Déat o Doriot.

VII

Para el proceso constituyente del fascismo español, el año 1934 tiene una significación especial, no solo porque en él se produzcan acontecimientos tan importantes como la fusión entre las dos principales organizaciones de este carácter en un solo partido, sino porque la evolución de la política nacional a lo largo de aquellos meses, tanto en el área de la derecha antirrepublicana como en el de la izquierda antifascista, modifica radicalmente la atmósfera en la que el fascismo pasará a ser un punto de referencia indispensable[135]. Tal cambio de hábitat implicará necesarias alteraciones en la estrategia del propio partido que llevarán a la principal de sus crisis internas, con la salida de Ledesma Ramos y un puñado de sus seguidores, pero también una transformación o profundización de las relaciones que la extrema derecha española establecerá con el fascismo: no me refiero solo a las que puedan mantenerse con el partido, sino las que se refieren a la fascistización de esa derecha al margen de la organización que se había identificado siempre con esta cultura política. Lo que diferencia el caso español de lo que hemos podido ver en Alemania e Italia es que el proceso de fascistización se produce al margen de una organización política que se considera subalterna incluso para plantearse la instauración en España de un régimen de características similares a las que imperan en aquellos países. Una situación que se verá frustrada por el triunfo del Frente Popular y que mostrará la estrecha relación que existe no solo entre la fascistización y el crecimiento del antifascismo, sino también entre la forma concreta que esta adquiere. Cuando se produjo la llegada al Gobierno del Frente Popular, el pequeño partido fascista español pasó a ser considerado mucho más que una referencia contemplada con más o menos simpatía en los ámbitos fascistizados. Adquirió la condición de grupo al que empezarían a acudir los núcleos más jóvenes de los grupos antidemocráticos y a cuyas milicias se incorporarían, en el momento de la

guerra, masas entre las que se encontraban los sectores populares que tenían conciencia del carácter "social" del discurso falangista. Lo que había sido un terreno de competencia entre la izquierda y el nacionalsocialismo en el caso alemán para ganarse a los sectores de trabajadores radicalizados, antes de la llegada al poder del nazismo, tuvo una versión peculiar en esta captación de masas atentas a la síntesis entre tradicionalismo y discurso revolucionario que no sería lo propio de la "coalición franquista", sino del propio partido fascista español desde el momento de su fundación. Antes de que llegara la guerra, pero cuando ya se estaba produciendo la afluencia de los fascistizados al partido fascista, el órgano publicado por el movimiento en su periodo de ilegalización, *No importa*, había de referirse con sarcasmo a aquellos aliados que no habían aceptado otorgar a Falange una minoría de puestos de salida en las listas electorales, pero que ahora acudían, en vísperas de la confrontación armada, a un movimiento organizado especialmente para una política de estas características. La irritación del periódico se desataba, especialmente, contra quienes consideraban que Falange iba a dedicarse simplemente a entregar militantes solicitados por la derecha para acciones violentas: "¿Pero qué supone esta gentuza? ¿Qué la Falange es una carnicería donde se adquieren, al peso, tantos o cuantos hombres? ¿Suponen que cada grupo local de la Falange es una tropa de alquiler a disposición de las empresas?"[136]. No era esta, desde luego, la posición en la que deseaba encontrarse el partido, ni el destino que le estaba reservado. La guerra civil habría de establecer un ritmo y un carácter especial a los mecanismos de fascistización, induciendo aquellos que permitirían el cumplimiento de esa síntesis intentada desde los orígenes mismos del movimiento y que, como en el resto de los casos que hemos expuesto, había de pasar por una fase de propuestas de colaboración desde posiciones de fuerza, de equivalencia o de debilidad —en Alemania, Italia o España, respectivamente—, la última de las cuales, poco antes del estallido del conflicto, había sido la fracasada negociación por obtener representación parlamentaria en las candidaturas de la derecha.

Durante el año 1934, cuando el partido fascista trataba de consolidar sus posiciones, la izquierda española había visto el verdadero fascismo en los sectores fascistizados de la extrema derecha, mientras veía en el pequeño grupo falangista un reducto destinado al ejercicio puntual de actos de violencia[137]. Lo que se percibía como auténtico riesgo desde el antifascismo no era una organización minúscula, sin incidencia en los medios obreros e incapaz de competir por espacios de sociabilidad populares, sino aquellas organizaciones que estaban dotadas de una fuerte implantación en la sociedad y que habían entrado en un proceso de radicalización antidemocrática similar al que se había observado en Europa. A fin de cuentas, los acontecimientos de Francia o de Austria habían mostrado que no era exactamente un partido fascista lo que encarnaba el riesgo, sino que tal peligro procedía del propio proceso de fascistización que, en el caso austriaco, incluso mostraba las diferencias entre el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. Antes de que se produjera el drama de la represión austriaca, pero cuando Dollfuss ya había impuesto su dictadura, Jorge Vigón escribía en *Acción Española,* respondiendo a las apreciaciones de *Le Temps:* "Se limita a decir que se trata de un gobierno autoritario que 'no procede del fascismo ni del hitlerismo, sino que es el gobierno de un hombre a quien la autoridad le viene de la confianza que le presta la nación'. ¿Qué será entonces el fascismo? Pero bien sabe *Le Temps* que es esto precisamente"[138]. La simplificación se producía, por tanto, también en el campo "fascistizado", que no dejaba de señalar los conflictos existentes entre las dos potencias fascistas. Tales discrepancias eran menos importantes que el sentido que se deseaba imponer a la historia europea desde ambas posiciones que, a ojos de la izquierda, constituían un solo impulso y escenario fundamentales. Para estos observadores contemporáneos, el fascismo no solo no era algo distinto a la fascistización, sino que el espacio fascistizado era ya el fascismo, al que solo correspondía recorrer una trayectoria que se había trazado en el continente de formas distintas. La misma experiencia nazi podía ser contemplada como una llegada legal a la cúspide del poder en los márgenes de una gran coalición nacionalista

conservadora, cuyas mutaciones sorprendieron a los antifascistas alemanes y habían de desconcertar también a los españoles, a pesar de que la experiencia italiana pudiera mostrar en qué acababan tales coaliciones en la constitución del régimen fascista. Su punto de vista habría de modificarse cuando se llegó a la inmediatez de la guerra civil: pero, para entonces, este desarrollo se contemplaba como el camino normal de un proceso de fascistización en el que quienes *de hecho* eran ya fascistas, pasaban a serlo agrupándose en un partido con sus principios, sus símbolos, su sistema de organización y su violencia esencial expuestos y ejercidos sin tapujos.

La crisis de la República a lo largo del año 1934 había de provocar conflictos en el seno de una organización como FE de las JONS, cuya exigua influencia social no era un buen parapeto para evitar la neutralización provocada por los enfrentamientos estratégicos. Interviniendo como un simple grupo de acción y propaganda, existía una carencia de responsabilidad en el curso de los acontecimientos que podía provocar impaciencias y descontentos en su militancia, pero que no se reflejaba en la crisis general que estaba viviendo el país. No significa esto, sin embargo, que tales conflictos sean poco importantes al referirse a la definición de una identidad política que habrá de ser el eje simbólico del franquismo y el punto de atracción de las masas fascistizadas desde la primavera de 1936. He planteado en otros lugares cuál es la importancia de este debate y su relación con el desarrollo del fascismo español en su conjunto[139]. La ruptura entre Ramiro Ledesma y José Antonio se producía como resultado de la falta de operatividad que el fundador de las JONS atribuía a la estrategia política —o, más bien, a la carencia de esta— de quien había sido elegido jefe del movimiento en el I Consejo Nacional celebrado durante la crisis de octubre de 1934. Esas carencias, aunque fueran presentadas, tras la ruptura de comienzos de 1935, como una diferencia entre la "izquierda" del nacionalsindicalismo representada por Ledesma y la actitud conservadora del círculo joseantoniano, tenía otras características, que se referían a la relación entre el fascismo y el espacio fascistizado: o, para decirlo de otra forma, a la vía para construir el

movimiento fascista en España. Salvada la fase "situacionista" de la primavera de 1931, cuando *La Conquista del Estado* reclamaba una atención prioritaria al sindicalismo cenetista moderado —e incluso al comunismo heterodoxo, "nacional" de Maurín—, Ledesma había de establecer como criterio permanente la necesidad de crear un núcleo fascista con una identidad bien perfilada, pero cuya eficacia política solo podría sostenerse en el marco de una colaboración creciente con las fuerzas antirrepublicanas. Sus saludos a la radicalización de este espacio, donde al principio solo existía desdén por el tradicionalismo y el conservadurismo, fueron acompañados de la convicción de un curso de la crisis política española que habría de desembocar en una acción armada, en la que un partido como el suyo habría de disponer de la mejor ocasión para hacerse con la hegemonía en un espacio fascistizado. Este sentido tuvo la formación de las JONS —que implicaba un contacto con sectores ultracatólicos vallisoletanos que habría escandalizado las actitudes iniciales de los editores de *La Conquista del Estado*— y el mismo significado había de tener la fusión con la Falange. La ruptura con el liderazgo de José Antonio se debió a la parálisis política que el carismático dirigente imponía al movimiento y a un sectarismo estratégico curiosamente aderezado con su condición de parlamentario elegido en una candidatura derechista y a los acuerdos de financiación realizados con dirigentes de Renovación Española. Tras la elección de un mando único que ya se consideraba ajeno al carácter del nacionalsindicalismo en el I Consejo Nacional, la gota que había de colmar el vaso fue el apoyo prestado por José Antonio al Gobierno en la crisis de octubre, en lugar de buscar la estrategia de ruptura que se solicitaba desde el Bloque Nacional.

Como siempre ocurre en los casos de una escisión de este tipo, Ledesma trató de presentar como causa de la misma la identidad nacionalsindicalista y no la estrategia del partido, algo que trató de definir ya en el primer número del efímero semanario de las JONS escisionistas[140]. Sin embargo, estas posiciones se complementaban con la lucidez con la que el propio Ledesma planteaba la ausencia de un partido

fascista en España, pero la posibilidad de que las tareas de la revolución nacional pudieran llevarse adelante por la alianza entre los sectores fascistizados y el Ejército[141]. Atribuyendo la fascistización de la derecha española —y, para Ledesma, ello significaba la adopción de posiciones nacionalistas ausentes en el periodo inicial de la República— a la presencia de una izquierda revolucionaria en las áreas del poder o en zonas de persistente agitación social, la confianza de Ledesma en que estos sectores habrían de llevar adelante las tareas que, en otras condiciones, habría de desarrollar el fascismo —la revolución nacional— nos indican que quien había practicado una permanente búsqueda de alianzas con la derecha que pudieran reforzar el fascismo no establecía una relación excluyente entre ambos espacios, sino una función histórica similar. Por otro lado, el viraje dado por Falange tras la escisión permitió que el partido dispusiera de dos características esenciales de un movimiento fascista: la afirmación de una ideología "revolucionaria" y el estado de disponibilidad para formar parte de un frente único de los sectores antidemocráticos. La carencia de efectivos del partido condicionaba sus posibilidades en este último aspecto, pero estas podían compensarse por la radicalidad del impulso de la fascistización en las masas antirrepublicanas, que iban desplazándose de sus posiciones representativas de origen para crear un camino hacia el fascismo a las zonas de influencia social de las que disponía.

Las condiciones de una coalición paulatina que avanzara hacia la síntesis fascista no pudieron darse como se habían dado en el espacio más favorable al partido originario, que sin duda son las que se dieron en Alemania. Sin embargo, incluso en este país el movimiento resultante fue el de una afluencia procedente de áreas populistas como resultado de una prolongada crisis nacional. La coyuntura española permitió —y, de hecho, exigió a los dirigentes del movimiento del 18 de julio— que esta síntesis se acelerara en la constitución de un partido fascista. La visión meramente "concentracionaria" de aquel proceso que dio lugar al Movimiento Nacional, además de ser desmentida por la misma presentación del proceso unitario a los españoles[142], deja de lado hasta

qué punto el propio falangismo quiso incorporar, como cualquier otro fascismo, los elementos tradicionales y revolucionarios en un solo proceso. Basta con repasar órganos como *Jerarquía* o las definiciones que líderes identificados con Falange habrían de hacer en los años de posguerra, para observar de qué forma se recogía, a la manera de una herencia propia del fascismo falangista la actualización del pasado imperial español, incluyendo la caracterización católica contrarreformista de la identidad nacional —algo que, por otro lado, había hecho el propio Ledesma en su *Discurso a las juventudes de España* en 1935—. Los problemas de la relación con quienes interpretaban de otra forma la modernización de la tradición española habrían de venir mucho más tarde, prácticamente al clausurarse la década de los cuarenta, cuando se produjo el enfrentamiento entre los sectores reunidos en torno a Calvo Serer y la revista *Arbor* y quienes mantenían una lectura más integracionista en el marco del régimen, que permitiera el rescate de un nacionalismo liberal converso[143]. Subrayar este peso del discurso católico en los órganos de expresión falangistas —hasta el punto de que llegara a señalarse la identidad de ambos elementos en la obra de dirigentes tan destacados como los citados[144]— permite plantear que, más allá del peso de la Iglesia *como institución* en el franquismo, el fascismo español se consideraba ya expresión política del catolicismo contrarreformista, del mismo modo que el fascismo alemán se sentía la expresión política, modernización y perfeccionamiento de una tradición nacional-racista.

La peculiaridad del caso español no es el carácter minoritario del partido fascista, sino su propio "estilo" —para decirlo con las palabras de Laín— cristiano, sus especiales circunstancias ideológicas, que se referían a los horizontes culturales en los que se habían formado quienes se acercaron al falangismo desde la propia fundación del movimiento, como antes lo habían hecho a las JONS. Tales condiciones se acompañan de las que siempre han resultado más obvias: la tardanza en la constitución de un movimiento que ve su espacio ocupado, desde comienzos de la década de los veinte, por un régimen autoritario en el que colaboran quienes habrán de ser fascistizados en los años

republicanos, y por la existencia de tradiciones políticas y sociales que expresan la resistencia intelectual y popular a la democracia: el populismo católico, el tradicionalismo y un monarquismo que niega su estirpe liberal. Lo cual nos lleva a considerar la importancia de acercarnos a un *espacio* que va poniendo las condiciones de una reacción antidemocrática armada contra la República —tras el fracaso de los esfuerzos revisionistas— desde una diversidad de opciones de partido que habrán de difuminarse en la preparación del golpe de Estado y, aún más, en las condiciones de la guerra civil. Esta dominación del espacio organizativo y electoral por tales fuerzas tradicionales no implica, sin embargo, que sus viejos proyectos particulares resultaran beneficiados por las circunstancias, ni por separado ni en las plataformas conjuntas que establecieron durante el periodo republicano. Lo que se dio fue un proceso de contaminación cultural que modificó en todos ellos, a diversa escala, su identidad política, sus relaciones con las instituciones y con el mismo sistema democrático. Para ellos, debió resultar paradójico que el punto de encuentro fuera un partido que mantenía de forma visible las siglas, los puntos programáticos y el proyecto político del pequeño movimiento fascista. Pero esta paradoja no les procuró una violencia que rebasara los intereses de algunas elites que mostraron pronto su disconformidad, pasando a una actitud opositora casi de inmediato, o estableciéndose en las condiciones de una querella *interna* del Movimiento Nacional y del nuevo Estado, en el que pugnaron por ocupar posiciones de influencia. Ni siquiera algunas muestras de severidad contra ellos, como las empleadas contra las aspiraciones carlistas, la prohibición de la salida de *El Debate* o de *Acción Española* había de provocar una reacción contra el nuevo orden que reclamara poner en su lugar de influencia previo al falangismo. Tal actitud puede deberse a la percepción de la debilidad coyuntural en la que se encontraban, pero quizás sea también el resultado de haber asumido, tras un proceso de fascistización que se acompañó de una guerra civil, las facilidades que proporcionaba el fascismo como proyecto político que, mientras no fue desacreditado por la derrota del Eje, resultaba una referencia para los

españoles adictos al 18 de julio irrenunciable. Percepción que llegaba a amplios sectores populares y que también llegó a una elite que, en algún caso, había de manifestarse más radical, tras haberse fascistizado, que en los propios supervivientes de la Falange republicana.

No siendo este un texto que pretenda caracterizar el régimen franquista, una simple cuestión de coherencia intelectual debe dejar constancia de que los factores de su formación son distintos, pero no opuestos a los que se producen en los otros casos examinados en los que, además, podríamos destacar diferencias que han legitimado considerarlos proyectos políticos de naturaleza distinta. El análisis de las discrepancias teóricas en la elite del régimen no permite saldar esta cuestión sin su vinculación directa con la conquista de áreas de poder y, en especial, sin considerar si todos los que eran capaces de resaltar sus diferencias no lo hacían en el marco un acuerdo fundamental sobre la lealtad a un 18 de julio cuyos perfiles ideológicos deberían irse delimitando, pero que procedían de un proceso de fascistización que no iba a un lugar distinto del fascismo. El repaso a la competencia entre sectores del Movimiento Nacional —es decir, de un partido único constituido en condiciones muy especiales, pero que se veía a sí mismo como tal— no permite considerar que esta resultara preferente y uniforme, es decir, más importante que la unidad básica de los franquistas y situando bloques compactos que estuvieran haciendo propuestas de poder que lleguen a identificarse con el fascismo o con la oposición a este. Tales discrepancias implican plantearnos, además, si este debate suponía ya no solo el posible debilitamiento de la capacidad del control social del régimen sino, en especial, si suponía la posibilidad de quebrantar aquello que se había obtenido fundamentalmente en la guerra civil, tal y como era percibido por las masas fascistizadas por su preparación y desarrollo. Es decir, si estamos ante un enfrentamiento fundamental en la base de la sociedad que implique la oposición entre sectores que interpretan la victoria de un modo distinto, en lugar de asistir a la convivencia usual de quienes la aceptan en su conjunto como factor de identidad de un bando que ha vencido a la democracia bajo la bandera y las consignas del fascismo. La

reflexión implica saber si las instituciones construidas por el régimen fueron distintas a las de Italia o Alemania en mayor grado a la distinción que se producía entre las existentes en el nacionalsocialismo alemán y el fascismo mussoliniano. Por ejemplo, en lo que se refiere a la capacidad del sindicalismo italiano para haberse fascistizado tal y como lo solicitaban los sectores más radicales o haberlo hecho como lo impusieron los más moderados. Por ejemplo, también, para considerar la relación entre las instancias estatales y las del partido en el caso alemán, donde el liderazgo de Hitler pasaba a establecer la limitación de ambos espacios y donde son las circunstancias del concreto de la preparación y desarrollo de la guerra las que establecen la hipertrofia de algunas agencias como las SS y su plena integración en el Estado. Implica considerar cuáles fueron los mecanismos de integración y movilización que acompañaban las tareas de depuración social ejercidas por el régimen para establecer si las frustraciones de algunos sectores correspondían a su pérdida de espacios de control o a la impresión de desguace del régimen con las expectativas que se habían puesto en él por el fascismo en 1936, considerando si estas eran sustancialmente distintas a las que se daban en los modelos de régimen fascista, que no solo se refieren a instituciones, sino a la organización de la sociedad en su conjunto y a la experiencia de la vida cotidiana de quienes son adictos al sistema de modos distintos[145]. Lo cual nos permitiría plantearnos si el pluralismo de experiencias no fue el resultado lógico de haber establecido esa suma de masas heterogéneas que disponían, sin embargo, de unos recursos de identificación común alimentados sin cesar por la propaganda del régimen, pero nacidos de una experiencia propia que los hacía verosímiles.

Esto último hace referencia a la vinculación —es decir, el carácter representativo— del régimen con aquel sector de la población que había optado por el bando vencedor en la guerra civil y que lo había hecho no a favor de un sistema autoritario, sino de acuerdo con las condiciones de reorganización política que se estaban dando en Europa y que fueron proclamadas como objetivo a seguir, normalizado por su expansión

continental, por los propagandistas del Movimiento Nacional. Las diversas formas de adhesión de estos sectores de vencedores al régimen —que continuaban las distintas motivaciones de su enfrentamiento con la República y su adhesión al 18 de julio— son facetas de un apoyo unánime y heterogéneo, que incluye la participación en los cauces de movilización creados por el sistema y las formas de renuncia a la política democrática para elegir una socialización autoritaria cuya pasividad cívica ha podido tomarse como carencia de politización. Naturalmente, exige plantear el *décalage* cronológico que se produce entre el régimen franquista y aquellos movimientos y regímenes en los que había de esperarse y, por tanto, la forma que adquirió en cada caso el proceso de desfascistización. No me cabe duda de la fertilidad de este último aspecto, que corresponde a la superación de una época en la que el fascismo pasó a ser el proyecto político de los sectores más influyentes y numerosos de la burguesía de buen número de países europeos. En él puede observarse la secuencia concreta de un abandono de elementos ideológicos radicales a favor de otros que restauran los valores y la identidad de la burguesía, agrupada en la defensa del orden público, de la propiedad, de valores moralizados por principios religiosos, de rechazo del conflicto social y de preferencia por las cualidades orgánicas y funcionalistas de la sociedad que habrán de encontrar su propia congruencia política en la etapa del posfascismo.

En el caso de España, ha podido señalarse el conflicto abierto desarrollado cuando distintos sectores falangistas lanzaron su última ofensiva para revitalizar el fascismo en la primavera de 1941. Quienes han analizado de forma más brillante este episodio, Ismael Saz y Joan Maria Thomàs, han colocado en este momento el punto culminante y la iniciación del declive de la fascistización del régimen. Adelantándose a una objeción evidente, han señalado que la aparente promoción falangista a puestos de responsabilidad correspondió a un sector dócil, que encontró en Arrese a su más expresiva pieza de representación, mientras ascendía a su lado la influencia decisiva de Carrero Blanco. Puede ser discutible que los propios fundadores del falangismo español aceptaran, en contra

de algunos llegados con la guerra civil, unas condiciones de subordinación del partido, a no ser que el argumento se complete señalando el carácter "fascistizado" de Falange, lo que no dejó de ser señalado por los propios protagonistas en aquellos y posteriores momentos. Pero menos discutible es la sorpresa por la inexistencia de un paso a la oposición política que correspondería a la salida del poder real del fascismo español, lo cual no se refiere a éxito improbable de ese combate desde el exterior del régimen, sino a su significación, a la amplitud que cabía esperar de esta percepción de viraje del régimen contra una masa social y militante que pasa a verse como un grupo oportunista, incapaz de renunciar a los espacios de poder de los que dispone, a pesar de que ello implique la derrota del proyecto en su conjunto definitivamente, una actitud política que resulta, por lo menos, sorprendente en quienes habían soportado las condiciones de su militancia en el periodo republicano y el sufrimiento de una guerra civil. Recordemos cómo se aplaudía la actitud de Hitler ante los "demagogos" de 1934 en el órgano de expresión de Falange para considerar de qué forma se veía el propio proyecto fascista ya en 1934. Pero tengamos en cuenta, además, la manera en que se produce la depuración del nacionalsocialismo antes y después del episodio dramático de 1934 y los ajustes que se hacen en el PNF desde el momento mismo de imposición de la dictadura, que algunos historiadores han considerado, con razón, la *derrota del partido,* aunque se haga en nombre del fascismo[146]. En lo que puede referirse al cambio de discurso que habría de producirse tras aquella última ofensiva, puede matizarse lo que supone, más allá de las relaciones personales entre Serrano y Ridruejo, por ejemplo, la posición de Arrese al frente del partido. Porque la vía de *catolización* de Falange, que se presenta como alternativa a su condición fascista, llevaba mucho tiempo actuando como factor identificador de un *españolismo* que cobraba forma en un movimiento político que se veía como continuador directo de la historia esencial de España, sepultada en la época del liberalismo. Algo que bien indicaba el discurso de Franco ya citado en el momento de la unificación, en el que el Movimiento Nacional se presenta como un

momento de ese proceso, sin que tal afirmación se aleje demasiado de lo que el nacionalsocialismo contemplaba como un rasgo esencial de su identidad: manifestación de una esencia del ser alemán anulada por las experiencias liberales y democráticas previas. Y, en lo que se refiere a un giro que llevará a asumir la herencia liberal del falangismo, previo al artículo escrito por Martínez de Bedoya en 1943 para la *Revista de Estudios Políticos*, se encuentra el que Maravall escribió en 1941 para *Escorial*, subrayando cómo eran los propios juristas fascistas italianos quienes establecían la relación directa entre la Declaración de Derechos de 1789 y el nuevo Estado corporativo. En los análisis de presunta liberalización del pensamiento de los falangistas a mediados de los años cuarenta como resultado de las condiciones de los conflictos interiores del régimen y de la marcha de la guerra mundial, debe tenerse en cuenta esa actitud de reivindicación de la tradición revolucionaria de 1789 que personas como Maravall consideraban propias de la ortodoxia fascista italiana, es decir, ni siquiera peculiaridades exclusivas del falangismo español, como podrá hacerse en años posteriores[147].

Como sabemos, cuando habían pasado muchos años desde las condiciones de la inmediata posguerra, para la mayor parte de los vencedores del conflicto de 1936-1939, se trató de *ni renegar ni restaurar* el famoso lema creado por Augusto de Marsanich como síntesis de la posición de los neofascistas del MSI, dispuestos a actuar como "puente" para superar el trauma de la guerra civil italiana[148]. Una perspectiva que, en ese mismo año, estaban muy lejos de considerar necesaria los vencedores en nuestra propia guerra civil. Muchos años más tarde, en las postrimerías del régimen, sectores dirigentes del Movimiento Nacional como Utrera o Girón planteaban una estrategia de revitalización de las instituciones y una línea populista contraria a la burocratización del partido, que habría de ser derrotada por el propio Gobierno en 1975.[149] Para otros muchos sectores del fascismo europeo, se trató de proceder a un proceso de desfascistización más radical, que correspondió al vigor del antifascismo y a la creciente incongruencia histórica del fascismo en la segunda posguerra europea. La duración del régimen español es un

elemento que debería formar parte del cuidadoso análisis del proceso de fascistización que explica el periodo de entreguerras en Europa, en especial por lo que atañe a la cultura de las clases populares conservadoras y a la identidad de la burguesía. Tal reflexión indispensable deberá completar la que se plantea al analizar el proceso constituyente del fascismo y permitirá su mejor caracterización, como espero que la que he planteado en este análisis haya supuesto una mejor comprensión de la cultura política que prestó su nombre al periodo de entreguerras.

NACIONALSINDICALISMO Y CONTRARREVOLUCIÓN (1931-1936). LA RELEVANCIA DEL FASCISMO EN LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA

¿UN FASCISMO INEXISTENTE?

El propósito de este texto es definir la singularidad del fascismo español y su indispensable interés para comprender la formación del fascismo a escala europea. Tal interés debe resaltar la relevancia política del nacionalsindicalismo frente a las habituales consideraciones sobre su carácter marginal. Y, más allá de esa reivindicación de su importancia como partido, ha de considerar también su carácter decisivo en la configuración del espacio contrarrevolucionario en la España de los años treinta. A estos dos aspectos se suma la necesidad de calibrar las relaciones entre los partidos fascistas, los grupos nacionalistas reaccionarios y la creación de movimientos y espacios contrarrevolucionarios de masas en la crisis continental de la primera posguerra. Sin duda, porque esta relación es la que define el lugar que ocupa la organización específica del fascismo fundacional en un proceso complejo y concreto de acumulación de fuerzas. Pero, además, y sobre todo, porque valora la necesaria aportación del fascismo a la constitución de una alternativa contrarrevolucionaria a la crisis del Estado liberal en la primera mitad del siglo XX. Esta perspectiva no valora el lugar del partido fascista como un espacio ideológico antagonista de los territorios de la derecha radical, sino que lo considera un sujeto político, con propuestas culturales y proyectos estratégicos propios, que librará una

dura lucha por la hegemonía en el frente nacionalista contrarrevolucionario, cuyo resultado se definió en el momento de constituirse los grandes movimientos de integración de masas en condiciones reales de capturar el poder en el periodo de entreguerras, o que llegaron a conquistarlo efectivamente en diversos periodos y por distintas vías.

Una analogía puede ofrecer su especial elocuencia a la interpretación que se plantea. En 1986, cuando el Frente Nacional francés (FN) había logrado sucesivos éxitos electorales —a escala municipal, regional y europea—, que culminarían en la entrada de 35 diputados lepenistas en la Asamblea Nacional, Roger Holeindre —un *vieux routier* de todas las aventuras de la extrema derecha de la posguerra— comentó ácidamente las declaraciones que la ministra giscardiana Simone Veil había realizado en 1981: "Aujourd'hui vous ne représentez pas 1%. Vous n'existez pas!". Vosotros no existís. Aquella dirigente, personaje vilipendiado por la propaganda ultra con particular saña —era de origen judío y había impulsado la ley de interrupción del embarazo—, confundió la incapacidad para obtener representación institucional en unas elecciones con la ausencia de un espacio político latente en las urnas, pero activo en la proyección social. Más aún: había interpretado que el fracaso reiterado del FN para conseguir apoyos en este campo suponía la invalidez permanente del partido para llegar a disponer de ellos en el futuro. Sobre todo, a la diputada de la UDF se le escapaba la apertura de un nuevo escenario en el que las viejas propuestas del FN fundacional habrían de modificarse hasta lograr la adquisición de un perfil congruente con las percepciones de crisis, inseguridad y pérdida de confianza que estaban abriéndose paso en la vieja clientela de la derecha socia y popular gaullista y la de la nueva derecha liberal giscardiana. El Frente Nacional existía, desde luego. Y sucesivos golpes de algo que no puede caracterizarse alegremente como resultado de la fortuna o asunto coyuntural, habían de dar fe de una vida que superó su estado de militancia minoritaria para adquirir la fuerza de un movimiento condicionante. "Aujourd'hui —respondía Holeindre—, pour ses

cauchemars, nous représentons…un tout petit peu plus de 1%, *et nous existons*"[150].

La presunta "inexistencia" del Frente Nacional no afectaba solamente, en la perspectiva de sus adversarios, a la incapacidad para obtener representación institucional o de disponer de una militancia considerable. Tal apreciación parecía corroborar lo que había planteado la historiografía y la ciencia política francesa al examinar la implantación del fascismo en los años de entreguerras, prolongándose a la importancia del neofascismo en los de la segunda posguerra mundial. Las referencias a un fascismo francés *introuvable*, o de una Francia "alérgica" al fascismo se construyeron sobre la clasificación de las derechas en Francia que seguían las pautas establecidas por René Rémond, y a la reflexión sobre las ligas de extrema derecha y los primeros grupos de filiación fascista en los años veinte, en especial Le Faisceau de Georges Valois. Tal apreciación fue revisada a partir de la década de los setenta, tanto en lo que hacía referencia al espacio de la contrarrevolución inicial como en lo que afectaba a los grandes partidos de extrema derecha y de orientación fascista de los tiempos que siguieron a la crisis nacional de 1934, pero el debate continuó abierto, sin que se haya logrado un consenso en un tema que supera el ámbito de la investigación científica, para intervenir de lleno en la construcción social de un pasado republicano común convenientemente idealizado[151].

Cuando el Frente Nacional acabó su "travesía del desierto" a comienzos de los años ochenta, su designación como neofascista, que habría obligado a revisar las apreciaciones sobre el conjunto de la extrema derecha de los años de entreguerras y de ocupación, prefirió dejarse al uso de una militancia cívica democrática, mientras los estudios académicos prefirieron usar distintas denominaciones vinculadas a la extrema derecha nacionalista, aunque esos mismos medios no tuvieron el menor reparo en hablar de neofascismo cuando hacían referencia al Movimiento Social Italiano (MSI), cuyo proyecto político fue presentado por sus dirigentes, desde 1972, como Destra Nazionale y como inspiración directa en los objetivos políticos y organizativos del Frente

Nacional. Después, tras la perplejidad sufrida en los años de primeros éxitos electorales, prefirió hablarse de la reaparición de una cultura política plebiscitaria, de un movimiento de *rassemblement national* ('reagrupamiento nacional') o, con una mayor frecuencia y en las bases de un nuevo consenso, de un movimiento nacionalpopulista. Mientras podía haberse aceptado la condición neofascista de un Frente Nacional marginal entre 1972 y 1980, su obtención de una capacidad de incidencia electoral y política determinó rápidamente el cambio de calificación de un partido que mantenía a su equipo dirigente, su programa e incluso su estrategia de constituir un gran espacio de acuerdo de la derecha. El apelativo "nacionalpopulista" fue afianzándose, curiosamente, cuando el Frente Nacional abandonó tales propuestas unitarias y afirmó su perfil autónomo, destinado a construir, al margen de derechas e izquierdas, la "alternativa nacional"[152].

Estas reflexiones tienen un interés de carácter analógico, para mostrar en una perspectiva más amplia, en el tiempo y en el espacio, algunas dificultades que hallamos al analizar el lugar del nacionalsindicalismo en la etapa republicana y su continuidad en el régimen establecido desde el comienzo de la guerra civil. Y la referencia a todo este ciclo —república, guerra civil, nuevo estado de posguerra— es pertinente, porque en los años posteriores al enfrentamiento bélico, los intelectuales del régimen idealizaron la condición del fascismo republicano, aunque de manera distinta a la operación propagandística que realizaron todos los sistemas fascistas para sacralizar su ascenso al poder. Si, por poner el más claro de los ejemplos de un largo periodo de oposición, el Partido Nacionalsocialista alemán tejió una leyenda en torno al *Kampfzeit*, destinada a establecer el curso políticamente lineal e ideológicamente inflexible del desarrollo del NSDAP desde su momento fundacional, la actitud de los dirigentes del nuevo Estado español fue distinta, conflictiva y sometida a los cambios producidos en el escenario político nacional e internacional. La consagración del lugar del nacionalsindicalismo en los años republicanos se materializó invocando su condición de una pequeña vanguardia de jóvenes, reunidos bajo el liderazgo carismático de José

Antonio Primo de Rivera, y reducidos, en su posición revolucionaria y españolista, a la marginación y el desprecio del resto de los partidos. Una "altiva intemperie" —para usar las palabras del propio fundador de Falange— caracterizaría la posición de solitaria ejemplaridad de aquel puñado de patriotas en su lucha por la "verdadera" revolución, que vinculaba las aspiraciones de justicia social y el respeto a los valores tradicionales de la España cristiana en una síntesis de regeneración nacional e integración popular.

DE LA MEMORIA A LA HISTORIOGRAFÍA

Tales características pudieron verse, hasta comienzos de los años cuarenta, como la versión española de una experiencia que definía las aspiraciones políticas y la realización histórica del fascismo en Europa central y occidental. Pero el propio falangismo franquista fue haciendo de su indudable singularidad una trayectoria de naturaleza ideológica distinta de la de movimientos y regímenes considerados afines hasta entonces. En la mayor parte de los casos, se vio en el nacionalsindicalismo de la etapa previa a la guerra civil una estimable experiencia minoritaria, audaz y profética, cuyos principios fueron capaces de integrarse armoniosamente en el proyecto común del nuevo Estado, como si el régimen franquista fuera un modo de realización de lo que el falangismo solo había podido expresar de manera incipiente. Para los sectores que más recelaban de la retórica revolucionaria de la Falange fundacional, la consolidación del régimen había permitido bloquear los factores más detestables del populismo fascista, gracias a la insignificancia del movimiento joseantoniano y a la progresiva recuperación de los sectores reaccionarios en la coalición contrarrevolucionaria. A lo que nos enfrentamos, en cualquier caso, es a la impugnación de un fascismo "existente" en la España republicana, en el sentido mismo en que Simone Veil se refería al Frente Nacional francés. A su marginalidad, a su incompetencia estratégica, a su incapacidad para tramar su hegemonía en el espacio de la derecha

radical. La singularidad del fascismo español anterior a la guerra civil no consiste, desde este punto de vista, en la soledad, sino en la irrelevancia. No nos hallamos ante una "altiva intemperie" capaz de generar un liderazgo a fuerza de la progresiva erosión política, el bloqueo táctico y la incongruencia final de las otras fuerzas antirrepublicanas con el escenario de radicalización de 1936. Lo que hay es un aislamiento que solo habrá de superarse en un proceso irrevocable de desnaturalización ideológica y política.

La idealización del lugar del falangismo republicano se trasladó a la historiografía, aunque con motivaciones muy distintas a la ambición legitimadora del régimen y a la voluntad de canalización de sus conflictos que tenían las interpretaciones de los intelectuales franquistas. Desde los primeros estudios académicos solventes publicados en los años sesenta del pasado siglo, fue creándose un consenso que acabó por denunciar la carencia de interés histórico de FE de las JONS. Se aceptó, además, la existencia de un proceso de degradación ideológica que iba agudizándose desde el fascismo más exigente, radical y "puro" del grupo de Ramiro Ledesma Ramos, hasta la formación del partido unificado en la primavera de 1937, pasando por sucesivas fases de "derechización" iniciadas ya con la convergencia de los seguidores de Ledesma y los de Onésimo Redondo, y agudizadas con la formación de Falange como grupo dominante en el primer partido fascista unificado en 1934. La asignación de un lugar marginal —de calidad política distinta a la condición minoritaria— al nacionalsindicalismo fue acompañándose de una caracterización de su proyecto como una propuesta revolucionaria, inconformista, modernista, laica, sindicalista e incluso anticapitalista. Un perfil distinto, cuando no antagónico, del de las fuerzas de la extrema derecha alfonsina, tradicionalista o católico-populista. Estudiar este ínfimo sujeto político solo tuvo sentido, en las diversas modulaciones que permite esta perspectiva, para analizar los fundamentos ideológicos del franquismo y para atestiguar el modo en el que se produjo un proceso de fascistización que acabó siendo hegemonizado por elementos reaccionarios ajenos a la cultura política de Falange. La mayor o menor influencia del fascismo en

la construcción del nuevo Estado, desde el estallido mismo de la guerra civil, será el elemento crucial de debate en aquellos autores que definen de este modo el perfil del nacionalsindicalismo en la etapa republicana[153].

España es, pues, en esta forma de apreciar la crisis de los años treinta, un caso de "fascismo invisible", de "fascismo marginal", de "fascismo anecdótico", o como desee llamarse la irrelevancia de Falange de las JONS. Su interés reside en aquello que fue capaz de hacer el falangismo más allá de su inexistencia política en el periodo republicano: como precursor, como diseñador de un molde doctrinal que se ofrecería al nuevo Estado dominado por los militares sublevados, como espacio legitimador de una mística militante y un compromiso con la violencia orgánica de la guerra civil, como recurso retórico y como esquema elemental de instituciones dedicadas al control y encuadramiento de las masas en una sociedad del siglo XX, como alimentación de un nuevo tipo de caudillismo o como actualización de las formas tradicionales de representación. En todo caso, la analogía con la experiencia francesa en un extenso periodo que va de Valois a Le Pen sirve para indicar que, en la perspectiva más frecuente, el fascismo español lo fue verdaderamente cuando se encontró en una situación marginal, y dejó de serlo cuando logró constituirse en un movimiento nacional de masas. A diferencia de lo que ocurrió en Italia o Alemania, el Estado construido desde la guerra civil, según este criterio, se fabricó a expensas de la hegemonía permanente del fascismo y, desde luego, sin que pueda identificarse la síntesis contrarrevolucionaria del 18 de julio con la experiencia diversa del fascismo europeo. Para decirlo con la brusquedad y el exceso que se disculparán por su cierta eficacia impresionista: según estas apreciaciones, cuando el fascismo español fue, no "existió". No tuvo vida política real, influyente, con proyección pública y cumplimiento de unos mínimos objetivos de representación social, de convocatoria electoral y de adhesión militante. Y, cuando "existió", había dejado de ser. Se había convertido en una pieza más, y desde luego secundaria, en el proceso de fascistización de la derecha española. Formaba una zona de resistencia

radical en un sistema de poder hegemonizado por aquellos sectores de la contrarrevolución contra los que el fascismo fundacional —y no solo en España— había declarado siempre su beligerancia.

Este lugar del fascismo durante la etapa republicana española merece una revisión, que ya ha ido realizándose en algunas notables aportaciones historiográficas de los últimos años[154]. Aunque las conclusiones a las que se ha llegado puedan ser diversas, lo que resulta más interesante es un cambio de perspectiva, y en varios sentidos. El primero de ellos, la inserción de la experiencia nacionalsindicalista en una lógica continental, que supera el carácter de una historia comparada para plantearse la cuestión de la contemporaneidad de un gran ciclo de transición iniciado en la inmediata posguerra de 1918 y recalificado profundamente en la crisis de la década de los treinta. Tal constatación de una etapa común debe hacerse otorgando a España una posición histórica en Europa que es secundaria, pero que no tiene la marginalidad de experiencias de transición como las que se vivieron en algunas naciones periféricas, muchas de las cuales perdieron incluso su rango de Estado independiente. El peso de España en la Europa de aquella etapa del siglo XX ha de realzarse no solo por su influencia cultural o por la inercia de su pasado, sino especialmente por la alarma generalizada, de advertencia ejemplar y de identificación con la causa del fascismo o el antifascismo, con que se contempló la guerra civil por sus contemporáneos de todo el mundo. El segundo aspecto revisado es la atención puesta en el conjunto del espacio antirrepublicano, en el que los problemas de la formación del partido fascista pueden ser comprendidos con mayor atención a una dinámica de relaciones políticas, ideológicas, culturales y organizativas complejas, donde la búsqueda de la identidad y la competencia por la hegemonía dotan de significado más riguroso al proceso constituyente del fascismo en España. Ambas cuestiones implican instalar el análisis de Falange en las circunstancias concretas de la experiencia republicana, dejando de observarla a través de los parámetros idealizados de la posguerra. Y, además, en una experiencia política total, que no puede analizarse exclusivamente atendiendo a su discurso político, sus

construcciones simbólicas y su mística militante, aunque estos factores resulten indispensables. En efecto: el discurso no fue una coartada retórica, sino un instrumento para adquirir identidad y cohesión; las construcciones simbólicas resultaron fundamentales para fabricar una comunidad de creyentes alternativa a un consenso institucional; la mística militante fue una toma de conciencia ejemplar, heroica, del compromiso personal con el destino de la nación. Pero el análisis deberá hacerse, además, revelando cuál era la percepción del falangismo en un ámbito de fascistización amplio; relacionando su desarrollo político con los distintos ciclos de la historia republicana; y revisando su estrategia al calor de la lucha por la hegemonía en el campo de la extrema derecha antirrepublicana. Todo ello determina el análisis de un movimiento cuyo despliegue es identificable en sus planteamientos ideológicos, en su forma de buscar unos apoyos sociales concretos y en su voluntad de crear un movimiento nacional alternativo a la revolución democrática de 1931[155]. Todo lo que lleva a valorar las cosas en un sentido opuesto a lo que ha escrito de los más relevantes historiadores de la derecha española en el siglo XX, al señalar que "no parece exagerado sostener que la historia de la Segunda República podría escribirse sin una mención explícita a Falange Española"[156]. Una afirmación que expresa con la mayor coherencia y honestidad posibles la posición de un sector de la historiografía española, independientemente de sus juicios más o menos favorables de la experiencia republicana. Lo que se reconocerá es que, en su sentido literal, esta perspectiva solamente puede conducir a lo que los defensores de la marginalidad radical del nacionalsindicalismo, del fracaso de su trayecto o de su frustración permanente deberían considerar también y es que el proceso de fascistización no solo no desembocaría en el fascismo, sino que ni siquiera procedería de ella. Lo que se aceptará, también, es que, tomada en su significado más riguroso, esta apreciación nos sumerge en una cierta perplejidad, al analizar qué era exactamente la Falange Española de las JONS que vertebró con su discurso político una parte tan esencial de la movilización antirrepublicana del verano de 1936. Si el fascismo español resultaba imprescindible en la organización

del movimiento nacional de masas de la guerra civil, no puede resultar tan anecdótico como para que pueda escribirse la historia de la Segunda República sin mencionarlo.

LA RELEVANCIA DEL FASCISMO ESPAÑOL

Lejos de ser irrelevante, la trayectoria del fascismo español tiene un valor notable para una adecuada reevaluación de la experiencia fascista europea. Sus valores morales tradicionales, su clara confesionalidad católica, su patriotismo antidemocrático, su búsqueda del apoyo de una juventud que había recalado en otros partidos de la extrema derecha, los límites de su modernización y el hecho de que los compartiera con las percepciones de un orden nuevo defendido por muchos sectores de la derecha radical hacen que el partido nacionalsindicalista tuviera una indudable singularidad en el marco del fascismo europeo. Pero lo que proporciona a la experiencia nacionalsindicalista una mayor peculiaridad es el modo en que se produjo el proceso constituyente del Movimiento Nacional, que acabó disponiendo del marco de una movilización de masas militarizada, de la nación en armas, de una guerra fascista[157]. Esa vía de constitución del partido fascista unificado y de fabricación del nuevo Estado es lo que marca pautas interesantes para reexaminar la trayectoria del fascismo en Europa. Sobre todo, al analizar problemas como la heterogeneidad de los movimientos fascistas cuando vertebran grandes organizaciones políticas, representativas del conjunto del espacio contrarrevolucionario. Algo que, por otro lado, permite considerar con mayor sutileza cómo se desplegó el fascismo en sus primeros pasos minoritarios, en qué sectores se forjó, con qué actitudes ideológicas y sobre qué tradiciones culturales logró la adhesión inicial de una parte de la población, qué espacios *previos* de sociabilidad antidemocrática fueron los que le dieron cobijo y posibilidad de expansión al llegar la crisis de los años treinta, y cuál fue la mutación de base social, estrategia política e incluso actitudes ideológicas que tuvo que operarse en el partido fascista para que adquiriera esa capacidad representativa de una totalidad cuya

potencia transformadora residía, precisamente, en su misma diversidad interna.

El fascismo español "existió", pero lo hizo en unas condiciones históricas en las que debe considerarse no solo su importancia, sino su carácter. Verlo como un integrante crucial del triunfo de la contrarrevolución española en la segunda mitad de los años treinta no implica destruir su identidad, sino comprenderla en el marco de un proceso político concreto, en los ritmos precisos en que se materializó una alternativa al régimen del 14 de abril, y demostrando que el resultado final —la formación de un movimiento nacional que se definió en la guerra civil— no fue una mera yuxtaposición de la táctica revolucionaria del partido fascista y de la estrategia reaccionaria de los sectores tradicionales. Fue, por el contrario, el punto álgido de una radicalización social en la que el falangismo solo podía ganar un lugar representativo de tales dimensiones si su influencia particular y el prestigio general del fascismo no se habían desarrollado previamente en un proceso de fascistización, que obedeció tanto a las campañas de propaganda de Falange como a las tradiciones y la radicalización autónoma de amplios sectores de opinión conservadora. Como ocurrió en todas las experiencias europeas, el proceso de convergencia solo pudo definirse en el fascismo por dos motivos: la existencia de elementos ideológicos y políticos comunes antes de que se produjera la gran crisis, y la capacidad del falangismo para ofrecer un proyecto que pudiera identificarse con las aspiraciones unitarias de la "España nacional". En definitiva, que el fascismo pasara a verse como el proyecto de nacionalización contrarrevolucionaria que había fracasado reiteradamente en España y, en especial, en los años de la inmediata primera gran posguerra. Para que entender que las cosas pasaran de este modo, hay que devolverle al fascismo republicano algo más que una "función social", una "utilidad técnica" o una "labor retórica" —aunque dispusiera de todas ellas—: hay que apreciar en él los elementos de un proyecto político en evolución, que fueron permitiéndole ostentar ese grado de visibilidad e integración que alcanzó en la guerra civil.

Falange Española de las JONS no agotó nunca el espacio de militancia fascista en España. En otras organizaciones existió, desde luego, la impregnación, la influencia, la admiración por el fascismo y el esfuerzo de emular alguno de sus métodos. Pero se dio también la convicción de que diversas agrupaciones políticas expresaban, con mayor lealtad a las tradiciones culturales españolas, lo que se estaba realizando en otros países a través de experiencias como el régimen mussoliniano o el movimiento nazi. Ello permitió una fluidez mayor entre las militancias de lo que suele reconocerse, pero también evitó una adhesión inicial y exclusiva en Falange de quienes podían ver sus inquietudes y aspiraciones asumibles por sus propias organizaciones. Una percepción que solo llegó a modificarse masivamente cuando quebraron las estrategias elaboradas por los partidos mayoritarios de la derecha extrema. Esta situación no es algo privativo de la España republicana: la entrada y salida de militantes del NSDAP en la Alemania de Weimar, la doble militancia prolongada más allá de lo que ordenaban los estatutos del partido y la permanencia en organizaciones conservadoras y populistas de muchos futuros integrantes de la administración del Tercer Reich muestran la distancia que hay entre la idealizada imagen de un partido que va creciendo desde un terreno fundacional claramente discriminatorio, y la realidad histórica de un proceso en el que diversas organizaciones —y no siempre partidos— ofrecen espacios de agrupación que se eligen por una amplia gama de motivaciones personales. El proceso de fascistización es algo distinto a la captación de militancia por una organización con legitimidad ideológica exclusiva. Al NSDAP le llevó más de una década convertirse en el movimiento aglutinador y nacionalizador del proyecto político fascista en Alemania, y hasta 1929-30 fue una organización prácticamente regional, que solo consiguió la hegemonía con grandes concesiones de imagen y de discurso a otros sectores nacionalistas. Para decirlo de un modo que no podrá tildarse de especulación, algunos de los cuadros políticos de lo que en España se presenta como un campo ajeno al fascismo habrían militado con plena comodidad e indudable coherencia en ese NSDAP convertido en

movimiento nacional de masas, integrador y representativo, a partir de 1930. Sin embargo, la reflexión que se propone aquí se referirá solamente al caso de la organización nacionalsindicalista. Y ello porque, en el análisis del fascismo español, me interesa subrayar tanto aquellos elementos que identificaron al falangismo frente a otros grupos, como aquellos factores que, formando parte de la sustancia ideológica y política de FE-JONS, formaban parte de una comunidad cultural contrarrevolucionaria a la que el nacionalsindicalismo proporcionó una dinámica singular.

EL CONCEPTO FALANGISTA DE REVOLUCIÓN

La crítica del carácter revolucionario del nacionalsindicalismo es un aspecto fundamental en este análisis. Entendamos por ello no solo una forma de movilización, sino también la interpretación del ciclo de transformaciones propuesto en el discurso de sus dirigentes. El fervor militante y la mística del activismo no pueden considerarse los factores que definen una posición revolucionaria. De ser así, los *camelots du roi*, los requetés o los miembros del Stahlhelm podrían calificarse de este modo, mientras un sector nada desdeñable de los votantes del NSDAP en 1930-33 o de los partidarios de Mussolini en esos mismos años difícilmente merecerían tal apelativo. La calidad revolucionaria del fascismo debe juzgarse a la luz de dos factores que deben sumarse a esa forma de encuadramiento militarizado y violento: el lugar histórico que se atribuye al cambio impulsado por su proyecto y la convocatoria social concreta que se realiza para llevarlo a cabo.

La primera versión del fascismo español, las JONS, y especialmente el grupo madrileño de Ramiro Ledesma Ramos han solido presentarse como la faceta de un nacionalismo revolucionario, moderno, vanguardista, juvenil, heroico y depositario de una pureza revolucionaria de la que iría despojándose el partido fascista español en sus sucesivos esfuerzos por dotarse de mayor potencia orgánica y mejor proyección social. La tantas veces mal interpretada escisión de Ledesma en el cruce de los años 1934

y 1935 pudo presentarse como una corroboración de este abandono de actitudes intransigentes por Falange. Sin embargo, el examen de esta primera organización nacionalsindicalista nos proporciona una visión matizada. Desde luego, nadie pone en duda que la unificación de los escasos seguidores de Ledesma con el grupo de Onésimo Redondo determinó una rectificación profunda de las posiciones más agresivas de *La Conquista del Estado*, ni que el desplazamiento del epicentro de las JONS hacia Valladolid acentuó esta tendencia de modo irreversible. Pero ya en los primeros momentos, la posición de aquel grupo de jóvenes madrileños fue más rebelde que revolucionaria, más una invocación de la ruptura con la "vieja política" —y, en especial, con los viejos políticos— que la difusión de un verdadero programa transformador. Era más la deriva inconformista de un sector muy reducido de la juventud estudiantil que la plataforma política de una vanguardia revolucionaria. La proclamación de un propósito revolucionario no es, por otro lado, suficiente para hacer de ello un factor diferencial del fascismo español, ni siquiera del primero de las JONS: revolucionarios se calificaban algunos carlistas más combativos, como revolucionarios se presentaron los dirigentes de la JAP, y Eugenio Vegas Latapié afirmó la identificación de la contrarrevolución con "nuestra revolución"[158].

A la altura de 1931, cuando se desarrolló la actividad propagandística del pequeño grupo que desembocaría en la fundación de las JONS en octubre, pocas ilusiones podían hacerse sobre el carácter del fascismo: de hecho, por aquellas fechas ya se había dado la desilusión de algunos sectores radicales de la primera posguerra, como el movimiento de Georges Valois en Francia o la escisión de los llamados "nacionalsocialistas revolucionarios" de Otto Strasser en Alemania. El apoyo prestado al Hitler que había virado hacia posiciones más conservadoras a partir del fracaso electoral de 1928 o al Mussolini al que admiraba la extrema derecha monárquica española era un signo de voluntad de cambio, pero en una fase de evolución del fascismo dominante en Europa que se presentaba ya en su versión de gran convergencia de los diversos integrantes de una reacción antidemocrática.

Además, la composición del equipo inicial del grupo de Ledesma y las posiciones expresadas en *La Conquista del Estado* distaban de ser las que se espera de un grupo orientado hacia actitudes, calificadas, de forma inaudita, de "rabiosamente revolucionarias y socialistas"[159]. Lo que se invocaba era una ruptura con el carácter decadente y anacrónico de la República que estaba en sus vísperas o sus inicios, un discurso fundamentalmente orientado contra el envejecimiento del sistema liberal, con una invocación a la juventud como sujeto de un proceso de nacionalización que encontraba en el imperio la metáfora para trenzar la síntesis propugnada de tradición y modernidad. Aquella efusiva llamada generacional pronto detalló un abanico de adversarios de la "revolución hispánica" entre los que se encontraban los comunistas, los socialistas, los republicanos demócratas, los liberales, los anarquistas de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y los nacionalistas catalanes. Se elogió la labor "incompleta" de la dictadura de Primo de Rivera[160]. Se insultó a los caudillos de los movimientos de liberación nacional en Asia o América[161]. Se expresaron actitudes ruralistas de un extremado carácter reaccionario, que contrastaban con los elogios a las experiencias de planificación industrial copiados de revistas como *Plans*[162]. Lo que más habría de perdurar fue la propuesta de realizar la suma de justicia social y patriotismo, que iría modulándose como identidad del fascismo español, añadiéndole a ello una mística del compromiso militante y de la violencia, asunto en el que Ledesma aportó algunas de las reflexiones más peculiares de su propia versión del nacionalsindicalismo[163]. Otros aspectos, como la concepción del Estado totalitario, el corporativismo o la definición del nacionalismo, apenas esbozados como simples consignas, fueron matizados severamente en el discurso falangista en el segundo bienio.

La formación de las JONS encauzó de otro modo el carácter de aquella actitud "revolucionaria". No solo en lo que se venía ya publicando por el grupo de Valladolid, sino en el giro discursivo que se produjo también en la segunda etapa de *La Conquista del Estado*, que solo sobrevivió cuatro números, en el mes de octubre de 1931. El grupo del semanario *Libertad*,

liderado por Onésimo Redondo, se había originado en el seno de un agrarismo castellano radicalizado con la caída de la monarquía. Redondo se había asociado a Acción Nacional, mantuvo siempre relaciones estrechas con la extrema derecha vallisoletana y llegó a participar en la conspiración de Sanjurjo de 1932, lo que le obligó a exiliarse en Portugal durante un año. La movilización de una juventud hispánica contra la República tuvo un tono reactivo, de defensa social, de lucha por la recuperación de una España tradicional amenazada y de canalización de las reivindicaciones, cada vez más radicales, de un segmento del campesinado que empezaría a sufrir muy pronto los efectos de la crisis mundial y que comenzaría a resistirse al reformismo del primer bienio. La afirmación católica del grupo y la convicción de su pertenencia al espacio de la derecha se mezclaron con el llamamiento a una renovación de la política, al liderazgo de la juventud, al incremento del activismo y a la necesidad de llevar adelante una enérgica tarea de depuración que precisaba de la violencia, presentada siempre en el tono de la resistencia legítima a la tiranía propia de la tradición católica[164].

Ni el grupo de Ledesma, ni el de Redondo, ni las pequeñas JONS que mantuvieron una lánguida existencia antes del cambio de mayoría parlamentaria de 1933 lograron obtener una base de apoyo significativa, ni orientaron su actividad a sectores distintos de los que las organizaciones conservadoras y de extrema derecha tradicional estaban organizando[165]. Los llamamientos a la CNT de Ledesma pronto fueron desarmados por el triunfo de los sectores insurreccionales del sindicato, y la lucha contra la revolución social acabó siendo el contenido clave del vector propagandístico anticomunista o antisocialista. Este aspecto no hacía a las JONS menos fascistas —el nacionalsocialismo alemán abandonó cualquier disputa de terreno a la izquierda política y sindical en 1928—, pero matizan el perfil de su posición revolucionaria.

EL CAMBIO DE CICLO REPUBLICANO

Lo que caracteriza a esta etapa del fascismo español es menos su llegada

con retraso al ciclo abierto en 1931 que su precocidad. O, para verlo en una perspectiva que me parece más fructífera, la mezcla de una aparición prematura y el peso de determinadas inercias en lo que luego será base social de masas de la derecha antirrepublicana. Como sabemos por el examen de las experiencias europeas de posguerra, el fascismo solo llegó a disponer de una capacidad de convocatoria apreciable cuando coincidió con una movilización y reorganización de la derecha frente a diversas fases y tipos de crisis social e institucional. La propuesta de una "revolución nacional" diferenciada difícilmente podía adquirir visibilidad y adhesiones numerosas en una fase en la que la perplejidad por el cambio de régimen daba lugar a una curiosa mezcla de la reivindicación del espíritu de la dictadura y de reconocimiento de la necesidad de nuevas estrategias de resistencia social. En España no existía la posibilidad de organizar un primer movimiento de oposición nacionalista basado en los grupos de excombatientes, como sucedió en Italia o en Alemania. Pero tal ausencia habría de compensarse, a partir de 1933-1934, con la radicalización de la clase media en un ambiente que hacía de la inminencia de la revolución social un factor añadido al progresivo descontento por las medidas reformistas del primer bienio. En la Alemania de Weimar, la expansión del nacionalsocialismo no puede explicarse por el ímpetu inicial de los antiguos soldados de la Gran Guerra, sino por el paso de una cultura liberal a una movilización populista y antidemocrática en la clase media. Del mismo modo, habrá que esperar que en España se pase de una primera etapa republicana caracterizada por el antagonismo entre reformismo republicano y catolicismo social, a una fase en la que la línea de discriminación se situará entre revolución social y contrarrevolución[166]. En el primer periodo, los futuros dirigentes y la base militante del falangismo se encontraban desorganizados, pero habían manifestado su desprecio por el nuevo régimen y su voluntad de combatirlo, en buena parte reivindicando la tarea frustrada de la dictadura. La participación de José Antonio Primo de Rivera en la Unión Monárquica Nacional es tan significativa como su presentación como candidato independiente apoyado por el conjunto de la

derecha madrileña en las elecciones parciales del otoño de 1931. Una situación en la que, sin duda, el factor familiar desempeñaba un papel muy importante, pero que puede compararse con las trayectorias de los integrantes de la primera Falange —e incluso de las primeras JONS— en distintas zonas del país.

Habrá de esperarse, por tanto, al cambio de ciclo producido en 1933 para valorar, en un movimiento más consolidado y con mayor audiencia, el concepto fascista de la revolución española. Eso supone integrarlo no solo en un marco discursivo coherente, sino sobre todo en un proceso político que corresponda a la ofensiva de la derecha contrarrevolucionaria y, por tanto, a la apertura de una fase más favorable a la difusión del fascismo en un doble aspecto: el crecimiento del partido y el prestigio de esa corriente como espíritu de una nueva época en Europa. La fundación de Falange Española ya mostraba una voluntad de fundacional que no partía de la crisis de la monarquía, como las JONS, sino de esta reagrupación y toma de la iniciativa de una derecha renovada, que había mostrado su capacidad de movilización y que iba a corroborar la posibilidad de obtener un apoyo electoral mayoritario. Lo que Ledesma denominó "el verdadero año de las JONS"[167] fue, en realidad, el de la preparación para superar las limitaciones del primer partido fascista, estableciendo una mayor congruencia entre sus postulados, su organización y las condiciones políticas que iban a dominar en el segundo bienio. El regreso a la política de José Antonio Primo de Rivera se realizó en el marco de una reivindicación del "hecho revolucionario" de la dictadura, y en la defensa de su proyecto, inacabado y prematuro, ya que sus virtudes estaban siendo puestas de manifiesto por la expansión del fascismo en toda Europa[168]. Sobre estos ejes, y su disposición a entender que el fascismo venía a ofrecer una plataforma adecuada, se produjo su colaboración en la salida de *El Fascio* y la formación del Movimiento Español Sindicalista[169]. El escaso tiempo transcurrido entre la formación de Falange Española y la unificación con las JONS da cuenta de la conquista de una hegemonía por el sector del fascismo español que cabe identificar con la resistencia al 14 de abril, aunque perfectamente

adaptado a unas condiciones que le permitieron invocar, con sorprendente flexibilidad, la continuidad entre las ambiciones regeneracionistas de la dictadura, las ilusiones populares de los inicios de la República y el surgimiento de Falange como la respuesta a ambas frustraciones[170]. La elección de José Antonio Primo de Rivera como diputado por Cádiz, en una lista en la que se mezclaban antiguos colaboradores del régimen de 1923, monárquicos independientes y tradicionalistas —obteniendo el líder falangista el mayor número de votos tras José María Pemán—,[171] y su campaña atestada de declaraciones reaccionarias, es más una corroboración que una matización de este proceso, en el que Primo de Rivera encarnaba la coincidencia de tardío candidato de la extrema derecha monárquica y primer diputado de una organización fascista[172]. Cabe subrayar que la posición que representaba Falange, con su carga ideológica tradicional y su contaminación primorriverista, fue considerada desde el principio el verdadero fascismo español, en comparación con las propuestas más ambiguas, de énfasis rupturista y veleidades autónomas de las JONS.

La revolución era para el falangismo un proceso de recuperación histórica mucho más que un factor de ruptura. El discurso joseantoniano, que fue imponiéndose como doctrina y propaganda del nacionalsindicalismo, hizo de la revolución nacional una exigencia para devolverle a España sus valores tradicionales y patrióticos, su conciencia de un destino común, la voluntad de restaurar los ideales del imperio cristiano contrarreformista, el despertar contra la decadencia, y la disposición a superar los principios filosóficos y políticos de la revolución liberal. En lo que ha pasado a divulgarse como discurso fundacional de Falange Española, el 29 de octubre de 1933, el futuro jefe nacional del partido ni siquiera pronunció la palabra *revolución*. Y solo habría de utilizarla, cada vez con más frecuencia, tras haber precisado con esforzada sutileza su sentido. Incluso tuvo que justificar su utilización ante quienes le reprochaban ese lenguaje, advirtiendo en lo sucesivo que la revolución se encontraba ya, como amenaza próxima, en la actualidad política, y que solamente podría ponerle freno una versión "nacional" y

"constructiva" de la revolución, una revolución "española" que diera a las masas sociales levantadas por la derecha una ambición de justicia social y un verdadero sentido de patriotismo[173]. Esa revolución había de restaurar la unidad del pueblo y construir una nueva forma de Estado, inspirado en las vías tradicionales de representación y atento a las nuevas necesidades de un régimen político y económico moderno. La revolución era una prevención de los males que se adivinaban en la disolución de España promovida por el marxismo, el separatismo y el parlamentarismo de los partidos políticos. Pero no era una simple reacción, sino un decidido movimiento para fundar un orden nuevo, basado en los ideales de la "eterna metafísica de España". La síntesis entre tradición y modernidad se expresaba en la actualidad del pensamiento tomista para construir una comunidad organizada, cuya legítima autoridad solo podía estar basada en el reconocimiento de verdades trascendentes y en el rechazo del principio de la soberanía nacional. Para el líder falangista, la "revolución pendiente" colocaría a España en las circunstancias de un nuevo ciclo de la política europea basada en la fractura de la democracia parlamentaria. Pero lo haría, sobre todo, al restaurar los valores permanentes de la nación: en tiempos de amenaza de la barbarie, en época de tránsito que anunciaba el final catastrófico de un ciclo de decadencia, la revolución falangista no solo había de consistir en aprovechar un ciclo de reacción autoritaria, sino en hacer frente a una crisis de civilización.

Este discurso permitió al nacionalsindicalismo adquirir un patrimonio ideológico en la lucha para hegemonizar el espacio contrarrevolucionario. Y, por tanto, hubo de materializarse organizativa y políticamente, en el esfuerzo por lograr que se la escuchara en zonas concretas de la sociedad, y en la labor de elaborar una estrategia que delimitara la siempre tensa relación entre identidad y alianzas, entre factores diferenciales y elementos de conexión a un lugar común. Por ello, no es casual que la crisis española de 1934 coincidiera con la exasperación de los conflictos internos del partido nacionalsindicalista. Los apoyos económicos recibidos por las JONS y el sector que formó la Falange eran el resultado

de una visión instrumental de la violencia escuadrista, pero también el producto de una radicalización política que iba más allá de los asuntos relacionados con el activismo juvenil, para formar parte de una alternativa política completa. Tanto Ledesma como Primo de Rivera pusieron especial empeño en distinguir su concepto del partido fascista de una visión auxiliar, aunque también consideraron necesario insertar la función de la violencia específicamente fascista en el cambio de ciclo de la etapa republicana. Aunque existían notables diferencias entre sus concepciones en este terreno, las distinciones de principio fueron atenuándose en una visión homogénea de la militarización de la política que ofrecían todos los integrantes de FE-JONS, y que podía ser una aportación de la identidad fascista al espacio común contrarrevolucionario. Los planteamientos de una violencia esencial hechos por Ledesma como una de las características del proyecto nacionalsindicalista fueron desplazando las actitudes iniciales puramente defensivas o meramente escuadristas de Primo de Rivera y sus colaboradores, aunque se mantuvo siempre la mística cristiana del martirologio que expresaba la *Oración* de Sánchez Mazas[174]. Los ataques y burlas que aparecían en la prensa falangista al referirse a la JAP tenían que ver con ese sentido de militarización que hacía de la violencia, del arrojo militante, del riesgo y de la disposición a morir —y a matar— un ingrediente básico del discurso y el proyecto político fascista.

Si 1933 había sido el año de irrupción del fascismo, porque paso a "existir" como sujeto indispensable en el espacio de la extrema derecha española, 1934 fue el año en que el proyecto político tuvo que limar las asperezas de su diversa composición y de las distintas expectativas que se habían vertido sobre el nacionalsindicalismo unificado a comienzos de año. Hasta el verano, Falange y las JONS dispusieron de sus propias publicaciones centrales, en las que puede observarse una diversidad que afecta menos a la relación entre una presunta "izquierda" y una supuesta "derecha" fascistas, que a las preocupaciones más claramente estratégicas y programáticas del círculo de Ledesma, frente a las actitudes de una exhibición estilística, moralizante y espiritual de Primo

de Rivera y Sánchez Mazas. En la revista *JONS* pueden leerse colaboraciones de personajes pertenecientes al monarquismo más duro, y artículos que mostraban las versiones más reaccionarias del nacionalismo católico, junto a las sólidas aportaciones estratégicas de Ledesma o las traducciones de textos italianos referidos a la conquista del poder y la organización de la economía fascista. En el semanario *F.E.*, los editoriales redactados por Sánchez Mazas reflejaban la honda raíz católica del falangismo[175], mientras los abundantes discursos y comentarios de Primo de Rivera recogían su particular concepción de un movimiento nacional, superador de los partidos, forma de ser que recuperaba, en las condiciones de la sociedad del siglo XX, valores jerarquizas de acuerdo con lo que se consideraba propio un sentido eterno de la españolidad. Nos encontramos, por consiguiente, ante dos sensibilidades que no se distinguen por su mayor o menor sentido revolucionario, sino por el tipo de visibilidad que se deseaba proyectar y la importancia asignada a los asuntos estratégicos, programáticos, organizativos, por un lado, o a una estética misional, ejemplarizante, que tan bien resumía el concepto joseantoniano de la militancia y del "modo de ser" fascista español: "Mitad monjes, mitad soldados".

CRISIS Y REVITALIZACIÓN DEL PARTIDO FASCISTA EN ESPAÑA

Ya antes de llegar a la revolución de 1934, el FE-JONS había tenido graves problemas de liderazgo, que expresaban la honda preocupación por la indefinición política del partido. La negativa a aceptar la militancia de Calvo Sotelo o la expulsión de Ansaldo eran manifestaciones de una discrepancia, pero también —y sobre todo— indicios alarmantes de la carencia de una estrategia, que había de contemplar cuál era el lugar del partido en relación con las diversas actitudes de la derecha antirrepublicana, cuyos conflictos internos no podían ser ajenos a la posición que tomara Falange para obtener un espacio propio, que definiera su análisis de la fase histórica en la que se encontraban las

fuerzas contrarrevolucionarias. Mientras Primo de Rivera se limitaba a una labor puramente discursiva, defendiendo el falangismo —con profunda vaguedad aunque indudable pulso retórico— como un campo de atracción de todos los sectores generosos y sinceros de un españolismo regeneracionista, Ledesma defendió la necesidad de elaborar lo que en el lenguaje de la izquierda se denominaría política de alianzas, intentando señalar qué es lo que ofrecía el partido fascista a los objetivos comunes de una contrarrevolución que estaba definiéndose frente al colaboracionismo de la CEDA. Las tensiones estallaron al coincidir con una coyuntura en la que Ledesma vio la urgencia y posibilidad de establecer ese espacio concreto para la organización nacionalsindicalista, al abrir una crisis de régimen en los tres aspectos denunciados siempre por su discurso, que ahora podían abandonar su condición de crítica para pasar a obtener la calidad de una acción que diera peso específico al partido: el separatismo, la revolución social y la caducidad del liberalismo para hacer frente a la disolución de España[176].

El I Consejo Nacional, que coincidió con los sucesos de Octubre, no llegó a resolver estas discrepancias, pero afirmó el liderazgo personal de Primo de Rivera y llevó a la elaboración de una declaración de principios largamente demorada. La forma distinta de valorar la crisis abierta con la insurrección —con el desconcertante y tal vez desconcertado paso del apoyo incondicional de Primo de Rivera a Lerroux y la posterior denuncia de la mezquindad de la derecha y su concepto del orden en las semanas posteriores— acabó con la paciencia de Ledesma y promovieron la escisión con que se inició el año 1935 para Falange[177]. Los costes de la ruptura fueron rápidamente subsanados al evitarse sus aspectos más peligrosos, como la salida de la organización de Valladolid, la ruptura del SEU o el abandono de la minúscula organización sindical. Lo decisivo para el futuro fue, sin embargo, el salto de calidad que se dio en el equipo dirigente de Falange —empezando por Primo de Rivera— como consecuencia de estos hechos. Porque, a partir de los sucesos de Octubre y la escisión de Ledesma, el partido maduró en tres aspectos que determinaron su lugar hasta el estallido de la guerra civil: la mucho más

precisa elaboración de una identidad política del nacionalsindicalismo; la oferta de un frente nacional progresivamente matizado hasta definirse de este modo en el II Consejo de noviembre; y el tono de una propaganda urbana y reactivación de una visibilidad que permitiera a la organización existir con sus propios medios.

Los tres aspectos están tan íntimamente relacionados en el desarrollo del falangismo que resulta muy difícil presentarlos en un análisis que podría falsificar su impacto necesariamente conjunto. Porque ha podido hablarse de una radicalización de la identidad nacionalsindicalista, con una sucesión de intervenciones públicas de Primo de Rivera ciertamente más ásperas en su denuncia del capitalismo, en su rechazo de la solución corporativa y en su exigencia de una vía revolucionaria[178]. Pero esta indudable mutación de discurso y propaganda fue acompañada de un constante esfuerzo por invocar las esperanzas de un viraje de la CEDA y, en especial, de un cambio de actitud en el liderazgo de Gil Robles, que debía estar dispuesto a romper con los moldes colaboracionistas y la conducta apocada de *El Debate*[179]. Difícilmente puede considerarse que estos elementos sean contradictorios, especialmente si los situamos en una perspectiva europea, en la que el crecimiento de las organizaciones fascistas y la mejor definición de un espacio propio en la contrarrevolución fueron siempre acompañados de las propuestas para constituir un frente de oposición nacional. Lo que puede indicar una interesante modificación es la preferencia por Gil Robles frente a Calvo Sotelo, y la convicción de que el espacio del catolicismo movilizado por la CEDA era un lugar de mayor capacidad aglutinadora que la reducida elite del monarquismo en proceso de fascistización. Lo obvio es ese llamamiento constante, acompañado de una curiosa alternancia de esperanza y decepción, con la que Falange se refirió a Gil Robles, que contrastaba con el silencio o la contrariedad explícita ante los proyectos políticos e incluso la persona de Calvo Sotelo, al que llegó a criticarse, ya pasadas las elecciones de 1936, por intentar suplantar al verdadero fascismo. Lo más revelador es que Falange estaba tratando, por vez primera, de establecer un perfil propio, radical y exigente, como el ala

"social" y activista del antirrepublicanismo, mientras se esforzaba por meditar sobre las condiciones en que podía planearse una conquista del poder. Que tal estrategia no llegara a quedar perfectamente definida no resta relevancia a esta nueva situación, en especial por el escaso tiempo del que dispuso el falangismo, su condición minoritaria —aunque ni voluntariamente aislada ni políticamente marginal—, y la propia velocidad en el cambio de circunstancias, que agotaron las expectativas contrarreformistas de las fuerzas más representativas de la derecha en pocos meses.

DEL FRACASO ELECTORAL A LA REALIZACIÓN POLÍTICA DE FRENTE NACIONAL

La energía con la que Falange se convirtió en una fuerza propagandística y activista mucho más eficaz dio frutos hasta donde podía darlos su limitada capacidad orgánica. Ganó visibilidad, militancia de profunda abnegación, prestigio como movimiento con existencia real y el respeto de sectores sociales que iban perdiendo sus esperanzas de una modificación de la República por vía legal, y que habían iniciado una radicalización irrevocable tras la insurrección de Octubre. Por otro lado, fijó el liderazgo joseantoniano en la percepción de los estudiantes universitarios, círculos sociales de la clase media y las clases más acomodadas, e incluso en sectores nada insignificantes de la joven oficialidad. Permitió, sobre todo, que el falangismo se viera como un espacio en estado de disponibilidad para hacer frente a una crisis nacional y para defender una sociedad frente a la amenaza revolucionaria que se cernía sobre ella. Todo ello pudo hacerse por identidad propia de Falange, pero llegó a confirmarse, necesariamente, por lo que se compartía con el conjunto de la contrarrevolución.

Un aspecto fundamental de ese lugar común era el catolicismo. Falange siempre denunció las limitaciones e incluso la caducidad del clericalismo, pero no dejó de afirmar su condición católica. En este sentido, hablar del laicismo de Falange resulta inapropiado. Porque lo

que el discurso joseantoniano defendía era mucho más que la defensa de los intereses de la Iglesia y del sector católico de la sociedad en un espacio de libre competencia entre confesiones. Hacía eso, desde luego, hasta el punto de denunciar la bajeza con la que la CEDA había actuado en asuntos esenciales como el crucifijo en las escuelas o la ley del divorcio[180]. Pero iba mucho más lejos: reconocía en el catolicismo un modo de entender las relaciones entre Estado y comunidad, la naturaleza de la historia y el destino de España, la armonía justa entre las clases, el rechazo del liberalismo, la condena del marxismo y la concepción del individuo. El catolicismo no era un asunto relacionado, ni sola ni principalmente, con la defensa de los derechos de la Iglesia en una sociedad plural, sino sustentado en la visión completa de la sociedad, del tiempo histórico, de la revolución como redención nacional, de la construcción de la nueva España como una recuperación de los valores de un imperio cuya causa moral y política se vinculaba con las razones del catolicismo. Falange no señalaba que la autoridad de la Iglesia fuera superior a la del Estado, como correspondería a un partido integrista, pero sí que por encima de la patria se encontraba Dios. La legitimidad de las formas de gobierno, el concepto de la autoridad, el rechazo parlamentarismo y de la soberanía nacional se inspiraban en la tradición católica. Esa afirmación de la indiscutible autoridad de unos valores morales cristianos se vio siempre como singularidad española en el movimiento fascista europeo. No fue una desviación o degradación ideológica posterior, sino que fundamentó el discurso falangista durante la etapa republicana. Es posible que las afirmaciones ultracatólicas de algunos dirigentes en el I Consejo Nacional resultaran extravagantes o exageradas[181], pero partían de una asunción de la confesionalidad del movimiento, cuyo nacionalismo resultaba inseparable de la identificación entre la realidad histórica de España y los principios religiosos que habían inspirado su especial camino a la modernidad desde el Renacimiento.

Falange de las JONS no consiguió ver aceptadas por la derecha la propuesta de Frente Nacional que se lanzó en el II Consejo del partido de

noviembre de 1935. Las intervenciones realizadas por Primo de Rivera en defensa de tal estrategia nos muestran que el nacionalsindicalismo estaba muy lejos de ser una fuerza equidistante de la izquierda y la derecha. La amenaza de la revolución social fue destacada y caricaturizada por el líder del movimiento hasta los extremos habituales de la propaganda más reaccionaria, creando una visión aterradora de lo que supondría el triunfo del Frente Popular[182]. Aunque el rechazo de Gil Robles a una incorporación desproporcionada de candidatos falangistas en las listas de la derecha provocó una radicalización de la propaganda autonomista del partido, lo cierto es que en la misma propuesta existía la aceptación de un lugar determinado en el conflicto entre revolución y contrarrevolución que había caracterizado al segundo bienio y que se exasperó en la campaña de comienzos de 1936. Los resultados electorales de FE-JONS han sido considerados como la prueba más irrefutable del fracaso del fascismo en la España republicana. Ni siquiera se han matizado aludiendo a la importancia del sistema electoral, tan decisivo en la percepción de un voto útil. O considerando la facilidad con que, en algunos lugares, quienes votaban a la mayor parte de los candidatos de la extrema derecha votaban tranquilamente a Primo de Rivera cuando querían castigar a uno de los miembros de la lista contrarrevolucionaria[183], o el boicot a la lista del partido por sus propios dirigentes locales, por considerar que la presentación de Falange dañaba la causa superior del antirrepublicanismo[184]. Sin expresarse abiertamente, esa pudo ser la actitud de sectores muy próximos a la militancia falangista en otros lugares y por los mismos motivos. No se mencionan factores comparativos como la fuerza electoral del nacionalsocialismo fuera de Baviera hasta 1930 o la necesidad del fascismo italiano de pactar su posición en las listas liberales de 1921. Se contabiliza el porcentaje electoral sobre la totalidad de los votos emitidos en España, sin tener en cuenta que solo se presentó una docena de candidaturas. Se desprecia un resultado que no era insignificante desde el punto de vista cuantitativo —el 4,5% en Valladolid o el 4,6% Cádiz— pero que, sobre todo, no lo era desde el punto de vista de la calidad del voto falangista, que correspondía casi al

número de militantes adultos del partido. Los resultados eran decepcionantes, especialmente en Madrid, donde Primo de Rivera apenas pasó del 1% de los votos, mientras Giménez Caballero, que no resultó elegido, obtenía más del 40%. Considerando que entre el prolífico escritor y Primo de Rivera existían 180.000 votos de diferencia, hay que suponer cuál habría sido la cuota los candidatos falangistas en unas listas comunes. De haberse negociado con más inteligencia o en mejores condiciones, no parece discutible que los resultados "desastrosos" habrían pasado a verse como alentadores.

El análisis político de esa derrota electoral permite hacer otra observación. Lo que había fracasado era una prematura presentación de Falange como alternativa a derechas e izquierdas o como plataforma exclusiva de una particular extrema derecha. La concepción del Frente Nacional era lo que no había logrado plasmarse en una situación polarizada, y la presentación de Falange en solitario era la negación, en el campo electoral, de la propuesta política lanzada en el II Consejo Nacional del partido. Por lo demás, y a diferencia de lo que sucedía con el NSDAP en sus peores momentos electorales previos a las regionales y municipales de 1929, el falangismo había denunciado este campo de lucha, sin que tuviera la menor influencia en la actividad del movimiento hasta las breves semanas que precedieron a la jornada del 16 de febrero. La presunta marginalidad política, identificada con los penosos resultados electorales, haría inexplicable cómo se fueron dando las condiciones sociales para la construcción del Frente Nacional, en el momento en que la derrota de la derecha bloqueó las expectativas contrarrevolucionarias canalizadas en la estrategia del partido católico. La afluencia de jóvenes de la JAP a Falange fue apreciable, pero más lo fue la percepción de haber iniciado una fase en la que el régimen solo podía derribarse por la fuerza, algo que empujó a la adhesión al partido de sectores que se habían sentido representados por fuerzas distintas, pero que, sobre todo, hizo cada vez más evidente que el tipo de militancia falangista, el concepto militarizado de la política y el proyecto de integración contrarrevolucionaria planteado por la "revolución española" ofrecían lo

que se produjo en otras experiencias europeas: la conversión de la propuesta del Frente Nacional de 1935 en la constitución de un movimiento nacional, de especial congruencia con el nacionalsindicalismo en el escenario de un golpe de Estado fallido y el comienzo de una guerra civil.

EPÍLOGO

Volvamos al comienzo: Falange Española "existió". El fascismo español tuvo vida política real, visible y relevante en el segundo periodo de la experiencia republicana. Sobre ese lugar pudo levantarse una adhesión de masas al partido que, en la primavera y el verano de 1936, le dio un protagonismo inexplicable sin dos elementos: su previa reputación y la fascistización de los sectores derechistas. El prestigio de Falange derivaba de sus elementos de distinción, pero no habría logrado ser receptora de la militancia de tantos españoles partidarios de la sublevación sin ser contemplada en lo que el análisis de su discurso, su convocatoria social y su estrategia política muestran claramente: compartir un espacio de valores que definen, en toda Europa, al fascismo como parte de la contrarrevolución, y en España al falangismo como portador de elementos propios de la versión más conservadora de esa síntesis entre modernidad y tradición que caracterizó al fascismo como experiencia histórica en la crisis del periodo de entreguerras.

SOBRE HÉROES Y TUMBAS. LA GUERRA CIVIL Y EL PROCESO CONSTITUYENTE DEL FASCISMO ESPAÑOL

La guerra civil ha adquirido un singular potencial explicativo de la historia del siglo XX español sin poder evitar algunos efectos secundarios indeseables, que proceden de esa misma densidad interpretativa. Quizás el más grave es el que, basándose en un determinismo retroactivo dignificado con el halo de las ventajas de una perspectiva a largo plazo, confunde la centralidad de un acontecimiento de particular relevancia con una soberanía que anula la integridad del proceso histórico en que se ha desarrollado. No es algo que se reduzca al caso español, porque ni siquiera en este aspecto disponemos de la permanente excepcionalidad en la que parece querer situarnos una historiografía empeñada en confundir lo específico con lo incomparable. El malogrado Detlev Peukert reivindicaba la necesidad de una historia propia de la República de Weimar, que dejara de verla como un simple heraldo del Tercer Reich, sin más significado que haber sido el espacio en el que se produjo el ascenso al poder del nacionalsocialismo[185]. El historiador alemán demostró que esta actitud había conducido no solo a anular la comprensión de la primera experiencia democrática alemana, sino que ni siquiera había permitido comprender adecuadamente el complejo proceso de formación del movimiento nazi y los recursos políticos, sociales e ideológicos sobre los que pudo construir su régimen. Por otro lado, las generaciones alemanas formadas a partir de la constitución de la República Federal fueron educadas en una versión de la República que anulaba su margen

de maniobra histórica, presentándola como modelo de un sistema no solo vulnerable al radicalismo antidemocrático, sino estimulante de la alternativa que lo destruyó. El análisis del proceso histórico deformado a favor del triunfo inevitable del nacionalsocialismo pasaba a convertirse en una desautorización de la primera democracia alemana, con la voluntad de construir la legitimidad y el aprecio ciudadano de la república de 1949 sobre la equiparación aberrante del régimen de Weimar y la experiencia nacionalsocialista como intentos paralelos y fallidos de enfrentarse a la crisis alemana de la primera posguerra mundial.

La centralidad de la guerra civil española, contemplada a través de este cristal oscuro, no solo ha deformado nuestra visión de la etapa republicana, haciendo que la confrontación bélica adquiera la condición de un final *necesario* del régimen. El carácter mismo de la guerra civil ha perdido consistencia, al arrebatársele el rango de una opción entre otras en las que se podía haber mantenido el proceso histórico de los años treinta. Considerándola lo único que podía ocurrir como final de trayecto de la radicalización que se producía en nuestro país —como en todos los del continente en aquellos momentos—, se le adjudica también una función que está vinculada a esa determinación previa, a través de la cual se examinan los conflictos de la etapa republicana. La deformación más clara es la que hace de la guerra civil, no producida en países que experimentaban similares grados de radicalización política, una confirmación de la excepcionalidad de la historia contemporánea española, que la aleja de la evolución del continente y que solo se acerca a Europa en aspectos tangenciales de mayor o menor importancia, pero nunca viéndolos como parte de un mismo ciclo: la repercusión internacional del conflicto bélico, la maquetación de las luchas ideológicas y de las estrategias que marcarán el ritmo de la Segunda Guerra Mundial, o la internacionalización de la guerra civil por la vía del auxilio material o el uso de dispositivos doctrinales a utilizar en la justificación de los dos bandos enfrentados.

Parte de esa visión determinista y autárquica de la guerra civil es considerar que el bando vencedor, por su composición y por sus objetivos,

se distinguía sustancialmente de las alternativas del fascismo europeo, para presentarse como una reagrupación de las fuerzas conservadoras y los poderes tradicionales del país, cuya incapacidad para destruir el sistema republicano desde el interior aprovechó el impacto de la derrota electoral de febrero de 1936 y la posterior radicalización política de la derecha vencida en las urnas, para forzar una intervención militar apoyada por una inmensa mayoría de los sectores conservadores, siendo la guerra el escenario que propició el peso determinante de los militares en la construcción de un régimen político de orientación tradicionalista que aprovechaba y domesticaba el impulso y prestigio del fascismo. Este planteamiento, que señala la imposibilidad de que el desenlace de los conflictos políticos del momento fuera la construcción de un movimiento y un régimen fascistas, incluye no solo una visión de lo que es el fascismo como concepto, sino también de lo que es el relato de su expansión en sociedades y coyunturas precisas, especialmente en los dos casos que se presentan como los de la realización plena del mismo, la Alemania nacionalsocialista y la Italia mussoliniana. La primera cuestión me resulta menos preocupante que la segunda: obviamente, cualquier debate sobre la naturaleza del régimen construido en la guerra civil, y que se realice cotejándolo con las cualidades aceptadas de lo que ha venido llamándose *fascismo genérico*, no es un debate acerca del franquismo, sino que empieza y acaba siendo una reflexión sobre la naturaleza del fascismo. Sin embargo, creo que es mucho más importante la segunda de las cuestiones, la que se refiere al proceso histórico concreto en que se desarrolló cada una de las experiencias, en especial aquellas que se refieren al proceso de fascistización de cada una de las sociedades, a la dinámica de la conquista del poder por los partidarios del nuevo orden, y a la forma en que se mantuvo el régimen establecido de formas tan diversas y en culturas nacionales tan variadas, tanto en sus aspectos discursivos como en los institucionales. La inclusión de la experiencia española en este proceso establece la reconsideración del concepto del fascismo, aunque siempre considerándolo con la aproximación rigurosa a todos aquellos procesos que se aceptan como integrantes legitimados por

la historiografía. Pero debe aclarar, ante todo, los elementos específicos del desarrollo político español, que pueden quedar apagados en función de la manera en que concluyó este ciclo: la liquidación de los fascismos europeos en 1945 y la continuidad del régimen franquista hasta treinta años más tarde de hacer concluido la "época del fascismo".

Creo que este planteamiento es el que resulta de mayor interés para clarificar aquello que nos interesa de modo preferente, que es el significado de la guerra civil en la evolución política de la crisis de los años treinta que se produjo en toda Europa[186]. Su significado para la historia española, en primer lugar, sin tratar de resaltar la excepcionalidad o la mímesis a través de los cuales debemos llevar a cabo el relato de los hechos y dotarlos de un sentido. Pero sin esquivar lo que, de un modo natural, que viene exigido por las propias percepciones de los contemporáneos y por la utilidad de una historia que atienda a una perspectiva de contemporaneidad que no implica la simultaneidad cronológica o la identidad de los acontecimientos, sino su pertenencia a un mismo ciclo histórico. En este sentido, la relación entre el fascismo y la guerra civil no solo supone una indispensable aportación a la definición del fascismo genérico, sino que determina la manera en que consideramos el carácter del movimiento del 18 de julio y su evolución en el proceso de la guerra civil y de la inmediata posguerra.

A este respecto, creo que el diálogo más fructífero es el que puede darse entre quienes consideramos que la experiencia española de los años treinta es indescifrable sin considerar el papel central del fascismo en las referencias políticas tomadas por la derecha en la mayor parte de los países del continente. Tal centralidad no operará de forma estática, sino provocando una permanente mutación estratégica e ideológica en el campo conservador europeo, siendo el elemento crucial de su proceso de radicalización política. El campo de debate será considerar, *partiendo de la propia evolución de los hechos* —y me refiero con ello no solo a la función social de la sublevación articulada en un movimiento político, sino al discurso sobre el que se construye—, si el proceso político español puede caracterizarse como un ejemplo de régimen más o menos

impregnado de elementos de fascismo, o como un caso de conquista del poder por un movimiento social que va constituyéndose como fascismo *en su totalidad*.

En este sentido, la llamada realizada —y asumida por una parte muy significativa de la historiografía española— por Ismael Saz a comienzos de los años noventa[187], señalando que el concepto de *fascistización* podía permitir desbloquear tanto los excesos de lenguaje como su reduccionismo, pero sobre todo evitando una visión *estática* del problema resultó una aportación fundamental. A partir de ella, resultaba muy difícil continuar refiriéndose al régimen como algo que nada tenía que ver con el fascismo, señalando la imposibilidad de acercarse a una derecha radical que tenía como un referente necesario la existencia de esta corriente, aunque no perteneciera del todo a ella, marcado pautas de proximidad de una compleja diferenciación en cada uno de los países y en cada una de las coyunturas consideradas. Más adelante, el propio Saz y Joan Maria Thomàs habrían de desarrollar este argumento de forma impecable en sus trabajos sobre los discursos nacionalistas del fascismo y la derecha fascistizada española, o en el examen de la institucionalización del régimen y de sus conflictos políticos internos, respectivamente[188]. Se produjo un paso fundamental que, además, se planteaba como un esfuerzo de conceptualización y de aproximación a las experiencias fascistas europeas que no era la forma habitual con que se había despejado el tema en ocasiones anteriores, o como continuó indicándose pertinazmente por parte de algunos historiadores, que llegaban a señalar que el nacionalsocialismo o el fascismo italiano eran "incomparables" con el franquismo. Posición, esta última, desconcertante en la forma de expresarse porque se trata de procesos políticos que deben compararse para decir lo que algún ilustre profesor deseaba decir en realidad: que son distintos. Pero que posee la codiciada ventaja metodológica de no tener que señalar en qué consisten tales diferencias sustanciales *concretamente*, ya aparezcan en el campo de los principios ideológicos, ya lo hagan en la dinámica del desarrollo político de los regímenes instaurados más allá de nuestras fronteras.

He argumentado con más extensión de la que puedo permitirme aquí de qué forma mi apreciación de esta primacía del concepto de fascistización es distinta, lo cual lleva a plantear necesariamente que también debe ser diferente mi posición ante el fascismo, no tanto por lo que hace a sus características teóricas más o menos consensuadas como en lo que se refiere precisamente a su dinámica, es decir, a su *proceso de formación*[189]. Resumiré aquí los argumentos dados entonces señalando que el fascismo es mucho más lo que se encuentra al final del proceso histórico de su implantación que aquello que se propone en su fase fundacional. Podrá indicárseme que no se trata de una cosa ni de otra, sino de un *todo* en el que no podemos separar arbitrariamente las etapas que nos interesa destacar como las que lo definen. No tengo inconveniente en aceptar esta objeción en su sentido más estricto, sin aceptar, en cambio, lo que es más habitual: que el fascismo tiene que ser considerado como un proyecto coherente cuyos elementos identificativos fundamentales se encuentran en un momento de creación a partir del cual se van produciendo adaptaciones a circunstancias políticas concretas. Creo que el concepto de fascistización nos ofrece una salida que no es exactamente el desarrollo de un ente que germina socialmente partiendo de una declaración de perfil político originario, que es el que debe señalar la veracidad del carácter fascista o no del proyecto desarrollado en el periodo posterior. Ni siquiera evitar una lectura lineal de este crecimiento evita el problema fundamental: el fascismo habría carecido de relevancia histórica sin haber llegado a convertirse en un movimiento de masas, cosa que solo ocurrió en momentos avanzados de su desarrollo y habiendo realizado mutaciones de convocatoria social y de discurso ideológico que no pueden contemplarse como una simple adaptación de circunstancias. Lo único que nos permite hablar de un "fascismo en su época" es, precisamente, el hecho de que el fascismo sea el *resultado* de una serie de experiencias sociales que incluyen las modificaciones o usos diversos de unos principios ideológicos, y cuyo proceso de crecimiento que no puede limitarse a la marcha hacia el partido fundacional de un número creciente de individuos, hasta convertirlo en un instrumento

condicionante de la política nacional o capaz de realizar la revolución fascista en su integridad. En todas las experiencias fascistas, el movimiento que se constituye es el resultado de una convergencia de sectores que no han tomado la decisión de incluirse en la propuesta de regeneración nacional realizada por el fascismo hasta una fase avanzada. Lo cual ha supuesto un crecimiento capaz de integrar sectores heterogéneos en una propuesta de ambición totalitaria, como única forma de expresión política auténtica del ser nacional. El ritmo de incorporación, la variedad interna del proyecto político *común*, la fuerza que tendrá cada uno de sus integrantes por impulsos generacionales o por aspectos de la síntesis fascista en la que se hará un mayor hincapié variarán de país a país en función de circunstancias entre la que no es la menor la vía de conquista del poder. Considerado de esta forma, creo que el caso español tiene una singular importancia para la comprensión de este proceso de fascistización, y para la consideración de un fascismo cuya forma específica de constituirse en nuestro país permite comprender mejor las características del proyecto de régimen que se funda en la guerra civil. Naturalmente, esta distinción no resuelve de forma automática lo que es el tema fundamental de este trabajo, que es plantear el carácter fascista *final* que pasa a tener España como resultado de su proceso concreto de fascistización. Algo que no era determinante porque no todas las dinámicas *fascistizadoras* condujeron necesariamente a la constitución de un movimiento de masas y de un régimen fascista —que, además, en algunos casos irán por separado en la Europa de los años treinta y cuarenta—, sino que fueron las condiciones especiales en que se produjo tal proceso —y, en especial, el escenario en el que desembocó en 1936— las que propiciaron tal desenlace.

La tesis que se desea defender en estas páginas es que la guerra civil fue el proceso constituyente del fascismo español. Ello implica que la guerra no fue un elemento *alternativo* a la instauración del fascismo, sino el escenario y la etapa que lo propició, en lugar de frustrar sus expectativas y colocar a los fascistas del bando "nacional" en una posición subordinada, con mayor o menor capacidad de influencia en el

desarrollo y definición del régimen que empezó a construirse durante el conflicto bélico. Supone, además, que las condiciones de la guerra civil configuraron el fascismo español en unas circunstancias singulares, que pueden explicar la manera en que se desenvolvió el proceso de fascistización experimentado previamente por la derecha española. Como se indicaba al principio de estas páginas, la densidad significativa de la guerra civil se restituye indicando que no era el único escenario posible en el que debía terminar la República, aunque aceptando que el asalto violento a las instituciones era un escenario contemplado de una forma cada vez más generalizada por la derecha, e incluso considerando que tal ruptura de la legalidad podía optar por escenarios muy distintos. Los rasgos de la radicalización de la derecha en la primera mitad de los años treinta —y, en especial, a partir de 1933-1934— tuvieron que ver con las condiciones específicas españolas de algo que era común en el continente, y plantearon también los rasgos nacionales de esa desembocadura de la fascistización española en el fascismo. Conviene destacar este aspecto porque los planteamientos opuestos a esta propuesta se basan, en buena medida, en que el perfil del movimiento sublevado estaba marcado por las condiciones políticas de la Segunda República, una de cuyas características era el carácter prácticamente anecdótico de un fascismo "tardío". Creo que la paradoja de esta desproporción entre el peso del fascismo en el campo de los que luego sería la base del movimiento sublevado y la preeminencia del falangismo en la segunda mitad de la guerra y en los años iniciales de la posguerra no se resuelve mediante una caracterización de lo que existe a partir de 1936 como un movimiento fascistizado ni, mucho menos, como un espacio en el que solo se utilizan los elementos útiles de un partido milicia para asegurar la cohesión de un espacio tan diverso. De lo que se trata es de considerar más bien cuál es la razón de una existencia marginal del fascismo en la etapa republicana y la necesaria clarificación de lo que puede entenderse por la fascistización antes de que se inicie la guerra.

La existencia del fascismo, del espacio fascistizado y del proceso de fascistización de la derecha puede considerarse de un modo que nos

permita comprender mejor la rápida captación de las masas y de un sector crucial de las elites conservadoras por un proyecto que puede ser calificado, en su aspecto doctrinal y en sus propósitos institucionales, como fascista, de acuerdo con las condiciones especiales que corresponden a una determinada tradición cultural, en la que la presencia del catolicismo actuará como un elemento fundamental de cohesión, de continuidad y de elaboración de una vía específica española en el marco de una evolución general. Uno de los puntos que pueden dificultar la apreciación de los antecedentes políticos de aquello que habrá de desarrollarse en las condiciones de la guerra civil —una de entre las diversas posibilidades de acabar con el régimen de forma violenta— es evitar la reducción del fascismo a la *organización* de Falange Española de las JONS (FE de las JONS). Por el contrario, debe considerarse la existencia de un *espacio* antidemocrático, que ha dejado de tener que ver con el conservadurismo liberal, y que está constituido por el pequeño partido fascista y por sectores tradicionalistas, alfonsinos y segmentos cada vez más numerosos del populismo católico antes incluido en una estrategia de carácter posibilista, aunque este último se fijara, desde el comienzo, unos principios doctrinales contrarios a la permanencia del sistema liberal. Desde mi punto de vista, no existe una organización fascista y una serie de organizaciones fascistizadas, sino un *espacio en proceso de fascistización* del cual forman parte tanto FE de las JONS como los grupos políticos citados, además de organizaciones sociales y culturales que rebasan el marco de los partidos para establecer el campo mucho más poroso de las complicidades que se encuentran entre militancias diversas en una misma actitud antirrepublicana, esforzándose en hallar puntos de encuentro y emplazándose para buscar una salida de fuerza que derribe el orden político existente. Las diferencias entre una y otra organización —que, lógicamente, podían exasperarse cuando se trataba de hallar una identidad propia que mostrar a las clientelas potenciales— no fueron un obstáculo para que llegaran a contemplarse como territorios complementarios, no solo por la conocida instrumentalización de FE de las JONS por los monárquicos como fuerza

de choque —cuando procedía de estos sectores el deseo de que se desarrollaran escuadras capaces de enfrentarse violentamente a las fuerzas de izquierda, papel que se negó a asumir el partido fascista—, sino también por los constantes llamamientos y la estrategia de unidad o frente nacional que fue desarrollando el nacionalsindicalismo desde el momento de su aparición, como podía demostrarlo el cambio de percepción del tradicionalismo o de las Juventudes de Acción Popular en la prensa jonsista a partir del otoño de 1931, así como los llamamientos a una intervención del Ejército realizados por el partido y los finales y frustrados llamamientos a la formación de un Frente Nacional cuando se avecinaban las elecciones de febrero de 1936. La propuesta de un fascismo "rectificado" en sus aspectos más populistas fue planteada por redactores de *Acción Española* como José Calvo Sotelo, Ramiro de Maeztu o Víctor Pradera. El primero había solicitado su ingreso en Falange Española y no dejó de afirmar su voluntad de establecer una estrategia para un fascismo que se adaptara a las condiciones que vivía a España; Maeztu había pasado de la exigencia de la unidad de las derechas a la proclamación de la necesidad de un movimiento fascista poco antes de las elecciones de 1936[190], y Víctor Pradera había reclamado la paternidad tradicionalista de lo expuesto por José Antonio en el acto de afirmación española de octubre de 1933, que se viene considerando como el momento fundacional del partido[191]. La simpatía con que se contemplaba el movimiento falangista por sectores que representaban actitudes de una nueva derecha radical pueden encontrar numerosos nombres propios que permiten encontrar a Eugenio Montes y a Rafael Sánchez Mazas en una posición de camaradería política que la guerra civil no hará más que sacralizar[192], como podía ocurrir en otros muchos casos de un área permeable, con capacidad de influencia mutua y orígenes muy semejantes, que habrán de facilitar el paso al falangismo en el marco de la contienda. Esto permite considerar dos elementos fundamentales para comprender la forma en que se desarrolló el proceso de fascistización. El primero, que la influencia del falangismo iba mucho más allá de lo que podía ser su pequeña organización política, en la medida en que el

fascismo era contemplado por la derecha española como un factor integrante del paisaje político continental, situado a la cabeza de regímenes que se contemplaban con una simpatía sin disimulo. Es decir, que el grado de aproximación a lo que era el falangismo desde el punto de vista doctrinal era mucho más importante del que aparecía en el campo de la militancia política estricta, como podía mostrarlo el tono de las colaboraciones de un monárquico como Areilza en la revista *JONS*[193]. En segundo lugar, que un elemento fundamental del falangismo de la etapa republicana fue su vinculación al catolicismo, algo que no implicaba la defensa de los derechos de la Iglesia como institución frente al Estado, sino la determinación del ideario falangista por un cristianismo contrarreformista que se consideraba indisolublemente asociado a la identidad española y a su misión universal. Un factor que será aprovechado en la posguerra para establecer, sobre las propias palabras de José Antonio, las formas mucho más explícitas que adquiriría esta posición, pero que se encontraban en el núcleo del ideario fascista español apoyándose también en la defensa de una tradición cultural contrarrevolucionaria que fue considerada por los fascistas, ya antes de la guerra, como parte de una España auténtica que había combatido por defender la esencia de la nación. El proceso que se deslizó con especial capacidad de radicalización y a un ritmo acelerado durante la guerra no consistió, por tanto, en una serie de mutuas necesidades coyunturales, en las que el falangismo ofreció la congruencia de su carácter de partido-milicia a un esfuerzo bélico, un programa revolucionario en las condiciones de una violencia generalizada destinada a capturar el poder, mientras el Ejército ofrecía los recursos de fuerza y la antigua elite nacional-católica la imagen tranquilizadora para sectores tradicionales. La síntesis que se produjo durante la guerra, preparada por las condiciones políticas citadas, fue más compleja que esta trama de instrumentalización yendo en direcciones opuestas, y tiene que encontrar sus causas en el análisis de la fascistización en la etapa republicana y desenlace, en forma de lucha común, militancia conjunta y elaboración de un proyecto político que unificara las propuestas, en el marco de la

contienda.

La afirmación de la guerra como escenario y fase constituyente del fascismo español se refiere a algo que tiene mayor profundidad en la formación de una conciencia colectiva unitaria, de adhesión común a una serie de principios que fueron tomados en las circunstancias de la guerra porque ya habían establecido lazos estrechos entre sí, pero que se enfrentaron a una experiencia individual y colectiva que facilitaba tanto la radicalización como el proceso de síntesis y la impresión de entrada en un espacio nuevo, dotado de un patrimonio doctrinal que no era la mera yuxtaposición conflictiva de opciones ideológicas preexistentes. Ciertamente, el nacionalsindicalismo podía disponer de una congruencia mayor con los requerimientos de la vertebración política del bando que estaba ganando la guerra, pero se plantea con menos asiduidad un factor sin el que resulta difícil comprender el rigor del compromiso unitario adquirido por los vencedores: la participación en una experiencia límite, una vivencia que ponía a prueba y que ofrecía a los ojos de todos un sacrificio inmenso y la acumulación de un caudal de recursos emocionales que se canalizaron a través de una radicalización y de un sentimiento de unidad profundo. Ello llevaba a que sectores que no procedían del falangismo pudieran considerar el nuevo espacio político que iba constituyéndose como algo distinto a una aceptación de la primacía de un sector al que habían sido ajenos, para convertirlo en un escenario de convicción, sellado con el grave compromiso con quienes habían caído en el conflicto, cuya potencia simbólica estaba lejos de ser retórica hueca, para plantear una misión generacional[194].

Las condiciones de la guerra fueron, así, el escenario de una *conquista del poder* realizada en unas condiciones en las que el sentido del proceso de fascistización adquiere un significado más preciso y, al tiempo, comparable con lo que sucede en escenarios muy diferentes de "revolución" fascista, como los casos de Alemania o Italia. La guerra fue una opción a la que tuvo que recurrirse ante el fracaso de una destrucción de la República desde la legalidad y de la imposibilidad de que funcionaran otras salidas, como un golpe de Estado que rectificara el

rumbo del régimen. Lejos de ser un campo que sustituía aquello que habrían deseado los fascistas, estableció las condiciones de su realización plena, con su movilización total, su presión para aglutinar discursos, su reclamación de la *unidad* como mito en el que debía basarse la conquista de una nueva España alejada de las fragmentaciones artificiales que la habían debilitado, además de por la forma en que exigió la liquidación del orden existente antes de 1936 y marcó la necesidad de construir un Estado sobre nuevas bases, que nada tuviera que ver con una restauración de un régimen liberal conservador ni siquiera en las condiciones de una dictadura militar excepcional. La guerra no fue apreciada como frustración, sino como un espacio de oportunidades que masificaba el fascismo, pero que le obligaba a aceptar las condiciones de una heterogeneidad con la que no había contado en los momentos fundacionales y en los de su limitada expansión en la etapa republicana —aun en esas condiciones, y precisamente por el debate acerca de la fascistización, el partido había sufrido una escisión tan significativa como la Ledesma y la marcha previa de personajes importantes como los hermanos Ansaldo o el marqués de la Eliseda—. Esta masificación del apoyo dado a la revolución nacional, así como al partido, al Estado y al líder que la encarnaban, implicaba una alteración que se dio en todos los procesos de toma del poder y de construcción del régimen en Europa. Tales accesos fueron distintos, pero siempre comportaron esa incorporación a un movimiento *que se modificaba* en la medida en que lograba ser la representación política de un creciente sector de la población. Había ocurrido en una Alemania en la que, además, tal apoyo al fascismo podía verse revocado, como ocurrió cuando los nacionalsocialistas perdieron dos millones de votos en la escasa distancia temporal que separa las elecciones de julio y noviembre de 1932. En cualquier caso, desde 1928 se había producido una socialización política de millones de ciudadanos a través de un proyecto en el que no se habían implicado previamente, y que tuvo que ir aglutinando apoyos sociales que lo distanciaban de las condiciones del pequeño grupo de golpistas *völkisch* de comienzos de los años treinta o de las actitudes social-

revolucionarias que llegaron a tener una influencia considerable entre la refundación del partido en 1925 y el fiasco electoral de 1928. El nacionalsocialismo alemán, como el fascismo italiano, no se limitó a ir creciendo sobre la base de sus principios fundacionales en un proceso de conversión de masas desde la conquista de la sociedad o desde la aceptación del Gobierno. Se trató de un proceso que generaba otro espacio, que era el que iba a caracterizar el fascismo tensado históricamente entre sus principios declarados en los primeros movimientos de la primera posguerra mundial y la obtención de una masa de apoyo que les permitió aspirar a la construcción de un horizonte totalitario. El incremento de la heterogeneidad no debilitó a la organización, sino que le permitió llegar a sectores cuya diversidad era la garantía de una representación nacional. Además, la incorporación no implicó una mayor moderación de los sectores llegados en sucesivas hornadas de militancia, sino que pudo abrir el partido a núcleos radicales que lo contemplaban como una experiencia de poder absoluto impensable en formulaciones iniciales más favorables a las opciones de coaliciones nacionales. Este aspecto habría de resultar especialmente claro en España, donde es tan fácil observar que algunos de los sectores más radicales del fascismo no proceden de los "camisas viejas" falangistas, sino que se han formado en las condiciones específicas de la guerra civil, del mismo modo que el nacionalsocialismo podía verse radicalizado en algunos aspectos por la entrada de quienes no habían optado por él como resultado directo de la experiencia de la Gran Guerra, sino por un nacionalismo que, tomando determinados mitos nacidos entre los excombatientes, los había transformado para darles congruencia con la crisis acelerada de la República de Weimar y la descomposición social de comienzos de la década de los treinta[195].

La captura frustrada del poder por el Ejército a través del golpe de Estado provocó la necesidad de una movilización de masas y de una politización más radical de la intervención militar, un giro que fue agudizándose a lo largo del conflicto. Incluso para el pequeño partido falangista, que había solicitado la intervención militar en diversas

ocasiones, las circunstancias de la masificación de su propio partido antes de la guerra y, en especial, de la influencia y crecimiento experimentado tras su estallido condujeron a una actualización y reelaboración de las perspectivas, formuladas siempre sobre la base de la frustración de la dictadura de Primo de Rivera. No se entregaba el poder a un ejército como estamento corporativo, sino que se procedía a una militarización de la sociedad en la que constaba la integración del Ejército en un movimiento político nacional que estaba en proceso de formación. De esta manera, desde dos puntos que irían convergiendo en un mismo espacio de vertebración del movimiento, lo que se hacía no solo era distinto, sino *opuesto* a la delegación del poder e incluso a la visión de un poder compartido en circunstancias conflictivas. El proyecto político de la revolución nacional pasaba a asumir los valores propios de la vida militar como componentes de su propia identidad, mientras se afirmaba enérgicamente el fin de la distinción entre una faceta civil y una faceta militar de la existencia en aquellos momentos de guerra y en las expectativas que deberían abrirse cuando esta concluyera. Las virtudes del Ejército pasaban a considerarse como propias de un sentido militar de la existencia que se integraba en el lenguaje de los diversos componentes del bando sublevado, pero que irían en beneficio mayor de quien siempre había comprendido la totalidad de su proyecto político en este sentido miliciano[196]. El ciudadano de la sociedad liberal pasaba a sustituirse por un español que no hacía más que responder a las viejas tradiciones de una forma de estar en el mundo, rescatándolas de un pasado en el que la manera natural de ser español era la de prestarse a ser un soldado al servicio de la patria y de la religión. La propaganda del bando nacional habría de llenarse de esta actualización en la que España no solo se recuperaba a sí misma mediante la grave circunstancia de la guerra, sino que, como en otras ocasiones cruciales en el desarrollo de la civilización, se adelantaba a los demás países para dar el mejor testimonio de su compromiso con el cristianismo y con las raíces de la cultura occidental[197]. Por otro lado, es preciso distinguir entre la actitud que podían tener algunos generales y cuadros máximos de las fuerzas armadas

de la politización que se había dado entre jefes y oficiales más jóvenes, menos vinculados a ideas de una tradición liberal-conservadora y tan fascistizados como podían estarlo sus compatriotas de la sociedad civil. Si el triunfo del Frente Popular podía haber provocado su definitiva radicalización, la convivencia en las trincheras con oficiales de complemento había de crear un espacio que poco tenía que ver con el de un ejército clásico, produciéndose una identificación política vinculada a la participación en una experiencia común en la que el fascismo iba proporcionando a estos sectores, especialmente en su carácter fuertemente unido a factores tradicionales como la condena del liberalismo antinacional, la recuperación del pasado imperial y la identidad católica de España[198]. No dejaron de presentarse ocasiones en las que se manifestó la concepción de la guerra como un proceso de integración que cancelaba cualquier tentación de primacía militar, mientras se presentaban, desde la misma Jefatura del Estado y del Partido, severas advertencias contra quien tratara de hacerlo[199].

La conquista del poder a través de una guerra civil, por tanto, no implicaba una delegación en manos de fuerzas tradicionales, y ni siquiera suponía la asunción de un discurso que truncara las expectativas de la revolución nacional para hacer del fascismo. La relación con estos poderes conservadores había sido igualmente estrecha en el caso de los movimientos fascistas en Italia y en Alemania por dos motivos: la imposibilidad de representar a la totalidad de las fuerzas que podían formar la base social de tales movimientos y el bloqueo de una salida insurreccional que llevara a una conquista del poder en solitario. España ofrece mucho más para una reflexión sobre la evolución contemporánea de las diversas fuerzas que se integran en el fascismo. Porque, en este caso, no se *recibió* el encargo de formar Gobierno tras ganar unas elecciones o tras una movilización que tuvo muy claros sus límites, marcados por la lealtad del Ejército a la monarquía. El fascismo español se construyó haciendo parte del Movimiento Nacional a estos sectores tradicionales, algo que solamente el escenario de la guerra civil podía exigir y que se reforzó con la propia permeabilidad de las Fuerzas

Armadas, con el ingreso de nuevos oficiales de complemento que procedían de diversas militancias convertidas sinceramente a un falangismo comprendido de modos diversos, aunque manteniéndose dentro de una disciplina y una aspiración a la unidad que iba mucho más allá del decreto de unificación de abril de 1937, aunque la justificación de este plasmara con exactitud los sentimientos que llevaban a esa síntesis de proyectos previos. La militarización de la sociedad pertenece a todas las experiencias fascistas, pero solamente en el caso español puede observarse esa misma militarización como proceso paralelo a la conquista del poder y a la construcción del movimiento.

La construcción de la teoría del caudillaje, tras la entrega de los máximos poderes del Estado y del partido a Franco, había de encontrar en Francisco Javier Conde una solvente fundamentación, que permite prescindir de la idea de una dictadura militar encabezada por un general de prestigio al que se subordinan todos los mecanismos del poder, incluyendo la dirección del partido único creado en 1937 sobre la norma programática del fascismo de la etapa republicana[200]. Tal subordinación puede presentarse incluso como anulación en beneficio de la voluntad absoluta del líder que, sin embargo, se diferencia cuidadosamente de lo que significan los elementos del liderazgo carismático vinculados al fascismo[201]. Plantearse una relación más próxima a Pétain —que boicoteó sistemáticamente la formación del partido único y que nunca llegó a proporcionar un proyecto político como el que llegó a elaborarse en España— parece fuera de lugar, si no es para marcar precisamente tales diferencias. El acceso de Franco a la unidad de mando que se solicitaba en todas las esferas debe considerar otros factores, que responden a la dinámica de un proceso que va alejando la jefatura fundamentalmente militar del primer momento a la dirección política posterior, aun cuando el mito de Franco no deje de mantener constantemente su carácter de caudillo triunfal de una conquista del poder realizada a través de la guerra civil. No se trata solo de que la jefatura total de quien asume los poderes del Estado y de un partido fuertemente movilizado lo distinga de una dictadura militar, sino también

del carácter del proyecto político en el que importa el grado de representación nacional y de encarnación de la comunidad, del movimiento y del Estado que adquiere ese mando supremo. La calidad del liderazgo fascista siempre supone una mayor adhesión al *führer*, al *duce* o al caudillo que la que se proporciona al partido, y tanto Hitler como Mussolini y como Franco dispusieron de un prestigio, como personificaciones de todo lo que deseaba realizarse por la revolución nacional, de las que podían carecer autoridades del partido, fácilmente identificables con aspectos que eran atribuidos a una *parte* o a un *individuo* del movimiento o del Estado. Para Conde, la definición de una dictadura soberana apoyada en el poder constituyente de un pueblo en armas abría un nuevo sentido de lo político, legitimado por la guerra y sacralizado por la misión religiosa del mando entregado a Franco. La relación entre el caudillo y España pasaba a tener una esencia trascendental que superaba las formas de liderazgo como las del fascismo italiano y, en todo caso, entablaba un sugestivo diálogo con la relación entre comunidad y *führer* propia del caso alemán.

Las relaciones del fascismo español constituido en la guerra civil con la Iglesia ha sido un argumento constante en la desvinculación entre la caracterización del régimen franquista desde sus inicios y las experiencias fascistas de Alemania o Italia. Sin embargo, creo que es precisamente en el tema del catolicismo donde podemos hallar un factor esencial en la construcción del proyecto nacionalsindicalista que se refiere a su carácter totalitario, católico, síntesis entre tradición y revolución, colaboración de elites tradicionales y sectores revolucionarios en un proyecto que todos observan como propio. Como veremos, no se trata solo de su capacidad de cohesión indicando que todos eran católicos, sino de lo que era el catolicismo en el marco de la revisión política del régimen liberal y de su vinculación con una tradición propiamente española. Los aspectos específicos de un fascismo profundamente vinculado al catolicismo —o, para decirlo de un modo más fuerte que habré de justificar: de un fascismo que en buena parte procede de una determinada evolución de la derecha católica española—

es indispensable, al mismo tiempo, para señalar la singularidad del proyecto español y la propia percepción de los contemporáneos como su estrecha relación con las propuestas totalitarias que se apuntan como solución de la crisis del Estado liberal en España y como respuesta a la amenaza revolucionaria. En este sentido, es importante señalar dos niveles cuya confusión en nada ayuda a clarificar la formación política e ideológica del fascismo español. Cuando se señalan los enfrentamientos con la institución eclesiástica, especialmente referidos al control de la juventud a través de la enseñanza y la autonomía de las organizaciones de acción social vinculadas a la jerarquía vaticana, no se está planteando el aspecto fundamental del problema que, por otro lado, presentó unos niveles de colaboración y de exigencia de acción al Estado para que cumpliera sus deberes de confesionalidad que matizan estos enfrentamientos. Buscar el enfrentamiento en el espacio de un presunto estatalismo anticlerical de los fascistas españoles poco tiene que ver con el asunto que nos importa más, como característico del fascismo español frente a los más poderosos del continente. Lo fundamental es la asunción de los principios católicos como parte integral del movimiento nacionalista, que permitía descartar la posibilidad de nacionalismos alternativos, como el que se habían propuesto en los ámbitos liberales y republicanos españoles. El catolicismo aparecía así como la única vía de nacionalización en una España que había perdido su esencia como resultado del abandono de su posición en el mundo desde la derrota imperial. No se trata, por tanto, de la atribución al fascismo español de una posición distinta a la del catolicismo tal y como era leído por una tradición que establecía la identidad entre España y el cristianismo reafirmado en la Contrarreforma. Las disputas por la ocupación de espacios institucionales y la asignación a la Iglesia de un campo de acción propio, especialmente en la educación y la acción social, correspondía a la tensión entre dos aspiraciones totalitarias que no podían más que enfrentarse en su voluntad de libertad de acción plena, aun cuando clérigos tan destacados en su tarea propagandista como el jesuita Joaquín Azpiazu habían de manifestar la posibilidad de ajuste entre

ambos[202].

El catolicismo, comprendido en ese sentido de inspirador de la identidad de España, pero también como factor de relación entre el individuo y la comunidad, no podía desgajarse del discurso falangista de la etapa republicana, aun cuando el fascismo español no se presentó hasta los años de la guerra civil *fundamentalmente* como un movimiento católico, por la búsqueda de una identidad propia en un espacio de competencia que ya se ha mencionado. Las reticencias que pudieran existir, tanto dentro como fuera de España, fueron rápidamente atajadas por los mismos clérigos que ejercieron de propagandistas del movimiento[203]. Y, en lo que se refiere a la propia Falange, el aluvión de artículos que pueden observarse en revistas como *Jerarquía* y *Vértice* o, una vez acabada la guerra, en *Escorial, Cisneros* o la *Revista de Estudios Políticos* pueden dar fe de una continuidad que no considera haber roto con una actitud previa, sino haber evolucionado en un marco de ampliación del espacio fascista español que permitía que el catolicismo que siempre había profesado el movimiento pudiera expresarse ahora como patrimonio de todos los que se esforzaban en definir la revolución nacional. Un ejemplo diáfano habría de ofrecerlo la aportación bien conocida de Pedro Laín Entralgo a lo largo de la guerra y en su conferencia convertida en libro en 1941, *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, en la que un intelectual formado inicialmente en los medios católicos e integrado en el falangismo como resultado del inicio de la guerra consideraba el catolicismo la aportación española a un movimiento general de la juventud europea en los dos sentidos que anteriormente se apuntaban: la relación entre la identidad nacional española y el catolicismo, y la forma en que se resolvía la tensión entre individuo y Estado de acuerdo con la concepción joseantoniana del hombre como portador de valores eternos.

Lo que se plantea en un debate que clarifique la evolución política del régimen es, sin embargo, otra cosa que puede relacionarse con la fuerte impronta del fascismo español en los años republicanos y con la función que podrá desempeñar el catolicismo como factor de integración de elites

tradicionales y jóvenes revolucionarios en el debate interno sobre el carácter del Estado y el movimiento nacionalistas. El carácter católico esencial de todos los componentes del bando sublevado ha sido afirmado por todos los análisis aunque se plantee la existencia de una distinción fundamental, que afecta a un nacionalismo católico relacionado directamente con las posiciones elitistas y *básicamente* tradicionalistas de los sectores procedentes del monarquismo alfonsino, y una posición que habrá de caracterizar, por su nacionalismo proyectivo y su populismo a los sectores falangistas, hasta el punto de que pueda afirmarse la existencia de dos proyectos claramente diferenciados. Tan claramente que la dinámica de su confrontación es la que llega a caracterizar las crisis del régimen y su propia evolución histórica. El dominio inicial del falangismo habría permitido una fascistización de los sectores procedentes de los círculos contrarrevolucionarios que aceptaron con entusiasmo declararse no solo fascistas, sino *más* fascistas que regímenes como el italiano —una actitud en la que José Pemartín, según mi opinión, no andaba demasiado errado—, tratando de hacerse con las formulaciones que habían sido propias del fascismo en la etapa republicana —especialmente la reivindicación imperial—, mientras el falangismo trataba, en peores circunstancias doctrinales, de hacerse con los principios de un españolismo tradicionalista que permitiera integrar el nacionalismo de raíz histórica en un proyecto radicalmente dirigido hacia los factores palingenésicos propios del fascismo. Esta posición, como se sabe, ha sido expuesta del modo más coherente por Ismael Saz[204], teniendo la virtud de plantear los debates internos del régimen como un proceso en el que genealogías nacionalistas de distinto carácter van ocupando posiciones de poder y van adaptando su propio discurso en contacto con el contrario y de acuerdo con una voluntad de absorción y traducción que se atenga a las necesidades de un grupo que irá consolidándose a medida que se aleja el final de la guerra civil. Esta posición ha tenido el mérito, además de su exigencia intelectual, de establecer un proyecto del régimen que iba mucho más allá de su duración, destrozando los esfuerzos de un sector de la elite franquista de

reconstruir su pasado aludiendo a la ausencia de unos objetivos institucionales definidos o un proyecto de sociedad acordado entre los componentes de una presunta coalición de circunstancias.

Sin embargo, creo que esta posición no explica el punto central del desarrollo político español, que es la cohesión *en torno a un proyecto* que difícilmente puede calificarse de otro modo que fascista. La confrontación entre sectores populistas y elitistas fue un elemento constante en la dinámica de la Alemania nacionalsocialista, como no dejó de serlo la línea que separaba a los sectores que hacían más hincapié en los elementos de modernización técnica e ideológica que en los aspectos tradicionalistas e incluso arcaicos del discurso nazi. Como sucedió en Italia, cuando se produjeron debates en líneas semejantes, relacionadas con el ruralismo o el "urbanismo" de la utopía fascista, o cuando se defendieron modelos de representación política organizados desde la base a través de la organización de las unidades de producción, o se mantuvo la voluntad de un Estado totalitario más próximo a posiciones tradicionales que alejaran a las masas de una participación en la política que no les correspondía. Del mismo modo, la dependencia del partido con respecto al Estado o la supremacía de la idea de comunidad sobre una institucionalización que no desea definirse habrá de separar no solo a dirigentes políticos, sino a los teóricos que tratan de fundamentar las formas de un totalitarismo que resultaba inédito en el derecho político o la filosofía del derecho. Por otro lado, es difícil aceptar que nos encontremos ante dos corrientes capaces de fijarse en dos proyectos plenamente conscientes de su necesidad autónoma de conquista de un Estado que ya ha puesto sus fundamentos en la guerra civil. Deberíamos referirnos a una visión probablemente más esclarecedora de las divergencias que se daban en aquellos primeros años del movimiento y del régimen refiriéndonos a una *pluralidad* que no puede entenderse como *dualidad*, y que contiene conflictos profundos en cada uno de los sectores considerados idealmente. La tesis, además, puede eludir una adhesión al régimen en su conjunto por quienes no estaban formulando un proyecto nacionalista alternativo al de otro grupo, sino que se sentían

miembros de un mismo partido o movimiento —y, sobre todo, funcionarios de un mismo Estado— habiendo ingresado en una cultura que hacía de su reclamación de unidad un principio que no excluía la pluralidad, pero que sacrificaba cualquier fórmula de antagonismo.

Ese punto nos puede permitir, a la vez, la comprensión de la evolución específicamente española, su vinculación necesaria al fascismo y la revocabilidad de esta posición, circunstancia que obedece a la crisis de los regímenes fascistas europeos y a la reflexión que se producirá —y no solo por afán de supervivencia— en el seno de la elite intelectual del régimen. No acepto que el carácter revocable del régimen sea una prueba de su carácter fascistizado, pero no fascista, porque esa misma posibilidad evolutiva halló un escenario muy distinto en aquellos casos con los que podemos establecer la necesaria comparación, incluyendo la delicada cuestión de definir como fascistas o no a quienes propician la caída de Mussolini en 1943. Creo que la evolución ideológica del régimen puede verse de otro modo, que nos permite detectar una importancia distinta del catolicismo en la definición del proyecto fascista español de forma inicial, y que servirá para que los mismos sectores de la elite académica que han propiciado esta necesidad de definir el carácter singular del totalitarismo español sean los responsables directos de un alejamiento de las experiencias fascistas a partir de 1943. Se establece aquí una interesante cuestión sobre la continuidad y radicalización de las elites universitarias españolas y su disposición a aceptar, desde una afirmación inicial de la crisis definitiva del Estado liberal, la búsqueda de una vía nacional propia —y, por tanto, católica— que encuentre en un nacionalsindicalismo de inspiración cristiana la base ideológica del totalitarismo español. En esta línea se encontraría la labor desarrollada fundamentalmente por Legaz Lacambra y Francisco Javier Conde, pero a ella debería sumarse una actitud generalizada en los medios conservadores —aun cuando Conde tenga una formación inicial distinta — de raíz católica en el periodo republicano. Se trata de un aspecto esencial de la fascistización, porque implica la responsabilidad de intelectuales que no habían militado en el fascismo republicano a la hora

de definir el nacionalsindicalismo español como una vía al totalitarismo específica de nuestro país[205]. La obra de los autores citados, sumada a la tarea que se desarrollará por muchos otros —Lojendio, Ruiz del Castillo, Beneyto, Corts, Maravall— fue destinada a plantear que el Estado español se apartó de las modalidades europeas desde los inicios de la Edad Moderna, ofreciendo en los albores de los años cuarenta las condiciones para que España obtuviera un camino hacia la formación del Estado totalitario que se hallaba sedimentado en los yacimientos de la literatura política de la época imperial. La reivindicación de la neoescolástica como el "pensamiento político español" permitirá tanto la integración en un solo discurso antiliberal que reconoce sus afinidades electivas en Europa, como puede rechazarlas cuando han fracasado, manteniéndose como una semilla que debe continuar legitimando el carácter justo de la guerra civil española, por su propósito de establecer un Estado basado en los principios defendidos por nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII. En ese punto se realizará una síntesis ideológica que no supera la necesidad coyuntural de un combate contra el adversario común y que se desmarca de la existencia de las dos propuestas planteadas como alternativas. Lo que se expuso por parte de este derecho político o filosofía del derecho nacidos al calor de la crisis del Estado liberal y de la insuficiencia de las respuestas que se le habían dado era la construcción de un sistema de representación política —o, como lo plantearía, Conde, de "reconstrucción de lo político"— definitivamente opuesto a modelos externos al ser de España. Con ello, la revolución experimentada en el trance constituyente de una guerra civil pasaba a fabricarse institucionalmente como descubrimiento y nueva valoración de una identidad nacional que había llegado a construir un ideario propiamente español y esencialmente católico, que fue aislado del desarrollo constitucional del Estado moderno europeo. Con orgullo, Conde podía indicar en 1942 que "el español de hoy cuenta entre sus posibilidades con una que desde hace siglos ha perdido el europeo: la de ser movilizado desde la raíz por lo religioso. […] ¿Por ventura tendrá ella [España] la posibilidad de un nuevo modo de comunidad política? ¿No

estará llamada a pronunciar la primera voz ordenadora del futuro?"[206].

El pasado español pasaba a leerse como el descodificador de un proyecto colectivo para el discurso nacionalista que se apartaba de la posición meramente contrarrevolucionaria del tradicionalismo político del siglo XIX, aunque todos los intelectuales fascistas españoles reivindicaran esta última posición política —la de Donoso, la de Balmes o la de Menéndez Pelayo— como propia[207]. La síntesis podía ser denominada nacionalcatolicismo, siempre y cuando este pueda presentarse como una versión española del movimiento fascista europeo[208]. La acción de los intelectuales católicos se resuelve en una articulación política del proyecto nacionalsindicalista que es realizada en su forma más tajante por una elite de catedráticos católicos que han participado activamente en la crítica generalizada al Estado liberal que se produce en Europa, y que están perfectamente preparados para establecer el lugar que ocupa la genealogía del "pensamiento español" en esos esfuerzos de superación. La familiaridad con las doctrinas elaboradas en el exterior por Kelsen, Heller, Del Vecchio, Hauriou o Schmitt son objeto de la investigación académica de quienes pasan a inspirarse en una comparación entre los debates de sus colegas alemanes e italianos con una tradición que parece contener todas las características favorables. El pensamiento de la etapa imperial puede considerarse ya como algo muy distinto al examen erudito de la filosofía del derecho, para inspirar no solo el conocimiento de lo que ha sido la tarea de España en su misión histórica legitimadora de su historia y corroborada gloriosamente en la guerra civil. Pasa a ser el marco teórico sobre el que se construye una modernidad española, católica, que da un sentido específico y universal al proyecto político que se formula. El nuevo Estado pasa a ser congruente con la crisis de un régimen al que la tradición católica española siempre dio la espalda: es lógico que la síntesis nacionalsindicalista se base en ese reencuentro entre modernidad y tradición que implica la actualización de la doctrina neoescolástica.

Estas aportaciones podían considerarse las de una elite más o menos desconectada de la política que se dictaba desde el nuevo Estado. En este

punto, el Fuero del Trabajo puede reivindicarse como una declaración de principios pedida y rubricada por Franco que, como lo demostró la abundancia de textos publicados para comentarla, expresaba la síntesis entre distintas posiciones políticas que sentían el Movimiento Nacional como una opción compartida[209]. Lo importante es que tal síntesis se producía como resultado de la acción directa del caudillo y se presentaba en forma de una solemne declaración, con rango de decreto, pero al que podía adjudicarse el rango de un inicio de proceso constituyente, como no dejó de hacer el concienzudo Legaz Lacambra. Hoy sabemos que se trataba de la primera de las Leyes Fundamentales que el régimen iba a aprobar, algo que no podía preverse en la primavera de 1938. El texto, cuyo preámbulo se refería a la voluntad de continuar la tradición católica del Imperio español, disponía de elementos tan modernizadores como el de una nueva concepción de la unidad de empresa y del sometimiento de la economía a la política, conviviendo con elementos tradicionales como el estímulo de los gremios o la exaltación de la familia. El establecimiento de los sindicatos verticales podía verse como aquello en lo que el nacionalsindicalismo había podido ir por delante del fascismo italiano, precisamente gracias a las condiciones de guerra en las que se había redactado el decreto. Pero, además, podía plantear una idea de superación de las relaciones de clase y el establecimiento de una comunidad de trabajo que parecía más vinculada al modelo alemán que al italiano, desterrando cualquier principio contractual, un factor que luego habría de modificarse y que fue objeto de debates duros entre quienes comentaron el Fuero[210]. En todo caso, incluso tales diferencias mostraban, en el nivel de la legislación, la voluntad de organización del nuevo Estado de un modo satisfactorio para las diversas corrientes que se habían integrado en el Movimiento Nacional y en plena coherencia con lo que suponía la construcción de un régimen cuyos referentes explícitos se encontraban en las potencias fascistas en el momento de analizar el primero de los grandes textos de la "constitución abierta" franquista.

Conceptos como el de nación, patria o comunidad, en un sentido tradicionalista o proyectivo, se pensaron al calor de aquello que había

sido defendido en la guerra civil: un determinado *ser de España* a recuperar a través de la revolución nacional, que encontraba en los cauces del nacionalsindicalismo la forma más plena de su capacidad integradora y de su resistencia de futuro, así como de su congruencia con lo que se presentaba como una nueva política europea que parecía dar la razón a las reivindicaciones tradicionales del pensamiento neoescolástico español, su defensa del Estado finalista, su antimaquiavelismo, su visión orgánica y jerarquizada de la comunidad que pasaba a encontrar una orientación precisa, por medio del reencuentro con una esencia que no era el pasado, sino la *perennidad* española. La visión puramente proyectiva es una construcción ideal, que no tiene en cuenta hasta qué punto en el falangismo originario y, mucho más, en el partido unificado, no existía más España que aquella que era fiel a una forma de ser en la historia, esa España que había cumplido una misión universal a la que había sido convocada de nuevo por la guerra civil. La "comunidad de todo el pueblo" que había defendido Ledesma podía incorporarse con ánimo tranquilo a la unidad de la patria que se proclamaba solemnemente en el Fuero del Trabajo como vinculación social de todos los productores organizados en sindicatos al servicio del Estado y cuyos cargos dirigentes se aseguraban a las jerarquías del partido. Esta nación no había sido solo teorizada y alertada contra su decadencia o las amenazas que se cernían sobre ella: había sido experimentada en el prolongado proceso de socialización de la guerra civil. Para todos aquellos que combatieron, el escenario irrepetible de la guerra suponía la posibilidad de definir y llevar adelante la revolución nacional *al mismo tiempo* que se construía el Estado, en una conquista del poder que en ningún otro proceso se hizo de un modo tan violento, radical y unificador. Como en ningún otro lugar había de mostrar, junto a ese espíritu unitario, que tal fusión representara la toma de conciencia de una crisis histórica nacional y de las responsabilidades profundas que esta exigía.

LAS PECULIARIDADES DEL FASCISMO ESPAÑOL

FERRAN GALLEGO Y FRANCISCO MORENTE

Las diversas perspectivas historiográficas que se han acercado a la crisis española de los años treinta, a la guerra civil y a la formación del régimen franquista han solido compartir un punto de vista hegemónico. Los estudios académicos han examinado este proceso, normalmente, destacando su aspecto singular, como si lo que quisiera remarcarse es la existencia de un *Sonderweg* español. La lógica de este "camino especial" obedecería menos a las condiciones de la crisis de la democracia y el ascenso de los movimientos y regímenes fascistas continentales que a las raíces peculiares de los conflictos que destruyeron la experiencia de la Segunda República en España. A esa misma valoración ha correspondido la escasa atención al fascismo español en la historiografía europea y estadounidense. Ya en los primeros estudios realizados a comienzos de los años sesenta del pasado siglo, empezando por el libro pionero de Stanley Payne[211], se fue afirmando su carácter extremadamente minoritario en el seno de la movilización de las fuerzas antirrepublicanas y, por tanto, su escaso relieve en la constitución del régimen creado en el fragor de la guerra civil.

Ambas apreciaciones —el carácter "interno" de la crisis y la

irrelevancia del fascismo español— fueron expresándose en una amplia variedad de análisis, cuyas posiciones distaban mucho de ser idénticas, aunque todas confirmaran el carácter complementario de los dos elementos. La caracterización de la crisis española de los años treinta se realizó poniendo énfasis en la singular resistencia de la sociedad española a la modernización experimentada por los países más avanzados de Europa en el medio siglo anterior a la Gran Guerra. Una especial preferencia por las propuestas intelectuales regeneracionistas de finales del XIX, entendidas de forma literal por hispanistas extranjeros e investigadores españoles, reiteró las reflexiones acerca de la débil nacionalización española y la escasa constitución de un Estado liberal parlamentario representativo. A ello se sumaba una visión de la España de Alfonso XIII que destacaba su atraso económico, las estructuras arcaicas, ineficientes e injustas de una economía predominantemente rural, el inmovilismo de las circunstancias sociales y culturales, así como la poderosa presencia de un bloque oligárquico identificado con el pensamiento conservador más intransigente. Los análisis del desarrollo europeo previo a la Gran Guerra habían desestimado la importancia de los elementos del antiguo régimen que sobrevivieron al fin del conflicto, explicando algunas de las inercias ideológicas del periodo de entreguerras. La caracterización de la España del mismo periodo pareció adoptar una deformación opuesta, al ignorar los factores de una modernización iniciada en la primera etapa de la Restauración, y prolongada en el reinado de Alfonso XIII, cuya expansión sirve incluso para justificar la revolución democrática de 1931 y su amplia base social de apoyo.

Este atraso era el que parecía explicar la escasa importancia del fascismo en España, al haber sido ocupado su espacio de crecimiento por fuerzas de carácter ultraconservador más congruentes con el paisaje social de los años de entreguerras. Tal bloqueo no aparecía como un producto de circunstancias políticas contingentes, sino de la carencia de las dinámicas de modernización que en Europa habían contemplado el nacimiento y expansión de los movimientos fascistas. De este modo, el

lugar que en el continente había ocupado el fascismo como sujeto hegemónico de la destrucción de la democracia, en España había sido ocupado por fuerzas políticas relacionadas orgánicamente con un amplio espacio social conservador, representando la hegemonía de los sectores que en la España del siglo XX continuaban representando mentalidades, intereses y estructuras arcaizantes. La guerra civil, resultado del fracaso del golpe de Estado por la resistencia armada del republicanismo, se presentó, así, como una alternativa autoritaria al fascismo, una posición liderada por los estudios de Juan José Linz y Javier Tusell[212]. Su escenario fue visto como el de la constitución de un poder político vertebrado por la coalición de diversas fuerzas de la extrema derecha española y sectores conservadores radicalizados en los meses previos a la sublevación. Falange Española experimentó un crecimiento de aluvión, procedente de sectores reaccionarios que desnaturalizaron su identidad política, mientras la muerte de sus jefes fundacionales la privaban de la autonomía, el vigor y la claridad doctrinal que podía haber opuesto a la tendencia a la unificación de todos los sectores sublevados bajo la dirección indiscutible del Ejército y el caudillaje del general Francisco Franco. La amalgama se organizó con las siglas de Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET-JONS) en 1937, pero la utilización del nombre y el programa de Falange no significó, desde este punto de vista, la conquista del poder por el partido fascista, sino la integración subordinada de su militancia en una organización heterogénea y la sumisión de sus propósitos a los del nuevo Estado dirigido por una coalición reaccionaria cuya doctrina consistiría en un nacionalismo católico tradicional, progresivamente alejado de la ortodoxia fascista del nacionalsindicalismo. Incluso si se aceptaba la importancia de las estructuras del partido en el nuevo régimen, FET-JONS era considerado una organización distinta a un partido fascista, y las condiciones europeas que siguieron a la derrota de las potencias del Eje permitieron que la retórica y los rituales de aire fascista que había exhibido el partido único en sus inicios fueran siendo desdeñados, en favor de una orientación del falangismo hacia posiciones de un autoritarismo socialcristiano, mientras

la hegemonía en la coalición gobernante iba siendo ganada por los sectores más vinculados al ideario nacionalcatólico de la extrema derecha de la etapa republicana o, como lo indicó Glicerio Sánchez Recio, constituyéndose sobre una coalición reaccionaria de sucesivas hegemonías[213].

Desde los años ochenta del pasado siglo, la inserción de la crisis española en el desarrollo social y político de la Europa de entreguerras se normalizó en una historiografía cada vez más competente para plantearse los problemas de la historia de España en una perspectiva continental. Las simplificaciones de la literatura regeneracionista y de una historiografía deudora de sus apreciaciones se modificaron, siendo sustituidas por una más exacta valoración de los procesos de modernización social, cultural y económica vividos por la España de la Restauración, que se manifestaron en toda su plenitud en los conflictos políticos experimentados durante la Segunda República. Como en la entera trayectoria de la Europa central y occidental, la radicalización ideológica, la violencia política y la progresiva bipolarización del país en un escenario de antagonismos que culminaron en la guerra civil, no se vieron ya como el producto de un singular arcaísmo o como el conflictivo encaje de algunos proyectos de modernización en un espacio sustancialmente atrasado. Se contemplaron, en cambio, como las manifestaciones nacionales, peculiares pero no extravagantes, de un ciclo histórico en el que se incrustaba la experiencia de España, y que era el de las revoluciones democráticas de la primera posguerra mundial y el de los acelerados procesos de nacionalización de masas que los acompañaron, incluyendo la alternativa representada por los movimientos fascistas. Tal fue la línea en la que empezaron a trabajar Javier Jiménez Campo y Ricardo Chueca, y que sería continuada, en sus respectivas historias de Falange, por José Luis Rodríguez Jiménez, Sheelagh Ellwood y Joan Maria Thomàs[214]. Desde la última década del siglo XX, esta reflexión se acompañó del énfasis puesto en la singularidad cultural del fascismo, en la importancia de su identidad política e ideológica, que superó una visión puramente instrumental, de mera "función social" del

fascismo y que permitió afinar el perfil de sus propuestas específicas frente a las del nacionalismo reaccionario, una posición inspirada y cohesionada, en buena medida, por los trabajos de Roger Griffin[215]. El conocimiento más profundo de las instituciones centrales, locales y sectoriales del régimen franquista hizo que se matizara la visión de una Falange políticamente marginal y doctrinalmente desfigurada, resaltando la importancia de la doctrina nacionalsindicalista en la definición del nuevo régimen. Y, naturalmente, demostrando el peso de instituciones originadas en la concepción fascista del Estado en la construcción del orden político constituido durante la guerra civil. A las visiones del franquismo como una coalición reaccionaria, Ismael Saz opuso una caracterización que fue obteniendo un considerable consenso académico, la del franquismo como un régimen "fascistizado", entendiéndose por ello un sistema de dominación en el que la cultura política del fascismo desempeñaba un papel permanente, en conflicto continuo con otras culturas políticas y, fundamentalmente, con la que procedía del nacionalismo integral monárquico y tecnocrático de la época republicana.[216] Finalmente, las aportaciones de algunos historiadores británicos e italianos como Paul Preston, Alfonso Botti, Luciano Casali o Enzo Collotti ayudaron a acabar de situar plenamente el caso español en el contexto de la crisis europea de entreguerras y, en algún caso, pusieron de manifiesto la importancia del catolicismo como elemento definidor del fascismo español[217].

En cualquier caso, lo que ha llegado a normalizarse en el mundo académico español es que la parábola histórica del franquismo es incomprensible sin insertar su nacimiento en la experiencia fascista europea. La presencia del fascismo se considera, por tanto, fundamental en las dos acepciones de la palabra: en su carácter indispensable para analizar la trayectoria del franquismo y en su perfil fundacional en la constitución del nuevo Estado. Una presencia que, además, no se refiere solo a los aspectos simbólicos y doctrinales, sino que se establece en los espacios de control social, de movilización y encauzamiento de las masas, de construcción del sistema educativo, de encuadramiento de la juventud,

de edificación de canales de representación, de formación del aparato sindical, de articulación de poderes locales y de fijación de tramas clientelares en todos los niveles de un sistema de poder moderno.

El régimen constituido en el escenario de la guerra civil fue capaz de superar las condiciones difíciles de la derrota de las potencias del Eje, perdurando hasta la muerte, en noviembre de 1975, del dictador que se había erigido en jefe del Estado, jefe del partido y generalísimo de los ejércitos en los inicios de la contienda. Sin embargo, la supervivencia a la que hace mención el título de este libro[218] no se refiere a una mera inercia, sostenida solo gracias a los efectos devastadores de la guerra civil y el exterminio político de los vencidos. La legitimación de la victoria fue algo permanente. Actuó siempre en su doble aspecto de comunidad de vencedores y de terror sobre los vencidos, impulsados ambos a través de una larga memoria intergeneracional y por medio de los recursos de propaganda y represión, en un sistema político de singular eficacia, tanto en los elementos de movilización y control social como en los instrumentos de exclusión y construcción del miedo. Pero esa persistencia, cultivada como una tradición visible y una actualización constante de las condiciones fundacionales del régimen, no implicaron una incongruencia entre el Estado y la sociedad española en los años en los que el mundo vivía el resultado de la derrota de las potencias del Eje y experimentaba la división en bloques de la Guerra Fría. El franquismo sostuvo una relación orgánica con la evolución de la España de la posguerra hasta sus instantes finales. Era un régimen antidemocrático, pero no incongruente con la sociedad que dominaba. Fabricó un sistema político y unos mecanismos de control social perfectamente adaptados a los objetivos iniciales del nuevo Estado, pero que se articularon bien en la consolidación de su dominio a lo largo de cuatro décadas. *The Last Survivor* no hace referencia a una reminiscencia intacta de los regímenes fascistas de entreguerras, resistiendo de forma aislada y sin representar en sus propias instituciones la dinámica de la sociedad española en los años de la posguerra. Quiere indicar, por el contrario, cuáles fueron las características de un sistema singular, sustancialmente relacionado con

los tiempos en que el fascismo era la forma en que se organizaron amplios sectores de la clase media europea, en duros procesos de militarización de la vida política, experiencias de violencia de masas, propuestas totalitarias frente a la crisis del Estado liberal y proyectos nacionalistas de integración social como alternativa a las fracturas sucesivas de la primera posguerra mundial. Propone analizar el modo en que tales orígenes vinculados necesariamente a la época del fascismo fueron desplegándose en tiempos en que el fascismo había dejado de tener operatividad como proyecto representativo de los sectores que cohesionó en el periodo anterior a 1945. Quiere explicar cómo se produjo la transición de un régimen formado en el fascismo a un sistema en el que se mantuvieron elementos esenciales de su arquitectura institucional originaria, pero que fue renunciando a algunos aspectos que fueron perdiendo su congruencia con las condiciones de la sociedad española de las dos últimas décadas del franquismo: la movilización militarizada de las clases medias, la impregnación de la vida social por una tensión doctrinal permanente, la ausencia de espacios de privacidad en los que la burguesía española podía gozar de una impresión de relajación apolítica y de socialización a través de las nuevas formas de consumo, liberalización limitada del ocio y pérdida del vigor militante de la vida pública. Si el prestigio amenazador de la victoria continuó actuando hasta el final —incluyendo la torva alusión a su recuerdo, cuando el artífice de la reforma política de 1976, Torcuato Fernández Miranda, anunció el asesinato del almirante y presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, en 1973, advirtiendo que los españoles no habían olvidado la victoria—, en los años sesenta fue travestida en su aspecto de una paz que se convirtió en eficaz instrumento de la propaganda del régimen en una de las campañas más exitosas de Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo en aquel 1964: los 25 años de paz. La simultaneidad de los dos factores, la paz y la victoria —y la paz como resultado de la victoria del único bando de la guerra civil que podía proporcionarla—, debe considerarse también en la sucesión propagandística y la percepción social de una España que había evolucionado al compás de los cambios

experimentados en un régimen inexplicable sin sus raíces fascistas.

Esta supervivencia, sin embargo, es la que ha sido presentada como prueba de que el franquismo, incluso desde su proceso de formación, no puede considerarse una experiencia nacional del fascismo europeo. Dado que los regímenes y de los movimientos fascistas fueron expulsados del poder y desactivados como proyecto político representativo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la permanencia del franquismo parecía demostrar que el Estado constituido en la guerra civil española, aunque tuviera algunos elementos de semejanza circunstancial con el fascismo, no podía considerarse un miembro más de la familia fascista europea. Considerando que no hubo solución de continuidad en la historia del franquismo, sino la evolución conflictiva del sistema político creado a partir de la sublevación de 1936, el único modo de explicar la naturaleza del régimen en sus dos últimas décadas de existencia fue negando que pudiera caracterizarse como una forma más de fascismo ya en sus orígenes. Los historiadores que señalaban que la victoria de 1939 fue alcanzada por una coalición de fuerzas reaccionarias, en las que el fascismo era un elemento secundario y progresivamente alejado del poder, no tenían ninguna dificultad para seguir afirmando el carácter autoritario, nacionalista, militar, clerical y tecnócrata del régimen hasta su crisis final en los años setenta. Quienes mantenían que el fascismo era un componente indispensable en los momentos fundacionales del franquismo, pero una tendencia, cultura o clientela que perdió espacios de poder hasta convertirse en una fuerza minoritaria o insignificante en el tramo final del sistema franquista, han podido limitarse a describir los enfrentamientos entre la cultura fascista y otros espacios reaccionarios en el seno del régimen, siendo la derrota del fascismo la que permitiría comprender el funcionamiento y la imagen política del sistema franquista desde mitad de los años cincuenta.

Nuestra posición es distinta. Sostenemos que el régimen esbozado durante la guerra civil, y plenamente instaurado con la victoria de los sublevados en 1939, debe ser considerado una experiencia más en el desarrollo del fascismo europeo. Una experiencia que solamente puede

comprenderse en el campo de fuerzas propias de una singularidad nacional, pero que adquiere su plena eficacia significativa al analizarse como parte de un ciclo continental, plenamente incorporado en la construcción de un movimiento y un régimen fascistas. En realidad, una mera cuestión de método obliga a considerar que el debate para identificar el lugar del franquismo en la crisis europea de los años de entreguerras no puede reducirse, como tan habitualmente se ha hecho, a una discusión acerca del franquismo, sino que siempre es, en el fondo o explícitamente, un debate acerca de la experiencia fascista en su totalidad. No es extraño que las impugnaciones más sólidas del carácter fascista del franquismo se hayan hecho mediante la revisión de las categorías políticas con las que se han venido caracterizando las alternativas contrarrevolucionarias a la democracia desde la Gran Guerra. Es en este campo más amplio donde la perspectiva adquiere su plena capacidad para analizar lo que creemos que resulta de mayor vigor significativo como concepto y como experiencia social al mismo tiempo: el proceso de fascistización. Y es en este espacio de contemporaneidad, de comparación entre ritmos y despliegues nacionales, donde las discrepancias pueden resultar más esclarecedoras.

Lo son, en primer lugar, para señalar que frecuentes objeciones al carácter fascista del régimen de Franco, y en especial la que se refiere a la heterogeneidad de sus ingredientes políticos, podrían afectar a la definición misma no solo de Estados fascistas, sino de lo que hace años fue conocida como la fase del "fascismo-movimiento" en oposición al "fascismo-régimen" en toda Europa. La infravaloración de los conflictos internos y de las dinámicas de acumulación de fuerzas en la constitución del partido fascista como movimiento nacional es solo un aspecto de esta cuestión. Quienes rechazan el carácter fascista del franquismo suelen manifestar la equivalencia del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano, reconociendo en ellos los dos únicos sistemas de poder estatal que el fascismo organizó en Europa. Esta equiparación ha sido negada por un sector notable de la historiografía; así, y con argumentos no necesariamente coincidentes, autores de la talla de Renzo De Felice, Karl

Dietrich Bracher o Zeev Sternhell fueron trazando en sus trabajos una separación radical de las experiencias nazi y fascista[219]. Pero esa equiparación, y ello es especialmente importante, fue denunciada también por los protagonistas contemporáneos. Recordemos que José Antonio Primo de Rivera, al afirmar su propio fascismo, distinguió entre el régimen de Mussolini y el de Hitler, advirtiendo que este último era "antifascista". En Italia y Alemania se produjeron reticencias muy similares, referidas a aspectos muy diversos de las dinámicas propias de cada movimiento y de cada régimen. No solo procedieron de las actitudes de algunos núcleos del fascismo italiano en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. También estuvieron presentes en las críticas al "fascismo" de Hitler por parte de algunos sectores *völkisch* —que identificaban el fascismo con el liderazgo absoluto del líder— y, más tarde, por parte de algunos sectores de las SS, que vieron en el fascismo italiano una forma indeseable de imposición del Estado sobre la comunidad racial. En la reducción del fascismo a estas dos experiencias de Estado se vulneran percepciones importantes de los protagonistas de ambos. Pero, además, por ese camino podría llegarse a la situación que Tim Mason denunciaba en el último de sus trabajos, al alarmarse por la escasa utilización del término *fascismo* para aludir a la experiencia nacionalsocialista: podría deteriorarse un útil instrumento de la ciencia social, por la vía de establecer un nominalismo individualizador de cada una de las variables de un mismo ciclo, achacando a todas ellas una naturaleza distinta[220]. El concepto teórico y la experiencia social pasarían a desvanecerse, siendo sustituidas por la reducción de cada proceso a su dinámica puramente nacional. Todo ello resulta dañino para la elaboración de categorías con las que podamos operar en nuestro trabajo. Pero, sobre todo, es letal para el conocimiento de cómo ocurrieron las cosas en la realidad histórica que deseamos narrar con la mayor precisión posible.

Tim Mason rechazaba, en ese mismo trabajo y con no menos energía, una tendencia a la liquidación del concepto del fascismo por los excesos del lenguaje. Y es este un segundo aspecto en el que el debate sobre una

experiencia internacional cobra mayor fuerza y provecho. Con frecuencia se reprocha a quienes consideramos que el franquismo fue un régimen fascista una presunta inclinación a considerar que toda forma de reacción, de conservadurismo o de sistema político autoritario de derechas puede identificarse con el fascismo. Estamos muy lejos de vernos reflejados en esa deformación de nuestras posiciones. Entre otras cosas, porque no se entendería muy bien por qué insistimos en ese debate si, a fin de cuentas, poco nos importa la distinción entre cualquier forma de nacionalismo reaccionario, conservadurismo cultural y fascismo. Por el contrario: es nuestro deseo de analizar mejor el perfil concreto de la experiencia fascista el que nos lleva a distinguir el fascismo del régimen de Franco de su habitual inserción en una variable más de la extrema derecha europea. Lo que ocurre es que nuestra distinción entre el fascismo y otros proyectos o regímenes ultraderechistas no se realiza por la vía de una idealización de la experiencia social fascista que, de hecho, la sitúa en la "tercera posición" en la que los doctrinarios del fascismo europeo —y, por cierto, del franquismo también— desearon presentarse ante la opinión de sus contemporáneos y ante la historia. No consideramos que cualquier forma de contrarrevolución sea fascista. Pero sí creemos que cualquier forma de fascismo es contrarrevolucionaria. Para nosotros, como para los liberales, demócratas, libertarios, socialistas y comunistas que lo comprendieron como adversario a batir, el fascismo no fue una revolución alternativa, sino una alternativa a la revolución. Se instaló siempre en el territorio de la extrema derecha y, a veces, consiguió hegemonizar el campo de resistencia a la revolución democrática y a las estrategias reformistas o revolucionarias del movimiento obrero, tal como fueron planteadas en la Europa de la primera posguerra.

De esta afirmación se deriva un tercer aspecto que ayuda a vertebrar esta discusión. El fascismo es una ideología y un movimiento social. Es una doctrina y un proyecto político. No consideramos, por consiguiente, que el fascismo sea una mera cultura irrelevante, destinada a legitimar mediante un juego de recursos simbólicos y mitologías movilizadoras lo que, en el fondo, no es más que una vía para restablecer una dominación

de clase cuestionada. Nuestra trayectoria investigadora da fe de la atención que hemos venido prestando a los aspectos ideológicos y culturales del fascismo, incluso defendiendo estas cuestiones frente a un abundante sector de la historiografía que, con independencia de su definición del régimen franquista, consideran que estas cuestiones son, si no irrelevantes, sí secundarias. Pero tampoco creemos que el fascismo sea explicable en perspectivas más discursivas que estratégicas, más doctrinales que políticas, más simbólicas que institucionales. Como experiencia social y política, aunque también como propuesta cultural, el fascismo tuvo que asentarse en unos espacios sociales concretos, en ámbitos generacionales, en lugares que se identificaban con tradiciones culturales, con formas de reconocimiento colectivo, con creencias peculiares. Este entramado no era una realidad inmóvil, sino una experiencia de vida social, que debe vincularse a lo que Edward Thompson entendió como una clase en constante proceso de formación y toma de conciencia[221]. A esta perspectiva corresponde nuestra afirmación de que el fascismo es inseparable de los proyectos contrarrevolucionarios europeos en el periodo de entreguerras. Su idea de la revolución expresa con singular eficacia una aspiración a hegemonizar un amplio espacio antidemocrático en las circunstancias concretas que siguieron a la Gran Guerra y, muy especialmente, en el ciclo iniciado en los años treinta. Su voluntad de romper el orden social existente, su culto a la violencia, su carácter militarizado, su mística de combate y su inclinación al escenario de la guerra son transformadores, sin duda. Pero en ellos existe más ambición totalitaria para la nacionalización de las masas que proyecto revolucionario para implantar esa comunidad popular sin conflictos que idealizó en su propaganda. Eso no supone eliminar el sujeto fascista de nuestra reflexión. Implica recalificarlo y aspira a precisarlo. No lo difumina, sino que trata de conocerlo como experiencia cuyos contornos fueron, en su experiencia social, menos rígidos de lo que fijan ciertas taxonomías. De hecho, impuestas con sus rotundos límites en la dinámica real de la historia habrían impedido que el fascismo llegara a construir un movimiento nacional, lo que era su principal aspiración ideológica,

además de la única estrategia pragmática para alcanzar el poder.

Una cuarta apreciación permite perfilar mejor el concepto y las condiciones sociales que nos parecen fundamentales en este análisis, referidas al proceso de fascistización. Como movimiento político y como propuesta cultural, el fascismo no se limita a ser una corrección táctica de la extrema derecha tradicional. No es, en contra de lo que dijeron algunos de los representantes del nacionalismo reaccionario, la mera "técnica" de la contrarrevolución. El fascismo es una versión concreta, un proyecto político determinado, en el despliegue de la contrarrevolución propio del ciclo político de la primera posguerra. Su nacimiento y desarrollo precisa de un previo y simultáneo impulso reaccionario, una movilización nacionalista de diversos tonos y procedencias, que se opone a las revoluciones democráticas producidas tras la Gran Guerra y que responde con alternativas autoritarias a la crisis del Estado liberal. La diversidad de las condiciones de esta crisis se manifestará en el diverso ritmo y carácter de los movimientos fascistas nacionales, que también se construirán atendiendo a las tradiciones culturales en que se inspiran las identidades nacionalistas de cada país. La aspiración a la creación de un Estado nacional, en el caso de Italia; la insistencia en los elementos de carácter comunitario y racial en el alemán; la potencia del discurso republicano popular en Francia; la importancia del catolicismo y su identificación con la idea de España, son solo algunos de los elementos de diversidad que se refieren a aspectos de largo plazo y de referencias culturales profundas en cada experiencia nacional del fascismo. Pero a estos factores, que pudieron ser canalizados de formas muy distintas en cada caso, deben añadirse las circunstancias políticas en cada sociedad, las correlaciones de fuerzas, la capacidad de incidencia de cada propuesta política, la contingencia de situaciones poco controlables por los sujetos en presencia.

Unas y otras cuestiones dieron lugar a la existencia de tan amplia diversidad en un mismo ciclo histórico. Pero hay un elemento común, que nos permite indicar el punto más fértil para el análisis del fascismo español y europeo. El fascismo solo puede brotar en un campo de

radicalización y de reforzamiento del conjunto de la contrarrevolución. El proceso de fascistización no consiste en la proyección del ideario y el estilo de un fascismo cuya doctrina y cuyo proyecto están ya perfectamente fijados en los momentos fundacionales de cada partido nacional. El partido fascista sufre, en su propio despliegue histórico, una permanente adaptación a la dinámica del conjunto del espacio contrarrevolucionario, que deriva de sus esfuerzos por obtener la hegemonía en su seno. El fascismo, como movimiento nacional que ha logrado ser representativo del conjunto del espacio contrarrevolucionario, es el producto del proceso de fascistización, no su causa. El Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) pasó de ser un pequeño círculo de agitación nacionalista local a convertirse en un movimiento fascista que representaba fundamentalmente a los sectores de la clase media devastada por el proceso de modernización de mediados de los años veinte y por la Gran Depresión de los treinta. Sus principios ideológicos fundacionales se mantuvieron, pero alterando la relación que se sostenía con unos sectores sociales que habían sostenido compromisos políticos alejados del NSDAP hasta la crisis de 1930-1932. La fascistización de amplios sectores de las clases medias alemanas, expresada en el crecimiento de partidos nacionalpopulistas y en el endurecimiento del discurso del Deutschnationale Volkspartei (DNVP, Partido Nacional Popular Alemán), e incluso del Deutsche Volkspartei (DVP, Partido Popular Alemán), no dependió de la propaganda del partido nazi. Fue paralela y, en todo caso, influida por el prestigio de posiciones antidemocráticas radicales en toda Europa. El propio NSDAP se "fascistizó", en la medida en que superó sus condiciones iniciales de un grupo que yuxtaponía el populismo antisemita de preguerra y el nacionalismo "socialista" de los excombatientes, para pasar —tras graves conflictos internos entre el *putsch* de Múnich y el triunfo electoral de 1930— a luchar por la hegemonía en un espacio radicalizado y aspirar a convertirse en el grupo en el que convergió la constitución de un movimiento nacional entre 1930 y 1933, una perspectiva de análisis

prácticamente normalizada desde los estudios de Thomas Childers y Peter Fritzsche en los años ochenta y noventa del pasado siglo[222]. El primer y más ortodoxo partido fascista francés, Le Faisceau de Georges Valois, tuvo que disolverse a los pocos años de su fundación, tras haber fracasado en su esfuerzo por ganar a las clases medias a una propuesta que sintetizara el nacionalismo procedente de Action française (Acción Francesa) y el vago "socialismo" sindicalista de los excombatientes. Hubo que esperar al parteaguas de 1930 y, en especial, a la crisis política de 1934, para que junto a una espesa red de publicaciones "inconformistas" —como las estudiadas minuciosamente por Olivier Dard[223]— las antiguas ligas de posguerra organizaran un espacio contrarrevolucionario, cuyo desarrollo y luchas por la hegemonía no dieron lugar a la formación de un partido único, sin que ello nos permita hablar de la ausencia de fascismo, como ha sido habitual en la historiografía francesa, y como ha desmentido con rotundidad Michel Dobry[224]. Desde la publicación de trabajos clásicos como los de Adrian Lyttelton, Emilio Gentile y Paolo Pombeni, sabemos que el fascismo fundacional milanés de 1919 sufrió alteraciones sustanciales en su desarrollo, a una velocidad que ha ocultado a veces las mutaciones reconocibles en otras experiencias nacionales[225]. La transformación de los minúsculos Fasci italiani di combattimento en el Partito Nazionale fascista, y su posterior conversión en un partido de masas a lo largo de los años veinte, tuvo mucho que ver con la incorporación al proyecto fascista de grupos tan diversos como los nacionalistas, los *gentilianos*, parte de los liberales y de los monárquicos y, sobre todo tras los acuerdos de Letrán, de las masas católicas. Todo ello condujo a una formulación del fascismo mucho más compleja —y, claro está, menos "purista"— que la formulada en el primer programa de los *fasci*, pero por ello mismo capaz de atraer a sectores mucho más amplios que los que la propuesta radical y supuestamente revolucionaria de aquel estaba en condiciones de proporcionar. Ahora bien, por la misma razón, la conversión del fascismo italiano en un fenómeno de masas por vía de la integración de sectores muy diversos fue acompañada de una constante conflictividad interna en

el seno del partido y del Estado que solo el liderazgo carismático de Mussolini (y no siempre) conseguía templar. Así, por ejemplo, los conflictos entre las diversas formas de entender el fascismo en su integración en el Estado fueron de una envergadura tal que se expresó en una tensión permanente y en sucesivas crisis del régimen, hasta desembocar en el Gran Consejo de julio de 1943 que defenestró a Mussolini. Lamentablemente, los abundantes estudios sobre los procesos de conquista del poder por los fascistas en Alemania e Italia realizados en los años setenta del pasado siglo no han encontrado una herencia importante en nuestros tiempos, cuando disponemos de mejores recursos de análisis y de mayores exigencias comparativas para realizar rigurosos análisis de este ciclo. Pero creemos que la inserción del fascismo español en la historia del fascismo europeo puede ofrecer lecciones indispensables para considerar que la fascistización así entendida nos permite no solo defender la autonomía del proyecto fascista, sino también enriquecerlo en el estudio de su proceso constituyente. Y que, en esta perspectiva, todo lo que el fascismo, como doctrina y como partido, ofrece a la constitución de la contrarrevolución en movimiento nacional y en régimen estatal puede quedar más claro.

Es así porque una peripecia tan marginada como la española —o solo considerada de interés como la alternativa dictatorial duradera al fascismo europeo destruido en 1945— nos ofrece, por lo menos, tres elementos de singular importancia para comprender la trayectoria del fascismo como experiencia histórica continental. Nos da un campo de relaciones entre el partido fascista y el conjunto del espacio contrarrevolucionario mucho más elocuente que en otros casos, tanto en lo que se refiere a los elementos de estrategia política y construcción de un movimiento nacional unificado, como en lo que examina los elementos doctrinales e ideológicos de la propia Falange, que hicieron posible esta convergencia. Por otro lado, proporciona el escenario de la guerra civil como conquista del poder, escenario en el que se produce la institucionalización inicial del régimen franquista, y consolidación de una síntesis de experiencias individuales, canalizadas y unificadas en una

misma tradición de combate, legitimadora, disciplinada, y capaz de gestionar mitos nacionalizadores. Por último, permite y exige considerar el modo en que un régimen fascista se desplegará —en un proceso de afirmación de su singularidad, de aspiración pragmática a su permanencia y de necesidad de cohesionar una base de apoyo heterogénea y cambiante— en una larga etapa posfascista. Este último aspecto es de importancia capital, porque el régimen habrá de realizar esa andadura, en un nuevo ciclo de la sociedad y la política europeas y mundiales. Ciclo en el que algunos aspectos sustanciales del fascismo del periodo de entreguerras han perdido operatividad y congruencia. Pero sosteniendo, al mismo tiempo, elementos fundamentales del régimen constituido en la guerra civil y la inmediata posguerra. La revocabilidad del fascismo como sistema de violencia de masas, militarización de la clase media, respuesta de base a la amenaza revolucionaria, radicalización ideológica con pretensiones "revolucionarias" y adoctrinamiento en los parámetros del fascismo de la primera posguerra mundial son factores que no se refieren solamente a la experiencia fascista española, sino que afectan a todos los espacios en los que trata de sobrevivir una identidad y una tradición fascistas en los años del posfascismo. En el caso de España, tal evolución se realizó, sin solución de continuidad en el poder, en el seno del régimen franquista.

El fascismo español se organizó, como todos los fascismos, como respuesta a una revolución democrática: la del 14 de abril de 1931, que instauró la Segunda República. Pero la formación inmediata del partido fascista fue aplazada por diversos motivos. El más coyuntural se refiere a la agrupación de la derecha en torno al catolicismo social, aprovechando las tramas de sociabilidad, medios de prensa y liderazgos locales y nacionales que este sector ofrecía. La más profunda tiene que ver con la debilidad del nacionalismo español, que —como lo ha mostrado sobradamente la investigación de Álvaro Quiroga— no pudo superarse en el régimen dictatorial de Miguel Primo de Rivera[226]. Por el contrario, este no había pasado de la identificación entre España y el catolicismo, y dejando escaso espacio para una propuesta política nacionalista que no

fuera clerical: es decir, que no organizara la resistencia frente al republicanismo sobre la base de la defensa del sector de españoles que deseaban formalizar su vida pública en una perspectiva confesional limitada. Tal debilidad no se refiere a la inexistencia de cualquier actitud patriótica y españolista, como bien hubo de demostrarse en el debate cuyas posiciones más claras fueron sostenidas por Borja de Riquer y Ferran Archilés[227]. Lo que había era una serie de propuestas nacionalistas articuladas en formas muy distintas de ver España y que acabaron siendo, además, antagónicas: el españolismo de base católica, la existencia apreciable de un nacionalismo republicano y la complementaria, aunque potente vía de integración y separación al mismo tiempo, que proporcionaba el desarrollo de los "nacionalismos periféricos", singularmente en catalán y el vasco. De lo que carecía España era de un gran espacio nacionalista, laico, liberal o conservador, sobre cuya cultura hubiera podido afirmarse la respuesta de un nacionalismo fascista a la República. Sin embargo, en lo que hubo pleno acuerdo en el campo de la extrema derecha, incluyendo los pequeños grupos de propaganda fascistas de 1931, fue la agresividad con la que se contempló el debate sobre la organización territorial del Estado. La lucha contra el separatismo —lo que era, en su expresión política más precisa, lucha contra el nacionalismo catalán— fue llenando las páginas de la prensa conservadora, al mismo tiempo que enardecía las consignas de *La Conquista del Estado* y de *Libertad*, donde se agrupaban los futuros miembros de las JONS. Junto con las reformas sociales y la defensa del catolicismo, el nacionalismo catalán fue elemento de convergencia política e incluso doctrinal de la extrema derecha española. Sin haberse establecido un consenso acerca del concepto de nación, la amenaza separatista comenzó a dotar a todo espacio de algo más que de una estrategia de defensa: puso la unidad nacional en un lugar central del discurso de la fascistización española, e hizo que la aproximación a la cuestión del nacionalismo se realizara con severos conflictos iniciales en el seno del propio partido fascista, cuando Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera expresaron distintas concepciones del proceso

de recuperación de España, como Ismael Saz demostró en su momento.

El proyecto totalitario del fascismo no podía aceptar la división aceptada por la derecha clerical, ni podía aceptar tampoco las actitudes más templadas de las autoridades eclesiásticas, dispuestas a transigir con el nuevo régimen. La extrema derecha española del primer bienio republicano no ofreció un espacio favorable a la fascistización, ya que la dinámica entre una república laica y una derecha confesional dejó en una situación marginal a quienes deseaban establecer el punto de fractura de la crisis española en una afirmación nacionalista y popular. El fracaso de la primera propaganda fascista se debió a esa falta de congruencia del nacionalsindicalismo de Ramiro Ledesma. Y Matteo Tomasoni ha mostrado, recientemente, las limitaciones que tuvo la única organización con cierta implantación local del jonsismo, la de Onésimo Redondo en Valladolid, cuyas orientaciones claramente católicas quisieron subrayar el discurso no clerical[228]. Menos tuvo que ver con lo que suele presentarse como causa directa de la debilidad del partido fascista español: la ausencia de excombatientes. Las aportaciones de la historiografía reciente, y en especial las investigaciones comparadas de Ángel Alcalde[229], han ido reduciendo el carácter determinante de este sujeto político y su carácter homogéneo favorable al fascismo. Y, en todo caso, el escenario de la guerra civil lo proporcionaría de un modo más eficaz, masivo y disciplinado. Lo que condujo a la irrelevancia al primer partido fascista español, las JONS, fue el ritmo de la crisis social y la forma en que fue percibido y politizado por las clases medias españolas. Hasta 1933-1934 la alternativa política no se contempló en su aspecto rotundo de oposición entre revolución y contrarrevolución, ni en el marco de un peligro cierto para el universo cultural y los intereses materiales de la pequeña y mediana burguesía. No se había producido el descontento de los modestos propietarios rurales que podría conducir a una radicalización antirrepublicana irrevocable, tal y como lo ha ido mostrando Francisco Cobo en sus estudios regionales, generales y comparados[230]. No existía un nivel importante de deslegitimación del poder republicano ni la socialización amplia de espacios de resistencia

que consideraran que el sistema institucional había dejado de representar a los medios conservadores y populares españoles. Y, sobre todo, esto nunca se interpretó en un código nacionalista, sino de acuerdo con los elementos más tradicionales de la cultura conservadora: la defensa de la moral católica, la preservación del orden público, la identificación con los intereses de la Iglesia, la lucha contra el reformismo republicano, y el miedo al poder de negociación de la clase obrera, convertido en el pánico a la posibilidad de una revolución social. Que no se viviera de acuerdo con una perspectiva nacionalista tuvo dos efectos fundamentales. El primero, que ha sido ampliamente discutido por la historiografía, es el carácter católico del nacionalsindicalismo. El segundo, menos tenido en cuenta, es que la ausencia de una centralidad nacionalista totalitaria e integradora en las percepciones de la contrarrevolución española hasta 1936 permitió que se desarrollara una guerra civil que, por su propia naturaleza, suponía el ejercicio masivo de la violencia contra la mitad del país, e implicaba necesario proceso de desnacionalización de los españoles antifascistas para construir la cultura política del franquismo. Ello supone que, si la guerra fue un escenario necesario para constituir el proyecto fascista en España, la carencia de una cultura nacionalista previa fue condición indispensable para poder justificarla. Paradójicamente, la ausencia de una perspectiva nacionalista laica extensa, que explica el carácter del fascismo español y sus relaciones particulares con la extrema derecha, fue la que permitió una guerra civil en la que la definición de un bando como exclusivo portador de la españolidad impulsó las condiciones en las que el nacionalsindicalismo dio muestras de su funcionalidad e impuso su hegemonía.

El proceso de fascistización de la derecha española se inició visiblemente en 1933-1934. La creación de Falange Española en octubre de 1933 y su fusión con las JONS (FE de las JONS) a principios de 1934 fue el resultado de esta dinámica, aunque la cultura fascista española no se limitaba a la militancia nacionalsindicalista. Fuera de ella, se desarrollaban ámbitos de socialización política, proyectos ideológicos, propuestas de convergencia de la extrema derecha que, en cualquier otra

experiencia europea, habrían sido calificadas de fascistas. O, en todo caso, debería considerarse que todos estos sectores, incluyendo el nacionalsindicalismo, se encontraban en un mismo proceso de fascistización, cuyos aspectos más violentos ha estudiado muy bien Eduardo González Calleja, y sin que sea posible desligarlos, tal y como ha subrayado recientemente Fernando del Rey, del marco europeo de militarización y brutalización de la política que se inició tras la Gran Guerra[231]. Las llamadas al Estado totalitario, a la defensa de la unidad española y al establecimiento de un régimen corporativo o de sindicalismo nacional recorrían la columna vertebral de un espacio heterogéneo, donde las identidades particulares, los orígenes sociales e incluso las dinámicas locales ponían el énfasis en una u otra cuestión. El fascismo operaba como un modelo europeo, una realidad de singular atractivo para los sectores más radicales de la derecha. Pero actuaba también de otro modo: ofrecía, tras la llegada del nazismo al poder, la visión del esfuerzo para construir un movimiento nacional de masas antes de llegar al poder. No es de extrañar que la militancia falangista, empezando por su jefe nacional, José Antonio Primo de Rivera, se hubiera mantenido hasta 1933 en los márgenes del espacio monárquico autoritario y sosteniendo siempre la defensa del régimen de la dictadura de 1923-1930, aunque se lamentaran sus insuficiencias. Este sector no fundó el fascismo desde el primer momento de la República, sino que fue "haciéndose fascista", evolucionó en un proceso de fascistización que se plasmó de forma diversa en muy poco tiempo. Entre la fundación de Falange y el estallido de la guerra civil solo transcurrieron algo más de 30 meses, y tener en cuenta este breve plazo es fundamental, no tanto para seguir con la cantinela de un "fascismo tardío", sino para comprender el ritmo concreto en el que se produjo el proceso constituyente de un partido que tuvo que esperar a la guerra civil para convertirse en movimiento nacional y en partido institucional al mismo tiempo.

El proyecto falangista apenas llegó a esbozar una literatura política. Pero, incluso en la brevedad de su experiencia republicana, como primer partido unificado desde inicios de 1934, elaboró algunos de los conceptos

en los que se asentaba una identidad propia y un conjunto de idearios que compartía con el resto de las fuerzas contrarrevolucionarias. El "estilo" falangista, su "forma de ser" hicieron especial hincapié en aspectos que fueron importantes en el logro de su funcionalidad desde los meses inmediatamente anteriores a la guerra civil: la mística militante, el carácter integral de la violencia, la propuesta de un Estado totalitario, la superación del Estado corporativo por el sindicalismo vertical, la vehemencia de una retórica española e imperial, la cohesión en torno a un liderazgo personal, la exaltación de la juventud, el proyecto de nacionalización de las masas y la defensa de la justicia social. Su afirmación de ser una fuerza revolucionaria debe entenderse en la sinceridad de ese impulso generacional, españolista, proyectivo y tradicional al mismo tiempo. Pero el concepto de revolución siempre fue el de recuperar una España eterna, edificada en el curso de la historia cuando su política interior y exterior coincidió con una gran empresa imperial. La revolución era la conquista de la unidad de los españoles, su incorporación plena a su destino, la superación de la decadencia liberal, de la amenaza desnacionalizadora y destructora del espíritu cristiano del marxismo. Todo ello solo podía hacerse, según la propuesta falangista, a través de una movilización que, necesariamente, debería contar con una violencia sistemática, una lucha redentora no solo para la toma del poder, sino para mantenerlo con la tensión indispensable de un servicio a la comunidad. Ese sentido militar y religioso de la existencia que proponía la Falange sintetizaban la visión del partido como aspiración a crear un modo de ser, de la misma manera que el nombre *nacionalsindicalismo* proponía la fusión entre el ideario nacionalista y la organización sindical sobre los que se construiría el movimiento nacional y el nuevo Estado.

Si el falangismo fue una fuerza minoritaria, estuvo muy lejos de ser irrelevante. De haberlo sido, es difícil explicar por qué sus símbolos, su programa, sus líderes, su militancia y hasta su nombre fueron el fundamento del partido único y del Movimiento Nacional en que desembocó. Su importancia no residía en su fuerza electoral o en el número de afiliados. Tengamos en cuenta que más del 90% de quienes

votaron al NSDAP en 1932 no lo habían hecho en 1928. Y que solo una minúscula parte de su militancia de los años de poder constaba en las filas de la organización antes de la crisis de Weimar en 1930-1932. Falange no era un sujeto marginal y fácilmente prescindible en los tramos finales de la República. Pero existía un factor fundamental para comprender su estrategia, su cultura y su disponibilidad como vertebradora del franquismo en la guerra civil y la inmediata posguerra. La construcción de un nacionalismo fascista en España no podía hacerse al margen del catolicismo. Las propuestas laicas de Ramiro Ledesma fueron ya minoritarias en FE de las JONS, y solo las desarrolló plenamente tras abandonar el partido a comienzos de 1935. El falangismo de Primo de Rivera tenía una indispensable sustancia católica, aunque nada hubiera en tal actitud de una orientación clerical. De hecho, el clericalismo se contemplaba como una forma mezquina, limitada del catolicismo, servidora de meros intereses políticos a corto plazo. La revolución falangista implicaba la recuperación de una España que se identificara con la moral del catolicismo, y sus propuestas políticas mostraron de forma muy clara el peso de las corrientes tradicionalistas. Las matizaciones al totalitarismo fascista europeo procedían de esta misma raíz, así como las fórmulas favorables a una representación parlamentaria "orgánica", basada en las "entidades naturales" de existencia: la familia, el municipio y el sindicato. La crítica a la modernidad europea, planteando la existencia de un camino propio, español, que había rechazado desde el principio la reforma protestante y el pensamiento liberal, conectaban la doctrina falangista con el pensamiento contrarrevolucionario más estricto. Su defensa de una minoría rectora y su reticencia ante las masas, que serían objeto, pero nunca sujeto de la revolución española, era otro factor que, junto al clasicismo y el antirromanticismo, vinculaba el concepto falangista del nuevo orden y el que tenía en mente la extrema derecha más tradicional. Todo ello está lejos de señalar que el fascismo era puro eclecticismo, aunque algunos datos de la historia del movimiento mussoliniano y del nazismo permitirían aportar argumentos en este sentido. Más que de

eclecticismo, de lo que se trata es de la inclusión de un proyecto político propio en un magma más amplio, que habría de esperar a una severa crisis nacional para encauzarse en un proceso de convergencia.

La derrota de la derecha parlamentaria en las elecciones de 1936 ofreció a todo el espacio fascistizado español, ya fuera el falangista o en otros vectores de la extrema derecha, la oportunidad de una movilización violenta contra la República. Las condiciones concretas en que se produjo tal irrupción, al concluir en una guerra civil, permitieron que fuera el falangismo el que se hiciera con la hegemonía en el bando nacional, como partido militarizado y totalitario, ajeno a las querellas dinásticas y a lealtades de partidos "gastados" en la etapa republicana. La guerra civil fue el proceso constituyente del fascismo español, del mismo modo que el fascismo fue el recurso ideológico y estratégico más acabado para cohesionar el bando sublevado. Antes hemos señalado que la escasa fuerza del discurso nacionalista para vertebrar a la extrema derecha antes de 1936 fue decisiva en la marginación del partido fascista. Falange disponía de un discurso católico agresivo, totalizante, que superaba el espacio de defensa clerical. Y estaba en condiciones de convertirlo en la base de una propuesta nacionalista que no entrara en contradicción con esa fidelidad a la idea católica de España. La ambición no era la de conservar una nación ya católica, sino la de construir una nación católica renovada en un constante impulso de regeneración. De este modo, la proyección hacia el futuro del fascismo se realizaba sin merma de las aspiraciones católicas. Pero lo más importante es que era la propia Falange la que podía legitimar la guerra civil como proceso de nacionalización que precisaba de dos polos: la integración de un programa nacionalsindicalista y la exclusión violenta de una conquista del poder a través de la guerra civil, gesta de martirio y tarea de depuración. Esta vía de acceso al poder distinguió al fascismo español de las experiencias alemana e italiana, pero no supuso la exclusión del franquismo de ser parte indispensable de ese ciclo histórico y de ese ciclo político. La guerra proporcionó el ámbito más propicio para la unificación de la contrarrevolución española. Pero hizo mucho más que asegurar la

disciplina de una convergencia. Fue una "guerra fascista" en el sentido en que la ha ido definiendo la obra de Javier Rodrigo, y su repercusión internacional se vivió en ese escenario, como bien ha explicado Enrique Moradiellos[232]. Puso las bases de un Estado. Forjó un liderazgo a través de la teorización del principio de caudillaje y de la situación de hecho del mando supremo en el Ejército, en el Estado y en el partido. Fundamentó el orden social con el Fuero del Trabajo. Dio consistencia jurídica y política al Movimiento Nacional mediante la creación de FET-JONS. Alimentó una experiencia generacional redentora de la patria que actuó como eficaz factor de nacionalización y mantuvo siempre una memoria de salvación nacional a través de una cruzada. Dio la perspectiva de un enemigo construido culturalmente en el conflicto bélico, y que sintetizaba los rasgos negativos sobre los que se construía la comunidad nacional, como lo ha demostrado Xosé-Manuel Núñez Seixas[233]. Ofreció las bases para una depuración profunda de la sociedad en el marco de una violencia sin límites. En otras experiencias, la guerra actuó como consumación del proyecto fascista, aun cuando tanto en la potencia hegemónica alemana como en la secundaria italiana, el resultado final fue la quiebra del proyecto, ya que, si la guerra había sido acogida con reticencias, la derrota fue devastadora incluso para los espacios de adhesión popular que había adquirido el régimen, salvo en sus zonas más fanáticas y nihilistas. En España, la guerra actuó en un doble sentido: como elemento nacionalizador y como expropiación de la nación para una parte muy importante de la sociedad. Pero, en lo que se refiere a la construcción del régimen, este segundo aspecto tiene mucha menos importancia que la que tuvo en el momento de la transición a la democracia tras la muerte de Franco.

La importancia del partido en la vertebración del nuevo Estado ha sido reivindicada ya por una historiografía que se aleja decididamente de las presunciones de una liquidación de Falange por el franquismo, como han mostrado, a escala local, Miguel Ángel del Arco, Julián Sanz o Martí Marín[234]. Lo que se dio en la posguerra fue una "normalización" del nacionalsindicalismo, algo que se relaciona fácilmente con procesos

similares en los regímenes fascistas europeos. FET y de las JONS era ya, en la posguerra, el núcleo del Movimiento Nacional, un partido que era fuerza institucional y elite política al mismo tiempo. Minoría rectora y articulación estructural del nuevo Estado. La heterogeneidad de los sublevados es innegable, como indiscutible es la diversa base social y cultural sobre la que se levantaron los movimientos fascistas de masas en Alemania o en Italia. No es eso lo que se discute en la historiografía —aunque lo que es usual en la investigación española sea minusvalorar los permanentes conflictos sobre los que se desarrolló la trayectoria de estos regímenes, al tiempo que se magnifican los que se dieron en el seno del franquismo—. Lo que no creemos que se acepte con la misma rotundidad es que tal heterogeneidad no es un factor debilitante, sino la condición histórica de la fuerza del proyecto fascista. Solo un movimiento capaz de integrar a los diversos sectores de la contrarrevolución podía presentarse como alternativa viable al Estado democrático de 1931. Y solo un régimen que los mantuviera cohesionados podía ser operativo en las tareas de reconstrucción impuestas desde 1939. Algunas de las discusiones más fructíferas que se han venido realizando en la historiografía europea son precisamente las que han profundizado en este aspecto, llegando a la conclusión que las viejas oposiciones entre "tecnócratas", "doctrinarios", "modernistas", "reaccionarios", "elitistas" y "populistas" oscurecen más cosas de las que clarifican. Pues la virtud del fascismo no fue una yuxtaposición, sino una permanente dinámica integradora de todos estos aspectos. Quiere esto decir que, por poner el más radical de los ejemplos, en el escenario de la guerra racial desatada por Alemania en Polonia y la URSS, aquel esfuerzo inmenso solo pudo realizarse haciendo que cada parte de aquella gestión de la violencia imperialista se realizara otorgando a cada agencia y autoridad del régimen un carácter que fuera, al mismo tiempo, eficiente en su técnica y fiel a una concepción del mundo; moderna en sus recursos y en su voluntad transformadora, y reaccionaria en sus ideales; minoritaria en la preservación de una vanguardia racial, y disponiendo siempre de los recursos ideológicos y organizativos para movilizar al pueblo. Las

tradiciones tecnocráticas y la inspiración doctrinaria no estuvieron presentes en zonas enfrentadas del régimen en sus primeros años, sino en espacios compartidos y, de hecho, en un personal que nunca se distinguió por tales preferencias en un poder que había de llegar hasta el control local y sectorial del nuevo orden.

El franquismo llegó al poder en una Europa que estaba ya a las puertas de una segunda gran guerra. Ello debe ser tenido en cuenta más allá de las habituales y necesarias reflexiones sobre la diplomacia del régimen y las querellas internas directamente relacionadas con el conflicto bélico. La coincidencia con la guerra proporcionó el beneficio de una más fácil identificación entre la legitimidad básica del franquismo —la guerra civil — y un marco general de violencia asociada a la plenitud de los regímenes "hermanos". De este modo, la guerra civil pudo verse como parte de una empresa universal, en la que España había desempeñado incluso el aire precursor del que careció un partido fascista de masas. La llegada tardía al poder se compensaba sobradamente con la contundencia con la que se había hecho y con las expectativas de perduración que una violencia ilimitada, que mantuvo el estado de guerra hasta 1948, permitía suponer. Sin embargo, la guerra tuvo también algunos inconvenientes, y obligó a tomar algunas medidas de adaptación del franquismo mucho antes del hundimiento de las potencias del Eje. Entre los perjuicios, cabe destacar la falta de estabilidad continental, evitando la contemplación de la Europa fascista como un punto de llegada definitivo, un sistema ya organizado que sostuviera su continuidad. Cabe considerar, también, los conflictos que pudo añadir a la heterogeneidad del bando sublevado, cuando se hizo evidente la asimetría de las fuerzas del Eje y cuando algunos de los elementos doctrinales cuidadosamente integrados en 1936 pudieron ponerse en peligro. Las medidas fueron, ya antes de que empezaran a observarse signos de agotamiento militar en Alemania e Italia —pero, sobre todo, a partir de esta evidencia—, la afirmación de la singularidad del proyecto fascista español y el camino de definición ideológica y política que más se ajustaba a esta peculiaridad.

No fue el franquismo, como resultado de su carácter de convergencia

de fuerzas contrarrevolucionarias, el que empezó a reclamar la estricta españolidad del régimen. Como se sabe, el movimiento nacionalsindicalista manifestó desde su fundación este carácter, algo que fue común a todos los movimientos fascistas europeos. Pero en el caso del falangismo, la afirmación no se basaba en la necesidad de afirmar el eje vertebral del nacionalismo de su proyecto, sino en un aspecto que era verdadera posibilidad de la expansión y la hegemonía falangista: su vinculación a los principios tradicionales de una idea católica de la existencia personal, de la organización de la sociedad y de la legitimidad del poder. Esta era la aportación del nacionalsindicalismo a la experiencia fascista europea: la moral católica junto a la moral nacional y sindical, como lo señaló muy pronto un joven católico incorporado al ala más radical del falangismo de guerra, Pedro Laín Entralgo. Pero era, además de aportación, elemento que actuó crecientemente como distinción y, al final, como conciencia o pretexto de una radical separación. La construcción del nuevo Estado se apoyó en una manifestación de singularidad que era, a la vez, voluntad de permanencia, superando las condiciones de provisionalidad que el propio fundador de Falange había denunciado en los regímenes totalitarios europeos. El régimen no quería aparecer como una simple dictadura militar que reiterara situaciones del pasado. Era un Estado en el sentido más fuerte de la palabra: era una institucionalización permanente del poder adquirido en la guerra civil. En las circunstancias de la guerra mundial, la afirmación de esta singularidad había de perfilar tres elementos, por lo menos. El primero era la consolidación del bando sublevado en una visión de la guerra civil que fuera herencia común, como guerra española y como recuperación de una identidad extraviada, situándose de forma contingente e incluso oportunista en el marco de una sublevación general de las juventudes europeas para encauzar a sus respectivas naciones en un objetivo similar. Además, esta consolidación había de realizarse en torno al caudillaje de Franco, que debía ser absoluto, en un momento en que el nuevo orden europeo se construía mediante la jerarquización evidente de las potencias del Eje. Por último, la singularidad había de

rubricarse mediante un profundo esfuerzo de organización y teorización del nuevo Estado, que pusiera al día las carencias obvias del discurso nacionalsindicalista, proporcionando continuidad al régimen y haciéndolo en el escenario de una refundación del Estado español, inspirado en las características del pensamiento político de la Contrarreforma y en la tradición antiliberal que desembocaron en la sublevación de 1936 como una verdadera "contrarrevolución pendiente".

Desde mediados de la Segunda Guerra Mundial, este fue el despliegue institucional e ideológico realizado por el fascismo español. Fue, sobre todo, la búsqueda de una "vía española a la modernidad", que se había iniciado en el siglo XVI y que había sido interrumpida y degradada por el reformismo ilustrado del siglo XVIII y el constitucionalismo liberal del siglo XIX. La búsqueda de una modernidad propia, arraigada en la propia tradición y revestida de los factores de actualización de un siglo XX que parecía haber dado la razón al antiliberalismo, inspiraba a todos los sectores del Movimiento Nacional. Tal proceso de adaptación a las circunstancias de la crisis de los años treinta solo pudieron darse sobre la base del proyecto fascista. Pero esta fundamentación iba a precisar de una modificación sustancial que iba a dar garantías de permanencia al nuevo Estado en las condiciones precisas de la derrota de las potencias del Eje. Y, más allá de este acontecimiento militar, en las circunstancias de una sociedad que, en su misma dinámica de desarrollo, hacía incongruentes algunos elementos que habían sido indispensables en la constitución del fascismo de la primera posguerra. En la sociedad posfascista: a ellos nos hemos referido ya al hablar de mecanismos de adoctrinamiento fijados a las fórmulas totalitarias del periodo de entreguerras, a la movilización armada de las clases medias, o a la legitimación del Estado sobre principios revolucionarios que invocasen la construcción de una vanguardia política de la nación. El posfascismo europeo se organizó de este modo, sin renunciar nunca a un principio de legitimidad que implicaba, también, una estrategia de superación, destinada a obtener congruencia con el nuevo ciclo histórico y obtener una parte de la representatividad perdida. Y esta evolución,

singularmente en Italia, se basó en una apreciación del fascismo inicial por sus contemporáneos que suele olvidarse en los análisis de la evolución del franquismo: la afirmación de la contingencia del fascismo. Verlo como respuesta transitoria, como reforzamiento del Estado, como identificación entre Estado y nación, y como incorporación del partido fascista al Estado de un modo que podría consumarse con la degradación progresiva del papel del partido.

El proceso se dio en España como una "desfascistización" cuyas limitaciones deben subrayarse. Se trató, en realidad, de plantear una vía fascista al Estado católico. Lo cual significaba que el fascismo era elemento fundacional y rasgo sustantivo del régimen, pero que sus características no podían ser, en su totalidad, las del fascismo de los años previos a 1945. El régimen nunca asistió a una ruptura interna de gran envergadura que nos permita hablar de una liquidación de la Falange. Por el contrario, la importancia del partido fascista español se demuestra en el hecho de que fue precisamente la secretaría general del partido, existente hasta 1945 y vuelta a instaurar con rango ministerial en 1951, la que orientó tal modificación, como en buena medida lo ha demostrado la investigación realizada en este campo por Mercedes Peñalba y como, en un análisis de los conflictos internos del falangismo de posguerra, ha planteado Joan Maria Thomàs[235]. La Falange orientó su propia evolución de partido a movimiento, "de revolución a sistema", mientras eran los cuadros intelectuales del nacionalsindicalismo quienes más destacaban en esta "superación" del fascismo, que fue adquiriendo el perfil de una circunstancia histórica que el de una cultura política. Es decir, el de una etapa en la que sus propuestas doctrinales y sus formas de movilización eran congruentes con las necesidades de la civilización europea, frente a un tiempo en que las instituciones fundacionales y operativas del franquismo habían de referirse a un proyecto ideológico que dejaba atrás la contingencia de la crisis continental de la primera posguerra. No resultó extraño que esta evolución se expresara, en la segunda mitad de los años cuarenta, en una reapertura del debate sobre un tema debatido incansablemente por el regeneracionismo español de finales del siglo

XIX: el problema de España. *España como problema,* de Pedro Laín Entralgo, fue respondido por el católico integrista Rafael Calvo Serer con un conjunto de artículos agrupados bajo el título de *España, sin problema*. En su interpretación se manifestaban las discrepancias considerables de quienes se agruparon en lo que Laín Entralgo llamó las opciones *dramáticas* del 18 de julio de 1936. La defensa de una genealogía que trataba de trazar una línea constante entre Menéndez Pelayo, el criticismo del 98, el reformismo del 14 y la Falange de 1936, fue respondida con una estirpe alternativa, en la que Calvo Serer buscaba los orígenes intelectuales del franquismo exclusivamente en Menéndez Pelayo, Ramiro de Maeztu y la revista *Acción Española.* La diversa concepción de la nación y el nacionalismo de los años treinta se planteaba de nuevo, esta vez como conflicto intelectual. Pero se expresó, con no menos fuerza, la aceptación por unos y por otros de que solamente la guerra civil y la victoria nacionalista, así como la constitución de un nuevo Estado —en el que todos se veían representados y en el que todos ocupaban cargos de responsabilidad—, permitían realizar ese debate sobre la nacionalización de los españoles en las mejores circunstancias para los adversarios de la democracia.

Ese debate intelectual entre Laín Entralgo y Calvo Serer se produjo en el contexto del difícil acomodo del régimen a las nuevas circunstancias internacionales creadas por el fin de la guerra mundial en 1945. Si algunos, dentro y fuera de España, creyeron ver en la derrota internacional del fascismo el principio del fin de la dictadura franquista, se equivocaron por completo. El franquismo, en medio de un considerable aislamiento diplomático, bien explicado por Florentino Portero[236], supo adaptarse al nuevo escenario y el estallido de la Guerra Fría pareció confirmar la leyenda sobre la *baraka* ('suerte providencial') del caudillo. Si la elite política del régimen había entendido ya antes del final de la guerra mundial la necesidad de relegar a un segundo plano los elementos más estridentemente fascistas, desde una perspectiva sobre todo estética, del nuevo Estado, el colapso del Eje en 1945 obligó a acelerar la transformación del Estado nacionalsindicalista en el Estado católico,

vestido este de lo que se dio en llamar una *democracia orgánica*, capaz de incorporarse al nuevo orden europeo surgido de las ruinas de la guerra. El catolicismo, que ya había sido el cemento que unió a los diferentes sectores que confluyeron en la sublevación de 1936 y en la creación de un Estado fascista, iba a ser ahora el elemento esencial sobre el que construir un Estado que, sin renunciar a nada de lo esencial que implicó la victoria en la guerra civil, pudiese presentar un rostro aceptable para las democracias occidentales que habían derrotado a las potencias del Eje. Por su parte, la Iglesia católica que, como ha explicado exhaustivamente Julián Casanova[237], ya había desempeñado un papel fundamental en la construcción del nuevo Estado durante la guerra civil y la inmediata posguerra, tampoco le falló al régimen en esta hora difícil. Y junto al catolicismo —incluida la bendición de la Santa Sede—, el general Franco pudo jugar otra carta preciosa en aquellos años: un acreditado anticomunismo que pudo presentarse, además, como avanzado a su época. La guerra española no habría sido sino el primer episodio de la gran confrontación entre la civilización cristiana occidental y el bolchevismo asiático. España presentaba sus credenciales y pronto fueron aceptadas por los Estados Unidos y sus aliados europeos. La dictadura española pasó a ser un mal menor que podía resultar muy útil en la lucha contra el comunismo internacional. El tratado con los Estados Unidos, que dio paso a la instalación de bases estadounidenses en España, fue —como ha explicado Ángel Viñas— la culminación de un proceso de subordinación del régimen franquista a los intereses estratégicos de la gran potencia americana[238]. La contrapartida de esta subordinación fue, claro está, la superación por parte del franquismo de su momento más difícil desde una perspectiva internacional. Hacia finales de los años cincuenta, la nueva política económica que se vio obligada a impulsar el régimen para evitar una quiebra estrepitosa llevó, como ha analizado Antonio Moreno Juste[239], a algunos sectores del régimen a intentar una primera aproximación, que tuvo muy escaso éxito, a una Europa que se empezaba a construir desde una perspectiva supraestatal.

El reacomodo de la España de Franco a este nuevo escenario coincidió

con uno de los más intensos episodios de debate político interno en la historia del régimen. Algunos de sus protagonistas pretendieron, años más tarde, presentarlo como un intento de liberalización política del régimen desde dentro para adecuarlo precisamente al contexto democrático europeo de la posguerra. Pero el combate entre "excluyentes" y "comprensivos", por decirlo a la manera en que lo definió uno de sus protagonistas, el falangista Dionisio Ridruejo, estuvo lejos de pretender tal cosa. El grupo que se organizó en torno al ministro de Educación Nacional, el católico y también falangista Joaquín Ruiz Giménez, y que incluía a algunas de las figuras principales de lo que había sido el falangismo radical de los primeros años cuarenta (Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, el mismo Ridruejo) intentó impulsar, sobre bases nuevas, alejadas de las de 1940-1942 y adaptadas a las nuevas circunstancias que vivía el país, un proyecto de hegemonía política falangista y de renovación del régimen que tenía que pasar, necesariamente, por la ampliación de los apoyos sociales al mismo y por el desarrollo de un despliegue ideológico y cultural congruente con una Europa y una España que ya no se parecía a las de los convulsos años de entreguerras. Lo que pretendieron, por tanto, fue una actualización del proyecto falangista y no, como después se cansaron de repetir, poner las bases de una futura España democrática.

Del desarrollo de ese combate político entre el falangismo más dinámico y los sectores más integristas del catolicismo franquista han dado cuenta, con interpretaciones diferentes del mismo, Santos Juliá y Jordi Gracia[240]. Lo que nadie discute es que el proyecto fracasó y que el régimen cerró filas en torno a las posiciones más duras y menos proclives a cualquier tipo de cambio durante la crisis política de febrero de 1956 desencadenada a raíz de los sucesos en la Universidad de Madrid que tuvieron lugar ese mismo mes. Lo que demostró aquella experiencia, y su abrupto final, fue que el régimen estaba lejos de poder aceptar —de hecho, nunca lo haría a lo largo de toda su existencia— que la victoria del 1 de abril de 1939 pudiese ser puesta en duda como elemento legitimador de la nueva España, tal y como, temerariamente, había hecho

Dionisio Ridruejo a finales de 1955 en una conferencia ante viejos excombatientes franquistas.

No existió nunca la posibilidad de que Franco y su régimen pusieran en duda ni el carácter fundacional ni la base legitimadora del mismo que tuvo la guerra civil y su victoria en la misma. En el mejor de los casos, y transcurridos 25 años desde el final de la contienda, el régimen incorporó como nuevo elemento legitimador la obra realizada desde entonces, que se traducía, como se explicó en la campaña propagandística correspondiente, en paz, modernización y prosperidad. Y ciertamente, la España de los años sesenta se encontraba en un proceso acelerado de cambio económico, social y cultural que era, sin embargo, el resultado de políticas a las que el propio Franco y los sectores más ortodoxos del Movimiento Nacional se habían resistido hasta que la amenaza de colapso económico que se cernía sobre España obligó, a finales de los años cincuenta, a un radical cambio de políticas económicas, que incluyeron un durísimo plan de ajuste que tuvo dramáticas consecuencias sociales.

También este cambio fue presentado, años más tarde, por sus protagonistas —los llamados *tecnócratas*— como el principio del largo proceso que llevaría a España a la democracia casi 20 años después. Y también esta interpretación es falaz. La liberalización económica que se impulsó desde finales de los años cincuenta fue una imposición de los organismos económicos internacionales y no fue acompañada en absoluto de una liberalización del sistema político. Al contrario. La represión, que nunca dejó de estar presente en los 40 años de dictadura, no hizo sino aumentar a lo largo de los años sesenta, a medida que la contestación del movimiento obrero organizado en la clandestinidad, la creciente conflictividad universitaria y las protestas en los barrios populares de las grandes ciudades iban en aumento. El régimen solo cambió las formas de la represión, que se cebó sobre todo en aquellas organizaciones que, como el Partido Comunista de España (y el Partido Socialista Unificado de Cataluña) o las Comisiones Obreras, llevarían el peso de la oposición obrera y popular a la dictadura.

La promulgación de la Ley Orgánica del Estado (1967) —que culminó

la larga institucionalización del franquismo, empezada durante la guerra civil con la aprobación del Fuero del Trabajo— o algunas tímidas políticas de apertura en materia de prensa y cultura que impulsó el ministro Manuel Fraga Iribarne no pueden ocultar que los cambios que se produjeron en el régimen no alteraron lo sustancial del mismo, tal y como había quedado constituido a principios de los años cuarenta. Algunos elementos esenciales del fascismo originario nunca desaparecieron; a lo más pudieron quedar más o menos camuflados o en algún caso, esto sí, dejaron de ser funcionales y mostraron, a partir de mediados de los años sesenta, su clara obsolescencia. Así ocurrió, por ejemplo, con el Sindicato Español Universitario, que incluso acabó siendo disuelto dada su absoluta ineficacia mediada aquella década. Miguel Ángel Ruiz Carnicer lo ha explicado de forma concluyente y definitiva[241]. En todo caso, el régimen nunca renunció al control y al encuadramiento de la población a través de organismos como los sindicatos verticales, las cámaras agrarias, las organizaciones juveniles o las asociaciones de excombatientes, amén del recurso sistemático a la represión que ya se ha mencionado anteriormente. Tampoco dejó de buscar la socialización política de los jóvenes mediante políticas educativas basadas en leyes que, en su mayor parte, y hasta la Ley General de Educación de 1970, se habían elaborado en la inmediata posguerra. No renunció, sino que la institucionalizó, a una organización corporativa de la representación social en el marco de esa "democracia orgánica" que era presentada como la forma española de entender y practicar la democracia. Siguió alardeando de una política que buscaba "la justicia social" —concepto falangista por excelencia— a través de las políticas de vivienda o mediante las actividades de Educación y Descanso, directamente inspiradas en el Dopolavoro fascista o en la Kraft durch Freude alemana. Y es que, como han explicado Carme Molinero y Ángela Cenarro[242], el régimen siempre buscó la ampliación de su base social y el consentimiento de al menos una parte de la clase trabajadora mediante sus políticas sociales, que no podían ocultar, sin embargo, que el conjunto del sistema, empezando por la propia estructura y funcionamiento de la Organización Sindical Española, estaba al servicio

de los intereses de la patronal.

En todos esos ámbitos, de carácter auténticamente estructural, la presencia del falangismo fue siempre muy notable y choca con la idea tan extendida de que, al menos desde finales de los años cincuenta, tras el fracaso de los intentos institucionalizadores de José Luis Arrese, FET-JONS había pasado a ser poco más que una cáscara vacía. En realidad, las cosas fueron muy diferentes; durante la larga etapa de José Solís Ruiz al frente del Movimiento Nacional (como de forma cada vez más habitual se designó al partido único), este no solo no pasó a ser algo puramente decorativo, sino que tuvo un protagonismo indudable en los debates y las iniciativas políticos de la década final del régimen e incluso en los meses que siguieron a la muerte del general Franco en 1975.

Sin duda, el régimen de Franco en los años sesenta y hasta la muerte del dictador no era idéntico a lo que había sido en los primeros 20 años de su existencia. Pretender algo así, y negar con ello el carácter fascista de origen del franquismo, es negarse a reconocer que los sistemas políticos cambian para adaptarse a las transformaciones de carácter económico, cultural e incluso antropológico que experimentan continuamente las sociedades que pretenden articular. El franquismo no fue una excepción. Y yerran también quienes sostienen que su larga supervivencia se explica fundamentalmente por la represión que ejerció contra todo disenso. Como se equivocan quienes ven la razón de esa larga existencia en que el régimen se despojó de su (mayor o menor) fascismo inicial para devenir otra cosa que poco o nada tenía que ver con el fascismo. El franquismo maduro no podía ser como el de los años cuarenta porque el contexto mundial y las propias dinámicas internas de la sociedad española no lo permitían y, como todo sistema político con deseo de permanencia, su objetivo fue transformarse en la medida necesaria para seguir siendo congruente con las expectativas de una parte importante de la sociedad española, lo suficientemente amplia como para garantizar el mantenimiento del régimen sin necesidad de recurrir a una violencia de escala parecida a la de la inmediata posguerra. Sin embargo, la oleada de disidencia y subversión que fue creciendo en los últimos 15

años de la dictadura, y de la que ha dado buena cuenta Pere Ysàs[243], marcó las dinámicas internas de un sistema político que, con importantes bases de apoyo todavía, observaba intranquilo cómo sus tradicionales mecanismos de control social y político empezaban a resultar insuficientes para garantizar su supervivencia a largo plazo. Todo lo cual llevó a un creciente uso de la violencia represiva, que culminó con el fusilamiento de cinco activistas antifranquistas apenas dos meses antes de la muerte del general.

El franquismo de los años sesenta no necesitaba parecerse estéticamente al fascismo de entreguerras para seguir siendo un referente indiscutible de los partidos europeos que la historiografía ha dado en llamar *neofascistas*. Para el Movimiento Social Italiano, por ejemplo, un régimen como el español era un modelo que servía para ejemplificar sus objetivos políticos a la vez que mostraba cómo podía actualizarse la propuesta fascista a una época en la que una buena parte de las clases medias habían cambiado la radicalización política de los años treinta por el consumismo y el deseo de estabilidad política y social. Para esas clases medias ya no era tiempo de militarización de la política y de potentes movimientos comunitarios, sino de alejamiento de la política, que debería ser sustituida por la tecnocracia, y de exaltación del individualismo y la vida privada. Y el franquismo supo dar perfecta respuesta a esos anhelos. Que no fueran los del conjunto de la población es lo que explica la creciente conflictividad a la que el régimen tuvo que hacer frente, pero en absoluto niega que en esencia el sistema siguiese siendo el mismo, con otros ropajes, que el que había salido vencedor de la guerra civil. Es en ese sentido que el franquismo fue *the last survivor* de aquellos regímenes que, con una propuesta fascista, incendiaron el mundo en los años treinta.

NOTAS

1 . J. A. Primo de Rivera, "Revolución", *La Nación,* 28 de abril de 1934, pp. 1-2.

2 . "Discurso pronunciado por J.A. Primo de Rivera en el Parlamento el 6 de junio", *F.E.,* 13 (5 de julio de 1934), pp. 8-9.

3 . "Carta al comandante Franco. ¡Hay que hacer la revolución!", *La Conquista del Estado*, 9 (9 de mayo de 1931), p. 1.

4 . *Arriba,* 10 (23 de mayo de 1935), pp. 4-5.

5 . Prólogo a J. Pérez de Cabo, *¡Arriba España!*, Orense, Imprenta "La Región", 1939 [Madrid, 1935], pp. 7-8.

6 . D. Ridruejo, *Escrito en España,* Madrid, G. del Toro, 1976, p. 18-19 (el texto está fechado en mayo de 1961).

7 . P. Laín Entralgo, *España como problema,* Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949, p. 19.

8 . *Ibid.,* pp. 131-133.

9 . R. Fernández Cuesta, "Discurso pronunciado en Valladolid, el 18 de julio de 1938", en *Intemperie, victoria y servicio. Discursos y escritos,* Madrid, Ediciones de Prensa del Movimiento, 1951, pp. 112-114.

10 . E. Giménez Caballero, *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo,* Madrid, Ediciones de "La Gaceta Literaria", 1932, p. 28.

11 . *Id.,* p. 150-153. Subrayado en el original.

12 . Un aspecto que habría de definir mejor Giménez Caballero en un libro inmediatamente posterior, *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el Fascismo en Europa: en España,* Madrid, Ediciones de "La Gaceta Literaria", 1933, en el que se proyectaba una detallada concepción del sistema político destinado a la realización de esta síntesis germano-romana.

13 . R. Ledesma Ramos, *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Ediciones "La Conquista del Estado", 1935, pp. 22-23.

14 . J. Aparicio, "Siglo XIX: siglo XX", *JONS*, 5 (octubre de 1933), p. 205.

15 . R. Ledesma Ramos, *Discurso…,* pp. 30-35.

16 . R. Ledesma Ramos, "Nuestra revolución", *JONS. Órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista*, 2 (junio de 1933), p. 49.

17 . R. Ledesma Ramos, "¡Ni democracia burguesa ni marxismo! (informe político para el partido)", *JONS*, 1 (mayo de 1933), p. 4.

18 . *Ibid.*, p.5

19 . R. Ledesma Ramos, "Las JONS revolucionarias", *JONS*, 8 (enero de 1934), p. 4.

20 . R. Ledesma Ramos, "Nuestra…", p. 49.

21 . R. Ledesma Ramos, "Los intelectuales y la política", *LCE,* 5 (11 de abril de 1931), p. 3.

22 . J. A. Primo de Rivera, *Prólogo a La Dictadura de Primo de Rivera juzgada en el extranjero. Opiniones de hombres de Estado, diplomáticos, técnicos, periodistas, etc*., Madrid [Edición costeada por el marqués de la Vega de Anzo], Imp. Sáez Hermanos, 1931, pp. 6-7.

23 . J. A. Primo de Rivera, "Los solitarios sin amor y sin humildad", *La Nación*, 29 de julio de 1930, en *Obras*…, vol. I, p. 142.

24 . J. A. Primo de Rivera, "Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset", *Haz*, 12 (5 de diciembre de 1935), p. 1.

25 . J. A. Primo de Rivera, "Juventudes a la intemperie", *Arriba,* 18 (7 de noviembre de 1935), pp. 1-2. El fragmento de Ortega decía: "En rigor, dentro de cada clase social hay masa y minoría auténtica. Como veremos, es característico del tiempo el predominio, aun en los grupos cuya tradición era selvática, de la masa y el vulgo. Así, en la vida intelectual, que por su misma esencia requiere y supone la cualificación, se advierte el progresivo triunfo de los seudointelectuales incualificados, incalificables y descalificados por su propia contextura".

26 . M. Valdés Larrañaga, "El concepto de la Revolución. Lección a la milicia universitaria pronunciada en el Paraninfo de la Universidad Central, Madrid, 3 de abril de 1943", en *Discursos*, Madrid, Editora Nacional, 1944, p. 114.

27 . *Ibid.,* pp. 115-116.

28 . Primera Proclama de la Unión Monárquica Nacional, mayo de 1930, en *Obras Completas,* Madrid, Plataforma 2003, 2007, vol. I, p. 325.

29 . R. Ledesma Ramos, “Ideas sobre el Estado”, *Acción Española*, 24 (1 de marzo de 1934), p. 586.

30 . J. A. Primo de Rivera, *Arriba,* 10 (23 de mayo de 1935), p.5.

31 . J. A. Primo de Rivera, “Al volver. ¿Moda extranjera el fascismo?”, *La Nación,* 23 de octubre de 1933, en *Obras…*, vol. I, p. 342.

32 . *F.E.*, 9 (8 de marzo de 1934), p. 9.

33 . “Nuestro manifiesto político”, *La Conquista del Estado*, 1 (14 de marzo de 1931), p. 2.

34 . Tal afirmación fue realizada en una conferencia en el Ateneo de Santander en agosto de 1934. Véase *Obras…* vol. I, p. 664.

35 . R. Calvo Serer, *Teoría de la Restauración,* Madrid, Biblioteca del Pensamiento Actual, Rialp, 1951, pp. 187-196.

36 . E. Vegas Latapié, *Romanticismo y democracia*, Santander, Cultura Española, 1938. Especialmente, pp. 58-59 y 159-188.

37 . J. A. Primo de Rivera, “España y la barbarie”, Conferencia en Valladolid, 3 de marzo de 1935, *Arriba,* 1 (21 de marzo de 1935), p. 4.

38 . J. A. Primo de Rivera, “Ensayo sobre el nacionalismo”, *JONS*, 9 (abril de 1934), pp. 54 y 56-57.

39 . J. A. Primo de Rivera, “España y la barbarie”.

40 . J. A. Primo de Rivera, *La Rambla*, 13 de agosto de 1934. Entrevista concedida a Alardo Prats, en *Obras…*, I, p. 655.

41 . “Informe de José Antonio Primo de Rivera”, en *Las responsabilidades políticas de la Dictadura. Un proceso histórico,* Madrid, Galo Sáez, 1933, p. 67. La intervención de Primo de Rivera se hizo en defensa de Galo Ponte Escartín, ministro de Gracia y Justicia en el Directorio Civil.

42 . J. A. Primo de Rivera, “Acerca de la revolución”, *Haz,* 9 (12 de octubre de 1935), pp. 5-6.

43 . R. Ledesma Ramos, “Ideas…”, p. 585.

44 . R. Ledesma Ramos, “*Discurso…*”, pp. 85-86.

45 . R. Ledesma Ramos, “Nuestra revolución”, p. 52.

46 . R. Ledesma Ramos, “Los jonsistas estamos incondicionalmente al servicio de España”, *La Patria Libre*, 4 (9 de marzo de 1935), en J.M. Jiménez (compilador), *La Patria Libre. El*

semanario de la ruptura, Madrid, Ediciones Barbarroja, 2009, p. 136. Mayúsculas en el original.

47 . R. Ledesma Ramos, "La comunidad de todo el pueblo", *La Patria Libre*, 5 (16 de marzo de 1935), p. 165.

48 . En esta parte no introduciré referencias bibliográficas de una historiografía que será citada y comentada en las secciones siguientes, salvo que exista alguna referencia directa que lo haga inexcusable. Me limitaré, como he hecho hasta ahora, a la cita de testimonios de la época.

49 . "Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras.", en A. Andreassi y J. L. Martín Ramos (coord.), *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, Barcelona, El Viejo Topo, Ediciones de Intervención Cultural, 2010, pp. 252-281; "Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español", en F. Morente (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras.* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-268; "Fascistization and Fascism. Spanish dynamics in a European process", *International Journal of Iberian Studies,* 25(3), 2012, pp. 159-181; "Canciones para después de una posguerra. El fascismo de la II República española en la cronología europea de la fascistización", en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Granada, Comares, 2014, pp. 217-234; *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, Barcelona, Crítica, 2014. Los dos primeros ensayos se han incluido en este volumen.

50 . R. Lanzas [R. Ledesma Ramos], *¿Fascismo en España? (Sus orígenes su desarrollo, sus hombres),* Madrid, Ediciones "La Conquista del Estado", 1935, p. 91.

51 . R. Ledesma, "Nuestra revolución…", p. 49.

52 . R. Ledesma, "Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista", *La Conquista del Estado*, 21 (10 de octubre de 1931), p. 1.

53 . R. Ledesma, "Nuestro frente. Declaración ante la patria en ruinas", *La Conquista del Estado*, 20 (3 de octubre de 1931), p. 1.

54 . O. Redondo, "Hacia una nueva política", *Libertad*, 26 (7 de diciembre de 1931), en *Obras completas*, Madrid, Dirección General de Información, Publicaciones Españolas, 1954, pp. 380-382.

55 . R. Sánchez Mazas, "Consigna", *F.E.*, 1 (7 de diciembre de 1933), p. 1.

56 . R. Sánchez Mazas, "Con el clamor de España", *F.E.*, 2 (11 de enero de 1934), p. 1.

57 . J. A. Primo de Rivera, "Vista a la derecha. Aviso a los 'madrugadores', la Falange no es una fuerza cipaya", *No importa. Boletín de los días de persecución,* 3 (20 de junio de 1936), p. 1.

58 . La respuesta de Jorge Vigón, publicada en *La Época* el 1 de julio de 1936, se reproduce íntegramente en I. Gibson, *En busca de José Antonio,* Barcelona, Planeta, 1980, pp. 124-127.

59 . R. Brasillach, "Anniversaire: l'aube de l'esprit fasciste", *Je suis partout*, 21 de julio de 1941, en *Oeuvres Complètes,* París, Club de l'honnête homme, 1964, vol. XII, pp. 359-361.

60 . "Hacia un Estado nuevo", *Acción Española,* 42 (1 de diciembre de 1933), p. 515.

61 . R. de Maeztu, "Profecías", *El Pueblo Vasco,* 3 de enero de 1936. Recogido, con el título de "La necesidad de un instrumento político autoritario", en *El nuevo tradicionalismo y la revolución social.* Madrid, Rialp, 1959, pp. 209-213.

62 . R. de Maeztu, "El libro de Tardieu", *La Epoca,* 25 de mayo de 1936, en *En vísperas de la tragedia,* Madrid, Cultura Española, 1941, pp. 167-164.

63 . A. Tardieu, *La Reforma del Estado.* Madrid, Librería Internacional de Romo, 1935. El texto de Gil Robles lleva por título: "Su problema en España".

64 . R. Salazar Alonso, *Bajo el signo de la revolución*, Madrid, Librería de Roberto Martín, 1935: "La revolución triunfa cada vez que el Poder se somete por temor a ella. Saben los directores de la revolución que no pueden esperar el éxito con las armas. El Estado vence siempre. Por eso es su táctica apoderarse del Estado, y si son desalojados de la fortaleza, procuran impedir que desde ella se contraríe su obra. Daña más que la tarea revolucionaria, la ausencia de decisión contrarrevolucionaria. ¿Qué efectos no lograrán la complacencia, la claudicación, el respeto a los compromisos anteriores? Se ha actuado bajo el signo de la Revolución" (pp. 16-17).

65 . J. A. Primo de Rivera, *Obras…,* vol. I, pp. 709-710.

66 . En lo que se refiera a estas cuestiones, que se detallarán más adelante, el partido no dejó de expresar su disposición a participar en la represión de las huelgas en el otoño de 1934, así como de buscar la contratación de obreros de su sindicato con cartas a la patronal de la construcción. Véanse tales documentos en J. A. Primo de Rivera, *Obras…,* vol. I, pp. 682 y ss.

67 . M. Puigdollers, "Giorgio del Vecchio", *Acción Española,* 45 (16 de enero de 1934), pp. 849-851; J. Vigón, "*El Estado corporativo,* por H. E. Goad. Traducción y presentación del Marqués de la Eliseda", *Acción Española,* 26 (1 de abril de 1933); Id., "Actualidad internacional", *Acción Española,* 26 (1 de abril de 1933), 28 (1 de mayo de 1933) y 29 (16 de mayo de 1933).

68 . J. Calvo Sotelo, "Más sobre el fascismo", *La Nación,* 27 de septiembre de 1933.

69 . R. de Maeztu, "El libro de Tardieu"…

70 . *Renovación Española*, 7 (abril-mayo de 1934), p. 4.

71 . Discurso en Valladolid el 4 de marzo de 1934. *F.E.*, 9 (8 de marzo de 1934), p. 9.

72 . J. A. Primo de Rivera, "Política Española. La JAP", *Arriba,* 11 (30 de mayo de 1935), pp. 1-2.

73 . Intervención en las Cortes el 19 de diciembre de 1933, en *Obras…*, vol. I, p. 386.

74 . J.A. Primo de Rivera, "España y la barbarie".

75 . E. Vegas, "El sufragio universal", *Acción Española*, 28 (1 de mayo de 1933).

76 . E. Vegas, *Romanticismo,* pp. 182-183.

77 . J. A. Primo de Rivera, "La forma y el contenido de la democracia", Conferencia pronunciada en el local madrileño de la Unión Patriótica, el 16 de enero de 1931. Reproducida en *La Nación* el 17 de enero.

78 . J. A. Primo de Rivera, Discurso del Teatro de la Comedia, en *Obras…,* vol. I, p. 344.

79 . J. A. Primo de Rivera, "España y la barbarie".

80 . J. A. Primo de Rivera, "El divorcio", *Arriba,* 16 (4 de julio de 1935), p. 4.

81 . J. A. Primo de Rivera, Discurso en Salamanca, 10 de febrero de 1935, en *Obras…,* vol. I, p. 857.

82 . J. A. Primo de Rivera, "España y la barbarie".

83 . J. A. Primo de Rivera, Discurso en el cine Madrid, 19 de mayo de 1935, *Arriba*, 10 (23 de mayo de 1935), p. 4.

84 . J. A. Primo de Rivera, Discurso en el cine Madrid, 17 de noviembre de 1935, de clausura del II Consejo Nacional, *Arriba,* 20 (21 de noviembre de 1935), p. 4.

85 . J. A. Primo de Rivera, Discurso en Zaragoza del 26 de enero de 1935, *Arriba,* 30 (30 de enero de 1936), p. 2.

86 . J. A. Primo de Rivera, Discurso en Santander, 26 de enero de 1936, *Arriba,* p. 4.

87 . F. J. Conde, *Introducción al derecho político actual,* Madrid, Escorial, 1942, pp. 338 y ss.

88 . R. Sánchez Mazas, "Esquema de una política de aldea", *Arriba*, 6 (25 de abril de 1935), p. 1.

89 . R. Sánchez Mazas, "Crítica y milagro", *Cruz y Raya. Revista de afirmación y negación*, 21 (diciembre de 1934), pp. 100-102.

90 . Esta crisis de final de siglo que alumbró la revolución conservadora ha dado lugar a una bibliografía muy numerosa. A modo de ejemplo, citemos aquí el texto indispensable de Z. Sternhell referidos a esta evolución en Francia, *La droite révolutionnaire. Les origines français du fascisme, 1885-1914,* París, Seuil, 1978, así como el conjunto de ensayos reunidos por el

mismo autor, *The Intellectual Revolt against Liberal Democracy, 1870-1945,* Jerusalén, The Israel Academy of Sciences and Humanities, 1996. En el caso de Francia, los movimientos de reacción política vinculados a este esquema pueden verse en W. Irvine, *The Boulanger Affair Reconsidered. Royalism, Boulangism, and the Origins of the Radical Right in France,* Nueva York, Oxford U.P, 1989, especialmente pp. 125 y ss.; M. Burns, *Rural Society and French Politics. Boulangism and the Dreyfus Affair, 1886-1900,* Princeton, U.P., 1986, pp. 57-160; y el libro clásico de M. Curtis, *Three against the Republic. Sorel, Marrès and Maurras,* Princeton, U.P., 1959. En el caso alemán, son indispensables los textos de G. Eley, *Reshaping the German Right. Radical nationalism and Political Change after Bismarck,* New Haven, Yale U.P., 1980, y el estudio sobre los intelectuales que inician la revolución conservadora, que cito por su edición francesa, F. Stern, *Politique et désespoir. Les ressentiments contre la modernité dans l'Allemagne préhitlérienne.* He tratado de sintetizar esta evolución cultural y su relación con el fascismo en "El nazismo como fascismo consumado", en F. Gallego (ed.), *Pensar después de Auschwitz*, El Viejo Topo S. L., 2003, pp. 11-102 (las referencias a este periodo en pp. 11-34).

91 . A. Andreassi, "Feixisme i antifeixisme en la cultura comunista. La resistència antifeixista i la internacionalització del moviment comunista", *Afers*, 53(54), 2006, pp. 243-265.

92 . G-R. Horn, *European Socialists Respond to Fascism. Ideology, Activism and Contingency in the 1930s,* Nueva York, Oxford U.P., 1996 —entre los efectos de la contaminación estudiada en este libro se encuentra el planismo belga, en pp. 74 y ss.—; J. Vigreux y S. Wolikow, *Cultures communistes au XX siècle. Entre guerre et modernité,* París, La Dispute, 2003, especialmente B. Groppo, "L'antifascisme dans la culture politique", pp. 81-94; G. Vergnon, *Les gauches européennes après la victoire nazi. Entre planisme et unité d'action, 1933-1934,* París, L'Harmattan, 1997, pp. 177 y ss.

93 . L. Luks, *Entstehung der kommunitstischen Faschismustheorie. Die Auseinandersetzung der Komintern mit Faschismus und Nationalsozialismus 1921-1935,* Sttutgart, DVA, 1985, especialmente pp. 118 y ss.

94 . La renovación de las aproximaciones a la violencia puede encontrarse en los trabajos de J. Rodrigo, *Hasta la raíz. Violencia en la guerra civil y la dictadura franquista,* Madrid, Alianza, 2008; E. González Calleja, "La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español", en *Historia Social,* 61 (2008), pp. 69-87; S. Juliá (ed.), *Violencia política en la España del siglo XX,* Madrid, Taurus, 2000; J. L. Ledesma, "El 1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la guerra civil y sus narrativas", *Historia Social,* 58 (2007), pp. 151-168. J. Rodrigo ha coordinado un interesante dossier, "Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939)", *Ayer,* 76 (2009), en el que se encuentran aportaciones fundamentales del propio coordinador, de J. L. Ledesma, H. García, R. Cruz, A. Kramer, E. González Calleja y C. Gil Andrés, donde pueden encontrarse referencias a los debates sobre el tema que ha realizado la historiografía europea.

95 . La constitución de lo que llegaría a ser el Partido Revolucionario Institucional (PRI) ha sido estudiada por A. Lajous, *Los orígenes del partido único en México,* México DF, UNAM, 1987,

especialmente pp. 171 y ss.; J. Meyer, *La cristiada,* México DF, Siglo XXI, 1973, 3 vols., analiza con detalle el movimiento popular contrarrevolucionario de más importancia en el país antes del periodo de Cárdenas, cuya herencia sería recogida en buena parte por el sinarquismo; los instrumentos de poder en los años treinta se tratan en los volúmenes 14 al 17 de la *Historia de la revolución mexicana* publicada por el Colegio de México en 1979, las relaciones con la izquierda marxista, en B. Carr, *Marxism and communism in twentieth – century Mexico,* Lincoln, Nebraska UP, 1992, pp. 47-104; el control de los sindicatos en los volúmenes 9 y 10 de *La clase obrera en la historia de México,* en este caso A. Córdova, *En una época de crisis, 1928-1934* y *En el cardenismo, 1934-1940,* México DF, Siglo XXI, 1985.

96 . Sobre la experiencia del "socialismo militar" boliviano, F. Gallego, *Los orígenes del reformismo militar en América Latina. La gestión de David Toro en Bolivia,* Barcelona, PPU, 1991; id., *Ejército, nacionalismo y reformismo en América Latina. La gestión de Germán Busch en Bolivia,* Barcelona, PPU, 1992. El periodo puede completarse con R. González y L. Iriarte, *Villarroel y el atisbo de la revolución nacional boliviana,* La Paz, s.p.i., 1983. El MNR, grupo calificado de fascista por los sectores de izquierda en este periodo, ha dado lugar a una bibliografía relativamente importante en la ciencia política estadounidense: entre los estudios cabe destacar el de C. Mitchell, *The Legacy of Populism in Bolivia. From the MNR to Military Rule,* Nueva York, Praeger, 1977, aun cuando la mayor parte del texto está dedicado al periodo posterior a la revolución de 1952. La historia del partido en los años que nos conciernen ha sido escrita desde una militancia fraccionada, como es el caso de los ocho volúmenes que componen la *Historia secreta del Movimiento Nacionalista Revolucionario*, de L. Antezana, La Paz, Los amigos del libro, 1984-1988.

97 . La evolución de la extrema derecha argentina puede seguirse en S. McGee Deutsch y R. H. Dolkart (eds), *The Argentine Right. Its History and Intellectual Origins 1910 to the Present,* Wilmington, SR Books, 1993; D. Rock, *The Authoritarian Argentina. Tha Nationalist Movement its History and its Impact,* Berkeley, California UP, 1993, pp. 87-124; S. McGee Deutsch, *Counter Revolution in Argentina (1900-1932). The Argentine Patriotic League,* Lincoln, Nebraska UP, 1986, caps. 6 y 7; la influencia de la colonia alemana nazi en R.C. Newton *The "Nazi Menace" in Argentina, 1931-1937,* Stanford U.P., 1992, cap. 8.

98 . P. Longerich, *Die braune Bataillone. Geschichte der S.A.,* Múnich, Beck, 1989, capítulos 3 y 4. J. Mabire, *Röhm. L'homme qui inventa Hitler,* París, Fayard, 1983. Un relato estimable de las condiciones del país en el momento de la crisis es el de N. Frei, *L'Etat hitlérien et la societé allemande, 1933-1945,* París, Seuil, 1994, pp. 37-70.

99 . P. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism*, Londres, George Allen and Unwin, 1983, pp. 82 y ss. H. Mommsen, "Government without Parties: Conservative Plans for Constitutional revision at the End of the Weimar Republic", en L. E. Jones y J. N. Retallack, *Between Reform, Reaction and Resistance. Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945,* Oxford, Berg, 1993, pp. 347-374; J. Petzold, *Franz von Papen. Ein Deutsches Verhängnis,* Múnich, Buchverlag Union, 1995, pp. 63-229. H. Holzbach, *Das "System Hugenberg". Die Organisation bürgerlicher Sammlungspolitik vor dem Aufstieg der NSDAP,* Sttutgart, DVA,

1981, pp. 167 y ss.; J. Leopold, *A. Hugenberg, The Radical Nationalist Campaign against the Weimar Republic,* New Haven, Yale UP, 1977, pp. 84 y ss.

100 . "Los sistemas fascistas", *JONS,* 11 (agosto de 1934); "Tempestad sobre Alemania", *FE*, 13 (15 de julio de 1934). Cabe reescribir aquí la forma en que comentaba el hecho el periódico falangista, para situar su percepción del fascismo: "Dentro del nacionalsocialismo, las fuerzas llamadas 'de izquierdas' —comunistas renegados, marxistas a quienes sopló una brisa nacional o, simplemente, socialistas en persecución del sol que más calentaba— habían tomado sus posiciones. […] La demagogia había hecho su carrera rápida en el seno de los más inquietos militantes hitlerianos. […] Hitler ha mostrado tan solo la sangrienta lección de su entereza". No parece que estas palabras casen con los discursos referentes a la justicia social y los reproches al conservadurismo español, al que con afirmaciones como esta solamente podía acusarse de decidirse a tener con el falangismo las mismas relaciones que sus homólogos alemanes habían tenido con el nazismo. No parece, tampoco, que con este tipo de planteamientos pueda considerarse en ningún caso que el falangismo había de enfrentarse al franquismo desde posiciones que reclamaran la aplicación de un programa social molesto para la derecha, y que en ello residiera la causa de su presunta derrota en la primera mitad de los años cuarenta.

101 . El mejor estudio sobre el proceso de fascistización en Alemania que conozco es el de P. Fritzsche, *Rehearsals for Fascism. Populism and Political Mobilitzation in Weimar Germany,* Oxford, UP, 1990. Una revisión de los estudios sobre la captación de espacios sectoriales por el nazismo puede encontrarse en F. Gallego, *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945,* Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

102 . M. Steinberg, *Sabers and Brown Shirts. The German Students' Path to national Socialism, 1918-1945,* Chicago UP, 1973; F. Morente, "La universidad alemana y la construcción del Tercer Reich", en F. Gallego (ed.), *Pensar después de Auschwitz,* El Viejo Topo S. L., 2003, pp. 153-182.

103 . P. Moreau, *Nationalsozialismus von links. Die Kampfgemeinschaft Revolutionärer Nationalsozialisten und die Schwarze Front Otto Strassers 1930-1935,* Sttutgart, DVA, 1984, pp. 41-101. La referencia al artículo de Strasser en p. 50.

104 . Cit. por D. Orlow, *The History of the Nazi Party. Vol. I, 1919-1933,* Londres, David and Charles, Newton Abbot, 1971, p. 199.

105 . Los problemas de definición del nuevo Estado en M. Broszat, *L'Etat hitlerien,* París, Fayard, 1985. Las continuades y rupturas de la burocracia, en J. Caplan, *Government without administration. State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany,* Oxford, Berg, 1988.

106 . A. Andreassi, *"Arbeit macht Frei". El trabajo y su organización en el fascismo (Alemania e Italia),* El Viejo Topo S. L., 2004, especialmente capítulos 4 y 5. T. Mason, "The origins of the Law on the Organization of National Labour of 20 January 1934. An investigation into the

relationship between 'archaic' and 'modern' elements in recent German history", en *Nazism, Fascism…,* pp. 77-103. Acerca de la posición del DAF en el sistema nacionalsocialista, R. Smelser, *Robert Ley, Hitler's Labor Front Leader,* Oxford, Berg, 1988, pp. 117 y ss. A pesar de su título, algo engañoso, no se trata de una biografía de ley en sentido estricto, sino del análisis del funcionamiento de esta institución.

107 . He planteado esta cuestión con detalle en *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo, 1919-1945,* Madrid, Debate, 2006.

108 . P. Buchigani, *La rivoluzione in camisa nera. Dalle origini al 25 de luglio 1943,* Milán, Mondadori, 2006, pp. 228 y ss.

109 . P. Pombeni, *Demagogia e tirannide. Uno Studio sulla forma-partito del fascismo,* Bolonia, Il Mulino, 1984; P. Negli, *Fratelli in camisa nera. Comunisti e fascisti dal corporativismo alla CGIL (1928-1948),* Bolonia, Il Mulino, 1996, pp. 57 y ss.; G. Parlato, *Il convengo italo-francese di Studio corporativi,* Roma, Fondazione Ugo Spirito, 1990. Sobre el debate institucional, F. Francesco (ed.), *La Camera dei Fasci e delle corporazioni,* Roma, Bonacci, 1991; sobre la frustración de la "generación del 30", V. Panunzio, *Il secondo fascismo, 1936-1943. La reazione della nuova generazione alla crisi del movimento e del regime,* Milán, Ugo Mursia editore,1988.

110 . S. Lupo, *Il Fascismo. La politica in un regime totalitario,* Roma, Donzelli, 2000, pp. 339 y ss.; G. B. Guerri, *Giuseppe Bottai, un fascista critico,* Milán, Feltrinelli, 1976, pp. 147 y ss.; G. Bottai, *Vent'anni e un giorno.* Roma, Garzanti, 1949, pp. 55 y ss.; P. Buchignani, *Un fascismo impossibile. L'eresia di Berto Ricci nella cultura del ventennio,* Bolonia, Il Mulino, 1994, pp. 169 y ss.; G. Rochat, *Italo Balbo,* Turín, Unione Tipografico, 1986, pp. 199 y ss.

111 . G. L. Willliams, *Fascist Thought and Totaltarianism in Italy's Secondary Schools. Theory and Practice, 1922-1943,* Nueva York, Peter Lang, 1994, pp. 70 y ss.

112 . G. De Rosa, *Il Partito Popolare Italiano,* Roma, Laterza, 1988, pp. 254 y ss.

113 . Las apreciaciones del libro clásico de E. R. Tannenbaum, *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945),* Madrid, Alianza, 1975, siguen vigentes en este aspecto, y de su libro están tomadas las cifras. En lo que se refiere a la relación entre sistema educativo y valores tradicionales —incluyendo la formación paramilitar y deportiva de los estudiantes—, puede verse el excelente texto de F. Morente, *"Libro e moschetto". Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943),* Barcelona, PPU, 2001. Recalcando los aspectos de formación para la guerra de la juventud italiana, destaca A. Gibelli, *Il popolo bambino. Infanzia e nazione della Grande Guerra a Salò,* Turín, Einaudi, 2005.

114 . C. Ipsen, *Dictating Demography. The problema of Population in Fascist Italy,* Cambridge, U.P., 1996, pp. 90 y ss.

115 . P. Nello, *Dino Grandi, la formazione di un lider fascista,* Bolonia, Il Mulino, 1987, pp. 283 y ss.; E. Gentile, *Il mito dell Stato nuevo,* Roma, Laterza, 1999, pp. 224-228.

116 . R. Ledesma, "El concepto católico de la vida", *La Gaceta literaria,* 90 y 92 (15 de septiembre y 15 de octubre de 1930).

117 . E. Gentile, *Il culto del littorio. La saccralizzazione della politica nell'Italia fascista,* Roma, Laterza, 1994 puede plantear un espacio diferencial de la función de la institución eclesiástica y de la del partido y el Estado en la "religión política" del fascismo italiano. Creo que sus apreciaciones pueden plantear, en especial por el peso insustituible del catolicismo italiano —lo cual no sucede en Alemania—, la necesaria presencia, en todo ritual político de la ideología católica como unidad, en su versión más autoritaria, a las condiciones de una guerra considerada cruzada real y mítica, en la que el culto a las nuevas autoridades políticas es una parte integrante de la actitud general ante el régimen, cuyos dirigentes no han dejado de plantearlo, desde la misma propaganda fascista antes de la unificación de 1937, como defensa de una España católica, la única realizada históricamente y la única posible. La lectura del libro de J. Casanova, *La Iglesia de Franco,* Madrid, Temas de Hoy, 2001 permite ya plantear algunas cuestiones en esta línea de trabajo.

118 . S. H. Goodfellow, *Between the Swastika and the Cross of Lorraine. Fascisms in interwar Alsace,* DeKalb, Northern Illinois UP, 1999, pp. 69 y ss.; P. Jankowski, *Communism and Collaboration. Simon Sabiani and Politics in Merseille, 1919-1944,* New Haven, Yale UP, 1989, pp. 36-70; P. Burrin, *La derive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945,* París, Seuil, 1986.

119 . R. Aron y A. Dandieu, *La révolution nécessaire,* París, Bernard Grasset, 1933, p. XIII; R. Francis, T. Maulnier y J. P. Maxence, *Derain la France,* París, Bernard Grasset, 1934, p. 12.

120 . E. Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939),* Barcelona, La Magrana, 1982. Acerca de la representación republicana a través del radicalismo francés, véase el trabajo clásico de S. Bernstein, *Histoire du Parti Radical,* París, PUF, 1980-1981, vol. 2, pp. 191 y ss.

121 . T. Maulnier, *La France, la guerre et la paix,* Lyon, Lardanchet, 1942, pp. 53 y ss.; A. Fabre-Luce, *Vingt-Cinq années de liberté. I: Le Grand Jeu (1936-1939),* París, Julliard, 1962, p. 162.

122 . B. Montagnon, A. Marquet, M. Déat, *Neo-socialisme? Ordre, autorité, nation,* París, Bernard Grasset, 1933.

123 . J. L. Loubet del Bayle, *Les non-conformistes des années 30. Une tentative de renouvellement de la pensée politique française,* París, Seuil, 1969.

124 . R. Soucy, *Le fascisme français, 1924-1933,* París, PUF, 1986, pp. 271-297.

125 . A. Douglas, *From fascism to libertarian communism. Georges Valois against de Third Republic,* Berkeley, California UP, 1992.

126 . A. Deniel, *Bucard et le francisme,* París, Picollec, 1979, pp. 5-136.

127 . J. P. Brunet, *Jacques Doriot,* París, Balland, 1986, pp. 145 y ss.

128 . O. Paxton, *Le temps des chemises vertes. Révoltes paysannes et fascisme rural, 1929-1939,* París, Seuil, 1996.

129 . J. Nobécourt, *Le colonel de La Rocque, 1885-1946, ou les pièges du nationalisme chrétien,* París, Fayard, 1996, pp. 247 y ss.

130 . R. Brasillach, *Notre avant-guerre,* París, Plon, 1941; P. Tame, *La Mystique du Fascisme dans l'oeuvre de Robert Brasillach,* París, NEL, 1986; M. Balvet, *Itinéraire d'un intellectual vers le fascisme: Drieu la Rochelle,* París, PUF, 1984.

131 . J. Jackson, *The Politics of Depression in France, 1932-1936,* Cambridge, UP, 1985, pp. 137 y ss.; R. Vinen, *The Politics of French Buiness, 1936-1945,* Cambridge, UP, 1991, pp. 26-87.

132 . P. Burrin, *La France à l'heure allemande, 1940-1944,* París, Seuil, 1995 y R. O. Paxton, *La France de Vichy, 1940-1944,* París, Seuil, 1973 son dos estudios clásicos que pueden complementarse para el análisis de esta época, tanto por el centro de atención principal como las diferencias que existen en la caracterización de la experiencia del régimen de la revolución nacional.

133 . P. Ory, *Les collaborateurs, 1940-1945,* París, Seuil, 1976; id., *La France allemande (1933-1945),* París, Gallimard, 1995 (2ª) ; A. Betz y S. Martens, *Les intellectuels et l'Occupation, 1940-1944,* París, Autrement, 2004 plantea algunos casos concretos —como el de Céline— en el marco de la colaboración europea en el periodo fascista. La evolución de Brasillach en A. Kaplan, *Intelligence avec l'ennemi. Le procès Brasillach,* París, Gallimard, 2001, pp. 67-139 para el periodo de ocupación. D. Carroll, *French Literary Fascism. Nationalism, Anti-Semitism and the Ideology of Culture,* Princeton, U.P., 1995, pp. 97 y ss. Las diferencias de Déat con el régimen de Pétain en M. Déat, *Memoires politiques,* París, Denoël, 1989, pp. 795 y ss.

134 . M. Ferro, *Pétain,* París, Fayard, 1987 y H. Lottman *Pétain,* Madrid, Espasa-Calpe, 1997, pp. 179 y ss. ofrecen una aproximación al régimen que, en el primer caso, presta especial atención a sus relaciones diplomáticas con Alemania.

135 . Acerca del proceso de fascistización de la derecha española es indispensable el artículo de E. González Calleja, "La violencia y sus discursos: los límites de la "fascistización" de la derecha española durante el régimen de la II República", en el dossier sobre "La extrema derecha en la España contemporánea" coordinado por F. Cobo y M. T. Ortega, *Ayer,* 71, 2008, pp. 85-116. Es de especial interés su referencia al carácter ontológico de la violencia fascista y la distinción que realiza en el seno mismo del partido entre las posiciones ledesmistas y joseantonianas.

136 . "Vista a la derecha. Aviso a los 'madrugadores', la Falange no es una fuerza cipaya", *No Importa. Boletín de los días de persecución,* 3 (20 de junio de 1936).

137 . Acerca de la percepción del espacio fascista español por la izquierda obrera, véase F. Gallego, *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña,* Barcelona. Debate, 2007, cap. 2.

138 . "Actualidad internacional", *Acción española,* 38 (1 de octubre de 1933), p. 166.

139 . F. Gallego, *Ramiro Ledesma y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 237 y ss.; id., "La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo", en F. Gallego y F. Morente (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo,* Barcelona, El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447, esp. 423-426. El trabajo pionero en esta visión de la crisis falangista fue publicado por I. Saz.

140 . R. Ledesma "La bandera de la unidad y del vigor de España como Patria grande y justa, necesita de todas las asistencias, y entre ellas, de primer rango, la asistencia de la masa popular española", *La Patria Libre*, 1 (16 de febrero de 1935).

141 . R. Ledesma, *¿Fascismo en España?* en *Obras Completas,* Madrid-Barcelona, Fundación Ramiro Ledesma Ramos, 2004, vol. IV, pp. 155-164.

142 . "Esta unificación que yo exijo en nombre de España y en el sagrado nombre de los caídos por ella, no quiere decir *conglomerado* de fuerzas, ni *concentraciones gubernamentales*, ni uniones más o menos patrióticas y sagradas. Nada de inorgánico, fugaz, ni pasajero es lo que yo pido". *Palabras del caudillo, 19 de abril de 1937-19 de abril de 1938,* Ediciones FE, s.l., 1938, p. 10. El subrayado pertenece al original.

143 . Una síntesis indispensable de este debate la proporciona S. Juliá en *Historia de las dos Españas,* Madrid, Taurus, 2004, pp. 355 y ss. N. Sesma Landrin, en su *Antología de la Revista de Estudios Políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2010, nos ofrece la necesaria revisión de este centro de elaboración política, en el que precisamente habían de publicarse textos que muestran la evolución inicial de la cultura política del régimen, destacando los esfuerzos para crear un área ideológica común *en evolución*. La confrontación inicial ideológica y de disputa por espacios de poder que, a su juicio, impiden hablar de un régimen fascista en España se encuentran en los estudios merecidamente clásicos de J. M. Thomàs, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945),* Barcelona, Plaza y Janés, 2001, e I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas,* Madrid, Marcial Pons, 2003.

144 . P. Laín Entralgo, "Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange", *Jerarquía,* 2, 1937, pp. 164-169; L. Legaz y Lacambra, "Sentido humanista del nacionalsindicalismo", *Jerarquía,* 3, 1938, pp. 95-112; A. Tovar, "Cuatro conferencias sobre historia de España", en *El Imperio de España,* Madrid, Afrodisio Aguado, 1941 (2ª), pp. 85-177.

145 . A sabiendas de la imposibilidad de citar una parte significativa de lo que se ha publicado a este respecto, creo que son indispensables, en la corroboración de esta línea de argumentación, estudios como los de J. Rodrigo, *Cautivos. Campos de concentración en la*

España franquista, 1936-1947, Barcelona, Crítica, 2005; J. Casanova, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Madrid, Siglo XXI, 1992 —cuyo sentido creo que va más allá de lo que podría indicar su acotación cronológica y espacial—; C. Molinero y P. Ysàs, *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens,* Vic, Eumo, 2003 (2ª); C. Molinero, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista,* Madrid, Cátedra, 2005; A. Cenarro, *La sonrisa del régimen. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra,* Barcelona, Crítica, 2005; M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo,* Madrid, Siglo XXI, 1996.

146 . A. Lyttleton, *The Seizure of Power. Fascism in Italy, 1919-1929*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1973, pp. 269 y ss.

147 . J. Martínez de Bedoya, "El sentido de la libertad en la doctrina falangista", *Revista de Estudios Políticos,* 10, 1943, pp. 313-334. J. A. Maravall, "La posición del individuo en la filosofía política italiana de hoy", *Escorial,* Cuaderno 5, 1941, pp. 423-438.

148 . A. Baldoni, *La destra in Italia, 1945-1969,* Roma, Pantheon, 1999, pp. 264 y ss.

149 . F. Gallego, *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia, 1973-1977,* Barcelona, Crítica, 2009, pp. 47 y ss.

150 . R. Holeindre, *Aux larmes, citoyens!,* París, Éditions Rober Laffont, 1987, p. 15. Subrayado en el original.

151 . M. Dobry (dir.), *Le mythe de l'allergie française au fascisme,* París, Albin Michel, 2003, pp. 17-67.

152 . El estudio más completo y reciente de la evolución del Frente Nacional es el de V. Igounet, *Le Front National. De 1972 à nos jours. Le parti, les hommes, les idées,* París, Seuil, 2014. Un análisis del conflicto académico desarrollado en la denominación del Frente en V. Roussel, "Labels politiques et construction de l'identité militante: le cas du Front National", en Dobry, *Le mythe,* pp. 237-278.

153 . Una visión canónica es la que se ofreció ya en el estudio pionero de S. Payne, *Falange. Historia del fascismo español,* París, Ruedo Ibérico, 1965, y el fino análisis de H. Southworth en *Antifalange. Estudio crítico de Falange en la guerra de España de M. García Venero*, París, Ruedo Ibérico, 1967, que sentaron las bases de esta apreciación, no matizada en esa lectura de la marginalidad y progresiva degradación del nacionalsindicalismo inicial en estudios posteriores, como el de S. Ellwood, *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983,* Barcelona, Crítica, 1984. En una visión más matizada, relacionada con la fracasada lucha por la hegemonía, es lo que se sostiene en J. Jiménez Campo, *El fascismo en la crisis de la II República,* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, y R. Chueca, *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS,* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983. El libro póstumo de J. Pradera, *La mitología falangista*

(1933 a 1936), Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014, a pesar de haberse escrito con materiales escasos e historiografía incipiente sobre el tema a fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta del pasado siglo, muestra una profunda perspicacia para considerar el fracaso del fascismo español en la dinámica de competencia con otras fuerzas contrarrevolucionarias.

154 . Especialmente J. L. Rodríguez Jiménez, *Historia de Falange de las JONS,* Madrid, Alianza, 2000; J. M. Thomàs, *Lo que fue la Falange,* Barcelona, Plaza y Janés, 2000; I. Saz, *España contra España,* Madrid, Marcial Pons, 2003; Id., *Fascismo y franquismo,* Valencia, PUV, 2004; Id., *Las caras del franquismo,* Granada, Comares, 2013; E. González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936,* Madrid, Alianza, 2011. Una buena actualización de los argumentos sobre el carácter tardío y marginal de Falange, en P. C. González Cuevas, "La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español", en F. del Rey (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española,* Madrid, Tecnos, 2011, pp. 480-52. El debate sobre la naturaleza de la fascistización en España, enlazando la militancia falangista de la República, la guerra civil y los fundamentos del nuevo Estado ha sido planteado de forma espléndida en J. Sanz, "Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español", en M. A. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la era de Franco (1936-1975),* Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2013, pp. 25-60; también Id., "Los fascistas españoles. Notas sobre militancia y cultura política en el falangismo de la guerra y la dictadura", en A. Bosch e I. Saz, *Izquierdas y derechas ante el espejo,* Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 207-233.

155 . Esta es la perspectiva que planteé en la primera parte de *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950),* Barcelona, Crítica, 2014. He considerado los aspectos relacionados con el concepto de fascistización en otros trabajos, en los que podrá hallarse una abundante bibliografía y fuentes que no pueden reproducirse en la extensión de este trabajo. En especial: "Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras", en A. Andreassi y J. L. Martín Ramos (coord.), *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934,* Barcelona, El Viejo Topo S. L., Ediciones de Intervención Cultural, 2010, pp. 252-258; "Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español", en F. Morente (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras,* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2011, pp. 249-269; "Fascistization and Fascism. Spanish dymanics in a European process", *International Journal of Iberian Studies,* 25(3), 2012, pp. 159-181; "Canciones para después de una posguerra. El fascismo en la cronología europea de la fascistización", en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias,* Granada, Comares, 2014, pp. 217-234.

156 . P. C. González Cuevas, "De la irrelevancia del fascismo en España", en M. Álvarez Tardío y F. del Rey (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936),* Barcelona, RBA, 2012, p. 436.

157 . J. Rodrigo, "A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista", en M. A. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange,* pp. 143-167.; Id., *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939,* Madrid, Alianza, 2016.

158 . M. Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución en España,* Barcelona, Crítica, 1979, p. 197; J. Monge y Bernal, *Acción Popular (Estudios de biología política),* Madrid, Sáez Hermanos, 1936, p. 275; [E. Vegas Latapié], "No es tiempo todavía…", *Acción Española,* 39 (16 de octubre de 1933), p. 196.

159 . En la redacción del semanario desempeñó un papel fundamental el miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, dirigente de Acción Nacional y futuro diputado de la CEDA Antonio Bermúdez Cañete. Y el párroco de Valdecañas de Cerrato, Teófilo Velasco, escribió textos analizando el problema campesino castellano. Para el perfil de Bermúdez Cañete, véase J. Velarde *et alii, Antonio Bermúdez Cañete. Periodista, economista y político,* Madrid, Actas, 2008. La cita inaudita es de Ellwood, *Prietas las filas,* p. 28.

160 . "En el aniversario de Primo de Rivera", *La Conquista del Estado,* 2 (21 de marzo de 1931), p. 1.

161 . "Gandhi e Inglaterra", *La Conquista del Estado,* 3 (28 de marzo de 1931), p. 2; "Sandino y Norteamérica", *La Conquista del Estado,* 4 (4 de abril de 1931), p. 1. Aunque se elogió la tarea de Mustafá Kemal en el número anterior, p. 6.

162 . M. Souto Vilas, "Mirando a Galicia. Campo y ciudad", *La Conquista del Estado,* 10 (16 de mayo de 1931), p. 3.

163 . [R. Ledesma Ramos], "La revolución y la violencia", *La Conquista del Estado,* 11 (23 de mayo de 1931), p. 1.

164 . E. González Calleja, *Contrarrevolucionarios,* pp. 146-149. Disponemos ya de un excelente estudio biográfico de Redondo: M. Tomasoni, *El Caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017.

165 . En sus apreciables trabajos sobre la base popular de Falange sevillana, José Antonio Parejo ha identificado la importante presencia de sectores obreros y campesinos con una orientación política que no puede calificarse de reaccionaria: *Señoritos, jornaleros y falangistas,* Sevilla, Bosque de Palabras, 2008. Con todo, esa base popular no es resultado de una competencia con la izquierda sindical, las captaciones en este terreno fueron exiguas antes de la guerra, y las actitudes sindicales de Falange en 1934 y 1935 pueden considerarse de descarado amarillismo en conflictos como el de la construcción, como puede verse en las cartas enviadas a la patronal y a los jefes de obra para que emplearan a trabajadores de la CONS (J. A. Primo de Rivera, *Obras,* p. 680-688).

166 . La distinción, para poder explicar el cambio de posición del fascismo durante la República, fue realizada con gran solvencia por Javier Jiménez Campo, *El fascismo,* pp. 233 y ss.

167 . R. Lanzas [R. Ledesma], *¿Fascismo en España? (Sus orígenes, su desarrollo, sus hombres),* Madrid, Ediciones "La Conquista del Estado", 1935, p. 91.

168 . *Las responsabilidades de la dictadura. Un proceso histórico,* Madrid, s.p.i., 1933, pp. 51-87; J. A. Primo de Rivera, "Han bastado diez años para que resplandezca la verdad", *La Nación,* 13 de septiembre de 1933, p. 1.

169 . J. Gil Pecharromán, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario,* Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 161-181.

170 . Por ejemplo, en la intervención en el parlamento el 6 de junio de 1934. J. A. Primo de Rivera, *Obras, completas. Edición del Centenario,* Madrid, Plataforma 2003, 2003, vol. I, pp. 594-603.

171 . D. Caro Cancela, *La Segunda República en Cádiz. Elecciones y partidos políticos,* Cádiz, Diputación Provincial, 1987, p. 191.

172 . En especial, en su discurso en Cádiz el 12 de noviembre de 1933. J. A. Primo de Rivera, *Obras,* vol. I, pp. 358-359.

173 . J. A. Primo de Rivera, "Revolución", *La Nación,* 28 de abril de 1934, p. 1.

174 . [R. Sánchez Mazas], "Oración por los muertos de la Falange", *F.E.,* 7 (22 de febrero de 1934), p. 9.

175 . F. Morente, "Rafael Sánchez Mazas y la esencia católica del fascismo español", en M. A. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange,* pp. 109-141.

176 . He analizado tales diferencias en *El evangelio,* pp. 281-289.

177 . J. A Primo de Rivera, *Obras,* vol. I, pp. 709-710, 717-718 y 743-748.

178 . J. A. Primo de Rivera, "Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo", *Arriba,* 4 (11 de abril de 1935), p. 6; J. A. Primo de Rivera, intervención en el mitin de Falange en el cine Madrid, el 19 de mayo de 1935, recogida en *Arriba,* 10 (23 de mayo de 1935), pp. 4-6.

179 . "¿Se da de baja el Sr. Gil Robles en Acción Popular?", *Arriba,* 2 (28 de marzo de 1935), p. 4; "Política española: el nuevo triunfo de la CEDA", *Arriba,* 8 (9 de mayo de 1935), p. 1; "Política española: Gil Robles", *Arriba,* 9 (16 de mayo de 1935), p. 1; "Política española: Gil Robles", *Arriba,* 13 (13 de junio de 1935), pp. 1-2; "El jefe que se equivocó", *Arriba,* 24 (19 de diciembre de 1935), p. 1. Los artículos aparecen sin firmar, pero fueron escritos por José Antonio Primo de Rivera y así constan en sus obras completas.

180 . "Así, hay movimientos de esos que como primer puntal de sus programas ostentan la Religión, pero que solo toman posiciones en lo que significa ventaja material; que a cambio de

una moderación en la Reforma Agraria o un pellizco en los haberes del Clero, renuncian al crucifijo en las escuelas o a la abolición del divorcio". Discurso de Primo de Rivera en Valladolid, *Arriba,* 1 (21 de maro de 1935), p. 4.

181 . En el I Consejo Nacional, la representación de Castilla La Nueva (José Sainz) planteó: "Ha llegado la sociedad española a tal degradación que sería, inclusive, necesario restablecer otra vez la Santa Inquisición. Hay que establecer nuevamente las Leyes que regulaban la Soberanía de Dios sobre los individuos, del entendimiento humano a Dios, la sujeción de todo hombre a Dios […] las que reconocían la soberanía de Dios sobre la Nación y sobre el Estado". J. L. Jerez Riesco, *En busca del acta perdida. Los Consejos Nacionales de la Falange presididos por José Antonio,* Madrid, Barbarroja, 2012, p. 80.

182 . "Discurso de José Antonio Primo de Rivera", *Arriba*, 20 (21 de noviembre de 1935), pp. 4-5.

183 . Es lo que sucedió en Sanlúcar de Barrameda, donde los electores no apoyaron al tradicionalista Juan José Palomino y dieron 4.346 votos a Primo de Rivera. En Jerez, sin embargo, el jefe nacional solo obtuvo algo más de 500 votos, frente a los más de 9.000 de su antiguo correligionario Moreno Herrera, marqués de la Eliseda, que se presentaba integrado en el frente antirrevolucionario con las siglas de Renovación Española. Como en el caso de Giménez Caballero, un antiguo militante fascista recibió un número de votos similar a los del resto de la candidatura de coalición. D. Caro Cancela, *La Segunda,* p. 274.

184 . M. Suárez Cortina, *El fascismo en Asturias (1931-1937)*, Madrid, Silverio Cañada Editor, 1981, pp. 173-183. El boicot se produjo en Oviedo.

185 . D. Peukert, *Die Weimarer Republik. Krisenjahren der klassischen Moderne*, Suhrkamp, Fráncfort, 1987.

186 . Esta reflexión plantea la que estoy realizando en un estudio de próxima publicación, *Comunidad cristiana y Estado imperial. La cultura política del fascismo español,* donde podrá hallarse la base documental que resulta imposible colocar en los márgenes de este ensayo, en el que he preferido plantear con algo más de extensión las hipótesis de trabajo [esa obra acabó siendo *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014].

187 . I. Saz, "El franquismo, ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?, en J. Tusell, S. Sueiro, J.M. Martín y M. Casanova (eds.), *El régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, vol. I, pp. 189-201.

188 . I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; J. M. Thomàs, *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

189 . F. Gallego, "Fascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del período de entreguerras", en A. Andreassi y J. L. Martín Ramos (coords.), *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras*, Barcelona, El Viejo Topo S. L., 2010, pp.

281-354.

190 . R. de Maeztu, "Ante las urnas", *El Pueblo Vasco*, 16 de enero de 1936.

191 . V. Pradera, "¿Bandera que se alza?", *Acción Española*, 43 (16 noviembre 1933), pp. 643-651. El discurso de José Antonio fue reproducido con el mismo título, pero sin los signos de interrogación, en el número 40 de la revista, correspondiente al 1 de noviembre.

192 . Y que habría de manifestarse en posiciones tan tajantes como las que planteó Montes en *La hora de la unidad. Tanto monta, monta tanto, Requeté como Falange,* Burgos, Imprenta Aldecoa, 1937, o las de Sánchez Mazas en el *Discurso del Sábado de la Gloria* de 1939. Uno y otro texto podían establecer esa coherencia de evolución de ambas posiciones políticas desde un lugar de simpatías abiertas a la impresión de una militancia común sin conflicto alguno, que certificaba las afirmaciones hechas por Sánchez Mazas en su etapa de editorialista de *F.E.* y de *Arriba*, o las realizadas por Montes en las páginas de *Acción Española*.

193 . "El futuro de nuestro pueblo: Nacionalsindicalismo", en mayo de 1933, y "Estado Nacional", en septiembre del mismo año.

194 . La formación de un perfil de militancias que se consideran representantes de la España auténtica frente a la anti-España ha encontrado su mejor exposición en S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2003, aun cuando estas páginas mostrarán mi desacuerdo con algunas de sus posiciones, en especial las referidas a la síntesis doctrinal —y no meramente política— entre unos y otros sectores.

195 . La comparación con el caso que mejor conozco, que es el alemán, puede encontrar un relato y una justificación bibliográfica extensa en los dos libros que dediqué a la estrategia nazi de captura del poder político y al examen de su élite dirigente: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo*, *1919-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001; y *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)*, Barcelona, Debate, 2006.

196 . X. M. Núñez Seixas, ¡*Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 212 y ss.

197 . Tales signos de cumplimiento de una misión histórica en la que regresaba el cristiano-soldado y el ejemplo que volvía a darse a Europa pueden encontrarse en textos de la época como los de C. Silió, *Trayectoria y significación de España,* Madrid, Espasa-Calpe, 1940, pp. 178-190; C. Ruiz del Castillo, *En el confín de dos épocas. (La repercusión de la crisis moderna del espíritu en la idea del Estado),* Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1939, p. 16; Z. García Villada, *El destino de España en la historia universal,* Madrid, Cultura Española, 1940; A. Manzanares, *Alzamiento nacional de España,* Logroño, Moderna, 1937, pp. 10-11; J. F. Yela Urrutia, *Las concepciones político-sociales contemporáneas,* Oviedo, FET, 1939, p. 251; A. Tovar, "La historia como sentido", en *El Imperio de España,* Madrid, Afrodisio Aguado, 1941 (2ª), por citar solo algunos de los textos. La figura del "caballero cristiano" fue desarrollada especialmente por M. García Morente en

sus conferencias en Buenos Aires y Montevideo, publicadas posteriormente como *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1938. La destrucción de la división entre vida civil y militar correspondió, en especial, a J. Beneyto, *Genio y figura del Movimiento,* Madrid, Afrodisio Aguado, 1940, pp. 10-11.

198 . A este respecto, pueden verse las palabras de Pemartín, Tovar, Ridruejo, Giménez Caballero, Romualdo de Toledo o el general Orgaz en los cursos para maestros realizados en 1938 y publicados por el Ministerio de Educación Nacional como *Orientaciones nacionales de la enseñanza primaria,* Hijos de Santiago Rodríguez, 1938. También es importante señalar episodios tan significativos como la captación para Falange del futuro ministro de Organización y Acción Sindical por un oficial de aviación; véase P. González Bueno, *En una España cambiante. Vivencias y recuerdos de un ministro de Franco. La creación del Estado del bienestar*, Barcelona, Altera, 2006, pp. 92-93; o el nombramiento como gobernador civil de Santander de un teniente coronel que tenía el carnet de Falange desde la primavera de 1936, lo que permite valorar si en este caso hemos de considerar la entrega del primer bando provincial a un militar o a un falangista, falso dilema que debía multiplicarse en los sectores de la joven oficialidad; véase J. Sanz Hoya, *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009, p. 160.

199 . Lo hizo Franco en "Discurso a la unidad en el heroísmo de España", *Jerarquía,* 4 (1938), pp. 166-167 y se convirtió en un tema recurrente en los discursos de los dirigentes del partido, como el que pronunció Serrano Suñer en el cuartel de regulares de Alcazarquivir, en julio de 1938, recogido en *Siete discursos.* Madrid, FE, 1938, pp. 24-98.

200 . F. J. Conde, "Espejo de caudillaje" (1941), recogido en *Escritos y fragmentos políticos,* Madrid, I.E.P., 1974, vol. I, pp. 367-394.

201 . La forma en que coincidía el liderazgo de Franco y la Falange, en una situación de mutua necesidad y de convicción plena por ambas partes fue presentada lúcidamente por D. Ridruejo en su artículo "La Falange y su Caudillo", *FE. Doctrina Nacionalsindicalista,* 4-5 (1938), pp. 35-38.

202 . Así lo haría, por ejemplo, en su defensa de un totalitarismo "subjetivo" que consideraba ajustado a los principios expuestos por Pío XI (*El Estado católico,* Madrid, RAYFE, 1939). En todo caso, el catedrático Luis Legaz Lacambra, católico y teórico del nacionalsindicalismo durante la guerra y la inmediata posguerra, no dejó de expresar su escepticismo ante las críticas de quienes, como Sturzo, condenaban la intromisión del Estado en los asuntos que creía competencia de la sociedad, sin desdeñar nunca su auxilio cuando "el 'militarismo' se lanza contra la herejía, cuando la enseñanza se 'monopoliza' católicamente, cuando la libertad política y personal se 'niega' en el sentido del Syllabus" (*Introducción a la teoría del Estado Nacionalsindicalista,* Barcelona, Bosch, 1940, p. 203).

203 . Casos muy claros son los de C. Bayle, *¿Qué pasa en España? A los católicos del mundo,* Salamanca, Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, 1937, pp. 26-28, o J. Garrán,

Sofismas y razones. Del ateísmo legal a la restauración católica, Valladolid, s.p.i., 1939, pp. 248-252.

204 . I. Saz, *España contra España…*

205 . B. Rivaya, *Filosofía y del derecho y primer franquismo,* Madrid, CEC, 1998; A. López García, *Estado y derecho en el franquismo. El Nacionalsindicalismo de F. J. Conde y Luis Legaz Lacambra*, Madrid, CEC, 1996.

206 . F. J. Conde, *Introducción al derecho político actual,* Madrid, Escorial, 1942, p. 357.

207 . Conviene considerar que, mucho más tarde —y ese *tarde* se refiere mucho más a la evolución política que al mero paso de los años—, Rafael Sánchez Mazas podía volver a reivindicar la propuesta específica del pensamiento joseantoniano, arrancándola del patriotismo de personas citadas por su nombre como Unamuno, Menéndez o Ganivet. Después de los enfrentamientos en que podía haber derivado el momento de síntesis fascista que se produce en la segunda mitad de la guerra civil y en la inmediata posguerra, a mediados de los años cincuenta, en vísperas de una de las crisis políticas más graves del franquismo, el veterano dirigente regresaba a una identidad propia que había podido negar él mismo con esa división tajante en 1939. Su discurso del 20 de noviembre de 1955 en Valencia, además de contener las referencias religiosas indispensables que permitían explicar el proyecto falangista, planteaba la oposición entre dos versiones del nacionalismo: "José Antonio ha sido el primer político, el primer conductor, fundador y pensador español que de una forma clara y resuelta vino a oponer el concepto de patriotismo dirigido a la finalidad contra un patriotismo deducido de la causalidad. […] La Patria no existe, ni opera, ni se guía, ni se justifica por tal o cual causa, sino para tal o cual fin. La convergencia hacia este fin, hacia esta gran misión española, exige, sobre el carácter, la armonía operante, esperanzada y ambiciosa de los hombres, las clases y las tierras de España. La Patria no tiene su mayor fundamento nacional deducido de causas históricas, sino en una armonía nacional exaltada hacia fines. La Patria se funda en un fin, se cimenta con un fin. La Patria no es una tradición vuelta hacia atrás, sino una misión movida y empujada hacia delante por la sucesión de las generaciones; una patética solidaridad de vivos y muertos y de todos los que nacerán, porque a cada momento ella debe ser una conciencia actual de los antepasados y los descendientes, y ella mueve toda nuestra acción como responsabilidad hacia el futuro". (*Discurso del camarada Sánchez Mazas el 20 de noviembre de 1955.* Jefatura Provincial de FET y de las JONS. Delegación Provincial de Propaganda y Publicaciones. Valencia, s.f.). Un Sánchez Mazas que regresa sobre los pasos del falangismo a apenas diez años de su muerte, tras todo lo que ha sucedido en la posguerra, los virajes ideológicos y políticos, los desplazamientos, incluso la derrota de los más renuentes al criticismo falangista en 1953, y en vísperas de los sucesos definitivos de 1956-1957 radicaliza la posición que había tenido la propia Falange en la República, y niega una genealogía que, en los tres casos citados, había sido reiteradamente exigida como patrimonio de la totalidad del movimiento.

208 . A. Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo español (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992.

209 . Se ha destacado el carácter mítico que llegó a tener este decreto (véase F. Bernal García, *El sindicalismo vertical. Burocracia, control laboral y representación de intereses en la España franquista (1936-1951)*, Madrid. CEPC, 2010), destacando la abundante cantidad de textos que se publicaron por personalidades de distinto relieve en el régimen y de distinta dedicación en el sistema: dirigentes políticos de viejo cuño como Guillén Salaya, funcionarios de alta responsabilidad como Dávila Yagüe, clérigos como Azpiazu, profesores como Serrano y Serrano, Garrigues o Legaz Lacambra,

210 . "Al decir que la empresa es una unidad trascendente, no queremos expresar otra cosa que la trascendencia del bien y la tarea que aquélla implica por la relación a los intereses y quehaceres puramente particulares del individuo […]. La empresa […] sólo se vive en y por los individuos que la componen y esto es la garantía de la paridad radical de los sujetos de la relación de trabajo, puesto que todos –los trabajadores y los empresarios- se hallan en idéntica subordinación a ese bien común de la empresa y al bien nacional más alto al que la misma empresa sirve. Tenemos aquí una nueva aplicación de la teoría político-escolástica de la autoridad, la cual se haya intrínsecamente limitada por la ley moral y el destino de la sociedad, y por el destino de la salvación de los socios […]." (L. Legaz Lacambra, "Sobre el concepto de situación jurídica y sus aplicaciones" (1943), en *Horizontes del pensamiento jurídico. Estudios de filosofía del derecho.* Bosch, Barcelona, 1947, pp. 125-126).

211 . S.G. Payne, *Falange. A history of the Spanish fascism,* Stanford, Stanford University Press, 1961.

212 . J. J. Linz, "From Falange to *Movimiento*-Organization. The Spanish Single Party and the Franco's Regime, 1936-1968", en S. P. Huntington y C. H. Moore (comp.), *Authoritarian Politics in Modern Society. The Dynamics of Established One-Party System*, Nueva York, Basic Books, 1970, pp. 128-201; J. Tusell, *La dictadura de Franco,* Madrid, Alianza, 1988.

213 . G. Sánchez Recio, *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos,* Barcelona, Flor del Viento, 2008.

214 . J. Jiménez Campo, *El fascismo en la crisis de la II República española,* Madrid, CIS, 1979; R. Chueca, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS,* Madrid, CIS, 1983; J. L. Rodríguez Jiménez, *Historia de Falange Española de las JONS,* Madrid, Alianza, 2000; S.M. Ellwood, *Spanish Fascism in the Franco Era: Falange Española de las Jons, 1936-76,* Nueva York, St. Martin's Press, 1987; J. M. Thomàs, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945),* Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

215 . R. Griffin, *The Nature of Fascism,* Londres, Routledge, 1993.

216 . I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas,* Madrid, Marcial Pons, 2003.

217 . P. Preston, *The Politics of Revenge. Fascism and the military in twentieth-century Spain*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995: A. Botti, *Nazionalcattolicesimo e Spagna Nuova*

(1881-1975), Milán, Franco Angeli, 1992; L. Casali, *Fascismi. Partito, società e stato nei documenti del fascismo, del nacionalsocialismo e del franchismo*, Bolonia, Cooperativa Libraria Universitaria Editrice Bologna, 1995; E. Collotti, "Cinque forme di fascismo europeo. Austria, Germania, Italia, Spagna, Portogallo", en Luciano Casali (a cura di), *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, Franco Angeli, 1990, pp. 41-55.

218 . Nos referiremos al libro *The Last Survivor*, donde se publicó originalmente este artículo [nota de los editores].

219 . R. de Felice, *Il fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici,* Bari, Laterza, 1970; K. D. Bracher, *La dictadura alemana. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo,* Madrid, Alianza, 1973; Z. Sternhell, *La droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme,* París, Seuil, 1978.

220 . T. Mason, "Whatever happened to 'fascism'?", en Tim Mason, *Nazism, fascism, and the working class,*Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 323-331.

221 . E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, U.K., Penguin Books, 1984 [1963].

222 . T. Childers, *The nazi voter. The social foundations of fascism in Germany, 1919-1933,* Chapel Hill, North Caroline University Press, 1983; P. Fritzsche, *Rehearsals for fascism. Populism and political mobilization in Weimar Germany,* Oxford, Oxford University Press, 1990.

223 . O. Dard, *Les rendez-vous manqué des relèves des années 30.* París, Presses Universitaires de France, 2002.

224 . M. Dobry (ed.), *Le mythe de l'allergie française au fascisme,* París, Albin Michel, 1993.

225 . A. Lyttelton, *The seizure of power. Fascism in Italy, 1919-1929.* New York, Charles Scribner's Sons, 1973. E. Gentile, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista.* Roma, Carocci, 2001. P. Pombeni, *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma-partito del fascismo.* Bolonia, Il Mulino, 1984.

226 . A. Quiroga, *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930),* Madrid, CEPC, 2008.

227 . B. de Riquer, *Identitats contemporànies,* Barcelona, Eumo, 2000; F. Archilés, "Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea", en I. Saz y F. Archilés (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.

228 . M. Tomasoni, *El Caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936),* Granada, Comares, 2017.

229 . A. Alcalde, *War Veterans and Fascism in Interwar Europe*, Cambridge, Cambridge University

Press, 2017.

230 . F. Cobo, *¿Fascismo o democracia? Campesinado y política en la crisis del liberalismo europeo, 1870-1939,* Granada, EUG, 2012.

231 . E. González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la II República, 1931-1936,* Madrid, Alianza, 2011; F. del Rey, "La Gran Guerra y la pasión revolucionaria", en F. del Rey y M. Álvarez Tardío (dirs.), *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*, Madrid, Tecnos, 2017, pp. 39-114.

232 . J. Rodrigo, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista,* Madrid, Alianza, 2008; E. Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española,* Barcelona, Península, 2001.

233 . X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939),* Madrid, Marcial Pons, 2006.

234 . M. A. del Arco, *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007; J. Sanz, "Los hombres de Franco. Sobre los cuadros locales de la dictadura", en Miguel Ángel del Arco *et al.* (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977),* Granada, Comares, 2013, pp. 83-96; M. Marín i Corbera, *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979,* Lleida, Pagès, 2000.

235 . M. Peñalba, *La Secretaría General del Movimiento. Construcción, coordinación y estabilización del régimen franquista,* Madrid, CEPC, 2015; J. M. Thomàs, *La Falange de Franco…*

236 . F. Portero, *Franco aislado. La cuestión española (1945-1950),* Madrid, Aguilar, 1989.

237 . J. Casanova, *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica, 2005.

238 . A. Viñas, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003.

239 . A. Moreno Juste, *Franquismo y construcción europea (1951-1962). Anhelo, necesidad y realidad de la aproximación a Europa*, Madrid, Tecnos, 1998.

240 . S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004; J. Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.

241 . M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

242 . C. Molinero, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005; Á. Cenarro, *La sonrisa de la Falange. Auxilio Social en la*

guerra civil y en la posguerra, Barcelona, Crítica, 2006.

243 . P. Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.